

Los
estragos de
Sharpe



Bernard Cornwell

Lectulandia

El militar más audaz de la novela de aventuras se enfrenta en esta nueva entrega a un reto excepcional en la Península Ibérica. La acción transcurre en Portugal en 1809, mientras las tropas británicas en una posición muy inestable, esperan la llegada de Wellington. El avance de las fuerzas napoleónicas no se detiene, y Sharpe y sus hombres deberán abandonar precipitadamente la ciudad. En su elegante intento por salvar la vida de la joven inglesa Kate Savage, Sharpe queda aislado al caer el puente sobre el Duero que da acceso a la capital, y necesitará la ayuda de las tropas irregulares portuguesas, que no se caracterizan precisamente por un gran sentido de la disciplina, para salvar el pellejo.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Los estragos de Sharpe

Richard Sharpe y la campaña del norte de Portugal

Primavera de 1809

Richard Sharpe - 7

ePub r1.1

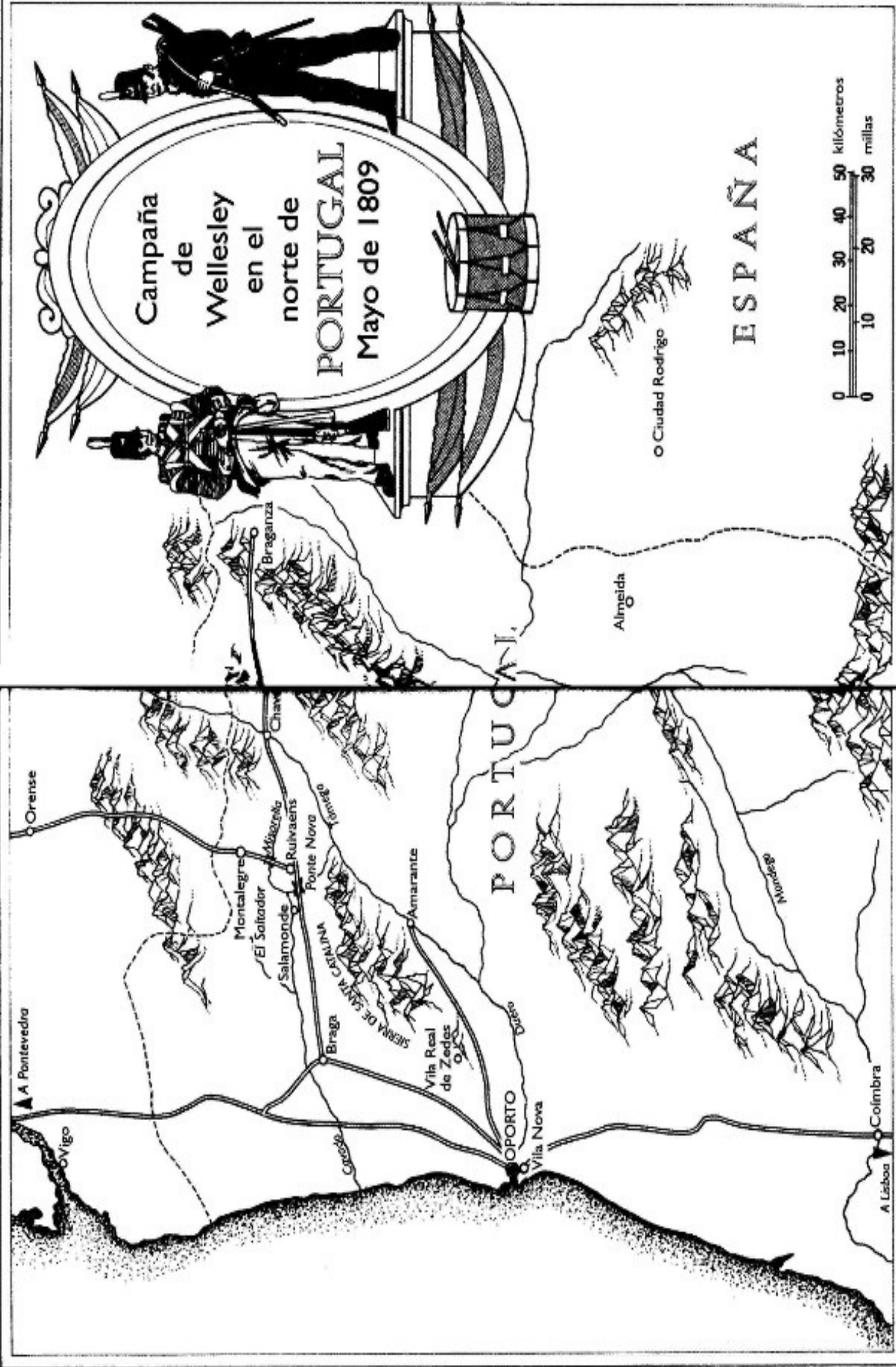
viejo_oso 09.05.14

Título original: *Sharpe's Havoc*
Bernard Cornwell, 2003
Traducción: Carlos Valdés
Diseño de cubierta: Jordi Sàbat

Editor digital: viejo_oso
Escaneo del texto: maperusa
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Los estragos de Sharpe es para
William T. Oughtred,
que sabe por qué.*



CAPÍTULO 1

La señorita Savage había desaparecido.

Y llegaban los franceses.

La aproximación de los franceses era el problema más urgente. El tableteo del fuego sostenido de los mosquetes resonaba justo a las afueras de la ciudad y, durante los últimos diez minutos, cinco o seis balas de cañón habían atravesado los tejados de las casas situadas en lo alto de la orilla norte del río. La casa de los Savage estaba a unos metros cuesta abajo y, de momento, parecía a salvo de los errados cañonazos de los franceses, pero en el tibio aire primaveral zumbaban las balas perdidas de los mosquetes, que a veces impactaban con sonoros chasquidos contra las gruesas tejas o bien se perdían entre los pinos oscuros y lustrosos esparciendo una lluvia de agujas sobre el jardín. Era una casa grande, de piedra encalada y con unos postigos verde oscuro que cerraban las ventanas. Coronaba el porche delantero una tabla de madera en la que unas letras doradas formaban el nombre CASA HERMOSA en inglés. Extraño nombre para una vivienda ubicada en lo alto de la empinada pendiente desde donde la ciudad de Oporto se asomaba al Duero, en el norte de Portugal, en especial porque la gran casa cuadrada no era hermosa en absoluto, sino austera y deslucida y angulosa, a pesar de que sus severas líneas eran suavizadas por oscuros cedros que en verano ofrecerían una sombra acogedora. Un pájaro estaba haciendo su nido en uno de los cedros y, cada vez que una bala de mosquete desgajaba las ramas, graznaba alarmado y volaba en círculos antes de volver a su tarea. Grupos de fugitivos pasaban en su huida junto a Casa Hermosa, descendiendo la colina a la carrera en dirección a los transbordadores y al puente de barcas que los pondrían a salvo en la otra orilla del Duero. Algunos de los fugitivos tiraban de cerdos, cabras y vacas, otros empujaban carretillas con inestables cargas de muebles, y más de uno cargaba al abuelo sobre la espalda.

Richard Sharpe, teniente del segundo batallón del 95.º de Rifles de Su Majestad, se desabrochó el calzón y orinó sobre los narcisos del macizo de delante de Casa Hermosa. La tierra estaba empapada, ya que la noche anterior habían tenido tormenta. Los rayos habían destellado sobre la ciudad, los truenos habían retumbado en el aire y los cielos se habían abierto de forma que ahora de los macizos de flores ascendía un lento vapor mientras el ardiente sol evaporaba la humedad de la noche. Un proyectil de obús describió un arco en lo alto, sonando como un pesado barril que rodara por el entarimado de algún desván. Su mecha encendida dejaba un leve rastro gris de humo. Sharpe levantó la vista hacia la voluta de humo, calculando por su curvatura dónde estaba emplazado el obús.

—Esos cabrones se están acercando demasiado —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

—Acabará ahogando a esas puñeteras florecillas, eso es lo que va a conseguir — respondió el sargento Harper, y añadió un apresurado «señor» cuando vio la cara de Sharpe.

El proyectil del obús explotó en algún lugar por encima de la maraña de callejuelas cercanas al río y, un segundo después, los cañonazos franceses aumentaron hasta convertirse en un estruendo continuo, pero el estruendo tenía un timbre crujiente, claro, picado, lo que indicaba que algunos de los cañones estaban muy cerca. Una nueva batería, pensó Sharpe. Debían de haberla situado justo a las afueras de la ciudad, tal vez a menos de un kilómetro de Sharpe; probablemente estuvieran atacando el gran reducto del norte por un flanco, y el fuego de mosquetes, que había estado sonando como un espino seco en llamas, disminuyó ahora a un crepitar intermitente, señal de que la infantería defensora se estaba retirando. Una enorme y desorganizada fuerza portuguesa, dirigida por el obispo de Oporto, intentaba evitar que el ejército del mariscal Soult tomara la ciudad, la segunda más grande de Portugal, y los franceses estaban ganando. La carretera portuguesa hacia la salvación pasaba junto a Casa Hermosa y los soldados del obispo, con sus gabanes azules, bajaban disparados por la colina tan rápido como se lo permitían sus piernas, aunque cuando veían a los fusileros ingleses, con sus casacas verdes, aminoraban el paso para demostrar que no eran presa del pánico. Y aquello, en opinión de Sharpe, era buena señal. Era evidente que a los portugueses aún les quedaba orgullo, y unas tropas con orgullo lucharían bien si se les daba otra oportunidad, aunque no todas las tropas portuguesas mostraban el mismo brío. Los hombres de la *ordenança* seguían corriendo, pero eso apenas resultaba sorprendente. La *ordenança* era un ejército de voluntarios entusiastas, pero sin instrucción, formado para defender la patria, y las tropas francesas, curtidas en mil batallas, lo estaban haciendo trizas.

Mientras tanto, la señorita Savage seguía sin aparecer.

El capitán Hogan se presentó en el porche delantero de Casa Hermosa. Cerró la puerta con cuidado tras de sí y después alzó la mirada al cielo y soltó una impresionante retahíla de maldiciones. Sharpe se abotonó el calzón y sus dos docenas de fusileros inspeccionaron sus armas como si antes nunca hubiesen visto aquellas cosas. El capitán Hogan añadió otro par de palabrotas cuidadosamente elegidas y a continuación escupió, mientras una bala de cañón francesa rodaba lentamente sobre sus cabezas.

—Esto lo que es, Richard —dijo cuando el cañonazo hubo pasado—, es un despiporre. Una maldita mierda podrida del carajo y un miserable despiporre de los cojones.

El cañonazo impactó en algún lugar de la parte baja de la ciudad y provocó un estrépito de crujidos al derrumbar un tejado. El capitán Hogan sacó su caja de rapé e inhaló un imponente pellizco.

—Salud —dijo el sargento Harper.

El capitán Hogan soltó un estornudo y Harper sonrió.

—Su nombre —dijo Hogan haciendo caso omiso de Harper— es Katherine o, mejor dicho, Kate. Kate Savage, diecinueve años y ya anda metida en líos, por Dios, ¡como que lo que le hace falta es una soberana paliza! ¡Una tunda! Una puñetera zurra, eso es lo que necesita, Richard. Una maldita somanta de palos bien dados.

—Pero ¿dónde demonios está? —preguntó Sharpe.

—Su madre piensa que debe de haber ido a Vila Real de Zedes —contestó el capitán Hogan—, donde Dios quiera que esté ese infierno. La familia tiene allí una propiedad. Un sitio al que van para huir del calor del verano. —Puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Y por qué iba a irse ella allí, señor? —preguntó el sargento Harper.

—Porque es una pollita de diecinueve años huérfana de padre —dijo Hogan— que se empeña en seguir su propio camino. Porque ha discutido con su madre. Porque es una maldita idiota que merece una soberana paliza. ¡Porque no sé por qué! Porque es joven y cree que se las sabe todas, por eso. —Hogan era un fornido irlandés de mediana edad, zapador del Cuerpo Real, de rostro sagaz, suave acento irlandés, canas incipientes y benévola disposición de ánimo—. Porque es una maldita alelada, por eso —concluyó.

—Esa Vila Real de no sé qué —dijo Sharpe—, ¿está lejos? ¿Por qué no vamos a buscarla allí?

—Precisamente eso es lo que le he dicho a su madre que haría usted, Richard. Irá a Vila Real de Zedes, encontrará a la condenada cría y la llevará al otro lado del río. Nosotros le esperaremos en Vila Nova, y si los malditos franceses toman Vila Nova, entonces le esperaremos en Coimbra. —Hizo una pausa mientras apuntaba esas órdenes en un trozo de papel—. Y si los franchutes toman Coimbra, le esperaremos en Lisboa, y si esos cabrones toman Lisboa, nosotros estaremos meándonos los calzones en Londres, y usted estará Dios sabe dónde. No se enamore de ella —continuó, mientras le tendía a Sharpe el trozo de papel—, no deje preñada a esa niña boba, no le dé la azotaina que tanto merece y, por el amor de Dios, no la pierda ni pierda tampoco al coronel Christopher. ¿Me he explicado?

—¿El coronel Christopher también viene con nosotros? —preguntó Sharpe consternado.

—¿No se lo había dicho? —preguntó Hogan con aire inocente, después se volvió: el ruido de unos cascos anunciaba la aparición del coche de camino de la viuda de Savage, que salía del patio de caballerizas de detrás de la casa. El coche estaba abarrotado de equipaje y había incluso algunos muebles y dos alfombras enrolladas, atadas sobre el traspuntín de atrás, desde donde un cochero, suspendido precariamente entre media docena de sillas doradas, llevaba de las riendas a la yegua

negra de Hogan. El capitán cogió el caballo y aprovechó el pescante del coche para auparse hasta la silla—. Digamos que son seis, siete horas hasta Vila Real de Zedes. Lo mismo de regreso hasta el transbordador de Barca d'Avintas, y luego un tranquilo paseo hasta casa. ¿Sabe usted dónde está Barca d'Avintas?

—No, señor.

—En esa dirección. —Hogan señaló hacia el este—. Cuatro millas campo a través. —Metió la puntera de su bota derecha en el estribo y levantó el cuerpo para liberar los faldones de su gabán azul—. Con suerte incluso podría reunirse con nosotros mañana por la noche.

—Lo que no entiendo... —comenzó Sharpe, pero se interrumpió: la puerta delantera de la casa se había abierto de golpe y la señora Savage, viuda y madre de la chica desaparecida, salió a la luz del sol. Era una mujer atractiva de unos cuarenta años: de cabello oscuro, alta y esbelta, de faz pálida y cejas arqueadas. Bajó apurada la escalinata cuando una bala de cañón retumbó en lo alto; después se oyó una refriega de fuego de mosquetes alarmantemente cerca, tanto que Sharpe subió los escalones del porche para mirar la cima de la colina donde la carretera de Braga desaparecía entre una enorme taberna y una imponente iglesia. Acababan de colocar un cañón portugués de seis libras junto a la iglesia y ahora estaba bombardeando al invisible enemigo. Las fuerzas del obispo habían excavado nuevos reductos en la cima y habían reforzado la vieja muralla medieval con empalizadas levantadas a toda prisa y con terraplenes, pero, a la vista del escaso fuego que salía de su posición improvisada en mitad de la carretera, parecía que aquellas defensas iban a deshacerse rápidamente.

La señora Savage murmuraba entre sollozos que su hijita se había perdido, pero el capitán Hogan consiguió persuadir a la viuda para que subiera al carruaje. Dos sirvientes cargados de valijas repletas de ropa siguieron a su señora al vehículo.

—¿Encontraré a Kate? —La señora Savage había abierto la portezuela y se dirigía al capitán Hogan.

—Su querida princesa pronto estará con usted —aseguró Hogan en tono tranquilizador—. El señor Sharpe se encargará de eso —añadió, y a continuación cerró con el pie la portezuela del coche en las narices de la señora Savage, que era la viuda de uno de los muchos vinateros ingleses que vivían y trabajaban en la ciudad de Oporto. Sharpe supuso que era rica, lo bastante rica como para ser propietaria de un elegante carruaje y de la espléndida Casa Hermosa, pero era también una insensata, porque tendría que haber abandonado la ciudad dos o tres días antes; evidentemente, se había quedado porque el obispo la había convencido de que podría repeler a las tropas del mariscal Soult. El coronel Christopher, que en el pasado se había alojado en la extrañamente llamada Casa Hermosa, había recurrido a las fuerzas inglesas del sur del río para que enviaran hombres que pusieran a salvo a la señora Savage. El

capitán Hogan era el oficial más cercano y Sharpe, con sus fusileros, había estado protegiendo a Hogan mientras el zapador cartografiaba el norte de Portugal, así que Sharpe había cruzado el Duero desde el norte con veinticuatro de sus hombres para escoltar y poner a salvo a la señora Savage y a cualquier otro inglés que viviese en Oporto. Tendría que haber sido una tarea bastante simple, pero al amanecer la viuda de Savage había descubierto que su hija había huido de casa.

—Lo que no entiendo —insistió Sharpe— es por qué huyó.

—Puede que se haya enamorado —explicó Hogan sin darle importancia—. Las chicas de diecinueve años de familias respetables sienten una peligrosa atracción por el amor por culpa de todas esas novelas que leen. Lo sabrá en dos días, Richard, ¿o quizás incluso mañana? Tan sólo tiene que esperar al coronel Christopher, que enseguida estará con usted. Y escuche. —Se inclinó desde su silla de montar y bajó la voz para que nadie, aparte de Sharpe, pudiera oírle—. Vigile de cerca al coronel, Richard. Me preocupa de verdad.

—Debería preocuparse por mí, señor.

—También lo hago, Richard, es cierto —dijo Hogan; después se enderezó, hizo un gesto de despedida con la mano y espolé a su caballo para que fuera tras el carruaje de la señora Savage, que había salido por la puerta delantera y se había unido al torrente de fugitivos que bajaba hacia el Duero.

El sonido de las ruedas del carruaje se apagó justo cuando el sol salía de detrás de una nube, una bala de cañón francesa chocó contra un árbol en lo alto de la colina y estalló en una nube de flores rojizas que se elevó sobre la empinada pendiente de la ciudad. Daniel Hagman miraba fijamente la masa de flores que flotaba en el aire.

—Parece una boda —dijo, y después, mientras miraba cómo rebotaba una bala de mosquete en una teja, se sacó unas tijeras del bolsillo—. ¿Terminamos de cortar el pelo, señor?

—Adelante, Dan —dijo Sharpe. Se sentó en la escalinata del porche y se quitó el chacó.

El sargento Harper comprobó que los centinelas estaban vigilando el norte. Una tropa de caballería portuguesa había aparecido en la cima, donde el único cañón disparaba con bravura. El traqueteo de los mosquetes demostraba que una parte de la infantería aún seguía luchando, pero cada vez más tropas pasaban junto a la casa en su retirada y Sharpe sabía que la caída definitiva de las defensas de la ciudad sólo era cuestión de minutos. Hagman empezó a cortar el pelo a Sharpe.

—No le gusta que le tape las orejas, ¿verdad?

—Me gusta corto, Dan.

—Corto como un buen sermón, señor —dijo Hagman—. Ahora quédese quieto, señor, no se mueva. —Sharpe sintió una repentina punzada de dolor cuando Hagman le arrancó un piojo con el filo de las tijeras. Hagman escupió en la gota de sangre que

apareció en el cuero cabelludo de Sharpe y después se lo limpió—. Así que esos gabachos tomarán la ciudad, ¿no, señor?

—Eso parece —dijo Sharpe.

—¿Y luego seguirán marchando hasta Lisboa? —preguntó Hagman al tiempo que iba cortando.

—Hay un largo camino hasta Lisboa.

—Puede que sí, señor, pero ellos son un montón, señor, y nosotros demasiado pocos.

—Pero dicen que Wellesley viene hacia aquí —dijo Sharpe.

—Como usted diga, señor, pero ¿sabrás hacer milagros?

—Usted luchó en Copenhague, Dan, y aquí en la costa. —Se refería a las batallas de Rolica y Vimeiro—. Pudo verlo usted mismo.

—Desde la línea de escaramuza todos los generales son iguales, señor, y quién sabe si es verdad que viene sir Arthur. —Al fin y al cabo, sólo era un rumor que sir Arthur Wellesley hubiera tomado el mando del general Cradock, y no todo el mundo lo creía. Muchos pensaban que los ingleses se retirarían, que deberían retirarse, que debían abandonar la partida y dejar que los franceses se hicieran con Portugal—. Gire la cabeza a la derecha. —Las tijeras recortaban sin descanso, ni siquiera se detuvieron cuando un cañonazo dio en la iglesia que había sobre la colina. Una nube de polvo se elevó junto al campanario encalado, bajo el cual acababa de aparecer una grieta. La caballería portuguesa había sido engullida por el humo del proyectil y a lo lejos sonó una trompeta. Hubo ráfagas de mosquetes, después silencio. Debía de haber un edificio en llamas más allá de la cima, pues una gran humareda se extendía hacia el oeste—. ¿Por qué llamaría alguien Casa Hermosa a su hogar? —se preguntó Hagman.

—Creía que no sabías leer, Dan —dijo Sharpe.

—No sé, señor, pero me lo leyó Isaiah.

—¡Tongue! —gritó Sharpe—. ¿Por qué llamaría alguien Casa Hermosa a su hogar?

Isaiah Tongue, alto, delgado, moreno y culto, que se había alistado en el ejército porque era un borracho y por eso mismo había perdido un trabajo respetable, sonrió.

—Porque así sería un buen protestante, señor.

—¿Porque sería un puñetero qué?

—El nombre procede de un libro de John Bunyan —explicó Tongue— que se llama *El progreso del peregrino*.

—He oído hablar de él —dijo Sharpe.

—Hay quien lo considera una lectura imprescindible —dijo Tongue sin darle importancia—; es la historia del viaje del alma desde el pecado hasta la salvación, señor.

—Ideal para tenerte consumiendo velas toda la noche —apostilló Sharpe.

—Y el héroe, que se llama Cristiano, visita Casa Hermosa, señor —Tongue pasó por alto el sarcasmo de Sharpe—, donde habla con cuatro vírgenes.

Hagman dejó escapar una risotada.

—Entremos ahora mismo, señor.

—Usted es demasiado viejo para una virgen, Dan —dijo Sharpe.

—Discreción —dijo Tongue—, Piedad, Prudencia y Caridad.

—¿Y eso qué es? —preguntó Sharpe.

—Son los nombres de las vírgenes, señor —respondió Tongue.

—No me jodas —dijo Sharpe.

—Caridad es la mía —dijo Hagman—. Bájese el cuello, señor, eso es. —Recortó aquel cabello negro—. Parece que ese señor Savage era un tipo aburrido, si es que fue él quien le puso el nombre ala casa. —Hagman se agachó para trabajar con las tijeras por encima del cuello alto de Sharpe—. ¿Y por qué nos ha dejado aquí el capitán, señor?

—Quiere que nos ocupemos del coronel Christopher —respondió Sharpe.

—Que nos ocupemos del coronel Christopher —repitió Hagman, haciendo evidente su desaprobación por la lentitud con la que pronunció las palabras. Hagman era el más viejo de los hombres de la tropa de fusileros de Sharpe, un cazador furtivo de Cheshire que resultaba letal con su rifle Baker—. ¿Es que ahora el coronel Christopher no puede ocuparse de sí mismo?

—El capitán Hogan nos ha dejado aquí, Dan —dijo Sharpe—, así que debe de pensar que el coronel nos necesita.

—Y el capitán es un buen hombre, señor —dijo Hagman—. Ya puede soltarse el cuello. Casi he acabado.

Pero ¿por qué habría dejado atrás a Sharpe y a sus fusileros el capitán Hogan? Sharpe se lo preguntaba mientras Hagman pulía su obra. ¿Tendría algún significado la orden final de Hogan de que vigilara de cerca al coronel? Sharpe sólo había visto una vez al coronel. Hogan había estado cartografiando los tramos superiores del río Cavado; el coronel y su criado iban recorriendo las colinas, y compartieron un vivac con los fusileros. A Sharpe no le gustó Christopher, que se había mostrado desdeñoso e incluso despreciativo con el trabajo de Hogan.

—Usted cartografía el país, Hogan —había dicho el coronel—, pero yo cartografié sus mentes. Una cosa muy compleja, la mente humana; no es en absoluto algo simple, como son colinas y ríos y puentes. —Aparte de aquella afirmación, no había justificado su presencia allí, pero partió a la mañana siguiente. Había revelado que su base estaba en Oporto; presumiblemente fue así como conoció a la señora Savage y a su hija. Sharpe se preguntaba por qué el coronel Christopher no había convencido a la viuda para que saliera de Oporto mucho antes.

—Ya está, señor —dijo Hagman, envolviendo sus tijeras en un retazo de piel de becerro—. Y ahora sentirá el frío viento, señor, como una oveja recién esquilada.

—Debería cortarse el pelo, Dan —dijo Sharpe.

—Eso debilita a un hombre, señor, lo debilita que es un horror. —Hagman miró a la colina y frunció el ceño cuando dos cañonazos cayeron en la parte alta de la carretera, uno de ellos arrancándole una pierna a un artillero portugués. Los hombres de Sharpe miraban inexpresivos mientras la bala de cañón rebotaba, salpicando sangre como una rueda de fuegos artificiales, golpeaba contra el muro de un jardín al otro lado de la carretera y luego se detenía. Hagman rió entre dientes—. ¡Mira que llamar Discreción a una chica! Ése no es un nombre normal, señor. No está bien llamar Discreción a una chica.

—Es en un libro, Dan —dijo Sharpe—, luego se supone que no es lo normal.

Sharpe subió hasta el porche y empujó con fuerza la puerta principal, pero se la encontró cerrada. ¿Y dónde demonios estaba el coronel Christopher? Pasaron más portugueses bajando la cuesta en retirada; estaban tan asustados que no se detuvieron al ver a las tropas inglesas, sino que siguieron corriendo. Estaban separando el cañón portugués de su armón, y las balas perdidas de los mosquetes rasgaban los Cedros y repiqueteaban contra las tejas, los postigos y las piedras de Casa Hermosa. Sharpe golpeó la puerta cerrada, pero no hubo respuesta.

—¿Señor? —dijo el sargento Patrick Harper en tono de advertencia—. ¿Señor?

Harper señaló con la cabeza hacia el lateral de la casa; Sharpe se apartó de la puerta y vio al teniente coronel Christopher salir al trote del patio de caballerizas. El coronel, que iba armado con un sable y un par de pistolas, estaba hurgándose los dientes con un palillo, algo que hacía con frecuencia, evidentemente porque estaba orgulloso de su sonrisa aún blanca. Le acompañaba su criado portugués que, montado en el caballo de reserva de su señor, llevaba una enorme valija tan llena de encajes, sedas y satenes que la bolsa no se podía cerrar.

El coronel Christopher detuvo su caballo, se sacó el palillo de la boca y miró a Sharpe con asombro.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, teniente?

—Tengo órdenes de permanecer con usted, señor —contestó Sharpe. Se fijó de nuevo en la valija. ¿Acaso Christopher había estado saqueando Casa Hermosa?

El coronel advirtió la mirada de Sharpe y gruñó a su criado.

—Cierra eso, maldita sea, ciérralo. —Aunque su criado hablaba buen inglés, Christopher empleó el portugués, una lengua que dominaba, y después volvió a mirar a Sharpe—. El capitán le ordenó que permaneciera conmigo. ¿Es eso lo que está intentando comunicarme?

—Sí, señor.

—¿Y cómo narices se supone que va a hacerlo, eh? Yo tengo caballo, Sharpe, y

ustedes no. ¿Es que usted y sus hombres tienen la intención de correr?

—El capitán Hogan me dio una orden, señor —contestó Sharpe sin inmutarse. Siendo sargento había aprendido a lidiar con oficiales superiores de trato difícil. Habla poco y hazlo de manera inexpresiva, y después repítelo todo otra vez si es necesario.

—¿Una orden de qué? —preguntó Christopher con paciencia.

—De permanecer con usted, señor. De ayudarle a encontrar a la señorita Savage.

El coronel Christopher suspiró. Era un hombre de cabello moreno y de unos cuarenta años ya, pero conservaba una apostura juvenil y sólo mostraba un distinguido toque canoso en las sienes. Llevaba botas negras, calzones negros de montar, bicornio negro y gabán rojo con vueltas negras. Esas vueltas negras habían llevado a Sharpe, en su anterior encuentro con el coronel, a preguntar si Christopher servía en el Sucio Medio Centenar, el 50.º Regimiento, pero el coronel había considerado impertinente la pregunta.

—Todo lo que tiene que saber, teniente, es que sirvo en las filas del general Cradock. ¿Ha oído hablar del general?

Cradock era el general al mando de las fuerzas inglesas en el sur de Portugal y, si Soutt seguía avanzando, Cradock se enfrentaría a él. Sharpe había permanecido en silencio tras aquella respuesta de Christopher; más tarde, Hogan había sugerido que probablemente el coronel fuese un militar «político», queriendo decir que no era soldado en absoluto, sino más bien un hombre a quien la vida le resultaba más práctica si vestía uniforme.

—No me cabe duda de que alguna vez fue militar —había dicho Hogan—. ¿Pero ahora? Creo que Cradock lo sacó de Whitehall.

—¿De Whitehall? ¿De la Guardia Montada?

—No, hombre, no —había dicho Hogan. La Guardia Montada era el cuartel general del ejército, y claramente Hogan creía que Christopher provenía de algún lugar mucho más siniestro—. El mundo es un lugar enrevesado, Richard —le había explicado—, y el Ministerio de Asuntos Exteriores cree que nosotros los soldados somos unas bestias, así que les gusta tener a su propia gente en el terreno para enmendar nuestros errores. Y, por supuesto, para enterarse de cosas. —Era lo que parecía estar haciendo el teniente coronel Christopher: enterarse de cosas—. Él dice que está cartografiando sus mentes —había reflexionado Hogan—, y lo que creo que quiere decir con eso es que está averiguando si merece la pena defender Portugal. Si ellos van a luchar, vamos. Y cuando lo averigüe, se lo dirá al Ministerio de Asuntos Exteriores antes que al general Cradock.

—Por supuesto que merece la pena defender Portugal —había protestado Sharpe.

—¿Usted cree? Si observa usted con detenimiento, Richard, se dará cuenta de que Portugal está en un estado ruinoso.

Las desalentadoras palabras de Hogan constituían una penosa verdad. La familia real portuguesa había huido a Brasil, dejando el país sin gobierno; tras su partida se habían producido disturbios en Lisboa, y ahora a muchos de los aristócratas de Portugal les preocupaba más defenderse de la chusma que defender su país de los franceses. Es más, algunos grupos de oficiales del ejército habían desertado para unirse a la Legión Portuguesa, que luchaba a favor del enemigo; los oficiales que quedaban estaban en gran parte mal instruidos y sus hombres eran una gentuza con armas anticuadas, si es que tenían alguna. En algunos lugares, como en Oporto mismo, había desaparecido todo poder civil y las calles eran gobernadas a capricho de la *ordenança*, que, puesto que carecía de armamento apropiado, patrullaba las calles con lanzas, espadas, hachas y piquetas. Antes de que llegaran los franceses, la *ordenança* ya había masacrado a la mitad de la burguesía de Oporto y había obligado a la otra mitad a huir o a levantar barricadas delante de sus casas, si bien habían dejado en paz a los habitantes ingleses.

Así que Portugal se hallaba en estado de quiebra, pero Sharpe también había visto cómo odiaba la gente de a pie a los franceses y cómo los soldados habían aminorado la marcha al pasar frente a la puerta de Casa Hermosa. Quizás Oporto estuviera cayendo en manos enemigas, pero quedaba mucho por lo que luchar en Portugal, aunque resultara difícil creerlo al ver que cada vez más soldados seguían al cañón de seis libras en su retirada hacia el río. El teniente coronel Christopher miró fijamente a los fugitivos y después volvió a mirar a Sharpe.

—¿En qué demonios estaba pensando el capitán Hogan? —preguntó, evidentemente sin esperar respuesta—. ¿Qué servicio podría prestarme usted? Su presencia sólo puede retrasarme. Supongo que Hogan estaba siendo caballeroso —continuó Christopher—, pero está claro que ese hombre tiene menos sentido común que una cebolla en vinagre. Puede volver a su lado, Sharpe, y dígame que no necesito ayuda para rescatar a una puñetera niñata atontada. —El coronel tuvo que levantar la voz porque el sonido de cañones y mosquetes aumentó de pronto.

—Él me dio una orden, señor —replicó Sharpe con testarudez.

—Y yo le estoy dando otra —respondió Christopher en el tono indulgente que habría empleado para dirigirse a un niño pequeño. El arzón de su silla era ancho y plano para facilitarle una superficie de escritura, y entonces colocó un cuaderno sobre aquel improvisado escritorio y sacó un lápiz, y justo en ese momento otro de los árboles de flores rojas fue alcanzado por una bala de cañón, de forma que el aire se llenó de pétalos a la deriva—. Los franceses están en guerra con las cerezas —dijo Christopher con frivolidad.

—Con Judas —dijo Sharpe.

Christopher le dirigió una mirada de asombro e indignación.

—¿Qué ha dicho?

—Es un árbol de Judas —aclaró Sharpe.

Christopher aún parecía indignado, y entonces el sargento Harper intervino en la conversación.

—No es un cerezo, señor. Es un árbol de Judas. De la misma clase que el que usó Iscariote para colgarse, señor, después de traicionar a Nuestro Señor.

Christopher seguía mirando fijamente a Sharpe; después pareció darse cuenta de que no había tenido intención de injuriarle.

—Así que no es un cerezo, ¿eh? —dijo, y chupó la mina de su lápiz—. «Por la presente se le ordena —hablaba al mismo tiempo que escribía— que regrese a la orilla sur del río de inmediato...»; dese cuenta, Sharpe, de inmediato; «... y que se persone para recibir instrucciones ante el capitán Hogan, del Cuerpo Real de Zapadores. Firmado por el teniente coronel James Christopher, en la mañana del miércoles veintinueve de marzo del año 1809 de Nuestro Señor». —Firmó la orden con una floritura, arrancó la página de su cuaderno, la dobló por la mitad y se la entregó a Sharpe—. Siempre pensé que treinta monedas de plata era un precio demasiado bajo por la más famosa traición de la historia. Probablemente se ahorcó por la vergüenza. Ahora váyase —dijo con grandilocuencia—, y «no esperéis una orden para vuestra salida». —Advirtió la perplejidad de Sharpe—. *Macbeth*, teniente —explicó mientras espoleaba a su caballo hacia la puerta—, una obra de Shakespeare. Y realmente le insistiría en que se apresurara, teniente —dijo Christopher mirando hacia atrás—, pues el enemigo estará aquí en cualquier momento.

Al menos en eso tenía razón. De los reductos centrales de las defensas al norte de la ciudad salía una gran nube de polvo y humo hirviente. Era allí donde los portugueses habían estado reuniendo su resistencia más fuerte, pero la artillería francesa se las había arreglado para tumbar los parapetos y ahora su infantería asaltaba los bastiones, y la mayoría de los defensores de la ciudad estaban huyendo. Sharpe vio cómo Christopher y su criado galopaban entre los fugitivos y torcían por una calle que llevaba hacia el este. Christopher no se estaba retirando hacia el sur, sino que acudía al rescate de la joven Savage, aunque tendría muy poco margen si quería escapar de la ciudad antes de que los franceses entraran en ella.

—Muy bien, muchachos —gritó Sharpe—, es hora de largarse. ¡Sargento! ¡A paso ligero! ¡Hacia el puente!

—Ya era hora, joder —gruñó Williamson.

Sharpe fingió no haberle oído. Tendía a ignorar muchos de los comentarios de Williamson, pensando que aquel hombre mejoraría, pero a sabiendas de que cuanto más tardara en hacer algo, más violenta sería la solución. Sólo esperaba que Williamson también lo supiese.

—¡Dos filas! —ordenó Sharpe—. ¡Permanezcan juntos!

Una bala de cañón retumbó por encima de ellos mientras salían a la carrera del jardín delantero y bajaban por la empinada carretera que conducía al Duero. La carretera estaba llena de refugiados, tanto civiles como militares, todos ellos huyendo hacia la seguridad de la ribera sur del río, aunque Sharpe sospechaba que los franceses también estarían cruzando el río en uno o dos días, así que era probable que tal seguridad fuese una ilusión. El ejército portugués estaba retrocediendo hacia Coimbra o puede que hasta la misma Lisboa, donde Cradock contaba con dieciséis mil soldados ingleses que algunos políticos de Londres querían de vuelta en casa. ¿De qué servía, preguntaban, una fuerza inglesa tan pequeña contra los poderosos ejércitos de Francia? El mariscal Soult estaba conquistando Portugal y otros dos ejércitos franceses estaban a punto de cruzar la frontera este desde España. ¿Luchar o huir? Nadie sabía qué harían los ingleses, pero, para Sharpe, el rumor de que sir Arthur Wellesley iba a ser enviado para relevar en el mando a Cradock indicaba que los ingleses estaban decididos a luchar, y Sharpe rezaba por que el rumor fuese cierto. Él ya había combatido en la India a las órdenes de sir Arthur, había estado con él en Copenhague y después en Rolica y Vimeiro, y Sharpe consideraba que en toda Europa no había un general mejor.

Sharpe estaba ahora a mitad de bajada de la colina. Su impedimenta, morral, rifle, caja de cartuchos y vaina de espada rebotaban y golpeteaban mientras corría. Pocos oficiales llevaban armas largas, pero Sharpe había servido antes en filas y no se sentía a gusto si no llevaba su rifle al hombro. Harper perdió el equilibrio y sacudió los brazos frenético porque los nuevos clavos de sus botas resbalaban en los tramos de piedra. Se veía el río entre los edificios. El Duero, que fluía hacia el cercano mar, era tan ancho como el Támesis en Londres, pero, a diferencia de lo que ocurría en Londres, aquí el río corría entre grandes colinas. La ciudad de Oporto estaba en la empinada colina del norte, mientras que Vila Nova de Gaia estaba en la del sur, y era en Vila Nova donde tenían sus casas la mayoría de los ingleses. Sólo las familias más antiguas, como los Savage, vivían en la ribera norte. Todo el oporto se hacía en la orilla sur, en las bodegas de Croft, Savage, Taylor Fladgate, Burmester, Smith Woodhouse y Gould, casi todas ellas de propiedad inglesa, y sus exportaciones contribuían en masa al erario público de Portugal, pero ahora que llegaban los franceses, sobre los cerros de Vila Nova, que daban al río, el ejército portugués había emplazado una docena de cañones en la terraza de un convento. Los artilleros vieron a los franceses aparecer sobre la colina de enfrente y, a modo de respuesta, los cañones dispararon, levantando al retroceder las losas de la terraza. Las balas salían disparadas hacia arriba y su sonido era tan fuerte y hueco como el de los truenos. El humo de la pólvora se desplazaba lentamente tierra adentro, oscureciendo el convento encalado mientras los cañonazos destrozaban las casas más altas. Harper volvió a perder el equilibrio, y esta vez cayó.

—Putas botas —dijo, manteniendo su rifle en alto. Los demás fusileros habían aminorado su paso por la presión de los fugitivos.

—¡Jesús! —El fusilero Pendleton, el más joven de la compañía, fue el primero que advirtió lo que estaba sucediendo en el río; se le abrieron los ojos como platos mientras miraba a la multitud de hombres, mujeres, niños y ganado que se apelotonaba en el estrecho puente de barcas. Aquel amanecer en que el capitán Hogan condujo a Sharpe y a sus hombres hacia el norte a través del puente de barcas, sólo había un par de personas que iban en dirección opuesta, pero ahora la calzada que llevaba al puente estaba repleta y la muchedumbre sólo podía avanzar al ritmo de los más lentos, y cada vez más gente y animales intentaban abrirse paso hacia el extremo norte.

—¿Cómo demonios vamos a cruzar, señor? —preguntó Pendleton.

Sharpe no tenía respuesta para aquella pregunta.

—¡Ustedes sigan adelante! —dijo, y llevó a sus hombres por un callejón que parecía una angosta escalera de piedra hacia una calle más abajo. Una cabra hacía repiquetear sus afiladas pezuñas delante de él mientras arrastraba una sogá rota colgada del pescuezo. Un soldado portugués yacía borracho al final de la calle, con su mosquete al lado y un odre de vino sobre el pecho. Sharpe, que sabía que sus hombres se detendrían para beberse el vino, tiró el pellejo al empedrado de una patada y lo pisoteó hasta que el cuero reventó. Según se acercaban al río, las calles eran más angostas y estaban más llenas; aquí las casas eran más altas y estaban mezcladas con talleres y almacenes. Un carretero clavaba unas tablas sobre su puerta de entrada, precaución que sólo molestaría a los franceses, que como pago destruirían sin dudarlas todas las herramientas de aquel hombre. Un postigo pintado de rojo se batía con el viento del oeste. La colada abandonada estaba tendida entre las altas casas. Un cañonazo atravesó tejas, astilló vigas y desperdigó cascotes por la calle. Un perro, con una cadera cortada hasta el hueso por la caída de una teja, renqueaba colina abajo y gemía lastimero. Una mujer daba alaridos por un niño perdido. Una fila de huérfanos, todos con burdos chalecos blancos parecidos a blusones de jornaleros, lloraban aterrorizados mientras dos monjas intentaban abrirles camino. Un sacerdote salió corriendo de una iglesia con una enorme cruz de plata sobre un hombro y un montón de vestiduras bordadas sobre el otro. La Semana Santa empezaba dentro de cuatro días, pensó Sharpe.

—¡Usen las culatas de sus rifles! —gritó Harper, animando a los fusileros a que se abrieran paso a través de la multitud que bloqueaba el estrecho arco de entrada que conducía al muelle. Un carro repleto de muebles había volcado en la calzada y Sharpe ordenó a sus hombres que lo arrastraran hacia un lado para dejar más espacio libre. Cientos de pies aplastaron una espineta, o quizá fuese un clavicordio, y las delicadas taraceas de su caja saltaron hechas pedacitos. Algunos de los hombres de Sharpe

despejaban a los huérfanos el camino hacia el puente usando sus rifles para apartar a los adultos. Una pila de cestas se vino abajo y docenas de anguilas vivas culebrearon sobre los adoquines. Los artilleros franceses habían llevado su artillería a la parte alta de la ciudad y ahora la desplegaban para responder al fuego de la gran batería portuguesa situada en la terraza del convento del otro lado del valle.

Hagman dio una voz de alarma cuando tres soldados con gabán azul irrumpieron desde una Calleja, y una docena de rifles apuntó hacia la amenaza, pero Sharpe gritó a los hombres que bajaran las armas.

—¡Son portugueses! —gritó al reconocer sus chacós de alta frente—. Y bajen los cañones —ordenó, pues no quería que ninguno de los rifles se disparara por accidente sobre la masa de refugiados. Una mujer borracha salió dando tumbos por la puerta de una taberna e intentó abrazarse a uno de los soldados portugueses; Sharpe, al oír las protestas del soldado, miró hacia atrás y vio que dos de sus hombres, Williamson y Tarrant, desaparecían tras la puerta de la taberna. Siempre tenía que ser el maldito Williamson, pensó, y gritó a Harper que siguiera adelante; después entró en la taberna a sacar a los dos hombres. Tarrant se dio la vuelta con gesto desafiante, pero fue demasiado lento y Sharpe le asestó un puñetazo en el estómago, hizo chocar las cabezas de ambos hombres, le dio un puñetazo en el cuello a Williamson y una bofetada en la cara a Tarrant, antes de sacar a rastras a los dos hombres a la calle. No había dicho una sola palabra y siguió sin hablarles mientras los llevaba a patadas hacia el arco.

Una vez pasado el arco, la multitud de refugiados era aún mayor; además, las tripulaciones de unos treinta barcos mercantes ingleses, atrapados en la ciudad por un obstinado viento del oeste, intentaban escapar. Los marineros habían estado esperando hasta el último momento, mientras rezaban para que los vientos cambiaran, pero ahora habían abandonado sus naves. Los más afortunados usaron los botes de sus barcos para cruzar el Duero a remo, los menos afortunados se unieron a la caótica lucha por llegar al puente.

—¡Por aquí! —Sharpe condujo a sus hombres a lo largo de la fachada porticada de unos almacenes, avanzando con esfuerzo desde detrás de la multitud con la esperanza de acercarse más al puente. Los cañonazos retumbaban por encima de ellos. El humo coronaba la batería portuguesa y se espesaba cada pocos segundos, cuando disparaba un cañón y un repentino brillo rojo iluminaba la nube desde el interior; después, un chorro de humo sucio surgía a lo lejos, al otro lado de la profunda sima del río, y el sonido atronador de un cañonazo resonaba en lo alto mientras la bala o la metralla surcaban el aire hacia los franceses.

Una pila de cajas para pescado vacías sirvió a Sharpe de plataforma desde donde ver el puente y así calcular cuánto tardarían sus hombres en cruzarlo sin peligro. Sabía que no quedaba mucho tiempo. Cada vez más soldados portugueses bajaban

por las calles empinadas, y los franceses no podían estar muy lejos de ellos. Podía oír el crepitar de los mosquetes como un contrapunto al estruendo de los grandes cañones. Miró por encima de las cabezas de la muchedumbre y vio que el coche de la señora Savage había logrado llegar a la orilla sur, pero no había usado el puente, sino que había cruzado el río en una lenta gabarra para transportar vino. Había otras gabarras cruzando el río, pero las pilotaban hombres armados que sólo admitían a pasajeros dispuestos a pagar. Sharpe sabía que podría conseguir pasajes a la fuerza en una de aquellas barcazas con tan sólo acercarse lo suficiente al muelle, pero para hacerlo necesitaría pelear para abrirse camino entre una multitud de mujeres y niños.

Consideró que el puente sería una ruta para escapar más fácil. Estaba formado por una calzada de tablones tendidos sobre dieciocho grandes pontones firmemente anclados contra la corriente del río y contra las grandes olas provocadas por las mareas del cercano océano, pero ahora la calzada estaba atestada de refugiados muertos de miedo, que se desesperaron aún más cuando los primeros cañonazos franceses alcanzaban el río entre salpicaduras. Sharpe, que se había vuelto para mirar colina arriba, vio que las casacas verdes de la caballería francesa aparecían bajo la gran humareda de sus propios cañones, al mismo tiempo que las casacas azules de la infantería francesa ya se dejaban ver en las callejuelas de la parte baja de la colina.

—Dios salve a Irlanda —dijo Patrick Harper, y Sharpe, consciente de que el sargento irlandés sólo usaba aquella expresión cuando la situación era desesperada, volvió a mirar hacia el río para ver qué había motivado aquellas cuatro palabras.

Miró y vio y supo que no iban a cruzar el río por el puente. Ya no iba a hacerlo nadie, pues acababa de ocurrir un desastre.

—Dios mío —susurró—. Dios mío.

En medio del río, hacia la mitad del puente, los ingenieros portugueses habían instalado un puente levadizo para que las gabarras que transportaban vino y otras naves pequeñas pudiesen remontar la corriente. El puente levadizo abarcaba el hueco más amplio entre los pontones y había sido construido con pesadas vigas de roble cubiertas con tablones también de roble; se levantaba gracias a unas grúas que tiraban de unas sogas a través de poleas montadas sobre un par de gruesos postes de madera, fuertemente afirmados con puntales de hierro. Todo el mecanismo era sumamente pesado y el arco del puente era amplio; los ingenieros, conscientes del peso de aquel artilugio, habían colgado avisos a ambos lados del puente para anunciar que sólo un único carro, carruaje o equipo de artillería podía usar el puente levadizo cada vez. Pero ahora la calzada estaba tan atestada de refugiados que los dos pontones en los que se apoyaba el pesado arco del puente levadizo se estaban hundiendo bajo su peso. Los pontones, al igual que cualquier barco, hacían agua; tendría que haber hombres a bordo para achicarla, pero esos hombres habían huido con los demás. El peso de la muchedumbre y el agua que se filtraba lentamente en las barcas hicieron que el

punte cediera poco a poco hasta que los pontones centrales, dos inmensas barcazas, estuvieron totalmente sumergidos y la veloz corriente del río empezó a romper y a castigar el borde de la calzada. La gente que estaba allí gritaba y algunos se detuvieron, pero cada vez más gente empujaba desde la orilla norte; la parte central de la calzada se hundía lentamente en las aguas grisáceas al tiempo que la gente forzaba a más fugitivos a llegar al vencido puente levadizo, cuya superficie menguaba cada vez más.

—Oh, Dios mío —dijo Sharpe. Pudo ver cómo eran barridas las primeras personas. Pudo oír sus alaridos.

—Dios salve a Irlanda —volvió a decir Harper y se santiguó.

Los primeros treinta metros del puente estaban ya bajo el agua. Esos treinta metros se habían vaciado de gente, pero seguía llegando más gente empujada hacia el hueco que de pronto hervía de espuma blanca, mientras el puente levadizo era arrancado del resto por el empuje del río. El gran arco del puente se elevó, negro, por el aire, giró y fue arrastrado hacia el mar; ahora ya no existía ningún puente sobre el Duero, pero la gente de la orilla norte aún no sabía que el paso estaba cortado y seguía empujando y abriéndose paso a la fuerza hacia el puente caído, y quienes estaban delante no podían detener a los demás y eran empujados inexorablemente hacia aquel vacío donde el agua se revolvía blanca entre los extremos destrozados del puente. Los chillidos de la masa se hicieron más intensos y el sonido sólo conseguía incrementar el pánico, de forma que cada vez más y más personas empujaban para llegar allí donde se ahogaban los refugiados. Llevado por una ráfaga errante de viento, el humo de cañón bajó la garganta y giró sobre el centro roto del puente, donde los desesperados golpeaban el agua mientras eran arrastrados por la corriente. Las gaviotas graznaban y volaban en círculos. Unas tropas portuguesas intentaban ahora detener a los franceses en las calles de la ciudad, pero era un esfuerzo vano. Los superaban en número, el enemigo había ocupado el terreno de arriba y cada vez más tropas francesas bajaban de lo alto de la colina. Los gritos de los fugitivos que estaban sobre el puente eran como el sonido de los condenados el Día del juicio Final, y los cañonazos retumbaban por encima, mientras en las calles de la ciudad zumbaban los disparos de mosquete, el ruido de cascos levantaba ecos en los muros de las casas y las llamas crepitaban en los edificios destrozados por los cañonazos.

—Esos chiquillos... —dijo Sharpe—. Que Dios los ayude. —Los huérfanos, con sus uniformes pardos, caían al río por los empujones—. ¡Tiene que haber una puñetera barca!

Pero los hombres que pilotaban las gabarras habían remado a la orilla sur y allí abandonaban sus embarcaciones, así que no había barcas para rescatar a los que se ahogaban, sólo el horror en un río gris y gélido y una hilera de cabecitas que eran engullidas corriente abajo por las agitados olas, y no había nada que Sharpe pudiera

hacer. No podía alcanzar el puente y, aunque gritaba a la gente para que desistiera de su idea de cruzar, nadie entendía el inglés. Las balas de mosquete ya salpicaban en el río y algunas alcanzaban a los fugitivos sobre el puente destruido.

—¿Qué demonios podemos hacer? —preguntó Harper.

—Nada —dijo Sharpe con aspereza—, aparte de salir de aquí.

Dio la espalda al gentío agonizante y condujo a sus hombres hacia el este desde el muelle del río. Otros grupos de personas hicieron lo mismo, apostando por que los franceses aún no hubieran tomado los suburbios de la ciudad que quedaban más hacia el interior. El sonido de los mosquetes se mantenía constante en las calles, y ahora los cañones portugueses del otro lado del río disparaban a los franceses en las calles más bajas, por lo que el martilleo de los cañonazos sólo era interrumpido por el ruido de la mampostería al derrumbarse y de las vigas al astillarse.

Sharpe se detuvo donde acababa el muelle para asegurarse de que todos sus hombres estaban allí; se volvió para mirar el puente. Había sido empujada hasta el final tanta gente que ahora los cuerpos se apilaban en aquel espacio y el agua se remansaba detrás de ellos, formando una espuma blanca alrededor de sus cabezas. Vio cómo un soldado portugués con su gabán azul avanzaba pisando aquellas cabezas para llegar a la gabarra sobre la que se había sustentado el puente levadizo. Le siguieron otros, brincando entre los que se ahogaban y los muertos. Pero Sharpe estaba ya tan lejos que ya no pudo seguir oyendo los gritos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dodd, normalmente el más callado de los hombres de Sharpe.

—Que Dios estaba mirando hacia otro lado —dijo Sharpe y miró a Harper—. ¿Estamos todos aquí?

—Todos presentes, señor —dijo Harper. El hombretón del Ulster parecía haber estado llorando—. Pobres críos —dijo lleno de resentimiento.

—No había nada que pudiéramos hacer —dijo Sharpe tajante, y era cierto, aunque el hecho de que lo fuera no hacía que se sintiese mejor—. Williamson y Tarrant están bajo arresto —informó a Harper.

—¿Otra vez?

—Otra vez —confirmó Sharpe, y le sorprendió lo estúpidos que eran esos dos hombres, que habían preferido echar un trago a escapar de la ciudad, aunque ese trago hubiese significado prisión en Francia—. ¡Ahora adelante!

Sharpe siguió a los civiles fugitivos, que al llegar al lugar donde la antigua muralla de la ciudad bloqueaba el muelle del río, habían torcido por un callejón. La antigua muralla había sido construida cuando los hombres luchaban con armadura y se disparaban unos a otros con ballestas; sus piedras cubiertas de liquen no habrían resistido ni dos minutos contra un cañón moderno y, como para afirmar su inutilidad, la ciudad había abierto grandes agujeros en los viejos muros. Sharpe sacó a sus

hombres por uno de estos huecos, cruzó los restos de un foso y después entró rápidamente en las calles más anchas de la ciudad nueva, fuera ya de los muros.

—¡Gabachos! —advirtió Hagman a Sharpe—. ¡Señor! ¡Arriba en la colina!

Sharpe miró hacia su izquierda y vio una tropa de caballería francesa galopando para cortar el paso a los fugitivos. Eran dragones, unos cincuenta o más, con sus casacas verdes, todos con espadas rectas y carabinas cortas. Llevaban cascos de latón, que en tiempos de guerra cubrían con telas para que el metal bruñido no reflejara la luz del sol.

—¡Sigán corriendo! —gritó Sharpe.

Los dragones no habían descubierto a los fusileros, o si lo habían hecho, no buscaban un enfrentamiento, sino que en su lugar galoparon hacia donde la carretera bordeaba una gran colina coronada por un enorme edificio blanco de tejado plano, quizás una escuela o un hospital. La carretera principal transcurría hacia el norte desde la colina, pero había otra que iba hacia el sur entre la colina y el río. Los dragones estaban en la carretera más ancha, así que Sharpe se mantuvo ceñido a su derecha con la esperanza de escapar por el camino más angosto de la orilla del Duero, pero al final los dragones lo vieron y corrieron con sus caballos sobre el lomo de la colina para bloquear la carretera más pequeña justo donde ésta bordeaba el río. Sharpe miró hacia atrás y vio que la infantería francesa llegaba detrás de la caballería. Malditos. Entonces advirtió que aún más tropas francesas le estaban persiguiendo desde la muralla rota de la ciudad. Era probable que pudiera superar en número a la infantería, pero los dragones ya estaban delante de él y los primeros estaban desmontando y levantando una barricada que atravesaba la carretera. La gente que huía de la ciudad se desviaba; unos subían la colina en dirección al gran edificio blanco, mientras que otros, desesperados, regresaban a sus casas. Los cañones libraban su propia batalla por encima del río, los franceses intentando igualar el bombardeo de la gran batería portuguesa, e iniciando docenas de incendios en la ciudad ya caída cuando sus cañonazos destruyeron hornos, hogares y forjas. El humo oscuro de los edificios en llamas se mezclaba con el humo gris blanquecino de las armas, y debajo de aquella humareda, en el valle de los niños ahogados, estaba atrapado Richard Sharpe.



El teniente coronel James Christopher no era ni teniente ni coronel, aunque había servido como capitán en los Defensores de Lincolnshire y aún conservaba ese rango. Había sido bautizado con el nombre de James Augustus Meredith Christopher y durante sus años escolares era conocido como Jam. Su padre fue médico en la pequeña ciudad de Saxilby, profesión y localidad que a James Christopher le gustaba ignorar, pues prefería recordar que su madre era prima segunda del conde de

Rochford; había sido la influencia de Rochford la que había llevado a Christopher de la universidad de Cambridge al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde su dominio de varios idiomas, su desenvoltura natural y su aguda inteligencia le habían asegurado un rápido ascenso. Enseguida le habían dado responsabilidades, le habían presentado a grandes hombres y le habían confiado secretos. Se consideraba que tenía un buen futuro y que se trataba de un joven sensato cuyo juicio era por lo general fidedigno, lo que con frecuencia significaba que simplemente estaba de acuerdo con sus superiores, pero su reputación le había llevado a su misión actual, un encargo tan solitario como secreto. La tarea de James Christopher era asesorar al gobierno sobre si sería prudente mantener las tropas inglesas en Portugal o no.

La decisión, por supuesto, no dependía de James Christopher. Tal vez fuera un hombre con proyección en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero la decisión de permanecer o retirarse la tomaría el primer ministro, aunque lo que importaba era la calidad del asesoramiento que se le diera al primer ministro. Estaba claro que los soldados preferirían quedarse, porque guerra significaba promoción, y el secretario de Asuntos Exteriores quería que los soldados se quedaran porque detestaba a los franceses, pero otros hombres de Whitehall tenían una perspectiva más optimista y habían enviado a James Christopher para que tomara el pulso a Portugal. Los liberales, enemigos del Gobierno, temían otra debacle como la que les había conducido a La Coruña. Es mejor, decían, admitir la realidad y llegar a un acuerdo con los franceses ahora, y los liberales tenían suficiente influencia en Asuntos Exteriores como para destinar a James Christopher a Portugal. Sin embargo, el ejército, al que no se le había informado de cuál era su verdadera misión, accedió a ascenderlo a teniente coronel y a nombrarlo asistente del general Cradock, y Christopher usaba a los correos del ejército para enviar información militar al general y despachos políticos a la embajada en Lisboa, desde donde, aunque estaban destinados al embajador, los mensajes salían hacia Londres sin haber sido abiertos. El primer ministro necesitaba un asesoramiento sólido, y se suponía que James Christopher iba a proporcionar los datos que servirían de contexto a sus consejos, aunque últimamente había estado ocupado ideando datos nuevos. Más allá de las desastrosas realidades de la guerra, había vislumbrado un futuro dorado. James Christopher, en resumen, había visto la luz.

Pero nada de todo esto ocupaba sus pensamientos cuando salía trotando de Oporto a menos de un tiro de cañón por delante de las tropas francesas. Dispararon unos tiros de mosquete en su dirección, pero Christopher y su criado montaban unos excelentes caballos irlandeses, y enseguida dejaron atrás a sus poco entusiastas perseguidores. Enfilaron hacia las colinas, galopando a lo largo de la terraza de un viñedo, y después se internaron en un bosque de pinos y robles, donde se detuvieron para que descansaran sus caballos.

Christopher miró fijamente hacia el oeste. El sol había secado los caminos después de la fuerte lluvia de la noche anterior y una nube de polvo sobre el horizonte indicaba por dónde avanzaba el convoy de bagaje francés hacia la recién tomada ciudad de Oporto. La propia ciudad, oculta ahora por las colinas, estaba señalada por el gran penacho de humo sucio que escupían las casas en llamas y las atareadas baterías de cañones que, aunque enmudecidas por la distancia, sonaban como un trueno incesante. Ninguna tropa francesa se había molestado en perseguir a Christopher hasta tan lejos. Una docena de jornaleros ahondaban una zanja en el valle ignorando a los fugitivos de la carretera cercana, como si sugiriesen que la guerra era asunto de la ciudad, no suyo. Christopher notó que no había fusileros ingleses entre los fugitivos, aunque le hubiera sorprendido ver a Sharpe y a sus hombres tan lejos de la ciudad. Sin duda, a estas alturas estarían muertos o habrían sido capturados. ¿En que estaría pensando Hogan al pedirle a Sharpe que lo acompañara? ¿Fue porque el retorcido irlandés sospechaba algo? Pero ¿cómo podía saberlo Hogan? Durante unos minutos Christopher reflexionó preocupado sobre esa posibilidad, después la descartó. Hogan no podía saber nada, sólo estaba intentando ser amable.

—Los franceses lo hicieron bien hoy —comentó Christopher a su criado portugués, un joven de calvicie incipiente y rostro flaco y serio.

—El diablo los alcanzará al final, *senhor* —contestó el criado.

—Hay veces en que los hombres tienen que hacer el trabajo del diablo —dijo Christopher. Sacó un pequeño catalejo de su bolsillo y enfocó con él las lejanas colinas—. Los próximos días —dijo, mirando aún a través del catalejo— verás cosas que te sorprenderán.

—Si usted lo dice, *senhor* —contestó el criado.

—Pero «ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía».

—Si usted lo dice, *senhor* —repitió el criado, mientras se preguntaba por qué lo llamaba Horacio el oficial inglés cuando su nombre era Luis, pero pensó que probablemente sería mejor no preguntar. Luis había sido barbero en Lisboa, donde a veces cortaba el pelo a hombres de la embajada inglesa, y habían sido aquellos hombres quienes lo habían recomendado como sirviente de confianza a Christopher, que le pagaba un buen sueldo en oro del bueno, oro inglés, y aunque los ingleses estuvieran locos y trastocaran los nombres, aún seguían acuñando la mejor moneda del mundo, lo que significaba que el coronel Christopher podía llamar a Luis como quisiera, siempre y cuando siguiese pagándole con aquellas gruesas guineas con la imagen de san Jorge matando al dragón.

Christopher buscaba cualquier señal de sus perseguidores franceses, pero su catalejo era pequeño, viejo y tenía una lente rayada, así que poco mejor podía ver con él que sin él. Pensaba comprar otro, pero nunca tenía la oportunidad. Plegó la lente, la

puso en la talega de su silla y sacó un mondadientes limpio que se puso entre los dientes.

—Adelante —dijo de repente, y condujo al criado a través del bosque y por la cima de la colina. Luego bajaron hacia una enorme granja. Estaba claro que Christopher conocía bien la ruta, porque no dudó sobre el camino ni se inquietó al detener su caballo junto a la entrada de la granja.

—Los establos están allí —le dijo a Luis, señalando hacia el arco de la entrada—, la cocina está después de la puerta azul y la gente de aquí nos está esperando. Pasaremos aquí la noche.

—¿No en Vila Real de Zedes, *senhor*? —preguntó Luis—. Le oí decir que buscábamos a la señorita Savage.

—Tu inglés está mejorando demasiado, si es que te permite escuchar a hurtadillas —dijo Christopher con acritud—. Mañana, Luis; buscaremos a la señorita Savage mañana —Christopher saltó de su silla y le lanzó las riendas a Luis—. Refresca a los caballos, desensíllalos, búscame algo de comer y llévalo a mi habitación. Uno de los sirvientes te dirá dónde estoy.

Luis se llevó los dos caballos para refrescarlos, los metió en los establos y les dio de beber y de comer. Después se dirigió a la cocina, donde ni la cocinera ni las dos sirvientas se mostraron sorprendidas ante su llegada. Luis ya estaba acostumbrado a que lo llevaran a pueblos remotos donde siempre conocían a su señor, pero nunca había estado en esta granja con anterioridad. Se habría sentido más contento si Christopher se hubiese retirado al otro lado del río, pero la granja estaba bien escondida en las colinas y era posible que los franceses nunca llegaran allí. Las sirvientas le dijeron a Luis que la casa y las tierras pertenecían a un mercader de Lisboa que les había ordenado que hicieran todo lo posible para satisfacer los deseos del coronel Christopher.

—Entonces, ¿viene por aquí a menudo? —preguntó Luis.

La cocinera soltó una risita.

—Solía venir con su mujer.

Eso explicaba por qué Luis no había estado allí antes, y se preguntó quién sería la mujer.

—Quiere comer ahora —dijo Luis—. ¿Qué mujer?

—La viuda guapa —contestó la cocinera, y luego suspiró—. Pero no la hemos visto por aquí desde hace un mes. Una lástima. Tendría que haberse casado con ella. —Había una sopa de garbanzos al fuego y sirvió un poco en un cuenco, cortó unas tajadas de cordero frío y lo puso en una bandeja junto con la sopa, vino tinto y una pequeña hogaza de pan recién horneado—. Dígale al coronel que la comida estará preparada para su invitado de esta tarde.

—¿Su invitado? —preguntó Luis desconcertado.

—Un invitado a cenar, nos dijo. ¡Dese prisa! No deje que esa sopa se enfríe. Suba las escaleras y gire a la izquierda.

Luis llevó la bandeja al piso de arriba. Era una casa magnífica, bien construida y bonita, con cuadros antiguos en las paredes. Encontró abierta la puerta del dormitorio de su señor; Christopher debió de oír sus pasos, porque le dijo a Luis que entrara sin llamar a la puerta.

—Deja la comida junto a la ventana —ordenó.

Christopher se había cambiado de ropa y ahora, en vez de vestir los calzones negros, las botas negras y la chaqueta de frac roja de oficial inglés, llevaba unos calzones de color azul cielo con refuerzos de cuero negro allí donde pudieran rozar con una silla de montar. Eran unos calzones ceñidos y se mantenían así gracias a los cordones que recorrían ambos costados, desde la cintura hasta los tobillos. La nueva casaca del coronel era del mismo azul cielo que los calzones, y estaba adornada con una magnífica pasamanería plateada que subía para ondularse alrededor del alto y duro cuello rojo. Sobre su hombro izquierdo llevaba un dolmán, una falsa casaca con adornos de piel; a un lado de la mesa había un sable de caballería y un alto sombrero negro con una corta escarapela plateada que mantenía en su sitio un broche esmaltado.

Y en el broche esmaltado se veía la bandera tricolor francesa.

—Te dije que te sorprenderías —le comentó Christopher a Luis, quien, de hecho, miraba boquiabierto a su señor.

Finalmente Luis consiguió hablar.

—Usted es... —titubeó.

—Soy un oficial inglés, Luis, como tú muy bien sabes, pero el uniforme es el de un húsar francés. ¡Ah! Sopa de garbanzos, me gusta mucho la sopa de garbanzos. Es comida de campesinos, pero está buena. —Caminó hasta la mesa y, gesticulando porque sus calzones estaban muy apretados, se sentó en la silla—. Esta noche tendremos un invitado para cenar.

—Eso me han dicho —dijo Luis fríamente.

—Servirás tú, Luis, y no te lo impedirá el hecho de que mi invitado sea un oficial francés.

—¿Francés? —La voz de Luis sonó indignada.

—Francés —confirmó Christopher—, y vendrá con escolta. Probablemente una gran escolta, y no estaría bien, ¿verdad?, que esa escolta volviese junto a su ejército y dijese que su oficial se ha reunido con un inglés. Por eso visto esto. —Señaló con un gesto el uniforme francés, después sonrió a Luis—. La guerra es como el ajedrez —continuó—: hay dos bandos y si uno vence, entonces el otro tiene que perder.

—Francia no debe vencer —dijo Luis con dureza.

—Hay piezas negras y piezas blancas —siguió Christopher ignorando la protesta

de su criado—, y todas obedecen órdenes. Pero ¿quién dicta esas órdenes, Luis? Es ahí donde reside el poder. No está en los jugadores, tampoco desde luego en las piezas, sino en el hombre que dicta las órdenes.

—Francia no debe vencer —repitió Luis—. ¡Yo soy un buen portugués!

Christopher suspiró ante la estupidez de su criado y decidió simplificar aún más las cosas para que Luis las entendiera.

—¿Quieres librar Portugal de los franceses?

—¡Usted sabe que sí!

—Entonces sirve la cena esta noche. Compórtate, oculta tus ideas y ten fe en mí.

Porque Christopher había visto la luz y ahora él reescribiría las órdenes.



Sharpe miró hacia el lugar donde los dragones habían usado cuatro esquifes, sacados del río, para formar una barricada que atravesaba la carretera. No había manera de rodear la barricada, que se extendía entre dos casas, pues más allá de la casa de la derecha estaba el río y más allá de la casa de la izquierda estaba la empinada colina por la que se aproximaba la infantería francesa. Detrás de Sharpe había más soldados de infantería franceses, lo que significaba que la única salida de la trampa era atravesar directamente la barricada.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Harper.

Sharpe soltó una palabrota.

—¿Tan mal estamos? —Harper se descolgó el rifle del hombro—. Podríamos cargarnos a algunos de esos muchachos de la barricada.

—Podríamos —concedió Sharpe, pero eso sólo enfadaría a los franceses, no los derrotaría. Podía derrotarlos, estaba seguro, porque sus fusileros eran buenos y la barricada del enemigo era baja, pero Sharpe también estaba seguro de que perdería a la mitad de sus hombres en la lucha y la otra mitad aún tendría que escapar a la persecución de los vengativos jinetes. Podría luchar, podría vencer, pero no podría sobrevivir a la victoria.

En realidad, sólo había una cosa que se podía hacer, pero Sharpe era reacio a decirlo en voz alta. Nunca se había rendido. El mero hecho de pensarlo lo horrorizaba.

—¡Calen bayonetas! —gritó.

Sus hombres se sorprendieron, pero obedecieron. Sacaron las bayonetas de sus vainas y las encajaron bajo las bocas de sus fusiles. Sharpe desenvainó su propia espada, una pesada hoja de caballería de casi un metro de acero asesino.

—Muy bien, muchachos. ¡Cuatro filas!

—¿Señor? —Harper estaba estupefacto.

—¡Ya me ha oído, sargento! ¡Cuatro filas! Deprisa, ahora.

Harper gritó la orden para que sus hombres formasen filas. La infantería francesa llegada de la ciudad estaba ya a sólo un centenar de pasos por detrás de ellos, demasiado lejos para un tiro certero de mosquete, aunque un francés lo intentó y su bala abrió una grieta en el muro encalado de una casita junto a la carretera. El sonido pareció irritar a Sharpe.

—¡Ahora paso ligero! —dijo de pronto—. ¡Avancen!

Trotaron carretera abajo hacia la barricada recién construida, a unos doscientos pasos por delante. El río fluía gris y plateado a su derecha, mientras que a su izquierda había un campo salpicado con los restos de los almiarés del año anterior, pequeños y puntiagudos, así que parecían desaliñados sombreros de brujas. Una vaca renqueante y con un cuerno roto los miró mientras pasaban. Algunos fugitivos, desesperados por no poder franquear el bloqueo de los dragones, se habían sentado en el campo a esperar su destino.

—¿Señor? —Harper se las arregló para ponerse al lado de Sharpe, que iba a unos diez pasos por delante de sus hombres.

—¿Sargento?

Harper se dio cuenta de que cuando las cosas iban mal siempre lo llamaba «sargento», nunca «Patrick» o «Pat».

—¿Qué estamos haciendo, señor?

—Cargamos contra esa barricada, sargento.

—Nos van a sacar las tripas, si me permite que lo diga así, señor. Esos cabrones nos van a destrozar.

—Ya lo sé, y usted también lo sabe. Pero ¿lo saben ellos?

Harper miró a los dragones, que estaban apuntando con sus carabinas por encima de las quillas de los esquifes volcados. La carabina, al igual que el mosquete y a diferencia del rifle, tenía el ánima lisa y era, por tanto, inexacta, lo que significaba que los dragones esperarían hasta el último momento para soltar su descarga y esa descarga prometía ser intensa, pues cada vez había más casacas verdes enemigos apretujándose detrás de la barricada de la carretera, apuntando sus armas.

—Creo que sí lo saben, señor —observó Harper.

Sharpe estaba de acuerdo, aunque no lo iba a decir. Había ordenado a sus hombres que calaran bayonetas porque la visión de las bayonetas caladas era más terrorífica que la simple amenaza de los rifles, pero los dragones no parecían estar preocupados por el peligro de las hojas de acero. Se habían apelonado de manera que cada carabina pudiera unirse a la descarga, y Sharpe supo que tendría que rendirse, pero no deseaba hacerlo sin que al menos se disparara un tiro. Aceleró el paso; se dio cuenta de que uno de los dragones le dispararía demasiado pronto y que ese disparo sería la señal para que él se detuviera y arrojase su espada, salvando así las vidas de sus hombres. La decisión dolía, pero era su única opción, a menos que

Dios hiciera un milagro.

—¿Señor? —Harper se esforzaba por mantenerse a la altura de Sharpe—. ¡Lo matarán!

—Atrás, sargento —dijo Sharpe—; es una orden.

Quería que los dragones le dispararan a él, no a sus hombres.

—¡Lo matarán, joder! —dijo Harper.

—Puede que se den la vuelta y salgan corriendo —dijo Sharpe hacia atrás.

—Dios salve Irlanda —dijo Harper—, ¿y por qué iban a hacer eso?

—Porque Dios viste casaca verde —gruñó Sharpe—, está claro.

Y justo entonces los franceses se dieron la vuelta y salieron corriendo.

CAPÍTULO 2

Sharpe siempre había tenido suerte. Quizá no en las cosas más grandes de la vida ni, desde luego, en las circunstancias de su nacimiento de una puta callejera, que había muerto sin hacer a su hijo una sola caricia, ni en cómo había sido educado en un orfanato de Londres, donde no importaban un comino los niños que estaban dentro de sus lúgubres muros; pero en las pequeñas cosas, en aquellos momentos en que la distancia entre éxito y fracaso tenía el ancho de una bala, sí había sido afortunado. Había sido la buena fortuna la que lo había llevado al túnel donde el sultán Tipu estaba atrapado, y una fortuna incluso aún mayor la que había decapitado a un ordenanza en Assaye para que así Richard Sharpe galopara tras sir Arthur Wellesley cuando el caballo del general cayó muerto por un lanzazo y sir Arthur fue derribado entre el enemigo. Todo era suerte, una suerte a veces escandalosa, pero hasta el propio Sharpe dudó de su buena fortuna cuando vio que los dragones se alejaban de la barricada. ¿Había muerto? ¿Soñaba? ¿Había perdido el conocimiento e imaginaba cosas? Pero entonces oyó los alaridos de triunfo de sus hombres y supo que no estaba soñando. El enemigo estaba huyendo de verdad; Sharpe iba a vivir y sus hombres no tendrían que marchar como prisioneros a Francia.

Después oyó los disparos, el entrecortado cotorreo de los mosquetes, y se dio cuenta de que los dragones habían sido atacados por la retaguardia. Un espeso humo de pólvora flotaba entre las casas que bordeaban la carretera, y llegaba más desde un huerto en mitad de la ladera sobre la que estaba el gran bloque del edificio blanco con tejado plano. Para entonces Sharpe ya se encontraba en la barricada y saltó sobre el primer esquife; un pie se le quedó medio pegado por la brea fresca que habían untado en la parte inferior del casco. Los dragones miraban hacia el lado contrario a donde estaba Sharpe y disparaban hacia arriba, hacia las ventanas, pero entonces un casaca verde se giró, vio a Sharpe y dio la alarma. Por la puerta de la casa que había junto al río salió un oficial y Sharpe, saltando desde el bote, ensartó el hombro del francés con su espadón y después lo empujó contra el muro encalado, mientras el dragón que había dado la voz de alarma disparaba contra él. La bala dio en el pesado macuto de Sharpe y entonces éste le dio un rodillazo en la entrepierna al oficial y se volvió hacia el hombre que había disparado contra él. El francés caminaba hacia atrás gritando «*non, non*». Sharpe le golpeó con la espada en la cabeza, haciendo que sangrara y causándole aún más daño con el peso muerto de la hoja, así que el dragón cayó aturdido y fue pisoteado por los fusileros, que saltaban en tropel por encima de la pequeña barricada. Pedían a gritos una matanza, sordos a las voces de Sharpe para que descargaran una andanada sobre los dragones.

En total quizá sólo dispararan tres rifles, pero los demás hombres siguieron cargando para clavar sus bayonetas en un enemigo que no podía hacer frente a un

ataque por delante y por detrás. Los dragones habían sufrido la emboscada de tropas provenientes de un edificio a unos treinta metros carretera abajo, tropas que se habían escondido en el edificio y en el jardín de detrás; ahora los franceses estaban siendo atacados desde ambos lados. El pequeño espacio entre las casas quedó velado por el humo de la pólvora, se llenó de gritos y del eco de los disparos, y apestaba a sangre. Los hombres de Sharpe luchaban con una ferocidad que dejaba a los franceses tan pasmados como horrorizados. Eran dragones, instruidos para combatir con grandes espadas y a caballo, y no estaban preparados para esta sangrienta reyerta a pie contra fusileros endurecidos por años de broncas de taberna y disputas de barracón. Estos hombres, vestidos con sus casacas verdes de fusileros, resultaban mortales en combates cuerpo a cuerpo, y los dragones supervivientes huyeron al terreno cubierto de hierba en la orilla del río donde estaban atados sus caballos. Sharpe bramó a sus hombres para que siguieran marchando hacia el este.

—¡Dejen que se vayan! —gritó—. ¡Suéltelos! ¡Suéltelos! —Esta última palabra era la utilizada como orden en los pozos de ratas^[1] cuando un terrier intentaba matar una rata que ya estaba muerta—. ¡Suéltelos! ¡Adelante!

La infantería francesa se acercaba por detrás, había más caballería en Oporto, y ahora la prioridad de Sharpe era alejarse de la ciudad tanto como fuera posible.

—¡Sargento!

—¡Le oigo, señor! —gritó Harper y avanzó calle abajo arrastrando al fusilero Tongue para separarlo de un francés—. ¡Vamos, Isaiah! ¡Mueva su maldito esqueleto!

—¡Estoy matando a este cabrón, sargento, estoy matando a este cabrón!

—¡Ese cabrón ya está muerto! Ahora, ¡muévase!

Una ráfaga de balas de carabina traqueteó en el callejón. En una de las casas cercanas una mujer gritaba sin parar. Un dragón que huía tropezó con un montón de nasas de juncos entretejidos y las desparramó por el patio trasero de la casa, donde otro francés yacía sobre unas piezas de ropa limpia que había arrancado de la cuerda donde estaban tendidas al caer muerto. Las blancas sábanas estaban rojas de su sangre. Gataker apuntó a un oficial de dragones que había conseguido montar en su caballo, pero Harper lo apartó.

—¡Siga corriendo! ¡Siga corriendo!

Entonces, a la izquierda de Sharpe apareció un enjambre de uniformes azules; él se volvió con la espada en alto y vio que eran portugueses.

—¡Son amigos! —gritó para advertir a sus fusileros—. ¡Atención a los portugueses!

Los soldados portugueses habían sido lo único que le había salvado de una ignominiosa rendición; ahora, tras haber sorprendido a los franceses por detrás, se unieron a los hombres de Sharpe en su precipitada huida hacia el este.

—¡Sigán adelante! —vociferó Harper.

Algunos de los fusileros jadeaban y aminoraron el paso, hasta que una andanada de tiros de carabina de los dragones supervivientes hizo que se apresuraran de nuevo. La mayoría de los disparos iban altos; uno rebotó en la carretera junto a Sharpe e impactó en un álamo, y otro alcanzó a Tarrant en la cadera. El fusilero se desplomó entre gritos y Sharpe lo agarró por el cuello de la casaca y siguió corriendo, llevándose a Tarrant a rastras. La carretera y el río torcían hacia la izquierda y en esta orilla había árboles y matorrales. El bosque no estaba muy lejos, demasiado cerca de la ciudad como para ser un consuelo, pero los ocultaría mientras Sharpe reorganizaba a sus hombres.

—¡A los árboles! —gritó Sharpe—. ¡A los árboles!

Tarrant, dolorido, se quejaba a gritos e iba dejando un rastro de sangre en la carretera. Sharpe lo metió entre los árboles y lo dejó caer, después se acercó a la carretera y gritó a sus hombres que formaran una hilera en el límite del bosque.

—Cuéntelos, sargento —ordenó a Harper—. ¡Cuéntelos!

La infantería portuguesa se mezcló con los fusileros y empezó a recargar sus mosquetes. Sharpe amartilló su fusil y disparó a un jinete que estaba girando a su caballo en la orilla del río, dispuesto a perseguirlos. El caballo reculó, tirando a su jinete. Otros dragones habían desenvainado sus largas espadas rectas, con la evidente intención de perseguirlos a modo de venganza, pero entonces un oficial francés gritó a los jinetes que se quedaran donde estaban. Al menos él había entendido que una carga contra la densa arboleda donde la infantería ya había recargado y estaba preparada equivalía a un suicidio. Esperaría a que llegara su propia infantería.

Daniel Hagman sacó las tijeras con las que le había cortado el pelo a Sharpe y cortó los calzones de Tarrant alrededor de su cadera herida. La sangre seguía manando mientras Hagman cortaba, después el viejo hizo una mueca.

—Creo que ha perdido la articulación, señor.

—¿No puede caminar?

—No volverá a caminar nunca —dijo Hagman. Tarrant empezó a soltar improperios. Era uno de los hombres alborotadores de Sharpe, un tipo huraño de Hertfordshire que nunca perdía la oportunidad de emborracharse y hacer de las suyas, pero cuando estaba sobrio era un buen tirador que no perdía la cabeza en combate—. Te pondrás bien, Ned —le dijo Hagman—; vivirás.

—Llévame contigo —rogó Tarrant a su buen amigo Williamson.

—¡Déjelo! —ordenó Sharpe—. Coja su fusil, su munición y su espada.

—No puede dejarlo aquí así —objetó Williamson, y se puso delante de Hagman para que no pudiera desabrochar la cartuchera de su amigo.

Sharpe agarró a Williamson por un hombro y lo empujó hacia un lado.

—¡He dicho que lo deje! —No le gustaba esto, pero no podía marchar más despacio por el peso de un hombre herido, y los franceses atenderían a Tarrant mejor

que cualquiera de los hombres de Sharpe. El fusilero iría a un hospital militar francés, sería tratado por médicos franceses y, sino moría de gangrena, probablemente lo intercambiarían por un prisionero francés herido. Tarrant volvería a casa lisiado y posiblemente acabaría trabajando en los talleres de su parroquia. Sharpe se abrió paso entre los árboles para encontrar a Harper. Las balas de carabina repiqueteaban entre las ramas, dejando a su paso pedacitos de hojas que caían entre la luz de los rayos del sol.

—¿Falta alguien?

—No, señor. ¿Qué le ha pasado a Tarrant?

—Una bala en la cadera —respondió Sharpe—. Tendrá que quedarse aquí.

—No le echaré de menos —dijo Harper, aunque antes de que Sharpe nombrara sargento al irlandés, Harper había sido compinche de los tipos alborotadores, de los que Tarrant era el cabecilla. Ahora Harper era el azote de los que alborotaban. Era extraño, reflexionó Sharpe, lo que podían hacer tres galones.

Sharpe recargó su rifle, se arrodilló junto a un laurel, levantó el arma y miró hacia los franceses. La mayoría de los dragones estaban montados, aunque unos cuantos iban a pie y probaban suerte con sus carabinas, aunque la distancia era demasiado grande. Pero en un minuto o dos, pensó Sharpe, contarían con un centenar de hombres de infantería listos para cargar. Era hora de marcharse.

—*Senhor*. —Un oficial portugués muy joven apareció junto al árbol y saludó a Sharpe.

—¡Después! —A Sharpe no le gustaba ser tan grosero, pero no había tiempo que desperdiciar en cortesías—. ¡Dan! —Hizo a un lado al oficial portugués y gritó a Hagman—: ¿Tenemos ya el equipo de Tarrant?

—Aquí está, señor. —Hagman llevaba el rifle del herido colgado al hombro y su cartuchera enganchada al cinturón. Sharpe no habría soportado que los franceses se hicieran con un rifle Baker, pues ya eran bastante problema sin que les dieran la mejor arma que nunca había tenido la infantería ligera.

—¡Por aquí! —ordenó Sharpe, alejándose del río en dirección norte.

Dejó la carretera a propósito. Ésta seguía el río, y las dehesas a orillas del Duero ofrecían pocos obstáculos para una caballería en persecución, pero había un pequeño camino que giraba hacia el norte entre los árboles, y Sharpe lo siguió, utilizando el bosque para cubrir su huida. Cuanto más ascendían más raleaban los árboles, que se convertían en bosquecillos de achaparrados alcornoques, cultivados porque su gruesa corteza proporcionaba los corchos para el oporto. Sharpe mantuvo un paso forzado y sólo se detuvo al cabo de media hora, cuando llegaron al límite de los árboles y tuvieron enfrente un gran valle de viñedos. Hacia el oeste, la ciudad aún podía verse, y el humo de sus muchos incendios flotaba sobre los alcornoques y las viñas. Los hombres descansaron. Sharpe se había temido una persecución, pero era evidente que

los franceses querían saquear las casas de Oporto y dar con las mujeres más bonitas, y no tenían la cabeza puesta en perseguir a un puñado de soldados que huían a las colinas.

Los soldados portugueses se habían mantenido al paso de los fusileros de Sharpe, y su oficial, que antes había intentado hablar con Sharpe, volvió a acercarse ahora. Era muy joven, delgado y alto, y vestía lo que en apariencia era un uniforme nuevo. Su espada de oficial le colgaba del hombro por una banda blanca ribeteada con pasamanería de plata, y en el cinturón llevaba una pistola enfundada de aspecto tan pulcro que Sharpe sospechó que nunca había sido disparada. Habría sido un hombre apuesto de no ser por su bigote negro, que era demasiado fino; algo en sus ademanes sugería que era un caballero, y uno como es debido, pues sus ojos oscuros e inteligentes estaban extrañamente entristecidos, lo que tal vez no fuese tan raro, ya que acababa de ver cómo caía Oporto en manos de sus invasores. Saludó a Sharpe con una inclinación de cabeza.

—¿*Senhor*?

—No hablo portugués —dijo Sharpe.

—Soy el teniente Vicente —dijo el oficial en un buen inglés. Su uniforme azul oscuro llevaba pasamanería blanca en los dobladillos y estaba adornado con botones de plata, puños rojos y cuello alto también rojo. Llevaba una *barretina* y un chacó con falso frontal que añadía unos quince centímetros a su ya considerable altura. En la placa de latón delantera de la *barretina* aparecía engalanado el número 18. Estaba sofocado y en su rostro brillaba el sudor, pero estaba decidido a recordar sus modales —. Le felicito, *senhor*.

—¿Me felicita? —Sharpe no entendía nada.

—Lo he visto, *senhor*; en la carretera más abajo del seminario. Yo pensé que tenía usted que rendirse, pero en vez de hacerlo atacó. Fue... —Vicente se detuvo, frunciendo el ceño mientras buscaba la palabra adecuada—, fue un acto de gran valentía —continuó, e hizo que Sharpe se sintiera incómodo al quitarse la *barretina* e inclinar la cabeza otra vez—, y yo traigo a mis hombres para atacar a los franceses porque su valentía lo merece.

—No estaba siendo valiente —dijo Sharpe—, sólo un maldito estúpido.

—Fue usted valiente —insistió Vicente—, y nosotros le rendimos homenaje. —Por un momento parecía que planeaba dar un paso atrás con elegancia, desenvainar la espada y alzar la hoja a modo de saludo formal, pero Sharpe se las arregló para evitar la floritura con una pregunta acerca de los hombres de Vicente—. Somos treinta y siete, *senhor* —contestó con seriedad el joven portugués—, y somos del Regimiento decimoctavo, el segundo de Porto. —Le dio a Oporto su nombre propio en portugués. El regimiento, explicó, había estado defendiendo las improvisadas defensas del límite norte de la ciudad y se había retirado hacia el puente, donde, presa del pánico, se

había disuelto. Vicente había seguido hacia el este en compañía de aquellos treinta y siete hombres, de los que sólo diez provenían de su propia compañía—. Éramos más —confesó—, muchos más, pero la mayoría salió huyendo. Uno de mis sargentos dijo que yo era un estúpido por intentar rescatarle a usted y tuve que dispararle para evitar que extendiera la... ¿Cuál es la palabra?... ¿*desesperança*?..., ah, sí, la desesperación, y después llevé a estos hombres en su auxilio.

Durante unos segundos Sharpe simplemente se quedó mirando al teniente portugués.

—¿Que hizo qué? —preguntó por fin.

—Guié a estos hombres para prestarle ayuda. Soy el único oficial que queda de mi compañía, así que, ¿quién más podía tomar la decisión? El capitán Rocha murió de un cañonazo en el reducto. ¿Y los otros? No sé lo que les sucedió.

—No —dijo Sharpe—, antes de eso. ¿Disparó usted a su sargento?

Vicente asintió.

—Tendré que afrontar un juicio, desde luego. Alegaré necesidad. —Había lágrimas en sus ojos—. Pero el sargento dijo que eran todos ustedes hombres muertos y que nosotros estábamos derrotados. Estaba alentando a los hombres a que se quitaran el uniforme y desertaran.

—Hizo usted lo correcto —afirmó Sharpe, estupefacto.

Vicente volvió a bajar la cabeza.

—Me halaga usted, *senhor*.

—Y deje de llamarme *senhor* —dijo Sharpe—. Soy teniente, como usted.

Vicente dio un pequeño paso hacia atrás, incapaz de esconder su asombro.

—¿Es usted...? —empezó a preguntar, pero enseguida comprendió que semejante pregunta era descortés. Sharpe era mayor que él, quizá le sacase diez años, y si Sharpe seguía siendo teniente, entonces debía suponer que no era un buen soldado, pues a los treinta años un buen soldado debería haber ascendido—. Pero, estoy seguro, *senhor* —continuó Vicente—, de que es usted más veterano que yo.

—Puede que no lo sea.

—Yo sólo llevo como teniente dos semanas.

Ahora fue Sharpe quien hizo un gesto de sorpresa.

—¡Dos semanas!

—Antes hice algo de instrucción, por supuesto, y durante mis estudios leí las hazañas de los grandes soldados.

—¿Sus estudios?

—Soy abogado, *senhor*.

—¡Abogado! —Sharpe no pudo esconder su rechazo instintivo. Él venía de los barrios bajos de Inglaterra, y quien hubiese nacido y se hubiese criado en esos suburbios sabía que la mayor parte de persecuciones y de la opresión la causaban

abogados. Los abogados eran los lacayos del diablo que acompañaban a hombres y mujeres a la horca, eran las alimañas que daban órdenes a los alguaciles, tendían sus trampas con reglamentos y se enriquecían gracias a sus víctimas, y cuando ya eran lo bastante ricos, se convertían en políticos para así poder inventar aún más leyes y enriquecerse más todavía—. Odio a los malditos abogados —gruñó Sharpe con verdadera vehemencia, pues se estaba acordando de lady Grace y de lo que había sucedido después de su muerte, de cómo los abogados le habían arrancado hasta el último penique que había hecho en su vida. El recuerdo de Grace y de su bebé muerto reavivó en él toda la tristeza, pero él lo apartó de su mente de inmediato—. Odio a los abogados.

Vicente estaba tan anonadado por la hostilidad de Sharpe que simplemente pareció pasarla por alto.

—Antes de levantar la espada por mi país, yo era abogado. Trabajé para la Real Companhia Velha, que es la responsable de la regulación del comercio del oporto.

—Si un hijo mío quisiera hacerse abogado —dijo Sharpe—, lo estrangularía con mis propias manos y después mearía sobre su tumba.

—¿Entonces está casado, *senhor*? —preguntó Vicente con cortesía.

—No, no estoy casado.

—Lo entendí mal —dijo Vicente, y después señaló hacia sus fatigadas tropas—. Pues aquí estamos, *senhor*, y creo que deberíamos unir nuestras fuerzas.

—Puede ser —admitió Sharpe a regañadientes—, pero dejemos una cosa clara, abogado. Si su nombramiento es de hace dos semanas, yo soy el veterano. Estoy al mando. Sin artimañas de maldito abogado.

—Por supuesto, *senhor* —asintió Vicente, torciendo el gesto como si le ofendiera que Sharpe plantease lo que era obvio.

Maldito abogado, pensó Sharpe, y maldita mala suerte. Sabía que se había comportado de forma grosera, en especial porque aquel cortés y oven abogado había tenido el coraje de matar a un sargento y de guiar a sus hombres al rescate de los de Sharpe; y sabía que debería disculparse por su rudeza, pero en vez de hacerlo miró hacia el sur y hacia el oeste, intentando descifrar el paisaje, en busca de cualquier perseguidor y preguntándose dónde demonios estaba. Sacó su elegante catalejo, regalo de sir Arthur Wellesley, y lo orientó hacia el camino por el que habían llegado, mirando por encima de los árboles, y por fin vio lo que esperaba ver. Polvo. Un montón de polvo levantado por cascos, botas o ruedas. Podía ser la multitud de fugitivos dirigiéndose al este por la carretera que avanzaba junto al río, o podían ser los franceses, Sharpe no sabría decir.

—¿Intentará llegar al sur del Duero? —preguntó Vicente.

—Sí, eso es. Pero no hay puentes en esta parte del río, ¿verdad?

—No hasta llegar a Amarante, y eso está en el río Támeiga. Es un..., ¿cómo lo

llaman ustedes?... ¿un río lateral?... un afluente, gracias, del Duero, pero, una vez cruzado el Támea, hay un puente sobre el Duero en Peso da Régua.

—¿Y los gabachos han llegado a la otra orilla del Támea?

Vicente negó con la cabeza.

—Nos dijeron que el general Silveira está allí.

Los rumores de que un general portugués estaba esperando al otro lado de un río no equivalían a saberlo con seguridad, pensó Sharpe.

—¿Y hay algún transbordador en el Duero que no esté lejos de aquí?

Vicente asintió.

—En Barca d'Avintas.

—¿Está cerca?

Vicente reflexionó un segundo.

—A media hora a pie, quizás. Es probable que menos.

—¿Tan cerca? —Pero si el transbordador estaba cerca de Oporto, tal vez los franceses ya estuvieran allí—. ¿Y a qué distancia está Amarante?

—Podríamos estar allí mañana.

—Mañana —repitió Sharpe como un eco, y después plegó el catalejo. Miró hacia el sur. ¿La levantaban los franceses aquella polvareda? ¿Acaso se dirigían hacia Barca d'Avintas? Quería usar el transbordador porque estaba mucho más cerca, pero también era más arriesgado. ¿Acaso esperaban los franceses que los fugitivos usaran el transbordador? O puede que los invasores ni siquiera supieran que existía. Sólo había una manera de averiguarlo.

—¿Es el camino por el que hemos venido?

—Hay un trayecto más rápido —respondió Vicente.

—Entonces adelante.

Algunos de los hombres estaban durmiendo, pero Harper los despertó a patadas y todos siguieron a Vicente fuera del camino y bajaron a un apacible valle donde las vides crecían en hileras de una recta pulcritud. Desde allí subieron otra colina y atravesaron prados salpicados por los pequeños almiarés que quedaban del año anterior. Las flores tachonaban la hierba y se enredaban en los almiarés con forma de sombrero de bruja, y los setos también estaban florecidos. No había ningún camino, aunque Vicente guiaba a los hombres con bastante confianza.

—¿Sabe adónde vamos? —preguntó receloso Sharpe al cabo de un rato.

—Conozco esta zona —aseguró Vicente al fusilero—. La conozco bien.

—¿Es que creció aquí?

Vicente hizo un gesto negativo.

—Me crié en Coimbra. Está lejos, hacia el sur, *senhor*; pero conozco esta zona porque pertenezco... —se interrumpió y corrigió sus palabras—, pertenecía a una sociedad que pasea por aquí.

—¿Una sociedad que pasea por el campo? —preguntó Sharpe, divertido.

Vicente se sonrojó.

—Somos filósofos, *senhor*, y poetas.

Sharpe se sorprendió demasiado como para contestar de inmediato, pero al final hizo una pregunta.

—¿Que eran qué?

—Filósofos y poetas, *senhor*.

—¡Por las barbas de Cristo!

—Creemos, *senhor* —continuó Vicente—, que la inspiración se halla en los campos. El campo, ya lo ve, es natural, mientras que las ciudades están hechas por el hombre y por ello albergan toda la perversidad de los hombres. Si queremos descubrir nuestra bondad natural, ésta debe buscarse en el campo. —Tenía problemas para encontrar las palabras correctas en inglés con las que expresar lo que quería decir—. Existe, creo yo —intentó de nuevo—, una bondad natural en el mundo, y nosotros la buscamos.

—¿Así que vienen aquí por la inspiración?

—Así es, sí —afirmó Vicente con entusiasmo.

Proporcionar inspiración a un abogado, pensó Sharpe con amargura, era como darle de beber un buen brandy a una rata.

—Y deje que lo adivine —dijo, escondiendo apenas su burla—: los miembros de su sociedad de filósofos rimadores son todos varones. No hay ni una sola mujer entre ustedes, ¿verdad que no?

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Vicente atónito.

—Ya se lo dije, lo adiviné.

Vicente asintió.

—Desde luego, no es porque no nos gusten las mujeres. No debe pensar usted que no queremos su compañía, pero ellas son reacias a unirse a nuestras charlas. Serían muy bien recibidas, por supuesto, pero... —Su voz se apagó.

—Las mujeres son así —dijo Sharpe. Las mujeres, había descubierto él, preferían la compañía de los rufianes al placer de la conversación con jóvenes formales y serios como el teniente Vicente, que tenían sueños románticos sobre el mundo y se dejaban crecer primorosos bigotes negros con la intención de parecer mayores y más sofisticados, aunque sólo lograban parecer más jóvenes—. Dígame una cosa, teniente.

—Jorge —le interrumpió Vicente—, mi nombre es Jorge. Igual que su santo patrón.

—Pues dígame una cosa, Jorge. Dijo usted que recibió cierta instrucción como soldado. ¿Qué tipo de instrucción era?

—Asistimos a unas clases en Oporto.

—¿Clases?

—Sobre la historia de la guerra. Sobre Aníbal, Alejandro y César.

—¿Con libros? —preguntó Sharpe mofándose abiertamente.

—Con libros —respondió Vicente envalentonado—, algo natural para un abogado, y un abogado que además le ha salvado a usted la vida, teniente.

Sharpe gruñó, pues sabía que se había ganado aquel leve reproche.

—¿Qué ocurrió allí atrás —preguntó—, cuando me rescató? Sé que disparó a uno de sus sargentos, pero ¿por qué no le oyeron los franceses cuando lo hizo?

—¡Ah! —Vicente frunció el ceño mientras pensaba—. Para ser honesto, teniente, debo reconocer que no todo es mérito mío. Disparé al sargento antes de verlo a usted. Él les estaba diciendo a los hombres que se quitaran sus uniformes y huyeran. Algunos lo hicieron y los otros no me escuchaban, así que le disparé. Fue muy triste. Y la mayoría de los hombres estaban en la taberna junto al río, cerca de donde los franceses montaron la barricada. —Sharpe no había visto ninguna taberna; estaba demasiado ocupado intentando salvar a sus hombres de los dragones como para ver nada más—. Fue entonces cuando lo vi venir. El sargento Macedo —Vicente señaló con un gesto a un hombre rechoncho, de rostro oscuro, que avanzaba a trompicones detrás de ellos— quería permanecer escondido en la taberna, y yo les dije a los hombres que ya era hora de luchar por Portugal. La mayoría no parecía prestar atención, así que saqué mi pistola, *senhor*, y salí a la carretera. Pensé que moriría, pero también pensé que debía dar ejemplo.

—¿Pero sus hombres le siguieron?

—Lo hicieron —dijo Vicente efusivamente—, y el sargento Macedo luchó con mucha valentía.

—Creo —admitió Sharpe— que, pese a ser un maldito abogado, es usted un soldado cojonudo.

—¿Lo soy? —El joven portugués pareció sorprenderse, pero Sharpe sabía que se necesitaba un líder nato para sacar a los hombres de una taberna con la intención de tender una emboscada a una partida de dragones.

—Entonces, ¿se unieron al ejército todos sus filósofos y poetas?

Vicente pareció avergonzado.

—Ay, algunos se unieron a los franceses.

—¡A los franceses!

El teniente se encogió de hombros.

—Existe la creencia, *senhor*; de que el pensamiento francés predice el futuro de la humanidad. Las ideas francesas. En Portugal, creo yo, estamos chapados a la antigua, y la consecuencia es que muchos de nosotros se han inspirado en los filósofos franceses. Éstos rechazan la iglesia y las tradiciones. Rechazan la monarquía y desprecian los privilegios que no se ha ganado uno mismo. Sus ideas son

apasionantes. ¿Los ha leído usted?

—No.

—Pero yo amo mi país más de lo que amo al señor Rousseau —dijo Vicente apenado—, así que debo ser soldado antes que poeta.

—Muy acertado —dijo Sharpe—, la mejor elección es hacer algo útil con la vida de uno. —Cruzaron una pequeña elevación del terreno y Sharpe vio el río delante de ellos y un pueblecito a su lado, y detuvo a Vicente levantando la mano—. ¿Eso es Barca d'Avintas?

—En efecto.

—Maldita sea —dijo Sharpe con disgusto, pues los franceses ya estaban allí.

El río se encrespaba suavemente al pie de unas colinas de tonos azulados, y entre Sharpe y el río estaban las praderas, los viñedos, el pequeño pueblo, un arroyo que corría hacia el río y los malditos cabrones de los franceses. Más dragones. Los casacas verdes de la caballería habían desmontado y ahora se paseaban por el pueblo como si no tuvieran de qué preocuparse. Sharpe, tras dejarse caer detrás de unos arbustos de aulaga, hizo un gesto con la mano a sus hombres para que se agacharan.

—¡Sargento! Ordene a algunos de sus hombres que se desplieguen por la cima. —Dejó que Harper se encargara de desplegar a los fusileros mientras sacaba su catalejo y estudiaba al enemigo.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Vicente.

—Esperar —dijo Sharpe. Enfocó la lente, maravillándose por la claridad de su imagen aumentada. Podía ver los agujeros para las hebillas en las cinchas de los caballos de los dragones, que estaban atados en un campillo justo al oeste del pueblo. Contó los caballos. Cuarenta y seis. Puede que cuarenta y ocho. Era difícil de decir, porque algunas de las bestias estaban apelotonadas. Serían unos cincuenta hombres. Dirigió su catalejo hacia la izquierda y vio que salía humo desde detrás del pueblo, puede que desde la orilla del río. Un puentecito de piedra cruzaba el arroyo que fluía desde el norte. No pudo ver a ningún habitante del pueblo. ¿Habrían huido? Miró hacia el oeste, de vuelta a la carretera que llevaba a Oporto, y no pudo ver más franceses, lo que sugería que los dragones eran una patrulla enviada para hostigar a los fugitivos.

—¡Pat!

—¿Señor? —Harper se acercó y se agachó a su lado.

—Podemos sorprender a esos cabrones.

Harper tomó el catalejo de Sharpe y miró hacia el sur durante un buen rato.

—¿Unos cuarenta? ¿Cincuenta?

—Más o menos. Asegúrese de que los muchachos han cargado sus fusiles. —Sharpe le dejó el catalejo a Harper y bajó con esfuerzo de la cima para encontrarse con Vicente—. Llame aquí a sus hombres. Quiero hablarles. Usted traducirá.

Sharpe esperó hasta que los treinta y siete portugueses estuvieron agrupados; sin duda, se estaban preguntando por qué los comandaba un extranjero.

—Me llamo Sharpe —dijo a los casacas azules—, teniente Sharpe, y llevo dieciséis años como soldado. —Esperó a que Vicente tradujera sus palabras y después señaló al soldado portugués de aspecto más joven, un muchacho que no aparentaba más de diecisiete años y que bien podría haber sido tres años más joven—. Yo ya manejaba un mosquete antes de que usted naciese. Y quiero decir manejar un mosquete. Fui un soldado como usted. Marché con las tropas. —Mientras traducía, Vicente dedicó a Sharpe una mirada de sorpresa—. He luchado en Flandes —continuó Sharpe—. He luchado en la India, he luchado en España y he luchado en Portugal, y nunca he perdido una batalla. Nunca. —Los portugueses acababan de perder el gran reducto del norte frente a Oporto y aquella derrota aún les escocía, frente a ellos tenían a un hombre que les decía que era invencible, y algunos viendo la cicatriz de su rostro y la dureza de sus ojos, lo creían—. Ahora ustedes y yo vamos a luchar juntos, y eso significa que vamos a vencer. ¡Vamos a sacar de Portugal a esos malditos franceses! —Algunos sonrieron al oír aquello—. No tengan en cuenta lo que ha ocurrido hoy. No fue culpa de ustedes. ¡Les dirigía un obispo! ¿De qué demonios le sirve a nadie un obispo? Es lo mismo que si hubiesen ido a la batalla con un abogado. —Vicente le lanzó una veloz mirada de reproche antes de traducir la última frase, pero debió de hacerlo de manera correcta, pues los hombres sonrieron a Sharpe—. Vamos a devolver a esos cabrones a Francia, y por cada portugués y cada inglés que maten ellos, nosotros vamos a masacrar a una docena. —Algunos portugueses golpearon con las culatas de sus mosquetes en el suelo en señal de aprobación—. Pero, antes de que luchemos —continuó Sharpe—, les conviene saber que tengo tres normas, y será mejor que se familiaricen desde ya con ellas. Porque si quebrantan estas tres normas, entonces, que Dios me ayude, les haré pedacitos. —Vicente parecía nervioso cuando tradujo aquellas últimas palabras.

Sharpe esperó, y después levantó un dedo.

—No se emborrachen sin mi permiso. —Un segundo dedo—. No roben a nadie, a menos que se estén muriendo de hambre. Y quitar cosas al enemigo no cuenta como robar. —Aquello arrancó sonrisas. Levantó después un tercer dedo—. Y luchen como si tuvieran al mismísimo diablo pisándoles los talones. ¡Eso es todo! No se emborrachen, no roben y luchen como demonios. ¿Entendido? —Todos asintieron después de la traducción.

—Y justo ahora —siguió Sharpe—, van a empezar a luchar. Formarán tres filas y dispararán una ráfaga a la caballería francesa. —Hubiera preferido dos filas, pero sólo los ingleses luchaban en dos filas. Cualquier otro ejército empleaba tres, así que de momento él también lo haría, a pesar incluso de que treinta y siete hombres en tres filas ofrecían un frente muy pequeño—. Y no aprieten sus gatillos hasta que el

teniente Vicente les dé la orden. ¡Pueden confiar en él! ¡Es un buen soldado su teniente! —Vicente se ruborizó y puede que hiciera modestos cambios en la traducción, pero las sonrisas de las caras de sus hombres sugerían que el abogado había expresado la esencia de las palabras de Sharpe—. Asegúrense de que sus mosquetes están cebados, pero no amartillados. No quiero que el enemigo sepa que estamos aquí porque algún imbécil descuidado deja que se le dispare su mosquete. Ahora, disfruten de la matanza de esos cabrones.

Los dejó con aquel apunte sediento de sangre y regresó a la cima de la colina, donde se arrodilló al lado de Harper.

—¿Están haciendo algo? —preguntó mientras señalaba a los dragones.

—Se emborrachan —dijo Harper—. Les soltó la charla, ¿a que sí?

—¿Qué quiere decir?

—No se emborrachen, no roben y luchen como el diablo. El sermón del señor Sharpe.

Sharpe sonrió, luego le quitó el catalejo al sargento y lo dirigió hacia el pueblo, donde un grupo de dragones, con sus casacas verdes desabotonadas, vaciaban unos odres de vino en sus bocas. Otros estaban rebuscando en las casitas. Una mujer con un vestido negro desgarrado salió corriendo de una casa, fue alcanzada por un soldado de caballería y arrastrada otra vez al interior.

—Creo que los del pueblo se han marchado —comentó Sharpe.

—He visto un par de mujeres —dijo Harper—, y debe de haber muchas más a las que no podemos ver. —Pasó su manaza sobre el seguro de su rifle—. Bueno, ¿qué vamos a hacer con ellos?

—Vamos a tocarles las narices —anunció Sharpe— hasta que decidan venir a matarnos, y entonces vamos a matarlos nosotros a ellos. —Recogió la lente y le contó a Harper exactamente cómo había planeado derrotar a los dragones.

Los viñedos le ofrecían a Sharpe la oportunidad para hacerlo. Las viñas crecían en espesas hileras cercanas entre sí y se extendían desde el arroyo de su derecha hasta unos bosques que había hacia el oeste; sólo un sendero que facilitaba a los peones el acceso a las viñas interrumpía las hileras, de modo que las viñas ofrecerían una densa cubierta a los hombres de Sharpe mientras se arrastrasen para acercarse a Barca d'Avintas. Dos descuidados centinelas franceses vigilaban desde el límite del pueblo, pero ninguno veía nada amenazador en la campiña primaveral y uno de ellos incluso posó su carabina para poder cebar una pequeña pipa con tabaco. Sharpe dispuso a los hombres de Vicente cerca del sendero y envió a sus fusileros hacia el oeste, para que estuvieran más cerca del prado donde estaban amarrados los caballos de los dragones. Entonces amartilló su propio rifle, se colocó de forma que el cañón sobresaliese entre dos retorcidas raíces de vid y apuntó al centinela más cercano.

Disparó, y con el retroceso la culata le golpeó el hombro; el sonido aún levantaba

eco en los muros del pueblo cuando sus fusileros empezaron a disparar a los caballos. Su primera descarga abatió a seis o siete de las bestias, hirió a otras tantas y desató el pánico entre los demás animales ensogados. Dos consiguieron arrancar de la hierba las estacas a las que estaban atados y saltaron la valla intentando escapar, pero luego dieron la vuelta en dirección a sus compañeros justo mientras los rifles eran cargados y disparados de nuevo. Más caballos relincharon y cayeron. Media docena de fusileros vigilaban el pueblo y empezaron a disparar en cuanto los primeros dragones corrieron hacia el prado. La infantería de Vicente permanecía escondida, agazapada entre las viñas. Sharpe vio que el centinela al que había disparado se arrastraba calle arriba, dejando un rastro de sangre, y mientras el humo de aquel disparo se disipaba, volvió a disparar, esta vez a un oficial que corría en dirección al prado. Más dragones aún, temiendo perder sus preciados caballos, corrieron a desatar a las bestias, y las balas de los rifles comenzaron a matar tanto a hombres como a caballos. Una yegua herida relinchaba de un modo lastimero, y entonces el oficial al mando de los dragones se dio cuenta de que no podría rescatar a los caballos hasta que no hubiera repelido a los hombres que los estaban masacrando, de modo que gritó a sus soldados de caballería que se internaran entre las viñas y ahuyentaran a los atacantes.

—¡Sigán disparando a los caballos! —ordenó Sharpe.

No era una tarea agradable. Los lamentos de las bestias heridas les partían el corazón a los hombres y la imagen de un caballo capón herido intentando arrastrarse sobre sus cuartos delanteros fue desalentadora, pero Sharpe hizo que sus hombres siguieran disparando. Los dragones, alejados ya del fuego de los rifles, corrieron hacia el viñado con la confianza de estar tratando con un simple puñado de partisanos. Se suponía que los dragones eran infantería montada, por lo que iban armados con carabinas, mosquetes de cañón corto, con las que podían luchar a pie; algunos llevaban sus carabinas mientras que otros preferían atacar con sus espadas largas y rectas, pero todos ellos sin distinción corrieron hacia el camino que ascendía entre las viñas. Sharpe había intuido que seguirían el sendero en vez de saltar por encima de las intrincadas viñas y por eso había emplazado a Vicente y a sus hombres cerca del camino. Los dragones se agruparon al entrar en el viñado y Sharpe sintió el impulso de correr hacia los portugueses y tomar él el mando, pero justo entonces Vicente ordenó a sus hombres que se levantaran.

Los soldados portugueses aparecieron como por arte de magia delante de los desorganizados dragones. Sharpe observó con aprobación cómo Vicente dejaba que sus hombres se pusieran cómodos y después les ordenaba disparar. Los franceses habían intentado detener su desesperada carga y torcer rápidamente hacia un lado, pero las viñas se lo impidieron y la andanada de Vicente hizo blanco en la parte más densa del grupo de soldados de caballería que se arracimaba en el estrecho sendero. Harper, a distancia del flanco derecho, hizo que los fusileros añadieran su propia

descarga para que los dragones fuesen atacados por ambos lados. El humo de la pólvora se elevaba sobre las viñas.

—¡Calen bayonetas! —gritó Sharpe.

Había unos doce dragones muertos, y los que estaban más alejados ya habían salido corriendo. Les habían convencido de que luchaban contra unos pocos pueblerinos indisciplinados, pero en vez de eso se veían superados en número por soldados de verdad y el centro de su improvisado frente había sido destripado, la mitad de sus caballos estaban muertos y ahora la infantería estaba saliendo de entre el humo con las bayonetas caladas. Los portugueses pasaron por encima de dragones muertos y heridos. Uno de los franceses, con un tiro en el muslo, se giró con una pistola en la mano, pero Vicente se la arrebató con su espada y después la tiró al arroyo de una patada. Los dragones que estaban ilesos corrían hacia sus caballos y Sharpe ordenó a sus fusileros que los ahuyentaran con balas mejor que con bayonetas.

—¡Háganles seguir corriendo! —gritó—. ¡Asústenlos! ¡Teniente! —Buscó a Vicente—. ¡Lleve a sus hombres al pueblo! ¡Cooper! ¡Tongue! ¡Slattery! ¡Aseguren a esos cabrones!

Sharpe sabía que tenía que mantener en movimiento a los franceses que estaban delante, pero no se atrevía a dejar en retaguardia a ningún dragón con heridas leves, así que ordenó a los tres fusileros que desarmaran a los soldados de caballería heridos por la andanada de Vicente. Los portugueses ya estaban en el pueblo abriendo las puertas de par en par y todos se congregaban en una iglesia situada cerca del puente que cruzaba el arroyuelo.

Sharpe corrió hacia el campo en el que los caballos estaban muertos, agonizantes o aterrorizados. Unos pocos dragones habían intentado desatar sus monturas, pero el fuego de rifles los había espantado. Así que ahora Sharpe era propietario de una veintena de caballos.

—¡Dan! —llamó a Hagman—. Termine con el sufrimiento de los que están heridos. ¡Pendleton! ¡Harris! ¡Cresacre! ¡Vengan aquí!

Encaminó a los tres hombres hacia el muro del lado oeste del prado. Los dragones habían huido en esa dirección y Sharpe sospechaba que se habían refugiado en una densa arboleda que se alzaba a unos cien pasos de allí. Un piquete de tres no sería suficiente para enfrentarse siquiera a un desganado contraataque de los franceses; Sharpe sabía que enseguida tendría que reforzar ese piquete, pero primero quería asegurarse de que no había dragones merodeando por las casas, jardines y huertos del pueblo.

Barca d'Avintas era un lugar pequeño, una proliferación de casas construidas cerca de la carretera que descendía hacia el río, donde un pequeño embarcadero había acomodado el transbordador, pero parte del humo que Sharpe había visto antes

provenía de una nave parecida a una gabarra de proa roma y una docena de escalmos. Ahora estaba ardiendo en el agua, con la parte superior quemada casi hasta la línea de flotación y la parte inferior del casco agujereada y hundida. Sharpe se quedó mirando la barca inservible, miró al otro lado del río, que era de unos noventa metros de ancho, y entonces soltó una maldición.

Harper apareció junto a él con su rifle colgado.

—¡Jesús! —dijo, mirando el transbordador—, eso no es bueno ni para un hombre ni para una bestia, ¿no le parece?

—¿Alguno de nuestros muchachos está herido?

—Ni uno, señor, ni siquiera un rasguño. Los portugueses igual, están todos vivos. Lo hicieron bien, ¿verdad? —Volvió a mirar la barcaza en llamas—. ¡Jesús de mi vida!, ¿eso era el transbordador?

—Era la puta Arca de Noé —contestó bruscamente Sharpe—. ¿Qué demonios pensaba usted que era? —Estaba enfadado porque había esperado poder usar el transbordador para poner a todos sus hombres a salvo al otro lado del Duero, pero ahora parecía que se habían quedado tirados. Se alejó enojado, luego se giró justo a tiempo para verla mueca que le estaba dedicando Harper.

—¿Ha encontrado las tabernas? —preguntó, pasando por alto el gesto.

—Aún no, señor —dijo Harper.

—Pues encuéntrelas, ponga un guardia en cada una y después envíe a otra docena de hombres a la parte más lejana del prado.

—¡Sí, señor!

Los franceses habían encendido más fuegos entre los cobertizos de la orilla del río y ahora Sharpe se agachaba entre la creciente humareda para abrir a puntapiés las puertas medio quemadas. Había un montón de redes alquitranadas enmoheciéndose en un cobertizo, pero en el siguiente había un esquife pintado de negro con una proa fina y afilada que se curvaba hacia arriba como un garfio. El cobertizo había sido incendiado, pero las llamas no habían alcanzado el esquife y Sharpe se las apañó para sacar a rastras por la puerta parte de él, antes de que el teniente Vicente llegara y le ayudara a arrastrar la embarcación lejos del humo. Los demás cobertizos también estaban ardiendo, pero al menos esta única barca se había salvado; Sharpe calculaba que en ella podía caber con seguridad cerca de una docena de hombres, lo que significaba que les ocuparía el resto del día cruzar a todo el mundo al otro lado del ancho río. Sharpe estaba a punto de pedirle a Vicente que buscara remos o palas cuando advirtió que el rostro del joven estaba blanco y turbado, casi como si el teniente estuviese al borde de las lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Sharpe.

Vicente no contestó, únicamente señaló hacia el pueblo.

—Los franceses estaban divirtiéndose con las damas, ¿eh? —preguntó Sharpe,

empezando a caminar hacia las casas.

—Yo no lo llamaría diversión —dijo Vicente con gesto adusto—. Y también tenemos un prisionero.

—¿Sólo uno?

—Hay otros dos —dijo Vicente, frunciendo el ceño—, pero éste es un teniente. No llevaba calzones, de modo que fue demasiado lento para huir.

Sharpe no preguntó por qué el dragón capturado no llevaba calzones. Ya sabía por qué.

—¿Qué ha hecho con él?

—Debe ir a juicio —dijo Vicente.

Sharpe se detuvo y miró al teniente.

—¿Que debe qué? —preguntó sorprendido—. ¿Ir a juicio?

—Por supuesto.

—En mi país —dijo Sharpe— se cuelga a los hombres por violación.

—No sin un juicio —protestó Vicente, y Sharpe dedujo que los soldados portugueses habrían querido matar al prisionero de inmediato y que Vicente los habría detenido por causa de alguna elevada idea según la cual era necesario un juicio.

—Maldita sea —dijo Sharpe—, ahora es usted un soldado, no un abogado. No les obsequie con un juicio. Les partirá el corazón.

La mayoría de los habitantes de Barca d'Avintas había huido de los dragones, pero algunos se habían quedado y casi todos estaban ahora reunidos alrededor de una casa vigilada por media docena de los hombres de Vicente. Un dragón muerto, despojado de camisa, gabán, botas y calzones, yacía boca abajo delante de la iglesia. Debía de estar apoyado en el muro de la iglesia cuando le dispararon, pues había dejado un rastro de sangre en las piedras encaladas. Un perro le olisqueaba los dedos de los pies. Los soldados y los del pueblo se apartaron para dejar que Sharpe y Vicente entraran en la casa donde el joven oficial de dragones, rubio, delgado y de rostro huraño, era vigilado por el sargento Macedo y otro soldado portugués. El teniente había conseguido ponerse sus calzones, pero no había tenido tiempo de abotonárselos y se los sujetaba por la cintura. Tan pronto como vio a Sharpe empezó a parlotear en francés.

—¿Habla usted francés? —le preguntó Sharpe a Vicente.

—Claro que sí —dijo Vicente.

Pero Vicente, reflexionó Sharpe, quería que aquel francés rubio tuviera un juicio, y Sharpe sospechaba que si Vicente interrogaba al hombre él no se enteraría de toda la verdad, sólo oiría excusas, así que Sharpe fue hacia la puerta de la casa.

—¡Harper! —Esperó hasta que apareció el sargento—. Tráigame a Tongue o a Harris —ordenó.

—Yo hablaré con ese hombre —protestó Vicente.

—Necesito que hable con alguien más —dijo Sharpe y se fue al cuarto de atrás, donde una chica, que no podía tener mucho más de catorce años, lloraba. Tenía el rostro enrojecido, los ojos hinchados y respiraba de forma entrecortada, intercalando gemidos quejumbrosos y gritos desesperados. Se cubría con una manta y tenía una magulladura en la mejilla izquierda. Una mujer mayor, totalmente vestida de negro, intentaba reconfortar a la chica, pero ésta empezó a gritar aún más fuerte en cuanto vio a Sharpe, de modo que éste salió del cuarto, avergonzado—. Pregúntele a ella qué ha pasado —le dijo a Vicente, y se volvió cuando Harris entró por la puerta. Harris y Tongue eran los dos hombres cultos de Sharpe. Tongue había sido condenado al ejército por culpa de la bebida, mientras que el pelirrojo e incluso más alegre Harris decía ser un voluntario que buscaba aventura. Y ahora la estaba teniendo, reflexionó Sharpe—. Este pedazo de mierda —le dijo Sharpe a Harris mientras señalaba con un movimiento de cabeza al francés de cabello rubio— fue sorprendido con los calzoncillos por los tobillos y una chiquilla debajo. Averigüe qué excusa tiene ese cabrón antes de que lo matemos.

Volvió a salir a la calle y echó un buen trago de su cantimplora. El agua estaba templada y salobre. Harper esperaba junto a un abrevadero en medio de la calle y Sharpe se acercó a él.

—¿Va todo bien?

—Hay otros dos gabachos ahí dentro. —Harper apuntó con un dedo hacia la iglesia que estaba detrás de él—. Vivos, quiero decir.

Cuatro hombres de Vicente guardaban la puerta de la iglesia.

—¿Y qué diantre están haciendo ahí? —preguntó Sharpe—. ¿Rezar?

El hombretón del Ulster se encogió de hombros.

—Acogerse a sagrado, supongo.

—No podemos llevarnos a esos cabrones con nosotros —dijo Sharpe—, así que, ¿por qué no los fusilamos?

—Porque el señor Vicente dice que no debemos hacerlo. Es bastante puntilloso respecto a los prisioneros este señor Vicente. Es abogado, ¿verdad?

—Parece casi decente para ser abogado —admitió a regañadientes Sharpe.

—Los mejores abogados son los que están criando malvas, éstos son los mejores —dijo Harper—, y éste no va a dejar que vaya y les pegue un tiro a esos dos cabrones. Dice que sólo son unos borrachos, y es verdad. Lo son. De los que imploran al cielo.

—No podemos encargarnos de unos prisioneros —dijo Sharpe. Se secó el sudor de la frente y volvió a ponerse el chacó. La visera se estaba separando de la corona, pero no había nada que pudiera hacer para arreglarlo—. Traiga a Tongue —sugirió—, y veamos si puede averiguar en qué andaban metidos esos dos. Si sólo se han

emborrachado con el vino de misa, los haremos marchar hacia el oeste, les quitaremos todo lo que tengan de valor y los enviaremos a patadas por donde vinieron. Pero si han violado a alguien...

—Ya sé lo que hacer, señor —dijo Harper con gesto severo.

—Pues hágalo —dijo Sharpe.

Saludó con un movimiento de cabeza a Harper y fue más allá de la iglesia, hasta donde el arroyo se unía al río. Desde el pequeño puente de piedra el camino llevaba hacia el este a través de un viñedo, pasaba junto a un cementerio vallado y después zigzagueaba a lo largo de una pradera junto al Duero. Era todo campo raso y, si llegaban más franceses y él tenía que abandonar el pueblo, no se atrevería a usar esa carretera y debería rogar a Dios que le concediera tiempo para cruzar a sus hombres al otro lado del Duero. Fue ese pensamiento lo que hizo que volviera a recorrer la calle para buscar remos. ¿O quizá podría encontrar una soga? Si la soga era lo bastante larga, podría tenderla sobre el río y arrastrar la barca de una orilla a la otra, y seguramente eso sería más rápido que remar.

Se estaba preguntando si habría sogas de campana en la pequeña iglesia que pudieran llegar tan lejos, cuando Harris salió de la casa y le informó de que el nombre del prisionero era teniente Olivier y que pertenecía al 18.º de Dragones, y que el teniente, a pesar de haber sido sorprendido con los calzones a la altura de los tobillos, negaba haber violado a la chica.

—Dice que los oficiales franceses no se comportan así, pero el teniente Vicente dice que la chica jura que sí lo hizo.

—Entonces, ¿lo hizo o no lo hizo? —preguntó Sharpe irritado.

—Desde luego que sí, señor. Lo admitió después de que le diera unos trompazos —dijo Harris alegremente—, pero insiste en que ella quería que lo hiciera. Dice que ella quería que la consolara después de que la hubiera violado un sargento.

—¡Quería que la consolara! —dijo Sharpe en tono mordaz—. Él sólo era el segundo en la fila, ¿no?

—El quinto —puntualizó Harris inexpresivo—, o eso dice la chica.

—¡Jesús! —exclamó Sharpe—. ¿Y qué tal si le doy una paliza a ese mierda y después lo colgamos?

Sharpe se dirigió de nuevo a la casa donde los civiles increpaban al francés, que los miraba con un desdén que habría sido admirable en un campo de batalla. Vicente estaba protegiendo al dragón y ahora pedía a Sharpe que le ayudara a escoltar al teniente Olivier para ponerlo a salvo.

—Debe tener un juicio —insistía Vicente.

—Acaba de tenerlo —dijo Sharpe—, y lo he declarado culpable. Así que ahora le daré unos tortazos y después lo colgaré.

Vicente parecía nervioso, pero no se echó atrás.

—No podemos rebajarnos a su nivel de barbarie —proclamó.

—Yo no violé a la chica —dijo Sharpe—, así que no me compare con ellos.

—Luchamos por un mundo mejor —declaró Vicente.

Durante un instante Sharpe se quedó mirando al joven oficial portugués, casi sin creer lo que acababa de oír.

—¿Y qué tal si lo dejamos aquí, eh?

—¡No podemos hacerlo! —contestó Vicente, pues sabía que los del pueblo se tomarían una venganza mucho peor que cualquier cosa que propusiera Sharpe.

—¡Y yo no puedo tomar prisioneros! —insistió Sharpe.

—No podemos matarlo. —Vicente se había ruborizado por la indignación mientras se enfrentaba a Sharpe, y no podía retractarse—, y tampoco podemos dejarlo aquí. Sería un asesinato.

—¡Oh, por Dios santo! —dijo Sharpe presa de la exasperación. El teniente Olivier no hablaba inglés, pero parecía entender que su destino estaba en juego y miraba a Sharpe y a Vicente como un halcón—. ¿Y quiénes van a ser el juez y el jurado? —exigió Sharpe, pero Vicente no tuvo ocasión de contestar, pues justo entonces un rifle disparó desde el extremo oeste del pueblo y luego se oyó otro y a continuación hubo toda una ráfaga de disparos.

Los franceses habían regresado.



Al coronel James Christopher le gustaba vestir el uniforme de húsar. Decidió que le quedaba bien y pasó un buen rato contemplándose en el espejo de cuerpo entero del dormitorio más grande de la granja, moviéndose a derecha e izquierda y maravillándose por la sensación de poder que transmitía aquel uniforme. Dedujo que provenía de las botas con largas borlas y del cuello alto y rígido de la casaca, que obligaba al hombre a permanecer erguido y con la cabeza hacia atrás, así como del talle de la casaca, tan ajustada que Christopher, aunque era delgado y esbelto, tenía que meter la barriga para poder abrochar los corchetes de la pechera con pasamanería de plata. El uniforme le hacía sentirse revestido de autoridad, y la elegancia del conjunto se veía realzada por el dolmán con vueltas de piel que colgaba de su hombro izquierdo y por la vaina del sable, con una cadena de plata que tintineó cuando bajó las escaleras y se paseó de un lado a otro por la terraza mientras esperaba a su invitado. Se metió una astilla de madera en la boca y la movió obsesivamente entre los dientes mientras observaba atento la distante mancha de humo que señalaba dónde ardían los edificios en la ciudad tomada. Un puñado de fugitivos se habían detenido en la granja para mendigar comida y Luis había hablado con ellos; después éste le había contado a Christopher que cientos, sino miles de personas, se habían ahogado al romperse el puente de barcas. Los refugiados afirmaban que los franceses

habían hundido el puente a cañonazos y Luis, con su odio por el enemigo enardecido por el falso rumor, había mirado a su patrón con gesto hosco hasta que Christopher acabó por perder la paciencia.

—¡Sólo es un uniforme, Luis! ¡No significa un cambio en mi lealtad!

—Un uniforme francés —se había quejado Luis.

—¿Quieres que Portugal se libre de los franceses? —preguntó Christopher bruscamente—. Pues compórtate con respeto y olvida este uniforme.

Ahora Christopher se paseaba por la terraza, hurgándose los dientes y vigilando constantemente la carretera que atravesaba la colina. El reloj del elegante salón de la granja dio las tres y, no mucho después de que la última campanada se apagase, una inmensa columna de caballería apareció sobre la cima más alejada. Eran dragones y venían en número suficiente como para asegurarse de que ninguna tropa partisana o de fugitivos portugueses causara problemas al oficial que cabalgaba para encontrarse con Christopher.

Los dragones, todos ellos del 18.º Regimiento, se distribuyeron por los campos de delante de la granja, donde un arroyo proporcionaba agua para sus caballos. Las casacas verdes con vueltas rosadas de los jinetes estaban blancas por el polvo. Algunos, al ver a Christopher con su uniforme de húsar francés, le dedicaron un rápido saludo, pero la mayoría lo ignoraron y se limitaron a llevar sus caballos hacia el arroyo mientras el inglés se volvía para recibir a su visitante.

Se llamaba Argenton y era capitán y ayudante de campo del 18.º de Dragones, y por su sonrisa quedaba claro que conocía al coronel Christopher y lo apreciaba.

—Ese uniforme parece tuyo —observó Argenton.

—Lo encontré en Oporto —dijo Christopher—. Pertenecía a un pobre tipo que era prisionero y murió de unas fiebres, y un sastre lo ajustó a mi talla.

—Pues lo hizo bien —dijo Argenton admirado—. Ahora lo único que te hace falta son las *cadettes*.

—¿Las *cadettes*?

—Las trenzas —explicó Argenton tocándose las sienes, donde los húsares franceses se dejaban el pelo largo para distinguirse como jinetes de élite—. Algunos hombres se quedan calvos y hacen que los peluqueros les cosan falsas *cadettes* a sus chacós o a sus morriones.

—No estoy seguro de querer dejarme trenzas —dijo Christopher, divertido—, pero a lo mejor puedo encontrar alguna chica con el pelo negro y cortarle un par de trenzas, ¿eh?

—Buena idea.

Argenton observó con aprobación cómo su escolta se desplegaba en piquetes, y después sonrió en agradecimiento mientras un Luis de gesto muy hosco les servía a Christopher y a él unos vasos de *vinho verde*, el dorado vino blanco del valle del

Duero. Argenton probó el vino con delicadeza y le sorprendió que fuera tan bueno. Era un hombre menudo, de rostro franco y sincero y de cabello rojizo, que ahora llevaba húmedo por el sudor y marcado allí donde había estado su casco. Sonreía con facilidad, reflejando con ello su naturaleza confiada. Christopher sentía bastante desprecio por el francés, pero sabía que le sería útil.

Argenton apuró su vino.

—¿Has oído lo de los ahogamientos de Oporto? —preguntó.

—Mi criado dice que destruisteis el puente.

—Eso decían —dijo Argenton pesaroso—, pero el puente se derrumbó bajo el peso de los refugiados. Fue un accidente. Un accidente penoso, pero si la gente se hubiese quedado en sus casas y hubiese dado a nuestros hombres una bienvenida como es debido, entonces no habría cundido el pánico en el puente. Ahora estarían todos vivos. Se nos echa la culpa de lo que ha ocurrido, pero no tuvo nada que ver con nosotros. El puente no era lo bastante fuerte, y ¿quién construyó el puente? Los portugueses.

—Un accidente penoso, como bien dices —dijo Christopher—, pero aun así tengo que felicitaros por vuestra rápida toma de Oporto. Fue una proeza militar notable.

—Habría sido todavía más notable —observó Argenton— si los oponentes hubieran sido mejores soldados.

—Confío en que vuestras pérdidas no fuesen excesivas.

—Unos cuantos —dijo Argenton con desdén—, pero la mitad de nuestro regimiento fue enviado hacia el este y perdieron un buen montón de hombres en una emboscada junto al río. Una emboscada —lanzó una mirada acusadora a Christopher— en la que tomaron parte algunos fusileros ingleses. No pensé que quedaran tropas inglesas en Oporto.

—No tendrían que haber estado allí —informó Christopher—, les ordené que marcharan al sur del río.

—Entonces te desobedecieron —observó Argenton.

—¿Murió alguno de los fusileros? —preguntó Christopher, con la leve esperanza de que Argenton tuviese noticias de la muerte de Sharpe.

—No estuve allí. Me han enviado a Oporto para encontrar alojamiento, buscar raciones y hacer las tareas burocráticas de la guerra.

—Encargos que, estoy seguro, habrás cumplido de manera admirable —dijo Christopher con suavidad, y después condujo a su invitado al interior de la casa, donde Argenton admiró los azulejos que rodeaban el hogar del comedor y el sencillo candelabro de hierro que colgaba sobre la mesa. Hasta la comida era bastante corriente: pollo, alubias, pan, queso y un buen vino tinto de la tierra, pero el capitán Argenton fue elogioso.

—Andamos un poco cortos de raciones —explicó—, pero ahora las cosas

deberían cambiar. Hemos encontrado mucha comida en Oporto y un almacén lleno hasta las vigas de buena pólvora inglesa y de proyectiles.

—¿También andabais cortos de eso? —preguntó Christopher.

—Tenemos de sobra, pero la pólvora inglesa es mejor que la nuestra. No tenemos más fuente de salitre que lo que rascamos de las paredes de pozos negros.

Christopher hizo un gesto de asco sólo de pensarlo. El mejor salitre, elemento esencial de la pólvora, provenía de la India y él nunca habría sospechado que hubiera escasez de él en Francia.

—Doy por sentado —dijo— que la pólvora era un regalo inglés para los portugueses.

—Quienes ahora nos la han dado a nosotros —dijo Argenton—, para gran deleite del mariscal Soult.

—Entonces quizá sea el momento —sugirió Christopher— de que hagamos un poco infeliz al mariscal.

—Así es, así es —dijo Argenton, y después se quedó en silencio porque habían llegado al propósito de su encuentro.

Se trataba de un propósito extraño, aunque apasionante. Los dos hombres estaban tramando un motín. O una rebelión. O un golpe de mano contra el ejército del mariscal Soult. Pero cualquiera que fuese su nombre, era una estratagema que podría poner fin a la guerra.

El descontento, explicaba ahora Argenton, se había extendido por todo el ejército del mariscal Soult. Christopher ya había oído antes todo esto de boca de su invitado, pero no interrumpió a Argenton mientras éste ensayaba los argumentos que justificarían su deslealtad. Describió cómo algunos oficiales, todos ellos devotos católicos, se sentían mortalmente ofendidos por el comportamiento de sus ejércitos en España y Portugal. Habían profanado iglesias y violado a monjas.

—Incluso se han profanado los sagrados sacramentos —señaló Argenton horrorizado.

—Casi no puedo creerlo —dijo Christopher.

Otros oficiales, unos pocos, simplemente se oponían a Bonaparte. Argenton era un monárquico católico, pero estaba deseando hacer causa común con aquellos hombres que aún sentían simpatías jacobinas y creían que Bonaparte había traicionado la revolución.

—No se puede confiar en ellos, está claro —dijo Argenton—, no a largo plazo, pero se unirán a nosotros para oponer resistencia a la tiranía de Bonaparte.

—Rezo porque lo hagan —dijo Christopher.

Hacía tiempo que el gobierno inglés tenía noticia de una misteriosa asociación de oficiales franceses que se oponían a Bonaparte. Se hacían llamar los Philadelphes. En una ocasión, Londres había enviado a agentes en busca de su evasiva hermandad,

pero al final habían llegado a la conclusión de que el número de miembros era demasiado reducido, sus ideales demasiado imprecisos y sus seguidores estaban demasiado divididos como para que los Philadelphes llegaran a tener ningún éxito.

Pero allí, en el remoto norte de Portugal, los distintos opositores a Bonaparte habían encontrado una causa común. Christopher había oído hablar por primera vez de aquella causa al conversar con un oficial francés que había caído prisionero en la frontera del norte de Portugal y había estado viviendo en Braga, donde, tras recibir la libertad condicional, su única restricción era permanecer dentro de los barracones por su propia seguridad. Christopher bebió con el infeliz oficial y oyó una historia sobre el malestar francés generado por la absurda ambición de un solo hombre.

Nicolas Jean de Dieu Soult, duque de Dalmacia, mariscal de Francia y comandante del ejército que ahora estaba invadiendo Portugal, había visto cómo otros hombres que servían al Emperador se convertían en príncipes, incluso en reyes, y consideraba que su propio ducado era una magra recompensa para una carrera que ensombrecía a casi la de todos los demás mariscales del Emperador. Soult había sido soldado durante veinticuatro años, general durante quince y mariscal durante cinco. En Austerlitz, con mucho la mayor de todas las victorias del Emperador, el mariscal Soult se había cubierto de gloria, superando de lejos al mariscal Bernadotte, quien, sin embargo, ahora era príncipe de Pontecorvo. Jérôme Bonaparte, el hermano menor del Emperador, era un derrochador vago y extravagante, y aun así era rey de Westfalia, y el mariscal Murat, un fanfarrón irascible, era rey de Nápoles. Louis Napoleón, otro de los hermanos del Emperador, era rey de Holanda, y todos esos hombres eran don nadie, mientras que Soult, que conocía su propia gran valía, era un simple duque, y con eso no bastaba.

Pero ahora el antiguo trono de Portugal estaba vacante. La familia real, temerosa de la invasión francesa, había huido a Brasil y Soult quería ocupar el trono vacante. El coronel Christopher, al principio, no se había creído el cuento, pero el prisionero le había jurado que era cierto y Christopher había hablado con algunos de los otros prisioneros que habían sido capturados en escaramuzas en la frontera del norte y todos afirmaban haber oído a menudo la misma historia. No era un secreto, decían, que Soult tenía aspiraciones reales. Los oficiales en libertad condicional también le contaron a Christopher que las ambiciones del mariscal habían molestado a muchos de sus propios oficiales, a quienes disgustaba la idea de tener que luchar y sufrir tan lejos de casa sólo para aupar a Nicolas Soult a un trono vacante. Había rumores de amotinamiento, y Christopher estaba preguntándose cómo podría descubrir si los rumores sediciosos eran serios cuando el capitán Argenton lo abordó.

Con gran osadía, Argenton había estado viajando por el norte de Portugal vestido de Civil y haciéndose pasar por un comerciante de vinos del Alto Canadá. Si hubiera sido descubierto, le habrían fusilado por espía, Argenton no estaba explorando el

terreno, sino más bien intentando descubrir aristócratas portugueses influenciados dispuestos a alentar a Soult en sus ambiciones, pues si el mariscal iba a declararse rey de Portugal o, con más modestia, rey de la Lusitania del Norte, primero necesitaría que lo convencieran de que en Portugal había hombres influyentes que apoyarían tal usurpación del trono vacante. Argenton había hablado con aquellos hombres, y Christopher, para su sorpresa, descubrió que había multitud de aristócratas, eclesiásticos y eruditos en el norte de Portugal que odiaban a su propia monarquía y creían que un rey extranjero de la Francia ilustrada sería beneficioso para su país. Así que se habían recopilado cartas que alentaban a Soult a autoproclamarse rey.

Y cuando ocurriera esto, aseguraba Argenton a Christopher, el ejército se amotinaría. Había que poner fin a la guerra, decía Argenton, o si no ésta arrasaría toda Europa como un grandioso incendio. Era una locura, decía, una locura del Emperador, que parecía dispuesto a conquistar el mundo entero.

—Se cree que es Alejandro Magno —dijo con pesimismo el francés—, y si no se detiene, entonces de Francia no quedará nada. ¿Contra quién lucharemos? ¿Contra todos? ¿Contra Austria? ¿Prusia? ¿Inglaterra? ¿España? ¿Portugal? ¿Rusia?

—Contra Rusia nunca —dijo Christopher—, ni siquiera Bonaparte está tan loco.

—Está loco —insistió Argenton—, y tenemos que librar a Francia de él. —Y el comienzo del proceso, creía, sería el amotinamiento que con seguridad estallaría cuando Soult se autoproclamara rey.

—Tu ejército está descontento —admitió Christopher—, pero ¿te apoyaría en un motín?

—Yo no lo dirigiría —respondió Argenton—, pero hay hombres que sí lo harían. Y esos hombres quieren llevar al ejército de regreso a Francia, y eso, te lo aseguro, es lo que desea la mayoría de los soldados. Se amotinarán.

—¿Quiénes son esos cabecillas? —preguntó Christopher enseguida.

Argenton dudó. Cualquier amotinamiento era un asunto peligroso y, si se descubrían las identidades de los cabecillas, habría una orgía de pelotones de fusilamiento.

Christopher vio que dudaba.

—Si queremos persuadir a las autoridades inglesas de que tus planes merecen ser apoyados —argumentó—, tenemos que darles nombres. Tenemos que hacerlo. Y tú debes confiar en nosotros, amigo mío —Christopher se llevó una mano a la altura del corazón—. Te juro por mi honor que nunca revelaré esos nombres. ¡Nunca!

Argenton, convencido, enumeró a los hombres que iban a liderar la revuelta contra Soult. Estaba el coronel Lafitte, oficial al mando de su propio regimiento, y el hermano del coronel, y los apoyaba el coronel Donadieu, del 47.º Regimiento de Línea.

—Son hombres respetados —afirmó Argenton con gran seriedad—, y los

hombres los seguirán. —Dio más nombres que Christopher anotó en su libreta, aunque éste advirtió que ninguno de los amotinados estaba por encima del rango de coronel.

—Una lista impresionante —mintió Christopher, y sonrió—. Ahora dame otro nombre. Dime quién sería vuestro oponente más peligroso en vuestro ejército.

—¿Nuestro oponente más peligroso? —La pregunta dejó perplejo a Argenton.

—Aparte del mariscal Soult, por supuesto —continuó Christopher—. Quiero saber a quién debemos vigilar. A quién, quizá, querríamos, ¿cómo puedo decirlo?... ¿neutralizar?

—Ah. —Argenton ahora lo entendió, y reflexionó durante algunos segundos—. Probablemente el brigadier Vuillard.

—Nunca he oído hablar de él.

—Es bonapartista hasta el tuétano —dijo Argenton en tono de desaprobación.

—Dame su nombre completo, ¿quieres? —pidió Christopher, y después lo escribió: brigadier Henri Vuillard—. Doy por sentado que no sabe nada de vuestro plan...

—¡Por supuesto que no! —aseguró Argenton—. Pero es un plan, coronel, que no puede funcionar sin el apoyo inglés. El general Cradock apoya la causa, ¿no es así?

—Cradock apoya la causa —dijo Christopher muy seguro. Había informado de sus anteriores conversaciones al general inglés, quien veía en la propuesta del motín una alternativa a combatir a los franceses, y por eso había animado a Christopher a que continuara con el asunto—. Pero, por desgracia, se rumorea que pronto será relevado.

—¿Y quién lo reemplazará? —inquirió Argenton.

—Wellesley —afirmó Christopher categórico—. Sir Arthur Wellesley.

—¿Es un buen general?

Christopher se encogió de hombros.

—Tiene buenos contactos. Es el hijo menor de un conde. Educado en Eton, desde luego. Consideraron que sólo tenía inteligencia para estar en el ejército, pero la mayoría de la gente piensa que lo hizo bien cerca de Lisboa el año pasado.

—¡Contra Laborde y Junot! —dijo Argenton en tono mordaz.

—Y antes de eso consiguió algunas victorias en la India —añadió Christopher a modo de advertencia.

—¡Oh, en la India! —dijo sonriendo Argenton—. Las reputaciones forjadas en la India raras veces aguantan una descarga en Europa. Pero ¿ese Wellesley querrá combatir a Soult?

Christopher meditó la respuesta.

—Creo —dijo por fin— que preferiría no perder. Creo que, si conoce la fuerza de vuestros juicios, cooperará. —Christopher no estaba tan seguro como daba a

entender. De hecho, había oído que el general Wellesley era un hombre frío que no miraría con buenos ojos una aventura cuyo éxito dependiese de tantas suposiciones, pero Christopher tenía otros ases en la manga en relación con este maldito embrollo. Dudaba que el motín llegara siquiera a producirse y no le preocupaba demasiado lo que pensarán Cradock o Wellesley, pero sabía que sus conocimientos sobre aquello podían ser utilizados para conseguir una gran ventaja, y por el momento, de todas maneras, era importante que Argenton viese a Christopher como un aliado—. Dime, ¿exactamente qué queréis de nosotros?

—La influencia de Inglaterra —contestó Argenton—. Queremos que Inglaterra convenza a los líderes portugueses para que acepten a Soult como rey.

—Creía que ya habías encontrado suficientes apoyos —dijo Christopher.

—He encontrado apoyo —confirmó Argenton—, pero la mayoría no lo manifiesta por miedo a la venganza de la muchedumbre. Pero si Inglaterra los animara, sacarían su coraje. Ni siquiera tienen que hacer público su apoyo, sólo deben escribir cartas a Soult. Y además están los intelectuales. —El gesto despectivo de Argenton al pronunciar la última palabra habría agriado la leche—. La mayoría de ellos respaldarían a cualquiera que no fuese su propio gobierno, pero de nuevo necesitan estímulos antes de encontrar la valentía para manifestar su apoyo al mariscal Soult.

—Estoy seguro de que nos alegrará proporcionarles estímulos —dijo Christopher, aunque no estaba seguro en absoluto.

—Y necesitamos la garantía —dijo Argenton con firmeza— de que, si lideramos la rebelión, los ingleses no sacarán provecho de la situación atacándonos. Quiero que tu general nos dé su palabra sobre esto.

Christopher asintió.

—Y yo creo que él te la dará, pero antes de hacer semejante promesa, querrá juzgar por sí mismo vuestras probabilidades de éxito, y eso, amigo mío, significa que querrá oírte lo contar a ti directamente. —Christopher destapó una frasca de vino y permaneció en silencio mientras lo servía—. Y creo que tú necesitas oír sus garantías personales. Creo que debes viajar al sur para verlo.

Argenton parecía bastante sorprendido ante esta sugerencia, pero pensó en ello por un momento y después asintió.

—¿Puedes darme un salvoconducto que me asegure el paso a través de las líneas inglesas?

—Haré algo mejor, amigo mío. Iré contigo, siempre y cuando tú me proporciones a mí un salvoconducto para las líneas francesas.

—¡Entonces iremos! —dijo Argenton feliz—. Mi coronel me dará el permiso en cuanto entienda lo que estamos haciendo. Pero ¿cuándo? Pronto, espero, ¿no te parece? ¿Mañana?

—Pasado mañana —dijo Christopher con firmeza—. Mañana tengo un compromiso inexcusable, pero si te reúnes conmigo mañana por la tarde en Vila Real de Zedes, entonces podremos salir al día siguiente. ¿Te parece bien?

Argenton asintió.

—Tienes que decirme cómo llegar a Vila Real de Zedes.

—Te daré las instrucciones —dijo Christopher y a continuación levantó su vaso—, y brindaré por el éxito de nuestros esfuerzos.

—Amén —dijo Argenton, y levantó su copa para el brindis.

El coronel Christopher sonrió, porque estaba reescribiendo las normas.

CAPÍTULO 3

Sharpe corrió por el prado donde yacían los caballos muertos, con los ollares y los ojos llenos de moscas. Tropezó con una estaca metálica y, justo cuando daba un traspies hacia delante, una bala de carabina pasó zumbando junto a él; su sonido sugería que seguramente era una bala perdida, pero incluso una bala perdida en el lugar incorrecto podía matar a un hombre. Sus fusileros estaban disparando desde la parte más alejada del campo y el humo de sus rifles Baker se espesaba a lo largo de la valla. Sharpe se dejó caer junto a Hagman.

—¿Qué está pasando, Dan?

—Los dragones han vuelto, señor —dijo Hagman lacónico—, y también hay algo de infantería ahí.

—¿Está seguro?

—Le he dado a un cabrón de azul y a dos de verde, de momento.

Sharpe se enjugó el sudor de la cara y luego se arrastró un par de pasos a lo largo de la valla hasta un lugar en el que el humo de pólvora no era tan denso. Los dragones habían desmontado y estaban disparando desde el lindero de un bosque, a unos cientos de pasos de allí. Una distancia demasiado grande para sus carabinas, pensó Sharpe, pero entonces vio unos uniformes azules donde la carretera transcurría entre los árboles y pensó que la infantería estaba formando para un ataque. Había un extraño ruido de chasquidos que salía de algún lugar cercano y que no podía ubicar, pero no parecía suponer ninguna amenaza, así que lo ignoró.

—¡Pendleton!

—¿Señor?

—Encuentre al teniente Vicente. Está en el pueblo. Dígale que saque a sus hombres por el camino del norte ahora mismo. —Sharpe señaló el camino que atravesaba los viñedos, el mismo camino por el que habían entrado ellos en Barca d'Avintas y donde aún yacían los dragones muertos del primer combate—. Y, Pendleton, dígale que se dé prisa. Pero con educación.

Pendleton, ratero y carterista de Bristol, era el más joven de los hombres de Sharpe y ahora parecía sorprendido.

—¿Con educación, señor?

—Llámelo señor, ¡demonios!, y salúdalo, ¡pero rápido!

Maldita sea, pensó Sharpe, pero hoy no habría posibilidad de escapar atravesando el Duero: nada de hacer lentos viajes de ida y vuelta con la barca, y nada de marchar para volver con el capitán Hogan y el ejército. En lugar de eso, tendrían que largarse hacia el norte y hacerlo deprisa.

—¡Sargento! —Miró a izquierda y derecha en busca de Patrick Harper a través de los retazos neblinosos de humo de pólvora a lo largo de la valla—. ¡Harper!

—Ya estoy aquí, señor. —Harper llegó corriendo desde detrás—. Estaba ocupándome de esos dos gabachos de la iglesia.

—En cuanto los portugueses entren en el viñedo, salimos de aquí. ¿Queda alguno de nuestros hombres en el pueblo?

—Harris está allí, señor, y Pendleton, claro.

—Envíe a alguien para que se asegure de que los dos salen de allí. —Sharpe apoyó su rifle sobre la valla y disparó una bala que fue girando hacia la infantería que estaba formando en la carretera que atravesaba la arboleda—. Y, Pat, ¿qué hizo con esos dos gabachos?

—Habían robado el cepillo —dijo Harper—, así que los mandé al infierno. —Dio una palmadita a su bayoneta envainada.

Sharpe sonrió burlón.

—Y si tiene oportunidad, Pat, haga lo mismo con ese cabrón de oficial francés.

—Será un placer, señor —dijo Harper, y después cruzó corriendo de vuelta por el prado.

Sharpe volvió a cargar. Los franceses, pensó, estaban siendo demasiado cautelosos. Tendrían que haber atacado ya, pero probablemente creían que en Barca d'Avintas había algo más que dos medias compañías varadas, y el fuego de rifles debía de haber desconcertado a los dragones, que no estaban acostumbrados a tanta puntería. Sobre la hierba del lindero del bosque había cadáveres, lo que demostraba que los desmontados jinetes franceses estaban aprendiendo por las malas lo que eran los rifles Baker. Los franceses no usaban rifles, pues consideraban que los surcos en espiral y las superficies que hacían girar la bala en el cañón, dando así al arma su precisión, también la hacían más lenta a la hora de recargar; por tanto, los franceses, como la mayoría de batallones ingleses, confiaban en el mosquete, más rápido de disparar, pero mucho menos preciso. Un hombre podía permanecer de pie a cuarenta y cinco metros de un mosquete con buenas oportunidades de sobrevivir, pero estar a cien pasos de un rifle Baker en manos de un hombre bueno era un seguro de muerte; por eso los dragones se habían metido entre los árboles.

En el bosque había también infantería, pero, ¿qué estaban haciendo esos cabrones? Sharpe dejó apoyado el rifle contra la valla y sacó su catalejo, el elegante instrumento fabricado por Matthew Berge, de Londres, y que sir Arthur Wellesley había regalado a Sharpe después de que éste le hubiera salvado la vida en Assaye. Apoyó el catalejo sobre la cubierta musgosa de la valla de piedra y miró hacia la principal compañía de infantería francesa, que estaba bien retirada entre los árboles, aunque Sharpe pudo ver que habían formado en tres filas. Buscó algún indicio de que estuvieran listos para avanzar, pero los hombres no estaban en posición de firmes, tenían las culatas de los mosquetes apoyadas en el suelo y ni siquiera habían calado las bayonetas. Movié la lente hacia la derecha, temiendo de pronto que quizá los

franceses les cortaran la retirada infiltrándose en el viñedo, pero no vio nada que le preocupase. Volvió a mirar hacia los árboles y vio un haz de luz, un peculiar círculo blanco, y se dio cuenta de que había un oficial agachado a la sombra de las hojas estudiando el pueblo a través de un catalejo. Sin duda aquel hombre estaba intentando averiguar cuántos enemigos había en Barca d'Avintas y cómo atacarlos. Sharpe dejó a un lado su propio catalejo, cogió su rifle y lo apoyó sobre la valla. Cuidado ahora, pensó, cuidado. Mata a ese oficial y lograrás que cualquier ataque francés se retrase, porque ese oficial es el hombre que toma las decisiones; y Sharpe amartilló el pedernal, bajó la cabeza de forma que su ojo derecho quedara en línea con la mira, encontró la zona oscurecida por la sombra donde estaba el gabán azul del francés y después levantó la mira trasera, una hoja de metal, para que el cañón ocultara el objetivo y permitiese así el descenso de la bala. Corría poco viento, no lo suficiente para desviar la bala. Sonaron otros rifles, y una gota de sudor corrió sobre el ojo izquierdo de Sharpe cuando apretó el gatillo; el rifle reculó golpeándole el hombro, la nubecilla de humo acre de la cazoleta hizo que le escociera el ojo derecho y las chispas de la pólvora encendida le quemaron en la mejilla, mientras la nube de humo del cañón se elevaba delante de la valla ocultándole su objetivo. Al girarse, Sharpe vio a los soldados del teniente Vicente llegando en tropel al viñedo acompañados por treinta o cuarenta civiles. Sharpe estaba cruzando el prado. El extraño ruido de chasquidos aumentó de repente y Sharpe se dio cuenta de que era el sonido de las balas de carabina francesas al golpear el otro lado de la valla de piedra.

—Estamos todos fuera del pueblo, señor —informó Harper.

—Podemos irnos —dijo Sharpe, y se asombró de que el enemigo hubiese sido tan lento, dándole así tiempo para sacar a su tropa. Envió a Harper, junto con la mayoría de casacas verdes, a unirse a Vicente; se llevaron con ellos una docena de caballos franceses, pues cada caballo valdría una pequeña fortuna en efectivo, si es que en algún momento conseguían reunirse con el ejército. Sharpe se quedó con Hagman y otros seis hombres, que se desplegaron a lo largo del vallado y dispararon tan rápido como se lo permitía la recarga de sus rifles, es decir, sin envolver las balas con los parches de cuero que se agarraban al ánima del cañón, sino simplemente metiendo las balas en el cañón; porque a Sharpe ahora no le interesaba la puntería, sólo quería que los franceses viesan un espeso frente de humo y que oyesen los disparos: de este modo no descubrirían que el enemigo se estaba retirando.

Apretó el gatillo y el pedernal se rompió en mil pedazos inservibles, así que se colgó el rifle y salió del humo para comprobar que a Vicente y a Harper les iba bien en el viñedo, y luego ordenó a los hombres que quedaban que se retiraran a toda prisa del prado. Hagman se detuvo para disparar una última bala, después corrió y Sharpe se unió a él, el último hombre en retirarse. No podía creer que hubiese sido tan fácil abandonar el combate ni que los franceses hubiesen sido tan pasivos, y justo entonces

Hagman cayó.

Al principio Sharpe pensó que Hagman había tropezado en una de las estaquillas metálicas a las que los dragones habían atado sus caballos, pero entonces vio la sangre en la hierba y vio que Hagman dejaba caer su rifle y que su mano derecha se abría y cerraba lentamente.

—¡Dan! —Sharpe se arrodilló y vio que Hagman tenía una diminuta herida junto al omóplato izquierdo, una desafortunada bala de carabina que había atravesado el humo y había alcanzado su objetivo.

—Siga, señor. —La voz de Hagman sonó ronca—. Yo estoy acabado.

—De eso nada —gruñó Sharpe. Puso a Hagman boca arriba y comprobó que no había herida por delante, lo que significaba que la bala de carabina se había quedado dentro. Entonces Hagman se atragantó y escupió una espuma sanguinolenta, y Sharpe oyó que Harper lo estaba llamando.

—¡Vienen esos cabrones, señor!

Sólo un minuto antes, pensó Sharpe, había celebrado lo fácil que había resultado todo; ahora todo se venía abajo. Cogió el rifle de Hagman, se lo colgó junto al suyo y levantó al viejo furtivo, que gritó, gimió y negó con la cabeza.

—Déjeme, señor.

—No le voy a dejar, Dan.

—Me duele, señor, me duele —volvió a gemir Hagman. Su rostro estaba mortalmente pálido y un hilillo de sangre salía de su boca. Entonces Harper llegó al lado de Sharpe y tomó a Hagman de sus brazos—. Déjenme aquí —susurró.

—¡Lléveselo, Pat! —dijo Sharpe.

En ese momento unos rifles dispararon desde el viñado y unos mosquetes atronaron detrás de él, y el silbido de las balas llenó el aire; mientras tanto, Sharpe apremiaba a Harper. Lo siguió caminando hacia atrás, vigilando los uniformes azules de los franceses que aparecían entre la nube de humo que había quedado tras su confusa descarga.

—¡Vamos, señor! —gritó Harper, revelándose así a Sharpe que tenía a Hagman bajo la insuficiente protección de las viñas.

—Lléveselo hacia el norte —ordenó Sharpe cuando llegó al viñado.

—Está malherido, señor.

—¡Lléveselo! Sáquelo de aquí.

Sharpe miró a los franceses. Tres compañías de infantería habían atacado la pradera, pero no hacían esfuerzos por seguir a Sharpe hacia el norte. Forzosamente tenían que haber visto la columna de tropas portuguesas e inglesas moviéndose por los viñedos acompañadas por la docena de caballos capturados y una multitud de aterrorizados lugareños, pero no los siguieron. Parecían desear Barca d'Avintas más de lo que deseaban la muerte de los hombres de Sharpe. Cuando Sharpe se subió a un

montículo a un kilómetro del pueblo y miró a los franceses con su catalejo, ni siquiera se acercaron para amenazarle. Fácilmente podrían haber hecho que sus dragones lo persiguieran, pero, en lugar de ello, hicieron pedazos el esquiife que Sharpe había rescatado y después le prendieron fuego.

—Están cerrando el río —le dijo Sharpe a Vicente.

—¿Cerrando el río? —Vicente no lo entendía.

—Se aseguran de que tienen los únicos botes. Quieren evitar que tropas portuguesas o inglesas crucen el río y les ataquen por la retaguardia. Lo que significa que nos va a resultar difícil de cojones cruzar al otro lado. —Sharpe se volvió cuando Harper se acercaba y vio que las manazas del sargento irlandés estaban ensangrentadas—. ¿Cómo está?

Harper meneó la cabeza.

—Está horriblemente mal, señor —dijo en tono funesto—. Creo que la maldita bola está en su pulmón. Al toser echa burbujas rojas, cuando puede toser. Pobre Dan.

—No voy a dejarlo atrás —dijo Sharpe obstinado. Sabía que había dejado atrás a Tarrant y que a algunos hombres, como Williamson, que habían sido amigos de Tarrant, les molestaría que Sharpe no hiciera lo mismo con Hagman, pero Tarrant era un borracho y un alborotador, mientras que Dan Hagman era valioso. Era el hombre más viejo entre los fusileros de Sharpe y poseía la riqueza de su sentido común, que lo convertía en una influencia estabilizadora. Además, a Sharpe le gustaba aquel viejo furtivo—. Que preparen una camilla, Pat, y que lo lleven.

Confeccionaron una camilla atando casacas por las mangas a dos varas cortadas de un fresno. Mientras la estaban preparando, Vicente y Sharpe vigilaban a los franceses y discutían cómo iban a escapar de ellos.

—Lo que debemos hacer —decía el teniente portugués— es ir hacia el este. A Amarante. —Alisó una calva de tierra desnuda y esbozó un mapa rudimentario con una astilla—. Esto es el Duero, y aquí está Oporto. Nosotros estamos aquí —señaló el río muy cerca de la ciudad— y el puente más cercano está en Amarante —marcó una cruz bien hacia el este—. Podríamos estar allí mañana o quizás al día siguiente.

—Y ellos también —respondió Sharpe gravemente, y señaló hacia el pueblo.

Allí donde los franceses habían esperado tanto antes de atacar a los hombres de Sharpe, acababa de aparecer un cañón entre los árboles. Tiraban del cañón seis caballos, tres de ellos montados por artilleros vestidos con sus uniformes azul oscuro. El propio cañón, de doce libras, iba enganchado a su armón, un carro ligero con dos ruedas que servía de transporte y de eje para facilitar sus pesados movimientos. Tras el cañón, llegaba otro grupo de cuatro caballos, éstos tirando de un carro parecido a un féretro que transportaba una rueda de cañón suplementaria sobre su trasera. El carro, sobre el que viajaba media docena de artilleros, guardaba la munición del cañón. Incluso a un kilómetro de distancia Sharpe podía oír el tintineo de las cadenas

y el ruido sordo de las ruedas. Observó en silencio cómo aparecía en su campo de visión un obús, luego otro cañón de doce libras y, después de todo eso, una tropa de húsares.

—¿Cree usted que vienen aquí? —preguntó Vicente alarmado.

—No —dijo Sharpe—. No están interesados en los fugitivos. Van a Amarante.

—Ésta no es la carretera que lleva a Amarante. De hecho, no lleva a ningún sitio. Tendrán que ir hacia el norte para llegar a la carretera principal.

—Ellos aún no lo saben —supuso Sharpe—, cogerán cualquier carretera hacia el este que puedan encontrar.

La infantería había salido ahora de entre los árboles, y después otra batería de artillería. Sharpe estaba observando a un pequeño ejército que marchaba hacia el este; sólo había una razón para enviar tantos hombres y armas hacia el este: tomar el puente de Amarante y proteger así el flanco izquierdo francés.

—A Amarante —dijo Sharpe—, es allí adonde van esos cabrones.

—Entonces nosotros no podemos ir —dedujo Vicente.

—Podemos ir —dijo Sharpe—, pero no podemos ir por esta carretera. ¿Dijo usted que hay una carretera principal?

—Aquí arriba —dijo Vicente y marcó la tierra para mostrar la otra carretera al norte de donde estaban—. Ésta es la carretera de arriba. Probablemente los franceses también están allí. ¿De verdad necesita ir a Amarante?

—Tengo que cruzar el río —respondió Sharpe—, y allí hay un puente y hay un ejército portugués, y sólo porque los jodidos gabachos vayan allí no quiere decir que vayan a tomar el puente. —Y si lo hacían, pensó, al menos él podría dirigirse al norte desde Amarante hasta encontrar un sitio donde cruzar, y después seguir la orilla sur del Támeaga hasta llegar a un tramo del Duero que no estuviera vigilado por los franceses—. Así que, ¿cómo llegaremos a Amarante si no vamos por carretera? ¿Podemos ir campo a través?

Vicente asintió.

—Vamos hacia el norte hasta este pueblo de aquí —señaló un espacio vacío en su mapa— y después giramos hacia el este. El pueblo está al pie de las colinas, donde empieza... ¿Cómo lo llaman ustedes? La tierra virgen. Solíamos ir allí.

—¿Solíamos? —preguntó Sharpe—. ¿Los poetas y filósofos?

—Caminábamos por allí —dijo Vicente—, pasábamos la noche en la taberna y volvíamos a pie. Dudo que haya franceses allí. No está en la carretera a Amarante. Ni en ninguna otra carretera.

—Así que vamos al pueblo que limita con la tierra virgen. ¿Cómo se llama?

—Vila Real de Zedes —dijo Vicente—. Se llama así porque allí los viñedos pertenecieron al rey, pero eso fue hace mucho. Ahora son propiedad de...

—¿Vila Real de qué?

—De Zedes —respondió Vicente, sorprendido por el tono de Sharpe y más sorprendido aún por la sonrisa del rostro del teniente inglés—. ¿Conoce el lugar?

—No lo conozco —dijo Sharpe—, pero hay allí una chica a la que quiero conocer.

—¡Una chica! —La voz de Vicente sonó a reproche.

—Una chica de diecinueve años —dijo Sharpe—, y me crea o no, es una misión. —Se volvió para comprobar si la camilla estaba terminada y de pronto se puso tenso de ira—. ¿Qué demonios hace ése aquí? —Estaba mirando al dragón francés, el teniente Olivier, que observaba mientras Harper colocaba con cuidado a Hagman sobre la camilla.

—Tiene que ir a juicio —dijo Vicente con tozudez—, así que está aquí bajo arresto y bajo mi protección personal.

—¡Maldita sea! —explotó Sharpe.

—Es cuestión de principios —insistió Vicente.

—¡Principios! —gritó Sharpe—. Es cuestión de puñetera estupidez, ¡de la puñetera estupidez de un abogado! Estamos en mitad de una jodida guerra, no en un maldito jurado popular de Inglaterra. —Advirtió que Vicente no lo entendía—. Oh, qué más da —gruñó—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Vila Real de Zedes?

—Deberíamos estar allí mañana por la mañana —contestó Vicente con frialdad, y después miró a Hagman—; es decir, siempre y cuando él no nos retrase demasiado.

—Estaremos allí mañana por la mañana —aseguró Sharpe. Y entonces rescataría a la señorita Savage y descubriría por qué había huido. Y después de eso, con la ayuda de Dios, destriparía al jodido oficial de dragones, con abogado o sin él.



La casa de campo de los Savage, cuyo nombre era Quinta do Zedes, no estaba en la misma Vila Real de Zedes, sino en lo alto de una colina orientada al sur. Era un lugar encantador, con sus piedras encaladas bordeadas de mampostería para resaltar las elegantes líneas de una pequeña casa señorial con vistas a los antaño viñedos reales. Los postigos estaban pintados de azul y los altos ventanales de la planta baja estaban decorados con vidrieras que mostraban el escudo de armas de la familia que en el pasado había sido propietaria de la Quinta do Zedes. El señor Savage había comprado la quinta junto con los viñedos, y puesto que la casa era alta, tenía un tejado de tejas bien gruesas y estaba rodeada de árboles cubiertos de glicinias, su frescor resultaba una bendición en verano, así que la familia Savage se mudaba allí cada mes de junio y permanecía hasta octubre, cuando regresaban a Casa Hermosa, en lo alto de una colina de Oporto. Luego el señor Savage había muerto de un ataque y la casa había quedado vacía desde entonces, excepto por la media docena de sirvientes que vivían en la parte de atrás, cuidaban la huerta y bajaban a pie por la larga curva del paseo

hasta la iglesia del pueblo para ir a misa. En la Quinta do Zedes había una capilla y en los viejos tiempos, cuando los dueños del escudo de armas vivían en aquellas habitaciones grandes y frescas, a los sirvientes se les permitía asistir a misa en la capilla de la familia, pero el señor Savage era un protestante acérrimo, y había ordenado que se llevaran el altar, que quitaran las imágenes y que encalaran la capilla para usarla como despensa.

Los sirvientes se habían asombrado cuando la señorita Savage llegó a la casa, pero hicieron reverencias o inclinaron la cabeza y después empezaron a preparar las grandes habitaciones. Quitaron las sábanas que protegían los muebles del polvo, eliminaron los murciélagos de las vigas y abrieron los postigos azul claro para dejar que entrara el sol primaveral. Encendieron fuegos para acabar con el persistente frío del invierno, si bien la primera tarde Kate no se quedó dentro junto al fuego, sino que, en vez de eso, se sentó en una balconada construida sobre el porche de la quinta y permaneció allí observando el paseo bordeado por la glicinia, que colgaba de los cedros. Las sombras del atardecer fueron extendiéndose, pero no llegó nadie.

Aquella noche Kate estuvo llorando casi hasta que se durmió, pero a la mañana siguiente su ánimo estaba recuperado y, pese a las horrorizadas quejas de los sirvientes, barrió la entrada, un magnífico espacio ajedrezado en mármol blanco y negro, con una escalera de mármol blanco que describía una curva al ascender hacia los dormitorios. Después insistió en limpiar el polvo de la chimenea del gran salón, decorada con unos azulejos pintados que narraban la batalla de Aljubarrota, donde João I había humillado a los castellanos. Ordenó que ventilaran un segundo dormitorio, que hicieran la cama y encendieran el fuego, después regresó a la balconada de encima del porche y vigiló el paseo hasta que, justo después de que sonara la campana de la mañana en Vila Real de Zedes, vio aparecer a dos jinetes bajo los cedros y su alma estalló de gozo. El jinete que llevaba la delantera era muy alto, de espalda erguida y un oscuro atractivo; al mismo tiempo planeaba sobre él una tragedia conmovedora, pues su esposa había muerto al dar a luz a su primer bebé, que también había muerto. La idea de que aquel hombre hubiera soportado semejante tristeza casi inundó de lágrimas los ojos de Kate, pero entonces el hombre se levantó sobre los estribos y la saludó, y Kate sintió que la embargaba la felicidad y corrió a las escaleras para recibir a su amante en los escalones de la entrada.

El coronel Christopher desmontó. Luis, su criado, montaba el otro caballo y transportaba la gran valija llena con la ropa de Kate que Christopher había sacado de Casa Hermosa una vez que su madre se hubo marchado. Christopher lanzó las riendas a Luis y después corrió hacia la casa, subió de un salto los escalones de delante y abrazó a Kate. La besó, le deslizó una mano desde la nuca hasta la cintura y sintió que ella se estremecía.

—No pude llegar anoche, amor mío —le dijo—; las obligaciones mandan.

—Sabía que tenía que ser una obligación —dijo Kate, y su rostro brilló mientras lo miraba.

—Nada más podría apartarme de ti —dijo Christopher—, nada más. —Y se inclinó para besar su frente. Después dio un paso atrás, con ella aún entre sus brazos, para mirarle a la cara. Pensó que era la muchacha más hermosa de la creación y de una modestia encantadora, pues se ruborizaba y reía avergonzada cuando él la miraba—. Kate, Kate —le dijo en tono reprobatorio—. Voy a tener que pasar mi vida buscándote.

Su cabello era negro y lo llevaba peinado hacia atrás desde su alta frente, pero con un par de bucles sueltos allí donde los húsares franceses llevaban sus *cadnettes*. Tenía la boca perfecta, la nariz pequeña y unos ojos que, si en un determinado momento conmovían por su seriedad, al siguiente chispeaban divertidos. Tenía diecinueve años, piernas largas como una potranca y estaba llena de vida y confianza, y justo ahora estaba llena de amor por su atractivo hombre, que vestía un negro gabán liso, calzones blancos de montar y un bicornio del que colgaban dos borlas doradas.

—¿Viste a mi madre? —preguntó ella.

—La dejé con mi promesa de encontrarte.

Kate parecía sentirse culpable.

—Debería haberle contado...

—Tu madre querrá que te cases con algún hombre con propiedades y que esté a salvo en Inglaterra, no con un aventurero como yo. —La verdadera razón por la que la madre de Kate rechazaría su matrimonio era porque había albergado esperanzas de casarse ella misma con Christopher, pero el coronel había descubierto más tarde los términos del testamento del señor Savage y había volcado sus atenciones en la hija—. No sería buena idea pedirle su bendición —siguió—, y si le hubieras contado nuestros planes, muy probablemente nos detendría.

—No lo haría —sugirió Kate en voz baja.

—Pero, de esta manera, el rechazo de tu madre no importa, y cuando se entere de que estamos casados entonces estoy seguro de que aprenderá a quererme.

—¿Casados?

—Claro. ¿O crees que no me preocupo por tu honor? —Rió al ver la tímida mirada en el rostro de ella—. Hay un sacerdote en el pueblo —continuó—, a quien seguramente podremos convencer para que nos case.

—Yo no... —dijo Kate. Después se atusó el pelo y se tiró del vestido, y se ruborizó aún más.

—Estás preparada —se anticipó Christopher a su protesta—, y estás tan bella que me embelesas.

Kate se sonrojó aún más y tiró un poco del escote de su vestido, que había elegido con mucho cuidado de entre las ropas de verano que había en la quinta. Era un

vestido inglés de lino blanco, con bordados de jacintos que se enroscaban en unas hojas de acanto, y ella sabía que le sentaba bien.

—¿Me perdonará mi madre? —preguntó ella.

Christopher tenía serias dudas al respecto.

—Desde luego que lo hará —le prometió—. He visto situaciones iguales antes. Tu querida madre sólo quiere lo mejor para ti, pero en cuanto llegue a conocerme seguramente se dará cuenta de que voy a cuidar de ti como nadie.

—Estoy segura de que lo hará —dijo Kate con afecto.

Kate nunca había estado demasiado segura de por qué él no iba a gustarle a su madre. Él decía que era porque tenía veintiún años más que Kate, aunque aparentaba muchos menos, y ella sentía que era cierto que la amaba; había muchos hombres casados con mujeres mucho más jóvenes que ella y Kate no creía que su madre fuese a mostrar objeciones por la edad; Christopher también afirmaba que el hecho de ser un hombre relativamente pobre, así lo decía, ofendería definitivamente a su madre, y Kate consideraba que eso era más que probable. Pero a ella no le ofendía la pobreza de Christopher; de hecho, eso más bien parecía hacer su amor más romántico, y ahora se casaría con él.

Christopher la impelió a bajar la escalera de entrada a la quinta.

—¿Hay aquí algún carruaje?

—Hay una vieja calesa en los establos.

—Entonces podemos pasear hasta el pueblo y Luis puede llevar la calesa para recogernos a la vuelta.

—¿Ahora?

—Mañana —dijo Christopher en tono solemne— podría ser demasiado tarde para mí, mi amor. —Envió a Luis a preparar la calesa y después soltó una carcajada—. ¡Casi me presento aquí con una compañía inoportuna!

—¿Inoportuna?

—Un maldito ingeniero estúpido, perdona mi vocabulario de soldado, ¡quería enviar a un teniente de fusileros fracasado a rescatarte! A él y a sus pelagatos. Tuve que ordenarle que se fuera. Lárgate, le dije, y «no esperéis una orden para vuestra salida». Pobre don nadie.

—¿Por qué pobre?

—¡Vaya! ¿Treinta y tantos años y aún teniente? Sin dinero, sin futuro y con una carga a la espalda tan grande como el peñón de Gibraltar. —Puso la mano de ella en su brazo y la condujo hacia la avenida de glicinias—. Es bastante raro que ya conociese al teniente de fusileros por su reputación. ¿Has oído hablar de lady Grace Hale? ¿La viuda de lord William Hale?

—Nunca oí hablar de ninguno de ellos.

—Qué vida más protegida has llevado en Oporto —dijo Christopher con

indulgencia—. Lord William era un hombre bien sensato. Durante un tiempo trabajé muy cerca de él en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero después se fue a la India por un asunto relacionado con el Gobierno y tuvo la mala fortuna de regresar en un navío que se vio implicado en Trafalgar. Debió de ser un tipo extraordinariamente valiente, pues murió en la batalla, pero después estalló un tremendo escándalo porque su viuda convivió con un oficial de fusileros, y era este mismo hombre. Por Dios, ¿en qué podría estar pensando lady Grace?

—¿No es un caballero?

—¡Con toda seguridad no de nacimiento! Sabe Dios dónde encontrará el ejército a sus oficiales hoy en día, pero a éste lo sacó de debajo de una piedra. ¡Y lady Grace abrió un establecimiento con él! Es bastante insólito. Pero a algunas mujeres de buena cuna les gusta pescar en la parte fangosa del lago, y me temo que ella debió de ser una de ellas. —Movié la cabeza mostrando su desaprobación—. Y aún hay más, porque ella quedó en estado y después murió al dar a luz.

—¡Pobre mujer! —dijo Kate, maravillada de que su amante pudiera contar esa historia con tanta calma, puesto que seguramente le recordaba la muerte de su propia esposa—. ¿Y qué le sucedió al bebé?

—Creo que el niño murió también. Pero es probable que eso fuera lo mejor. Así terminó el escándalo, y ¿qué futuro podría haber tenido un niño así? En fin, que el padre del niño era este mismo fusilero desgraciado que supuestamente iba a llevarte al otro lado del río. Lo mandé a paseo. ¡Así como te lo cuento! —Christopher rió al acordarse—. Me miró con el ceño arrugado y gesto severo y me dijo que él tenía sus órdenes, pero yo no estaba dispuesto a aguantar sus tonterías y le dije que se largara. ¡No quería a ese bellaco de dudosa reputación poniendo malas caras en mi boda!

—Desde luego que no —reconoció Kate.

—Por supuesto, no le dije que conocía su reputación. No tenía sentido avergonzar a ese tipo.

—Bien hecho —dijo Kate y apretó el brazo de su amante.

Luis apareció tras ellos, conduciendo la pequeña calesa polvorienta que estaba guardada en los establos de la quinta y a la que había enganchado su propio caballo. Christopher se detuvo a medio camino del pueblo, cogió algunos de los delicados narcisos silvestres que crecían a la vera del camino e insistió en colocar las flores amarillas entre los negros cabellos de Kate, después volvió a besarla y le dijo que estaba preciosa y Kate pensó que aquél tenía que ser el día más feliz de su vida. El sol brillaba, una ligera brisa ondeaba los prados salpicados de flores y su hombre estaba a su lado.

El padre Josefa estaba esperando en la iglesia. Christopher lo había citado de camino a la quinta, pero antes de que se llevara a cabo ninguna ceremonia, el sacerdote se llevó al inglés a un lado.

—Me preocupa —dijo el sacerdote— que lo que usted me propone sea poco ortodoxo.

—¿Poco ortodoxo, padre?

—¿Ustedes son protestantes? —preguntó el sacerdote y, cuando Christopher asintió, suspiró—. La Iglesia dice que sólo pueden casarse quienes reciben nuestros sacramentos.

—Y su Iglesia tiene razón —dijo Christopher conciliador. Miró a Kate, que esperaba sola en el antealtar pintado de blanco, y pensó que parecía un ángel con aquellas flores amarillas en su cabello—. Dígame, padre, ¿se ocupa usted de los pobres de su parroquia?

—Es un deber cristiano —dijo el padre Josefa.

Christopher sacó de su bolsillo unas cuantas guineas inglesas de oro. No eran suyas, sino de los fondos proporcionados por el Ministerio de Asuntos Exteriores para facilitarle las cosas, y cerró la mano del sacerdote sobre las monedas.

—Déjeme entregarle esto como contribución a sus obras de caridad —dijo—, y permítame que le ruegue que nos bendiga, eso es todo. Una bendición en latín, padre, que atraiga la protección de Dios sobre nosotros en estos peligrosos tiempos. Y después, cuando acabe la lucha, haré todo lo que esté en mi mano para convencer a Kate de que siga sus enseñanzas. Como haré yo mismo, por supuesto.

El padre Josefa, hijo de un jornalero, miró las monedas y pensó que nunca había visto tanto dinero junto, y en todas las dificultades que el oro podía hacer desaparecer.

—Pero no puedo decir una misa para usted —insistió.

—No quiero una misa —contestó Christopher—, y tampoco la merezco. Tan sólo quiero una bendición en latín. —Quería que Kate creyese que estaba casada; en lo que a él atañía, el sacerdote podía farfullar las palabras del rito funerario si así lo deseaba—. Sólo una bendición suya, padre, es todo lo que quiero. Una bendición suya, de Dios y de los santos. —Sacó otro par de monedas de su bolsillo y se las dio al sacerdote, que decidió que una oración o una bendición no podían hacer daño a nadie.

—¿Y seguirá mis enseñanzas? —preguntó el padre Josefa.

—Llevo un tiempo sintiendo que Dios me llama a su Iglesia —dijo Christopher—, y creo que debo seguir su llamada. Y después, padre, nos casará usted como es debido.

Así que el padre Josefa besó su escapulario, se lo echó sobre los hombros y se dirigió al altar, donde se arrodilló, hizo el signo de la cruz y a continuación se levantó y se volvió para sonreír a Kate y al hombre alto y apuesto que estaba a su lado. El sacerdote no conocía bien a Kate, pues la familia Savage nunca se había relacionado con la gente del pueblo y, desde luego, no asistía a la iglesia, pero los sirvientes de la

quinta hablaban bien de ella y el padre Josefa, aunque cumplía con su celibato, podía apreciar que aquella chica era una belleza extraordinaria, así que su voz sonó cálida cuando rogó a Dios y a los santos benditos que cuidaran con amor de aquellas dos almas. Se sintió culpable por que pudieran comportarse como personas casadas a pesar de no estarlo, pero tales cosas eran frecuentes y en tiempos de guerra un buen sacerdote sabía cuando debía cerrar los ojos.

Kate escuchó el latín que no entendía y miró más allá del sacerdote, al altar donde la cruz de plata, que brillaba ligeramente, colgaba con un transparente velo negro porque la Semana Santa aún no había llegado, y sintió los latidos de su corazón y sintió que la mano de su amante se aferraba con fuerza a la suya y quiso llorar de felicidad. Su futuro se presentaba ante ella bañado de la luz dorada y creciente del sol, y cálido y lleno de flores. No era la boda que ella había imaginado. Ella había pensado en regresar en barco a Inglaterra, que su madre y ella aún consideraban su hogar, para recorrer la nave de una iglesia de pueblo llena con sus rubicundos familiares y ser colmada de pétalos de rosa y granos de trigo, y después ir en una carroza a una taberna luminosa para cenar venado, cerveza y un buen vino tinto, aunque no podría haber sido más feliz, o quizá sí hubiera sido más feliz si su madre estuviera en la iglesia, pero se consolaba diciéndose que se reconciliarían, de eso estaba segura. De pronto Christopher le apretó la mano tan fuerte que le dolió.

—Dilo, querida mía —le ordenó.

Kate se sonrojó.

—Oh, sí, quiero —dijo ella—, quiero de verdad.

El padre Josefa le sonrió. El sol entraba a través de los pequeños ventanales de la iglesia, había flores en su cabello y el padre Josefa levantó la mano para bendecir a James y a Catherine con la señal de la cruz, y justo entonces la puerta de la iglesia se abrió con un crujido, permitiendo que entrase aún más luz del sol y el hedor del estiércol que se acumulaba fuera.

Al girarse, Kate vio soldados en la entrada. Los hombres estaban a contraluz, así que no podía verlos bien, pero pudo divisar las armas que llevaban al hombro, y supuso que eran franceses; gimió aterrorizada, pero el coronel Christopher parecía bastante despreocupado cuando inclinó su cabeza hacia la de ella y la besó en los labios.

—Estamos casados, querida —susurró.

—James —dijo ella.

—Querida mía, querida Kate —dijo el coronel con una sonrisa—, mi querida, querida esposa.

Después se volvió, cuando unos fuertes pasos resonaron en la pequeña nave. Eran pasos lentos, pesados, de botas claveteadas inapropiadamente ruidosas para aquellas piedras antiguas. Había dejado a sus hombres a la puerta de la iglesia y venía solo,

con su larga espada tintineando dentro de su vaina metálica mientras se acercaba. Luego se detuvo y miró el pálido rostro de Kate, y Kate se estremeció porque el oficial era un casaca verde lleno de cicatrices, desharrapado, con el rostro más duro que el hierro y una mirada que sólo se podía calificar como impúdica.

—¿Es usted Kate Savage? —preguntó, sorprendiéndola porque hizo la pregunta en inglés y ella había dado por sentado que el recién llegado era francés.

Kate no dijo nada. Su marido estaba a su lado y la protegería de aquel hombre horrendo, estremecedor e insolente.

—¿Es usted, Sharpe? —preguntó en tono exigente el coronel Christopher—. ¡Por Dios, es él! —Estaba extrañamente nervioso y su voz sonaba demasiado aguda, aunque él se esforzaba por mantenerla bajo control—. ¿Qué demonios está haciendo aquí? Le ordené que se fuera al sur del río, maldita sea.

—Bloqueado, señor —dijo Sharpe sin mirar a Christopher, pero mirando aún el rostro de Kate, que estaba enmarcado por los narcisos que llevaba en el cabello—. Bloqueado por los gabachos, señor, un montón de gabachos, así que los combatí, señor, y vine a buscar a la señorita Savage.

—Que ya no existe —dijo el coronel fríamente—. Pero déjeme que le presente a mi esposa, Sharpe, la señora de James Christopher.

Y, al oír su nuevo nombre, Kate pensó que su corazón iba a estallar de felicidad.

Porque creía que estaba casada.



Recién casados, el coronel y la señora Christopher volvieron a la quinta en la polvorienta calesa, dejando que Luis y los soldados los siguieran detrás. Hagman, que aún vivía, iba ahora en un carretón, aunque las sacudidas del vehículo sin amortiguación parecían causarle más dolor que la vieja camilla. El teniente Vicente también parecía enfermo; de hecho, estaba tan pálido que Sharpe temía que el ex abogado hubiera cogido alguna enfermedad en los dos últimos días.

—Debería verle el médico cuando venga a echarle otro vistazo a Hagman —dijo Sharpe. Había un médico en el pueblo que ya había examinado a Hagman y había dicho que estaba agonizando, pero prometió que iría a la quinta aquella tarde para visitar de nuevo al paciente—. Parece que anda usted mal del estómago —dijo Sharpe.

—Esto no es una enfermedad —dijo Vicente—, no es nada que pueda curar un médico.

—Entonces, ¿qué es?

—Es la señorita Katherine —respondió Vicente desolado.

—¿Kate? —Sharpe fijó su mirada en Vicente—. ¿La conoce?

Vicente asintió.

—Todo joven de Oporto conoce a Kate Savage. Cuando la enviaron a la escuela en Inglaterra suspirábamos por ella y cuando regresó fue como si hubiese vuelto a salir el sol.

—Es bastante bonita —admitió Sharpe; después miró otra vez a Vicente mientras asimilaba las palabras del abogado en toda su fuerza—. ¡Oh, por todos los diablos! —dijo.

—¿Qué? —preguntó Vicente, ofendido.

—Lo último que necesito ahora es que se enamore usted —dijo Sharpe.

—No estoy enamorado —dijo Vicente, todavía ofendido, aunque era evidente que estaba enamorado hasta la médula de Kate Christopher. Los últimos dos o tres años la había observado desde lejos y soñaba con ella cuando estaba escribiendo su poesía y se distraía con su recuerdo cuando estudiaba filosofía y fantaseaba con ella mientras lidiaba con los polvorientos libros de derecho. Si él hubiese sido Dante, ella habría sido su Beatriz, la inaccesible inglesita de la casona de la colina, y ahora estaba casada con el coronel Christopher.

Sharpe pensó que aquello explicaba la desaparición de aquella zorrita boba. ¡Se había fugado! Pero lo que Sharpe no acababa de entender era por qué necesitaba ocultar su amor a su madre, que seguramente aprobaría su elección. Christopher, por lo que Sharpe sabía, era de buena cuna, acomodado, bien educado y un caballero: todo lo que, de hecho, no era Sharpe. Christopher, además, estaba enfadado. Cuando Sharpe llegó a la quinta, el coronel se encaró con él desde los escalones de entrada y exigió una explicación por la presencia del fusilero en Vila Real de Zedes.

—Ya se lo conté —dijo Sharpe—: nos cortaron el paso. No pudimos cruzar el río.

—Señor —añadió bruscamente Christopher y esperó a que Sharpe repitiera la palabra, pero Sharpe se limitó a mirar por encima del hombro del coronel al zaguán de la quinta, donde podía ver a Kate sacando sus ropas de la gran valija de cuero—. Le di unas órdenes.

—No pudimos cruzar el río, porque no había puente. Se hundió. Así que fuimos al transbordador, pero los malditos gabachos lo habían quemado, así que ahora vamos a ir a Amarante, pero no podemos usar las carreteras principales porque los gabachos pululan por ellas como piojos, y no puedo ir más deprisa porque tengo a un hombre herido. ¿Hay aquí alguna habitación donde podamos dejarlo esta noche?

Por unos momentos Christopher no dijo nada. Seguía esperando a que Sharpe lo llamara «señor», pero el fusilero mantuvo su terco silencio. Christopher suspiró y miró hacia el valle, donde un águila volaba en círculos.

—¿Espera poder quedarse aquí esta noche? —preguntó distante.

—Llevamos marchando desde las tres de la mañana —respondió Sharpe. No estaba seguro de haber salido a las tres en punto, pero le parecía que así era—. Ahora descansaremos, y marcharemos de nuevo mañana antes del alba.

—Los franceses ya estarán en Amarante.

—Sin duda estarán allí —admitió Sharpe—, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?

El hosco tono de Sharpe amedrentó a Christopher, que después se estremeció al oír los lamentos de Hagman.

—El edificio de los establos está detrás de la casa —dijo fríamente—, meta allí a su hombre herido. ¿Y quién demonios es éste? —Había visto al prisionero de Vicente, el teniente Olivier.

Sharpe se giró para ver hacia dónde miraba el coronel.

—Un gabacho —contestó—, al que voy a degollar.

Christopher miró horrorizado a Sharpe.

—Un gabacho al que... —empezó a repetir, pero justo entonces Kate salió de la casa y se puso a su lado. Él le pasó un brazo por los hombros y, lanzando una mirada de irritación a Sharpe, levantó la voz para llamar al teniente Olivier—. *Monsieur! Venez ici, s'il vous plaît!*

—Es un prisionero —dijo Sharpe.

—Y también un oficial, ¿no? —replicó Christopher mientras Olivier intentaba abrirse camino entre los huraños hombres de Sharpe.

—Es teniente —dijo Sharpe—, del 18.º de Dragones.

Christopher miró a Sharpe bastante sobresaltado.

—Es costumbre —dijo con frialdad— permitir que los oficiales den su palabra. ¿Dónde está la espada del teniente?

—Yo no le hice prisionero, fue el teniente Vicente. El teniente es abogado, ¿sabe?, y parece tener la extraña idea de que este hombre debe ir a juicio, pero yo sólo estaba pensando en colgarlo.

Kate lanzó un gritito horrorizada.

—Quizá deberías entrar, cariño mío —sugirió Christopher, pero ella no se movió y él no insistió—. ¿Por qué iba usted a colgarlo? —preguntó a Sharpe.

—Porque es un violador —dijo Sharpe con franqueza; la palabra hizo que Kate soltara otro gritito, y esta vez Christopher la condujo al interior del alicatado zaguán.

—Vigile su lenguaje —dijo Christopher en un tono glacial— cuando mi esposa esté presente.

—Había una señorita presente cuando este cabrón la violó —respondió Sharpe—. Lo pillamos con los calzones por las rodillas y todo su instrumental colgando. ¿Qué se supone que tengo que hacer con él? ¿Darle un brandy e invitarle a jugar al mus?

—Es un oficial y un caballero —objetó Christopher, a quien lo que más le preocupaba era que Olivier perteneciera al 18.º de Dragones, pues eso significaba que servía con el capitán Argenton—. ¿Dónde está su espada?

El teniente Vicente fue presentado. Traía la espada de Olivier y Christopher insistió en que le fuese devuelta al francés. Vicente intentó explicar que Olivier

estaba acusado de un crimen y que debía ser juzgado por ello, pero el coronel Christopher, en su impecable portugués, rechazó la idea.

—Las convenciones de la guerra, teniente, no permiten que se juzgue a los oficiales militares como si fuesen civiles. Debería saberlo si, como afirma Sharpe, es usted abogado. Permitir un juicio civil de prisioneros de guerra abriría la posibilidad de la reciprocidad. Juzgue a este hombre y ejecútelo y los franceses harán lo mismo con cualquier oficial portugués al que hagan prisionero. Lo entiende usted, ¿verdad?

Vicente captó la fuerza del argumento, pero no se dio por vencido.

—Es un violador —insistió.

—Es un prisionero de guerra —le contradijo Christopher—, y usted me cederá su custodia.

Vicente siguió resistiéndose. Al fin y al cabo, Christopher vestía de civil.

—Es prisionero de mi ejército —argumentó Vicente testarudo.

—Y yo —replicó Christopher desdeñoso— soy teniente coronel del ejército de Su Británica Majestad, y eso, según creo, significa que tengo un rango superior al suyo, teniente, y que obedecerá mis órdenes o si no deberá enfrentarse a las consecuencias militares.

Vicente, superado en rango y abrumado, dio un paso atrás, y Christopher, con una leve inclinación de cabeza, le presentó a Olivier su espada.

—¿Acaso me haría el honor de esperarme dentro? —sugirió al francés, y cuando un Olivier muy aliviado hubo entrado, Christopher dio una zancada hasta el borde de los escalones y miró por encima de la cabeza de Sharpe hacia el punto donde una blanca nube de polvo se estaba formando sobre un camino que salía de la lejana carretera principal. Un gran grupo de jinetes se estaba acercando al pueblo y Christopher consideró que debía de ser el capitán Argenton con su escolta. Su rostro se contrajo en un gesto de alarma y su mirada primero se posó sobre Sharpe y luego se dirigió de nuevo a la caballería que se acercaba. No se atrevía a permitir que ambos se encontraran.

—Sharpe, vuelve a estar bajo mis órdenes.

—Si usted lo dice, señor. —La voz de Sharpe sonó reticente.

—Entonces permanecerá aquí y cuidará de mi esposa —dijo Christopher—. ¿Son éstos sus caballos? —Señaló la docena de caballos capturados en Barca d'Avintas, la mayoría de los cuales seguían ensillados—. Cogeré dos de ellos.

Entró en el zaguán y llamó por señas a Olivier.

—*Monsieur!* Me acompañará y saldremos al mismo tiempo. ¿Queridísima? —Tomó la mano de Kate—. Quédate aquí hasta que yo regrese. No será mucho tiempo. Una hora como mucho. —Se agachó para besarla en los nudillos, después salió apresurado y subió de un salto a la montura más cercana; observó cómo montaba Olivier, y después los dos hombres salieron espoleando sus caballos hacia el camino

—. ¡Quédese aquí, Sharpe! —gritó Christopher mientras se iba—. ¡Justo aquí! ¡Y es una orden!

Vicente vio cómo se alejaban Christopher y el teniente de dragones.

—¿Por qué se lleva al francés?

—Sabe Dios —dijo Sharpe, y mientras Dodd y otros tres fusileros llevaban a Hagman a los establos, él subió a lo alto de la escalera y sacó su magnífico catalejo, que dejó sobre una urna de piedra finamente labrada que decoraba la terracita. Dirigió la lente hacia el grupo de jinetes que se aproximaban y vio que eran dragones franceses. ¿Un centenar de ellos? Puede que más. Sharpe podía ver las casacas verdes y sus vueltas rosadas, y las espadas rectas y las cubiertas de lienzo marrón de sus pulidos cascos, y luego vio que los jinetes detenían sus monturas mientras Christopher y Olivier salían de Vila Real de Zedes. Sharpe le pasó el catalejo a Harper.

—¿De qué estará hablando ese grasiento hijo de puta con los franchutes?

—Sabe Dios, señor —dijo Harper.

—No les quites ojo, Pat, no les quites ojo —ordenó Sharpe—, y si se acercan un poco más, házmelo saber.

Entró en la quinta dando un golpe poco entusiasta a la inmensa puerta de entrada. El teniente Vicente ya estaba en el zaguán, mirando con devoción canina a Kate Savage, que ahora, al parecer, era Kate Christopher. Sharpe se quitó el chacó y se pasó la mano por el pelo recién cortado.

—Su marido ha ido a hablar con los franceses —dijo. Vio el gesto de desaprobación en el rostro de Kate y se preguntó si aquello era porque Christopher estaba hablando con los franceses o porque él se estaba dirigiendo a ella—. ¿Por qué?

—Eso debe preguntárselo a él, teniente —dijo.

—Me llamo Sharpe.

—Ya sé cómo se llama —dijo Kate con frialdad.

—Mis amigos me llaman Richard.

—Es bueno saber que tiene amigos, señor Sharpe —dijo Kate. Lo miró con audacia y Sharpe pensó que era una belleza. Tenía el tipo de rostro que los pintores immortalizaban en sus óleos, y no le sorprendía que la banda de fervientes poetas y filósofos de Vicente la hubiera adorado desde la distancia.

—Entonces, ¿por qué está hablando el coronel Christopher con los gabachos, señora?

Kate parpadeó sorprendida, no porque su marido estuviese hablando con los franceses, sino porque, por primera vez, alguien la había llamado señora.

—Ya le he dicho, teniente —dijo con cierta aspereza—, que eso debe preguntárselo a él.

Sharpe caminó por el zaguán. Admiró la curvada escalera de mármol, miró un

tapiz en el que aparecían unas cazadoras persiguiendo a un venado, después miró dos bustos que estaban en unos nichos enfrentados. Era evidente que los bustos habían sido importados por el difunto señor Savage, pues uno representaba a John Milton y el otro llevaba el nombre de John Bunyan.

—Me enviaron a buscarla a usted —le dijo a Kate mientras miraba a Bunyan.

—¿A buscarme, señor Sharpe?

—El capitán Hogan me ordenó que la encontrara y la llevara de vuelta con su madre. Estaba preocupada por usted.

Kate se sonrojó.

—Mi madre no tiene por qué preocuparse. Ahora tengo un marido.

—¿Ahora? ¿Se casó esta mañana? ¿Era eso lo que vimos en la iglesia?

—¿Acaso es asunto suyo? —preguntó Kate hecha una fiera.

Vicente parecía alicaído, pues creía que Sharpe estaba intimidando a la mujer a la que tanto adoraba en silencio.

—Si está o no casada, señora, no es asunto mío —dijo Sharpe—, porque no puedo separar a una mujer casada de su marido, ¿no es así?

—Así es, no puede —respondió Kate—, y sí, nos casamos esta mañana.

—Mis felicitaciones, señora —dijo Sharpe, y entonces se detuvo a admirar un viejo reloj de pie. El frontal estaba decorado con lunas sonrientes y llevaba la leyenda THOMAS TOMPION, LONDRES. Abrió la pulida caja y tiró de las pesas de manera que el mecanismo empezó a hacer tictac—. Imagino que su madre estará encantada, señora.

—No es asunto suyo, teniente —dijo Kate molesta.

—Una pena que no pudiera estar aquí, ¿no? Su madre estaba llorando cuando la dejé. —Se volvió hacia ella—. ¿De verdad es coronel?

La pregunta sorprendió a Kate, especialmente después de la desconcertante noticia de que su madre había estado llorando. Se sonrojó, y después intentó parecer solemne y ofendida.

—Por supuesto que es coronel —respondió indignada—, y usted es un insolente, señor Sharpe.

Sharpe soltó una carcajada. Cuando estaba relajado, su rostro resultaba hosco a causa de la cicatriz de su mejilla, pero cuando sonreía o reía la hosquedad se disipaba, y Kate, con gran asombro, sintió que su corazón daba un saltito. Había recordado la historia que le contara Christopher sobre cómo lady Grace había destruido su reputación viviendo con ese hombre. ¿Cómo lo había dicho Christopher? Pescar en la parte fangosa del lago. Pero de repente Kate envidió a lady Grace, y entonces recordó que se había casado hacía menos de una hora y se sintió verdaderamente avergonzada de sí misma. Pero, de todas formas, pensó, aquel sinvergüenza resultaba terriblemente atractivo cuando sonreía y ahora estaba sonriéndole a ella.

—Tiene razón —admitió Sharpe—, soy un insolente. Siempre lo he sido y probablemente siempre lo seré, y le pido disculpas por ello, señora. —Volvió a echar un vistazo al zaguán—. ¿Es de su madre esta casa?

—Es mi casa desde que murió mi padre. Y ahora, supongo, es propiedad de mi marido.

—Uno de mis hombres está herido y su marido dijo que lo metiera en los establos. No me gusta meter a un herido en un establo cuando hay mejores habitaciones.

Kate se ruborizó, aunque Sharpe no estaba seguro de la razón, y entonces señaló hacia una puerta al fondo del zaguán.

—Los sirvientes tienen sus cuartos en las cocinas —dijo—, y estoy segura de que allí hay una habitación confortable. —Se apartó hacia un lado y volvió a señalar hacia la puerta—. ¿Por qué no lo mira?

—Lo haré, señora —dijo Sharpe, pero en vez de explorar la parte trasera de la casa, se quedó mirándola a ella fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate, inquieta por su oscura mirada.

—Tan sólo iba a ofrecerle mis felicitaciones, señora, por su matrimonio.

—Gracias, teniente —dijo Kate.

—Una boda a la carrera... —dijo Sharpe y se interrumpió, y al ver la llama de la ira encenderse en los ojos de ella, volvió a sonreír— es algo que la gente suele hacer en tiempos de guerra —acabó de decir—. Daré la vuelta a la casa por fuera, señora.

La dejó para admiración de Vicente y se unió a Harper en la terraza.

—¿Sigue hablando ese cabrón? —preguntó.

—El coronel aún está hablando con los gabachos, señor —dijo Harper, mientras miraba por el catalejo—, y no se están acercando más. El coronel está lleno de sorpresas, ¿verdad?

—Está tan lleno de ellas —dijo Sharpe— como un *plum cake*.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a llevar a Dan al cuarto de un sirviente en la cocina. Deje que lo vea el médico. Si el médico piensa que puede viajar, entonces nos iremos a Amarante.

—¿Nos llevamos a la chica?

—No si es que está casada, Pat. No podemos dar un puñetero paso si está casada. Ahora le pertenece a él, de la cabeza a los pies. —Sharpe se rascó bajo el cuello, donde le había picado un piojo—. Una chica bonita.

—¿Lo es? No me había dado cuenta.

—Mentiroso cabrón irlandés —dijo Sharpe.

Harper rió mordaz.

—Sí, bueno, se deja mirar, señor, se deja mirar como la que más, pero también es una mujer casada.

—Está fuera de alcance, ¿eh?

—¿La mujer de un coronel? Yo ni lo soñaría —le advirtió Harper—, si fuera usted.

—No estoy soñando, Patrick, sólo me pregunto cómo demonios salir de aquí. Cómo vamos a volver a casa.

—¿Volver al ejército? ¿O volver a Inglaterra?

—Sabe Dios. ¿Qué preferiría?

Ya tendrían que estar en Inglaterra. Perteneían todos al segundo batallón del 95.º de Rifles y ese batallón estaba en los barracones de Shorncliffe, pero Sharpe y sus hombres se habían visto separados del resto de los casacas verdes durante la difícil retirada a Vigo y, por una u otra razón, nunca habían conseguido reincorporarse. El capitán Hogan había arreglado aquello. Hogan necesitaba hombres para que lo protegieran mientras cartografiaba el agreste territorio fronterizo entre España y Portugal, y una brigada de los principales fusileros llegaba como caída del cielo, así que se las había arreglado de manera ingeniosa para confundir el papeleo, desviar cartas, rascar una paga de las arcas militares y mantener así a Sharpe y a sus hombres cerca de la guerra.

—A mí Inglaterra no me ofrece nada —dijo Harper—, aquí soy más feliz.

—¿Y los hombres?

—A la mayoría les gusta esto —dijo el irlandés—, pero unos pocos quieren volver a casa. Cresacre, Sims, los gruñones habituales. John Williamson es el peor. Se pasa el día diciendo a los otros que usted está aquí sólo porque quiere ascender y que nos sacrificará a todos nosotros para conseguirlo.

—¿Eso dice?

—Y cosas peores.

—Parece una buena idea —dijo Sharpe en tono superficial.

—Pues no pienso que nadie le crea, excepto los cabrones de turno. La mayoría de nosotros sabemos que estamos aquí por accidente. —Harper miró a los alejados dragones franceses y después meneó la cabeza—. Antes o después voy a tener que darle una tunda a Williamson.

—O usted o yo —concedió Sharpe.

Harper volvió a llevarse el catalejo al ojo.

—El cabrón ese vuelve —anunció—, y ha dejado al otro cabrón con los franceses. —Le pasó el catalejo a Sharpe.

—¿A Olivier?

—¡El cabronazo se lo ha devuelto a los franceses! —Harper estaba indignado.

A través del catalejo Sharpe pudo ver a Christopher cabalgando de vuelta a Vila Real de Zedes acompañado por un solo hombre, civil a juzgar por sus ropas, y definitivamente no era el teniente Olivier, quien, era evidente, cabalgaba hacia el

norte con los dragones.

—Esos gabachos tienen que habernos visto —dijo Sharpe.

—Tan claro como el agua —coincidió Harper.

—Y el teniente Olivier les habrá contado que estamos aquí, así que ¿por qué demonios nos dejan en paz?

—Porque su hombre ha llegado a un acuerdo con esos cabrones —dijo Harper, señalando con la cabeza al lejano Christopher.

Sharpe se preguntaba por qué estaría haciendo tratos con el enemigo un oficial inglés.

—Deberíamos darle una zurra —dijo.

—No si es un coronel.

—En ese caso deberíamos darle dos zurras a ese cabrón —dijo Sharpe con ferocidad—, y entonces sabríamos bastante rápido cuál es la puñetera verdad.

Los dos hombres se quedaron en silencio mientras Christopher recorría a medio galope el paseo hasta la casa. El hombre que lo acompañaba era joven, pelirrojo y vestía sencillas ropas civiles, aunque el caballo que montaba tenía una marca francesa en la grupa y su silla de montar era militar. Christopher miró el catalejo que tenía Sharpe en la mano.

—Debe de sentir curiosidad, Sharpe —dijo en un insólito arranque de simpatía.

—Siento curiosidad —dijo Sharpe— por saber por qué nuestro prisionero ha sido devuelto a los suyos.

—Porque yo decidí devolverlo, está claro —dijo Christopher mientras se bajaba del caballo—, y él ha prometido no luchar contra nosotros hasta que los franceses hayan devuelto a un prisionero inglés del mismo rango. Lo que es bastante normal, Sharpe, y no es en absoluto motivo de indignación. Éste es *monsieur* Argenton, que va a venir conmigo a Lisboa a visitar al general Cradock.

El francés, al oír su nombre, hizo una nerviosa inclinación de cabeza hacia Sharpe.

—Iremos con usted —dijo Sharpe, ignorando al francés.

Christopher negó con un movimiento de cabeza.

—Me parece que no, Sharpe. *Monsieur* Argenton lo va a disponer todo para que nosotros dos usemos los pontones de Oporto si es que ya están reparados, y si no organizará algún pasaje en un transbordador, y no puedo imaginar que nuestros amigos franceses vayan a permitir que media compañía de fusileros cruce el río delante de sus narices, ¿no cree?

—Si habla usted con ellos, puede que sí —sugirió Sharpe—. Parece tener usted bastante amistad con ellos.

Christopher lanzó sus riendas a Luis y después le hizo un gesto a Argenton para que desmontara y entrara tras él en la casa.

—«Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía» —dijo Christopher al pasar junto a Sharpe, y después se volvió—. Tengo planes diferentes para usted.

—¿Usted tiene planes para mí? —preguntó Sharpe de manera agresiva.

—Creo que un teniente coronel supera en rango a un teniente en el ejército de Su Británica Majestad, Sharpe —dijo Christopher en tono sarcástico—. Siempre ha sido así, lo que significa que está usted bajo mi mando, ¿no es así? De modo que entrará usted en la casa dentro de media hora y le daré sus nuevas órdenes. Venga, *monsieur*.

—Le hizo una señal a Argenton, miró fríamente a Sharpe y subió los escalones.



A la mañana siguiente llovía. También hacía más frío. Por el oeste se extendían los velos grises de los chaparrones, traídos desde el Atlántico por un viento frío que arrancaba las flores de glicinia de los vapuleados árboles, batía los postigos de la quinta y enviaba frías corrientes que recorrían todas sus habitaciones. Sharpe, Vicente y sus hombres habían dormido en los establos, protegidos por vigilantes que temblaban por la noche e intentaban vislumbrar algo a través de la húmeda oscuridad. Al hacer la ronda, en el momento más oscuro de la noche, Sharpe vio que una ventana de la quinta brillaba a la luz temblorosa de una vela tras los postigos agitados por el viento, y creyó oír un lamento, similar al de un animal que sufre, procedente de aquel piso superior; por un fugaz segundo estuvo seguro de que era la voz de Kate, pero después se dijo que era su imaginación, o únicamente el viento aullando en las chimeneas. Al amanecer fue a ver a Hagman y se encontró con que el viejo furtivo estaba sudando, pero seguía vivo. Estaba dormido y una o dos veces dijo un nombre en voz alta.

—Amy —dijo—, Amy.

El médico le había visitado la tarde anterior, había olisqueado la herida, se había encogido de hombros, había dicho que Hagman moriría, había limpiado la herida, la había vendado y se había negado a aceptar paga alguna.

—Mantengan los vendajes húmedos —le había dicho a Vicente, que traducía para Sharpe—, y cavén una tumba. —El teniente portugués no tradujo las últimas cuatro palabras.

Sharpe fue convocado ante el coronel Christopher poco después de la salida del sol y se encontró al coronel sentado en el salón y envuelto en toallas calientes mientras Luis lo afeitaba.

—Antes era barbero —dijo el coronel—. ¿No eras barbero, Luis?

—Y de los buenos —aseguró Luis.

—Y usted parece necesitar un barbero, Sharpe —dijo Christopher—. Se corta el pelo usted mismo, ¿a que sí?

—No, señor.

—Pues lo parece. Parece que se lo hayan cortado las ratas. —La navaja hizo un ligero sonido rasposo mientras bajaba deslizándose hacia su barbilla. Luis pasó la cuchilla por una toalla y volvió a raspar con ella—. Mi esposa —dijo Christopher— tendrá que quedarse aquí. Y eso no me hace feliz.

—¿No, señor?

—Pero no estará segura en ningún otro sitio, ¿no cree? No puede ir a Oporto. Está llena de franceses que violan a cualquier cosa que no esté muerta y es probable que también lo hagan con cosas muertas si es que aún están frescas, y no tendrán el lugar bajo un control aceptable durante uno o dos días más. Así que ella tiene que quedarse aquí, y yo me sentiré mucho más tranquilo, Sharpe, si está protegida. De modo que proteja usted a mi esposa, deje que su hombre herido se recupere, descanse, medite sobre los inescrutables caminos de Dios y en una semana o así estaré de vuelta y podrá usted marcharse.

Sharpe miró por la ventana hacia fuera, donde un jardinero estaba segando la hierba, probablemente la primera siega del año. La guadaña se deslizaba entre las pálidas flores caídas de la glicinia.

—La señora Christopher podría acompañarle al sur, señor —sugirió.

—No, demonios, no puede —contestó Christopher con brusquedad—. Le he dicho que es demasiado peligroso. El capitán Argenton y yo tenemos que pasar a través de las líneas, Sharpe, y no nos facilitaría las cosas llevar a una mujer con nosotros. —La verdadera razón, por supuesto, era que no quería que Kate se encontrara con su madre y le hablara del matrimonio en la pequeña iglesia de Vila Real de Zedes—. Así que Kate se quedará aquí, y usted la tratará con el debido respeto. —Sharpe no dijo nada, tan sólo miró al coronel, que tuvo la elegancia de cambiar, no sin cierta incomodidad, de tono—. Por supuesto que lo hará. Cuando me marche hablaré con el sacerdote del pueblo para asegurarme de que su gente envía comida para ustedes. Pan, alubias y un novillo deberían bastar para sus hombres durante una semana, ¿no? Y, por el amor de Dios, no se hagan notar; no quiero que los franceses saqueen esta casa. Hay unas excelentes barricas de oporto en las bodegas, y tampoco quiero que sus matones se las beban.

—No lo harán, señor —dijo Sharpe. La noche anterior, cuando Christopher le había comunicado por primera vez que sus hombres y él debían permanecer en la quinta, el coronel le había enseñado una carta del general Cradock. La carta había sido doblada tantas veces que estaba quebradiza, en especial por los dobleces, y la tinta estaba descolorida, pero decía con claridad, en inglés y en portugués, que el teniente coronel James Christopher se dedicaba a trabajos de gran trascendencia y emplazaba a todo oficial inglés y portugués a cumplir las órdenes del coronel y a ofrecerle cualquier ayuda que pudiera requerir. La carta, de la que Sharpe no tenía

razones para creer que fuese una falsificación, dejaba claro que Christopher estaba en posición de dar órdenes a Sharpe; por eso ahora se mostraba más respetuoso de lo que había estado la noche anterior—. No tocarán el oporto, señor —aseguró.

—Bien. Bien. Eso es todo, Sharpe, puede retirarse.

—¿Va a ir hacia el sur, señor? —preguntó Sharpe en vez de retirarse.

—Ya se lo dije, vamos a ver al general Cradock.

—Entonces, ¿podría llevar una carta al capitán Hogan de mi parte, señor?

—Escríbala rápido, Sharpe,scríbala rápido. Tengo que partir.

Sharpe la escribió rápido. Le disgustaba escribir, pues nunca había aprendido bien sus primeras letras ni se había educado de manera apropiada, y sabía que su forma de expresarse era tan tosca como su caligrafía, pero escribió una carta a Hogan para contarle que estaba bloqueado al norte del río, que se le ordenaba permanecer en la Quinta do Zedes y que, tan pronto como fuese dispensado de esas órdenes, volvería a su servicio. Sospechó que Christopher leería la carta, por lo que no hizo mención del coronel ni criticó en absoluto sus órdenes. Le entregó la carta a Christopher, quien, vestido de civil y en compañía del francés, que tampoco vestía el uniforme, salió a media mañana. Luis se marchó con ellos.

Kate también había escrito una carta, dirigida a su madre. Por la mañana había estado pálida y llorosa, lo que Sharpe atribuyó a la partida inminente de su nuevo marido, pero en realidad Kate estaba disgustada porque Christopher no le permitía acompañarlo, una idea que el coronel se había negado a considerar de forma tajante.

—El lugar al que vamos —había insistido él— es sumamente peligroso. Atravesar el frente, querida mía, es imprudente hasta tal extremo que no puedo exponerte a un riesgo semejante. —Había advertido la tristeza de Kate y había tomado sus dos manos entre las suyas—. ¿Crees que deseo separarme de ti tan pronto? ¿No entiendes que sólo obligaciones imperiosas, de la mayor relevancia, me apartarían de tu lado? Tienes que confiar en mí, Kate. Yo creo que la confianza es muy importante en el matrimonio, ¿tú no?

Y Kate, que intentaba no llorar, había dicho que así era.

—Estarás segura —le había dicho Christopher—. Los hombres de Sharpe te protegerán. Ya sé que parece zafio, pero es un oficial inglés y eso significa que es casi un caballero. Y tienes multitud de sirvientes para que te hagan compañía. —Frunció el entrecejo—. ¿Te preocupa tener aquí a Sharpe?

—No —dijo Kate—, me mantendré alejada de su camino.

—No me cabe duda de que eso lo hará feliz. Lady Grace podría haberlo domado un poquito, pero se lo ve muy incómodo entre la gente civilizada. Estoy seguro de que estarás bien protegida hasta que yo regrese. Puedo dejarte una pistola si es que estás preocupada.

—No —dijo Kate, pues sabía que había una pistola en el viejo cuarto de armas de

su padre; de cualquier manera, no pensaba que fuese a necesitarla para disuadir a Sharpe—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—¿Una semana? Como mucho diez días. Uno no puede ser muy preciso en estas cosas, pero ten la certeza, querida mía, de que volveré a toda prisa a tu lado con la mayor diligencia.

Ella le entregó la carta para su madre. En la carta, escrita a la luz de una vela justo antes del alba, le contaba a la señora Savage que su hija la amaba, que sentía haberla decepcionado, pero que, sin embargo, estaba casada con un hombre maravilloso, un hombre al que posiblemente la señora Savage llegaría a querer como si fuera su propio hijo, y Kate prometía que regresaría junto a su madre tan pronto como le fuera posible. Mientras tanto, encomendaba a su madre, a su marido y se encomendaba ella misma al dulce cuidado de Dios.

El coronel James Christopher leyó la carta de su esposa mientras cabalgaba hacia Oporto. Después leyó la carta de Sharpe.

—¿Algo importante? —le preguntó el capitán Argenton.

—Trivialidades, mi querido capitán, simples trivialidades —respondió Christopher y leyó la carta de Sharpe una segunda vez—. Por Dios, hoy en día permiten que unos completos analfabetos se encarguen de los asuntos del rey. —Y con aquellas palabras rompió ambas cartas en pedacitos que dejó que arrastrara el viento frío y cargado de lluvia, de forma que, por unos instantes, los pedacitos blancos parecían nieve detrás de su caballo—. Supongo —consultó a Argenton— que necesitaremos un permiso para cruzar el río, ¿verdad?

—Conseguiré uno en el cuartel general —dijo Argenton.

—Bien —dijo Christopher—, bien. —Porque en su alforja, sin que lo supiera el capitán Argenton, había una tercera carta, una carta que había escrito el propio Christopher en un pulido y perfecto francés, y que iba dirigida a la atención del cuartel general del mariscal Soult, al brigadier Henri Vuillard, el hombre al que más temían Argenton y sus compañeros de conspiración. Christopher sonrió recordando los placeres de la noche pasada y anticipó los grandes placeres que estaban por venir. Era un hombre feliz.

CAPÍTULO 4

—Telarañas —susurró Hagman— y musgo. Eso servirá, señor.

—¿Telarañas y musgo? —preguntó Sharpe.

—Una cataplasma, señor, de telarañas, musgo y un poco de vinagre. Se envuelve en papel de estraza y se ata al muslo.

—El médico dice que basta con mantener el vendaje húmedo, Dan, nada más.

—Sabemos más nosotros que el médico, señor. —La voz de Hagman apenas se oía—. Mi madre siempre tuvo una fe ciega en el vinagre, el musgo y las telarañas. —Se quedó callado, aunque cada respiración era un resuello—. Y en el papel de estraza —dijo después de un largo rato—. Y a mi padre, señor, cuando le disparó un guardia en Dunham on the Hill, lo trajeron de vuelta a por vinagre, musgo y telarañas. Era una mujer maravillosa, mi madre.

Sentado junto a la cama, Sharpe se preguntaba si él habría sido diferente si hubiera conocido a su madre, si hubiese sido criado por una madre. Pensó en lady Grace, muerta hacía tres años, y en que una vez le había dicho que estaba lleno de ira y él se preguntó si aquello era lo que hacían las madres, sacarle a uno la ira, y entonces su mente se alejó por completo de Grace, como hacía siempre. Sencillamente, recordar le resultaba demasiado doloroso, así que se obligó a sonreír.

—Llamaba a Amy mientras dormía, Dan. ¿Es su esposa?

—¡Amy! —Hagman pestañeó sorprendido—. ¿Amy? Hacía años que no pensaba en Amy. Era la hija del párroco, señor, la hija del párroco, e hizo cosas que ni siquiera debería haber sabido la hija de ningún párroco. —Rió entre dientes y debió de dolerle, pues la sonrisa se desvaneció y él soltó un gemido; de todos modos, Sharpe creía que ahora Hagman tenía una oportunidad, porque los dos primeros días había tenido fiebre, pero ahora el sudor había cesado—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí, señor?

—Tanto tiempo como necesitemos, Dan, aunque la verdad es que no lo sé. El coronel me dio órdenes, así que nos quedaremos aquí hasta que nos dé otras nuevas. —Sharpe se había tranquilizado con la carta del general Cradock y aún más con las noticias de que Christopher iba a reunirse con el general. Estaba claro que el coronel estaba metido hasta el cuello en su extraño trabajo, pero ahora Sharpe se preguntaba si habría malinterpretado las palabras del capitán Hogan respecto a que vigilara de cerca a Christopher. Tal vez Hogan hubiese querido decir que quería tener a Christopher protegido porque su trabajo era muy importante. Fuera como fuese, ahora Sharpe tenía órdenes que cumplir y se sentía satisfecho de que el coronel tuviera la autoridad necesaria para dárselas, aunque todavía se sentía culpable porque sus hombres y él estaban descansando en la Quinta do Zedes mientras la guerra seguía en algún lugar hacia el sur y en algún otro lugar hacia el este.

Al menos suponía que continuaba habiendo enfrentamientos, pues durante los días siguientes no tuvo noticias de verdad. Un vendedor ambulante llegó a la quinta con un surtido de botones de hueso, alfileres de acero y medallones de latón estampados con la imagen de la Virgen María, y contó que los portugueses seguían controlando el puente de Amarante, donde se enfrentaban a un gran ejército francés. También afirmaba que los franceses habían ido al sur, hacia Lisboa, y después habló de un rumor que decía que el mariscal Soult aún estaba en Oporto. Un fraile que llamó a la quinta para mendigar comida traía las mismas noticias.

—Eso es bueno —le dijo Sharpe a Harper.

—¿Y por qué, señor?

—Porque Soult no iba a quedarse en Oporto si hubiese una oportunidad de que Lisboa cayera, ¿verdad? No, si Soult está en Oporto, significa que es lo más lejos que han llegado los franceses.

—Pero ¿no están al sur del río?

—Puede que unos cuantos de su jodida caballería —dijo Sharpe en tono desdenoso; pero era frustrante no saber qué estaba sucediendo y Sharpe, para su sorpresa, se dio cuenta de que estaba deseando que regresara el coronel Christopher para poder enterarse de cómo evolucionaba la guerra.

Sin duda Kate deseaba que su marido regresara incluso más que Sharpe. Los primeros días después de la partida del coronel había evitado a Sharpe, pero cada vez coincidían más en el cuarto en el que yacía Daniel Hagman. Kate llevaba comida al herido y se sentaba y hablaba con él y, una vez se hubo convencido de que Sharpe no era el procaz matón que pensaba que era, lo invitó al porche de la casa, donde preparó el té en una tetera decorada con un estampado de rosas de china. A veces invitaba al teniente Vicente, pero él casi no decía nada; se limitaba a sentarse en el borde de una silla y a mirar fijamente a Kate con triste admiración. Si ella le hablaba, él se ruborizaba y tartamudeaba, y Kate miraba hacia otro lado, al parecer igual de avergonzada, aunque parecía gustarle el teniente portugués. Sharpe tenía la sensación de que era una mujer solitaria y siempre lo había sido. Una tarde, mientras Vicente estaba supervisando las guardias, ella le habló de su infancia como hija única en Oporto y de su regreso a Inglaterra por causa de su educación.

—Éramos tres chicas en la casa de un clérigo —le contó. Era una tarde fría y ella se había sentado cerca del fuego que habían encendido en el hogar bordeado de azulejos del salón de la quinta—. Su esposa nos hacía cocinar, limpiar y coser, y el clérigo nos enseñaba las sagradas escrituras, algo de francés, un poco de matemáticas y Shakespeare.

—Eso es más de lo que yo aprendí nunca —comentó Sharpe.

—Usted no es la hija de un acaudalado comerciante de oporto —dijo Kate con una sonrisa. Detrás de ella, en las sombras, la cocinera hacía calceta. Cuando estaba

con Sharpe o con Vicente, Kate siempre tenía a una de las sirvientas de carabina, presumiblemente para que así su marido no tuviera nada que sospechar—. Mi padre estaba decidido a darme una buena educación —continuó Kate, con aire melancólico—. Era un hombre extraño mi padre. Hacía vino, pero no lo bebía. Decía que Dios no lo aprobaba. Aquí la bodega está llena de buen vino; él seguía trayéndolo cada año, pero nunca abrió una botella para él. —Se estremeció y se acercó al fuego—. Recuerdo que siempre hacía frío en Inglaterra. Yo lo odiaba, pero mis padres no querían que me educara en Portugal.

—¿Por qué no?

—Temían que me contaminara de papismo —dijo, mientras jugueteaba con las borlas del borde de su chal—. Mi padre era muy contrario al papismo —continuó muy seria—, por eso en su testamento insistió en que debía casarme con alguien que comulgara con la Iglesia anglicana, o si no...

—¿O si no?

—Perdería mi herencia.

—Ahora está segura.

—Sí —dijo ella, levantando la mirada hacia él; la luz del pequeño fuego se reflejaba en sus ojos—. Sí, lo está.

—¿Es una herencia que merece la pena conservar? —preguntó Sharpe, sospechando al mismo tiempo que era una pregunta indiscreta, pero la curiosidad le había llevado a hacerla.

—Esta casa, los viñedos —dijo Kate, que en apariencia no se había sentido ofendida—, la bodega donde se prepara el oporto. De momento está todo en fideicomiso para mí, aunque mi madre lo disfruta en usufructo, claro.

—¿Por qué no volvió ella a Inglaterra?

—Ha vivido aquí durante unos veinte años, así que ahora tiene aquí a sus amigos. Pero después de esta semana... —Se encogió de hombros—. Puede que quiera regresar a Inglaterra. Ella siempre dice que iría a casa para encontrar un segundo marido. —Sonrió al pensarlo.

—¿No se podría casar aquí? —preguntó Sharpe, recordando a la hermosa mujer que subía al carruaje delante de Casa Hermosa.

—Aquí son todos papistas, señor Sharpe —dijo Kate en un burlón tono de reproche—. Aunque tengo la sospecha de que encontró a alguien no hace mucho tiempo. Empezó a preocuparse más de su aspecto. Sus ropas, su cabello, pero tal vez fueran imaginaciones mías. —Se quedó en silencio unos instantes. Las agujas de la cocinera seguían sonando y, en el hogar, un tronco se vino abajo con una lluvia de chispas. Una saltó el parachispas de alambre y empezó a humear sobre una alfombra, hasta que Sharpe se agachó y la aplastó. El reloj Tompion del zaguán dio las nueve—. Mi padre —continuó Kate— creía que las mujeres de su familia eran proclives a

salirse del camino recto y estrecho, por eso siempre quiso que fuese un hijo quien se encargase de la bodega. Como esto no fue posible, nos dejó atadas de manos en su testamento.

—¿Tiene que casarse con un inglés protestante?

—Un anglicano confirmado, en cualquier caso —dijo Kate—, que desee cambiar su apellido por el de Savage.

—Así que ahora es el coronel Savage, ¿no?

—Lo será —dijo Kate—. Dijo que firmaría un papel ante un notario en Oporto y que entonces lo enviaríamos a los fideicomisarios en Londres. No sé cómo vamos a enviar ahora cartas a casa, pero James encontrará la forma. Es muy ingenioso.

—Lo es —dijo Sharpe secamente—. Pero ¿quiere él quedarse en Portugal y elaborar oporto?

—¡Oh, sí! —dijo Kate.

—¿Y usted?

—¡Claro que sí! Amo Portugal y sé que James quiere quedarse. Lo dijo no mucho después de llegar a nuestra casa en Oporto. —Contó que Christopher había llegado a Casa Hermosa en Año Nuevo y que se había alojado allí por un tiempo, aunque pasaba la mayor parte de los días recorriendo el norte. No sabía lo que hacía él por allí—. No era asunto mío —le dijo a Sharpe.

—¿Y qué está haciendo ahora en el sur? ¿Tampoco es asunto suyo?

—No a menos que él me lo cuente —respondió ella a la defensiva, y después frunció el ceño—. A usted no le gusta él, ¿no es así?

Sharpe se sintió incómodo, sin saber qué decir.

—Tiene buenos dientes —dijo por fin.

Aquella declaración evasiva hizo que Kate pareciera dolida.

—Me ha parecido que el reloj daba las nueve...

Sharpe entendió la indirecta.

—Es hora de pasar revista a los centinelas —dijo. Se dirigió hacia la puerta y se volvió para mirar a Kate, dándose cuenta, y no por primera vez, de lo delicada que era su belleza y cómo su pálida piel parecía brillar a la luz del fuego. Después intentó olvidarla, mientras empezaba su ronda de los centinelas.

Sharpe estaba haciendo que los fusileros trabajaran duro, que patrullaran las tierras de la quinta, que cavaran en su camino de entrada, que trabajaran muchas horas para que la poca energía que les quedaba la gastaran refunfuñando, pero Sharpe sabía lo precaria que era su situación. Christopher le había ordenado muy a la ligera que se quedara y cuidara de Kate, pero la quinta nunca podría ser defendida contra una pequeña fuerza francesa. Estaba situada bien alta en la ladera de una colina arbolada, pero tras ella la colina ascendía aún más y había densos bosquecillos en el terreno más elevado que podrían ocultar a un cuerpo de infantería, que entonces sería

capaz de atacar la casona desde más altura, con la ventaja añadida de que los árboles le proporcionarían cobertura. Pero aún más arriba acababan los árboles y la colina ascendía hasta una cima rocosa, donde una vieja atalaya se iba desmoronando por los vientos; Sharpe pasaba horas observando el paisaje desde allí.

Veía tropas francesas todos los días. Había un valle al norte de Vila Real de Zedes con una carretera que llevaba hacia el este, a Amarante; cada día pasaban por la carretera carros de artillería, de infantería y suministros y, para mantener la seguridad, grandes escuadrones de dragones patrullaban el valle. Algunos días había intercambios de disparos, distantes, débiles, apenas entreoídos; Sharpe suponía que la gente del campo tendía emboscadas a los invasores, y miraba a través de su catalejo para ver dónde se desarrollaba la acción, pero nunca vio las emboscadas y ninguno de los partisanos llegó a acercarse a Sharpe, tampoco los franceses, aunque estaba casi seguro de que sabían que un escuadrón de fusileros ingleses se había detenido en Vila Real de Zedes. Una vez incluso llegó a ver a unos dragones trotando a un kilómetro de la quinta y dos de sus oficiales miraron hacia la elegante casa a través de sus catalejos, aunque no hicieron ningún movimiento hostil. ¿Lo habría arreglado todo Christopher?

Nueve días después de que Christopher hubiese partido, el jefe del pueblo llevó a Vicente un periódico de Oporto. Era una hoja mal impresa y Vicente se quedó perplejo al verla.

—Nunca oí hablar del *Diario do Porto* —le dijo a Sharpe—, y son todo disparates.

—¿Disparates?

—¡Dice que Soult debería autoproclamarse rey de la Lusitania del Norte! Dice que hay muchos portugueses que apoyan la idea. ¿Quiénes? ¿Por qué iban a hacerlo? Ya tenemos un rey.

—Los franceses deben de estar pagando ese periódico —conjeturó Sharpe, aunque las demás cosas que estuvieran haciendo los franceses eran un misterio, pues a él lo estaban dejando en paz.

El médico que fue a visitar a Hagman pensaba que el mariscal Soult estaba reuniendo a sus tropas para preparar un ataque en el sur y que no quería malgastar hombres en pequeñas y amargas escaramuzas por las montañas del norte.

—En cuanto se apodere de todo Portugal —dijo el médico—, entonces vendrá a perseguirles.

Arrugó la nariz mientras retiraba la apastosa compresa del pecho de Hagman y después movió la cabeza sorprendido porque la herida estaba limpia. La respiración de Hagman era más tranquila, ya podía sentarse en la cama y estaba comiendo mejor.

Vicente se marchó al día siguiente. El médico había llevado noticias sobre el ejército del general Silveira en Amarante y sobre cómo estaba defendiendo el puente

sobre el Támeaga con valentía, y Vicente decidió que era su deber ayudar en aquella defensa, pero tres días después regresó porque había demasiados dragones patrullando los campos entre Vila Real de Zedes y Amarante. El fracaso hizo que se desanimara.

—Estoy perdiendo mi tiempo —le dijo a Sharpe.

—¿Cómo son sus hombres de buenos? —preguntó Sharpe. La pregunta sorprendió a Vicente.

—¿Buenos? Tan buenos como cualquiera, supongo.

—¿De verdad? —preguntó Sharpe, y aquella tarde hizo formar a todos los hombres, tanto fusileros como portugueses, y les hizo disparar a todos tres veces en un minuto con los mosquetes portugueses. Lo hizo delante de la casa y midió el tiempo de los disparos con el gran reloj de pie.

Sharpe no tuvo ninguna dificultad al hacer los tres disparos. Llevaba media vida haciéndolo; además, los mosquetes portugueses eran de fabricación inglesa y a Sharpe le resultaban familiares. Abrió el cartucho de un bocado, notó el sabor a sal de la pólvora, cargó el cañón, atacó bien el taco y la bala, cebó la cazoleta, amartilló, apretó el gatillo y sintió el retroceso del arma en el hombro, y después bajó la culata y mordió el siguiente cartucho. La mayoría de sus hombres estaban sonriendo porque sabían que era bueno.

El sargento Macedo fue el único hombre, aparte de Sharpe, que hizo sus tres disparos en cuarenta y cinco segundos. Quince de los fusileros y doce de los portugueses consiguieron disparar un tiro cada veinte segundos, pero los demás eran lentos y tanto Sharpe como Vicente se pusieron a instruirlos. Williamson, uno de los fusileros que había fallado, farfulló que era una estupidez hacerle aprender a disparar un mosquete de ánima lisa cuando él era un fusilero. Pronunció su queja en voz lo bastante alta como para que la oyera Sharpe y con la esperanza de que decidiera ignorarla, y después pareció sentirse agraviado cuando Sharpe lo sacó a rastras de la formación.

—¿Tiene alguna queja? —le retó Sharpe.

—No, señor. —Williamson, poniendo cara de hosquedad, miró más allá de Sharpe.

—Míreme —Williamson obedeció a regañadientes—. La razón por la que está aprendiendo a disparar un mosquete como un verdadero soldado es porque no quiero que los portugueses piensen que nos reímos de ellos. —Williamson aún parecía mohíno—. Y además —añadió—, estamos tirados a unos kilómetros de las líneas enemigas, y entonces, ¿qué pasa si su rifle se rompe? Y hay aún otra razón más.

—¿Y cuál es, señor?

—Que si no le da la gana de hacer esto, le daré otra tarea, luego otra y después de ésa otra más, hasta que esté tan harto de las tareas de castigo que tendrá que

dispararme para librarse de ellas.

Williamson miró a Sharpe con una expresión que sugería que nada le gustaría más que dispararle. Sharpe se limitó a mantenerle la mirada y Williamson miró hacia otro lado.

—Nos quedaremos sin munición —dijo Williamson en un tono despectivo, y en eso probablemente tuviera razón. Sin embargo, Kate Savage abrió la puerta de la sala de armas de su padre y encontró un barril de pólvora y un molde para balas, así que Sharpe pudo hacer que sus hombres prepararan nuevos cartuchos usando páginas de los libros de sermones que había en la biblioteca de la quinta para envolver la pólvora y las balas. Las balas eran demasiado pequeñas, pero eran buenas para practicar; durante tres días sus hombres dispararon sus mosquetes y rifles al otro lado del paseo. Los franceses tuvieron que oír los disparos resonando débilmente desde las colinas y tuvieron que ver el humo de pólvora por encima de Vila Real de Zedes, pero no se acercaron. Tampoco lo hizo el coronel Christopher.

—Pero los franceses van a venir —le dijo una tarde Sharpe a Harper mientras subían por la colina de detrás de la quinta.

—Es más que probable —dijo el hombretón—. Quiero decir que no es que no sepan que estamos aquí.

—Y nos cortarán en rodajas cuando lleguen.

Harper se encogió de hombros ante tan pesimista opinión, y después arrugó el ceño.

—¿Hasta dónde vamos a subir?

—Hasta la cima —dijo Sharpe. Había guiado a Harper a través de los árboles y ahora estaban en la ladera rocosa que llevaba a la vieja atalaya en la cima de la colina—. ¿Nunca ha estado aquí arriba?

—Yo crecí en Donegal —respondió Harper—, y hay una cosa que aprendemos allí: «No subas nunca a la cima de las colinas».

—¿Por qué?

—Porque cualquier cosa de valor habrá rodado cuesta abajo hace mucho, señor, y lo único que lograrás es quedarte sin respiración para descubrir que ya no hay nada. ¡Por Jesucristo!, desde aquí se puede ver la mitad del camino hacia el cielo.

El sendero seguía un promontorio rocoso que llevaba a la cumbre; a ambos lados del sendero la cuesta se iba haciendo más empinada, hasta que sólo una cabra podría haber encontrado asidero en aquel traicionero pedregal, aunque el sendero, que acababa en la ruina de la antigua atalaya, era bastante seguro.

—Vamos a levantar un fortín aquí arriba —anunció Sharpe entusiasmado.

—Que Dios se apiade de nosotros —dijo Harper.

—Nos estamos volviendo vagos, Pat, blandos. Perezosos. Y eso no es bueno.

—Pero ¿para qué vamos a levantar un fortín? —objetó Harper—. ¡Esto ya es una

fortaleza! Ni el mismísimo diablo podría tomar esta colina si estuviera defendida.

—Hay dos maneras de subir aquí —dijo Sharpe, ignorando la pregunta—: este camino y otro por la ladera sur. Quiero unos muros que crucen cada sendero. Muros de piedra, Pat, lo bastante altos como para que un hombre pueda colocarse de pie detrás de ellos y disparar por encima. Hay mucha piedra por aquí.

Sharpe condujo a Harper a través del arco roto de la torre y le mostró cómo se había levantado aquel viejo edificio alrededor de una fosa natural en lo alto de la colina y cómo, al ir desmoronándose, la torre había llenado la fosa de piedras.

Harper echó un vistazo a la fosa.

—¿Y quiere que movamos toda esa mampostería y que construyamos muros nuevos? —Su voz sonó consternada.

—Estuve hablando con Kate Savage de este lugar —dijo Sharpe—. Esta vieja torre fue construida hace cientos de años, Pat, cuando los moros estuvieron aquí. Como por entonces mataban cristianos, el rey construyó la torre para poder ver cuando se acercaba una partida de asalto de los moros.

—Qué considerado fue al hacerlo —ironizó Harper.

—Y Kate me contó que la gente de los valles enviaba sus objetos valiosos aquí arriba. Monedas, joyas, oro. Todo eso está aquí arriba, Pat, para que esos cabrones infieles no se lo arrebataran. Y después hubo un terremoto y la torre se derrumbó y los de por aquí creen que hay un tesoro bajo esas piedras.

Harper parecía escéptico.

—¿Y entonces por qué no han excavado esto, señor? La gente de pueblo no me parece tonta. Quiero decir, ¡Jesús, María y José!, que si yo supiese que en lo alto de una colina hay una puñetera fosa repleta de oro, no estaría perdiendo mi tiempo con el arado o la grada.

—Exacto —dijo Sharpe. Se estaba inventando la historia mientras la contaba y pensaba con desesperación en una respuesta para la objeción del todo razonable de Harper—. Verás, había un niño enterrado con el oro y la leyenda dice que el niño se aparecería en la casa de quien desenterrara sus huesos. Pero sólo en caso de que fuera una casa de aquí —añadió a toda prisa.

Harper resopló ante aquella floritura, después miró atrás hacia el sendero.

—Así que quiere un fortín aquí.

—Y necesitamos traer unos barriles de agua. —Ése era el punto débil de la cima: no había agua. Si venían los franceses y tenía que retirarse a lo alto de la colina, no quería rendirse sólo por culpa de la sed—. La señorita Savage —seguía sin pensar en ella como la esposa de Christopher— nos encontrará unos barriles.

—¿Aquí arriba? El agua se pondrá rancia —le advirtió Harper.

—No con un chorrito de brandy en cada barril —dijo Sharpe, que se acordaba de sus viajes de ida y vuelta a la India y de que el agua siempre tenía un leve regusto a

ron—. Yo encontraré el brandy.

—¿Y de veras espera que me crea que hay oro debajo de estas piedras, señor?

—No —admitió Sharpe—, pero quiero que los hombres se lo medio crean. Construir unos muros aquí va a ser duro, Pat, y soñar con tesoros no hace daño a nadie.

Así que levantaron el fortín y nunca encontraron oro, pero a la luz del sol de primavera convirtieron lo alto de la colina en un reducto donde un puñado de soldados de infantería podía criar canas bajo un asedio. Los antiguos constructores habían elegido bien al escoger no sólo el pico más alto en muchos kilómetros a la redonda para construir su atalaya, sino también un lugar fácilmente defendible. Los atacantes sólo podían llegar desde el norte o el sur, y en ambos casos tendrían que abrirse camino a lo largo de angostos senderos. Un día, mientras exploraba el sendero sur, Sharpe encontró una punta de flecha oxidada debajo de una peña y se la llevó a la cima para mostrársela a Kate. Ella la sostuvo bajo el ala de su ancho sombrero de paja y le dio una y mil vueltas.

—Es probable que no sea muy vieja —dijo.

—Pensé que a lo mejor había herido a algún moro.

—Aquí aún se cazaba con arcos y flechas en tiempos de mi abuelo.

—¿Su familia ya estaba aquí entonces?

—Los Savage se establecieron en Portugal en 1711 —dijo ella orgullosa. Había estado mirando hacia el suroeste, en dirección a Oporto, y Sharpe sabía que vigilaba la carretera con la esperanza de ver llegar a un jinete, pero el transcurso de los días no traía señales de su marido, ni siquiera una carta. Tampoco llegaban los franceses, aunque Sharpe sabía que debían de haber visto a sus hombres trabajando duro en la cima mientras apilaban piedras para levantar terraplenes a través de los dos senderos y subían con esfuerzo por aquellas pistas con los barriles de agua, que depositaron en la gran fosa, ya limpia, de la cima. Los hombres rezongaban porque los hacían trabajar como mulas, pero Sharpe sabía que eran más felices con el cansancio que con la pereza. Algunos, animados por Williamson, se quejaban y decían que estaban perdiendo el tiempo, que deberían haber abandonado aquella colina dejada de la mano de Dios con su torre derrumbada para encontrar un camino hacia el sur por el que llegar junto al ejército, y Sharpe pensaba que probablemente tenían razón, pero él había recibido órdenes, y por lo tanto se quedaba.

—Todo esto —decía Williamson a sus compinches— es por esa tipa. Nosotros estamos cargando pedruscos y él entretiene a la mujer del coronel. —Y si Sharpe hubiese oído aquella opinión, puede que incluso hubiese estado de acuerdo; aunque no estaba divirtiendo a Kate, él sí estaba disfrutando de su compañía, y se había convencido de que, con órdenes o sin ellas, debía protegerla de los franceses.

Pero los franceses no llegaban y tampoco el coronel Christopher. En su lugar

apareció Manuel Lopes.

Llegó en un caballo negro, galopando por el paseo y frenando tan rápido al semental que éste se encabritó y caracoleó, y Lopes, en lugar de caer como le habría pasado al noventa y nueve por ciento de los demás jinetes, permaneció sereno y controló su montura. Tranquilizó a su caballo y sonrió abiertamente a Sharpe.

—Usted es el inglés —dijo en inglés—, y yo odio a los ingleses, pero no tanto como odio a los españoles, y odio a los españoles menos de lo que odio a los franceses. —Bajó de su silla de montar y le tendió la mano—. Me llamo Manuel Lopes.

—Sharpe.

Lopes miró la quinta con el ojo de un hombre que calculara un botín. Era un par de centímetros más bajo que el metro ochenta de Sharpe, pero parecía más alto. Era un hombre grande, no gordo, sólo grande, de rostro fuerte, ojos rápidos y sonrisa presta.

—Si fuese un español —dijo—, y todas las noches doy las gracias al Señor por no serlo, entonces tendría un nombre teatral. El Carnicero, quizás, o el Degüella Cerdos o el Príncipe de la Muerte —aludía a los líderes partisanos que hacían tan miserable la vida de los franceses—, pero soy un humilde ciudadano de Portugal, así que mi apodo es el Maestro.

—El Maestro —repitió Sharpe.

—Porque eso es lo que yo era —respondió Lopes enérgicamente—. Tenía una escuela en Braganza donde enseñaba inglés, latín, griego, álgebra, retórica y equitación a ingratos cabroncetes. También les enseñaba a amar a Dios, a honrar al rey y a cagarse en las narices de todos los españoles. Ahora, en vez de malgastar mi aliento con imbéciles, mato franceses. —Le ofreció a Sharpe una extravagante reverencia—. Y soy famoso por ello.

—Pues no he oído hablar de usted.

Lopes tan sólo sonrió ante el desafío.

—Los franceses han oído hablar de mí, *senhor*; y yo he oído hablar de usted. ¿Quién es ese inglés que vive seguro al norte del Duero? ¿Por qué lo dejan en paz los franceses? ¿Quién es el oficial portugués que vive bajo su sombra? ¿Por qué están aquí? ¿Por qué están levantando un fuerte de juguete en la colina de la atalaya? ¿Por qué no están luchando?

—Buenas preguntas —dijo secamente Sharpe—, todas ellas.

Lopes volvió a mirar la quinta.

—En cualquier otro lugar de Portugal, *senhor*; en el que los franceses han dejado su estiércol, han destruido sitios como éste. Han robado las pinturas, han destrozado los muebles y se han bebido hasta la última gota de sus bodegas. ¿Y, en cambio, la guerra no llega a esta casa? —Se volvió para mirar paseo abajo, donde habían

aparecido unos veinte o treinta hombres—. Mis alumnos —explicó—; necesitan descansar.

Sus «alumnos» eran sus hombres, una banda desharrapada con la que Lopes había estado hostigando a las columnas francesas que llevaban munición a los artilleros en lucha contra las tropas portuguesas que aún defendían el puente de Amarante. El Maestro había perdido unos cuantos hombres buenos en los combates y admitió que sus primeros éxitos le habían vuelto demasiado confiado, hasta que, justo dos días antes, los dragones franceses habían sorprendido a sus hombres en campo abierto.

—Odio a esos cabrones de verde —gruñó Lopes—, a ellos y sus espadones. — Cerca de la mitad de sus hombres había muerto y el resto había tenido la suerte de escapar—. Así que los traje aquí para que se recuperaran, porque la Quinta do Zedes parece un puerto seguro.

Kate se molestó cuando supo que Lopes quería que sus hombres se quedaran en la casa.

—Dígale que se los lleve al pueblo —le dijo a Sharpe, y Sharpe le transmitió su sugerencia al Maestro.

Lopes rió cuando oyó el mensaje.

—Su padre también era un cabrón arrogante —dijo.

—¿Lo conoció?

—De oídas. Hacía oporto, pero no lo bebía a causa de sus estúpidas creencias, y tampoco se quitaba el sombrero cuando el sacramento pasaba a su lado. ¿Qué tipo de hombre es ése? Hasta un español se quita el sombrero ante los benditos sacramentos. —Lopes se encogió de hombros—. Mis hombres estarán contentos en el pueblo. — Sacó un cigarro de aroma apestoso—. Nos quedaremos lo justo para que sanen los que están peor. Después regresaremos a la lucha.

—Nosotros también —dijo Sharpe.

—¿Ustedes? —Al Maestro le hizo gracia—. ¿Entonces ahora no están luchando?

—El coronel Christopher nos ordenó permanecer aquí.

—¿El coronel Christopher?

—Ésta es la casa de su esposa —dijo Sharpe.

—No sabía que estaba casado —respondió Lopes.

—¿Lo conoce usted?

—Vino a verme a Braganza. Entonces la escuela aún era de mi propiedad y yo tenía reputación de ser un hombre influyente. Así que el coronel vino a visitarme. Quería saber si los ánimos en Braganza eran favorables a combatir a los franceses, y yo le dije que en Braganza los ánimos estaban a favor de ahogar a los franceses en su propia orina, pero que si eso no fuese posible, entonces lucharíamos contra ellos. Y eso hacemos. —Lopes hizo una pausa—. También oí que el coronel tenía dinero para cualquiera que quisiera combatir contra ellos, pero nunca vimos un centavo. —Se

volvió y miró la casa—. ¿Su esposa es la dueña de la quinta? ¿Y los franceses no tocan este sitio?

—El coronel Christopher —dijo Sharpe— habla con los franceses justo ahora está al sur del Duero, adonde se ha llevado a un francés para hablar con el general inglés.

Lopes miró a Sharpe durante un par de segundos.

—¿Por qué iba a hablar un oficial francés con los ingleses? —preguntó. Esperó a que Sharpe respondiera, pero lo hizo él mismo mientras el fusilero permanecía en silencio—. Sólo por una razón —sugirió Lopes—: para firmar la paz. Inglaterra se va a retirar, va a dejar que suframos.

—No lo sé —dijo Sharpe.

—Los machacaremos con o sin ustedes —dijo Lopes airado, y se marchó enfadado por el paseo, gritando a sus hombres que le trajeran su caballo, recogieran su equipaje y lo siguieran al pueblo.

El encuentro con Lopes sólo sirvió para que Sharpe se sintiera aún más culpable. Otros hombres estaban luchando mientras él no hacía nada, de modo que aquella noche, después de la cena, le pidió a Kate si podía hablar con ella. Era tarde y Kate había enviado a los sirvientes de vuelta a la cocina; Sharpe esperaba que ella llamara a alguno para que actuara de carabina, pero en lugar de eso hizo que Sharpe entrara en el gran salón. Estaba oscuro, pues no había velas encendidas, así que Kate fue hacia una de las ventanas y corrió las cortinas, mostrando una pálida noche iluminada por la luz de la luna. La glicinia parecía brillar bajo la luz plateada. Las botas de un centinela crujieron en el paseo.

—Sé lo que me va a decir —dijo Kate—: que ha llegado el momento en que tiene que marcharse.

—Sí, y creo que debería venir usted con nosotros.

—Debo esperar a James. —Se acercó a un aparador y, a la luz de la luna, sirvió una copa de oporto—. Para usted —dijo.

—¿Cuánto tiempo le dijo el coronel que estaría fuera? —preguntó Sharpe.

—Una semana, tal vez diez días.

—Han pasado más de dos semanas —constató Sharpe—, casi tres.

—Él le ordenó que esperara aquí —contestó Kate.

—Pero no toda la eternidad —replicó Sharpe. Fue hacia el aparador y tomó el oporto, que era el mejor de los oportos de los Savage.

—No puede dejarme aquí sola.

—No pretendo hacerlo —dijo Sharpe. La luna hizo una sombra sobre la mejilla de Kate y brilló desde sus ojos, y él sintió una punzada de celos hacia el coronel Christopher—. Creo que debería venir.

—No —dijo Kate con un punto de irritación, y después volvió su rostro implorante hacia Sharpe—. ¡No puede dejarme aquí sola!

—Soy un soldado —dijo Sharpe—, y ya he esperado bastante. Se supone que hay una guerra en este país, y yo estoy aquí sentado como un pelele.

Kate tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué le habrá pasado?

—A lo mejor le dieron nuevas órdenes en Lisboa —sugirió Sharpe.

—Entonces, ¿por qué no escribe?

—Porque ahora estamos en territorio enemigo, señora —dijo Sharpe brutalmente—, y puede que no haya podido hacernos llegar su mensaje. —Aquello era bastante improbable, pensó Sharpe, porque Christopher parecía tener multitud de amigos entre los franceses. Quizás el coronel había sido arrestado en Lisboa. O había muerto a manos de los partisanos—. Probablemente estará esperando que vaya usted al sur —dijo, en vez de expresar aquellos pensamientos.

—Habría enviado un mensaje —protestó Kate—. Estoy segura de que está en camino.

—¿Está segura? —preguntó Sharpe.

Ella se sentó en una silla dorada, mientras miraba hacia fuera por la ventana.

—Tiene que regresar —dijo en voz baja y, por su tono, Sharpe podía decir que casi había abandonado sus esperanzas.

—Si usted cree que él va a volver, entonces debe esperarle. Pero yo me voy a llevar a mis hombres al sur. —Saldría la noche siguiente, decidió. Marcharía a oscuras, iría al sur, encontraría el río y registraría su orilla en busca de una embarcación, una cualquiera. Hasta un tronco de árbol serviría, cualquier cosa que pudiera llevarlos flotando a través del Duero.

—¿Sabe por qué me casé con él? —preguntó Kate de repente.

Sharpe estaba tan sorprendido por la pregunta que no contestó. Simplemente se quedó mirándola.

—Me casé con él —dijo Kate— porque la vida en Oporto es muy aburrida. Mi madre y yo vivimos en la gran casa de la colina, los abogados nos cuentan lo que ocurre en los viñedos y en la bodega, y otras damas vienen a tomar el té, y nosotras vamos a la iglesia anglicana los domingos, y eso es todo cuanto ocurre, siempre.

Sharpe seguía sin decir nada. Estaba incómodo.

—Usted cree que él se casó conmigo por el dinero, ¿verdad? —exigió saber Kate.

—¿Y usted no? —respondió Sharpe.

Ella lo miró en silencio. Él casi esperaba que ella se pusiera furiosa, pero ella sólo movió la cabeza y suspiró.

—No me atrevo a pensarlo —dijo—, aunque creo que el matrimonio es una apuesta y no sabemos si saldrá bien, pero aun así tenemos esperanzas. Nos casamos con esperanzas, señor Sharpe, y a veces somos afortunados. ¿No cree que ésa es la verdad?

—Nunca me he casado. —Sharpe esquivó la pregunta.

—¿Y no ha deseado hacerlo? —preguntó Kate.

—Sí —dijo Sharpe, pensando en Grace.

—¿Qué ocurrió?

—Ella era viuda, y los abogados estaban aprovechándose del testamento de su marido, y pensamos que, si se casaba conmigo, eso sólo complicaría las cosas. Lo dijeron sus abogados. Odio a los abogados. —Dejó de hablar, herido como siempre por los recuerdos. Se bebió el oporto para esconder sus sentimientos, después se acercó a la ventana y recorrió con la mirada el paseo iluminado por la luna, hacia donde el humo de los hogares del pueblo velaba las estrellas sobre las colinas del norte—. Al final ella murió —concluyó de forma abrupta.

—Lo siento —dijo Kate en voz muy baja.

—Y yo espero que a usted las cosas le salgan bien —dijo Sharpe.

—¿Sí?

—Por supuesto —dijo él. Entonces se volvió hacia Kate, y estaban tan cerca que ella tuvo que echar hacia atrás la cabeza para verlo—. Lo que de verdad espero es esto. —Y se inclinó y la besó en los labios con mucha ternura, y por una milésima de segundo ella se puso tensa, pero luego dejó que la besara, y cuando él se enderezó, ella bajó la cabeza y él supo que estaba llorando—. Espero que sea feliz.

Kate no levantó la vista.

—Debo cerrar la casa —dijo ella, y Sharpe supo que podía marcharse.

Dio a sus hombres el día siguiente para prepararse. Había botas que reparar y tenían que llenar macutos y morrales con comida para la marcha. Sharpe se aseguró de que todos los rifles estuvieran limpios, los pedernales fueran nuevos y las cajas de cartuchos estuvieran llenas. Harper disparó a dos de los caballos de los dragones y los descuartizó en trozos de carne que se pudieran transportar, y después subió a Hagman a otro de los caballos para asegurarse de que sería capaz de montar sin demasiado dolor. Sharpe le dijo a Kate que ella debía montar en otro y ella protestó, argumentando que no podía viajar sin una acompañante, pero Sharpe le dijo que ya se podía ir haciendo a la idea.

—Tanto si se queda como si viene, señora, saldremos esta noche.

—¡No puede dejarme aquí! —dijo Kate enojada, como si Sharpe no la hubiera besado y ella no hubiese permitido el beso.

—Soy un soldado, señora —respondió Sharpe—, y me voy.

Pero no se fue, porque aquella tarde, al anochecer, regresó el coronel Christopher.

El coronel iba montado en su caballo negro y vestía totalmente de negro. Cuando Dodd y Pendleton, que eran los vigilantes en el paseo de la quinta, lo saludaron, el coronel Christopher se limitó a llevarse la empuñadura de marfil de su fusta a una de las esquinas con borlas de su bicornio. Luis, el sirviente, lo seguía. El polvo de los

cascos de sus caballos se posó sobre las flores de glicinia caídas que se acumulaban en hileras a ambos lados del paseo.

—Parece lavanda, ¿verdad? —le comentó Christopher a Sharpe—. Deberían intentar cultivar lavanda aquí —añadió mientras se bajaba de su caballo—. Se daría bien, ¿no cree? —No esperó una respuesta, sino que subió deprisa los escalones de la quinta y mantuvo los brazos abiertos para Kate—. ¡Mi dulce amor!

Sharpe, de pie en la terraza, se encontró mirando a Luis. El criado levantó una ceja como para expresar exasperación y luego llevó los caballos detrás de la casa. Sharpe miraba los campos de alrededor, que empezaban a oscurecerse. Ahora que el sol se había ocultado, había un cierto frescor en el aire, un retazo de invierno que persistía en la primavera.

—¡Sharpe! —La voz del coronel llamaba desde dentro de la casa—. ¡Sharpe!

—¿Señor? —Sharpe entró por la puerta, que estaba abierta.

Christopher estaba en pie frente al fuego del salón, con los faldones del abrigo alzados hacia el calor.

—Kate me dice que se ha portado usted bien. Selo agradezco. —Vio el trueno que cruzó el semblante de Sharpe—. Es una broma, hombre, sólo una broma. ¿Es que no tiene sentido del humor? Kate, querida, un vaso de buen oporto sería más que bienvenido. Estoy muerto de sed, totalmente muerto de sed. Entonces, Sharpe, ¿no hay señales de actividad entre los franceses?

—Se acercaron —dijo Sharpe cortante—, pero no lo suficiente.

—¿No lo suficiente? Ha tenido suerte en eso, pensaría yo. Kate me ha contado que se van.

—Esta noche, señor.

—No, no se van. —Christopher cogió el vaso de oporto de manos de Kate y lo vació de golpe—. Está delicioso —dijo, mientras miraba el vaso—, ¿es uno de los nuestros?

—El mejor de los nuestros —dijo Kate.

—No demasiado dulce. Ése es el truco de un oporto excelente, ¿no está de acuerdo, Sharpe? Y debo decir que me ha sorprendido el oporto blanco. ¡Más que aceptable! Siempre pensé que ese mejunje era execrable, como mucho un trago para mujeres, pero el blanco de los Savage es realmente exquisito. Tenemos que hacer más barricas cuando lleguen los días del fin de las barricadas, ¿no te parece, queridísima?

—Si tú lo dices —dijo Kate, sonriendo a su marido.

—Eso ha sido bastante bueno, Sharpe, ¿no cree? ¿Barricas de oporto? ¿Los días del fin de las barricadas? Una barrica de ingenio, diría yo. —Christopher esperaba un comentario de Sharpe; cuando vio que no llegaba, frunció el ceño—. Se quedarán aquí, teniente.

—¿Y eso por qué, señor? —preguntó Sharpe.

La pregunta sorprendió a Christopher. Se esperaba una contestación más cortante y no estaba preparado para una pregunta tan suave. Arrugó la frente, mientras pensaba cómo expresar su respuesta.

—Estoy a la espera de acontecimientos, Sharpe —dijo unos instantes después.

—¿Acontecimientos, señor?

—No es en absoluto seguro —siguió Christopher— que la guerra vaya a continuar. De hecho, es posible que estemos en el mismísimo inicio de la paz.

—Eso es bueno, señor —dijo Sharpe con voz inexpresiva—, ¿y es por eso por lo que vamos a quedarnos aquí?

—Usted se quedará aquí, Sharpe. —Ahora la voz de Christopher sonó áspera, pues se había dado cuenta de que el tono neutro de Sharpe era insolencia—. Y eso le afecta a usted también, teniente. —Se refería a Vicente, que acababa de entrar en la habitación saludando a Kate levemente con la cabeza—. Las cosas están dispuestas —siguió el coronel— con precariedad. Si los franceses encuentran tropas inglesas vagando al norte del Duero, pensarán que estamos quebrantando nuestra palabra.

—Mis tropas no son inglesas —observó Vicente con tranquilidad.

—¡El principio es el mismo! —dijo Christopher, brusco—. No echemos más leña al fuego. No hagamos peligrar semanas de negociación. Si este asunto puede resolverse sin más derramamiento de sangre, debemos hacer todo lo posible para asegurarnos de que se resuelva así, y su contribución a este proceso es permanecer aquí. ¿Y quiénes son esos puñeteros matones que están en el pueblo?

—¿Matones? —preguntó Sharpe.

—Unos veinte hombres, armados hasta los dientes, se quedaron mirándome mientras pasaba. ¿Quiénes son?

—Partisanos —dijo Sharpe—, conocidos por lo demás como aliados nuestros.

A Christopher no le gustó aquella pulla.

—Idiotas, más bien —gruñó—, listos para desbaratar todos los planes.

—Y los dirige un hombre al que usted conoce —continuó Sharpe—, Manuel Lopes.

—¿Lopes? ¿Lopes? —Christopher frunció el ceño, intentando recordar—. ¡Ah, sí! El tipo que dirigía una escuela a latigazos para los pocos hijos de la burguesía de Braganza. Un personaje turbio, ¿eh? Bien, tendré unas palabras con él por la mañana. Le diré que no estropee las cosas, y lo mismo va por ustedes dos. Y esto —miró de Sharpe a Vicente— es una orden.

Sharpe no discutió.

—¿Trae usted una respuesta del capitán Hogan? —preguntó en cambio.

—No vi a Hogan. Dejé su carta en el cuartel general de Cradock.

—¿Y el general Wellesley no está aquí? —preguntó Sharpe.

—No, no está —dijo Christopher—, pero sí está el general Cradock, que sigue al

mando, y está de acuerdo con mi decisión de que permanezcan ustedes aquí. —El coronel vio el ceño arrugado en el rostro de Sharpe y abrió un bolsillo de su cinturón del que sacó un pedazo de papel que tendió a Sharpe—. Ahí tiene, teniente —dijo con voz de seda—, en caso de que le preocupe.

Sharpe desdobló el papel. Era una orden firmada por el general Cradock y dirigida al teniente Sharpe, a quien situaba bajo el mando del coronel Christopher. Éste había conseguido la orden de Cradock tras haberlo convencido de que necesitaba protección, si bien la realidad era que simplemente le divertía tener a Sharpe bajo su mando. La orden terminaba con las palabras *pro tem*.

—¿*Pro tem*, señor? —preguntó.

—¿Nunca aprendió latín, Sharpe?

—No, señor.

—Dios santo, ¿a qué escuela fue usted? Significa por el momento. De hecho, hasta que no lo necesite; pero estará de acuerdo, teniente, en que ahora está usted rigurosamente bajo mis órdenes, ¿no?

—Desde luego, señor.

—Guarde el papel, Sharpe —dijo Christopher irritado cuando Sharpe intentó devolverle la orden del general Cradock—; va dirigida a usted, por el amor de Dios; mirarlo de vez en cuando podrá recordarle su obligación, que es obedecer mis órdenes y permanecer aquí. Si hay una tregua, no será malo para nuestra posición en las negociaciones decir que tenemos tropas establecidas al norte del Duero, así que clave bien sus talones aquí y manténgase bien tranquilo. Ahora, si me perdonan, señores, me gustaría pasar algo de tiempo con mi esposa.

Vicente volvió a inclinar la cabeza y salió, pero Sharpe no se movió.

—¿Se quedará usted aquí con nosotros, señor?

—No. —Christopher pareció incomodarse con la pregunta, pero sonrió forzosamente—. Tú y yo, querida mía —se volvió hacia Kate—, regresaremos a Casa Hermosa.

—¡Van a irse a Oporto! —Sharpe estaba atónito.

—Ya le he dicho, Sharpe, que las cosas están cambiando. «Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía.» Así que buenas noches, teniente.

Sharpe salió al paseo; Vicente estaba de pie junto al muro bajo desde el que se veía el valle. El teniente portugués miraba el cielo oscuro punteado por las primeras estrellas. Le ofreció a Sharpe un basto cigarro y después el suyo para que lo encendiera.

—Hablé con Luis —dijo Vicente.

—¿Y? —Sharpe raras veces se permitía fumar y casi se ahogó con el áspero humo.

—Hace cinco días que Christopher ha vuelto al norte del Duero. Ha estado en Oporto hablando con los franceses.

—Pero ¿fue al sur?

Vicente asintió.

—Fueron a Coímbra, se encontraron con el general Cradock y después volvieron. El capitán Argenton regresó a Oporto con él.

—Entonces, ¿qué demonios está pasando?

Vicente exhaló el humo hacia la luna.

—Puede que firmen la paz. Luis no sabe de qué hablaron.

Así pues, quizá llegara la paz. Hubo tratados similares tras las batallas de Rolica y Vimeiro y los franceses derrotados fueron devueltos a sus casas en barcos ingleses. Entonces, ¿se iba a firmar un nuevo tratado? Al menos Sharpe estaba seguro de que Christopher había visto a Cradock, y ahora tenía órdenes definitivas que le quitaban una parte de la incertidumbre.

El coronel partió poco después del amanecer. Al alba se oyó el crepitar intermitente del fuego de mosquetes en algún lugar hacia el norte. Christopher se reunió con Sharpe en el paseo y observó la niebla del valle. Sharpe no podía ver nada con su catalejo, pero Christopher quedó impresionado por la lente.

—¿Quién es AW? —le preguntó tras leer la inscripción.

—Alguien que conocí, señor.

—¿No será Arthur Wellesley? —La voz de Christopher sonó divertida.

—Sólo alguien que conocí —repitió Sharpe testarudo.

—Al tipo debió de gustarle usted, porque es un puñetero regalo muy generoso. ¿Le importa que lo suba al tejado? Desde allí podría ver más, y mi propio catalejo es algo malo.

A Sharpe no le gustaba desprenderse de su lente, pero Christopher no le dio ocasión de negarse y simplemente se alejó. Evidentemente no vio nada que le preocupase, pues ordenó que se preparara la calesa y le dijo a Luis que reuniese los caballos que quedaban de los que había capturado Sharpe en Barca d'Avintas.

—Usted no puede ocuparse de los caballos, Sharpe —dijo—, así que se los quitaré de en medio. Dígame, ¿qué hacen sus muchachos durante el día?

—No hay mucho que hacer. Estamos instruyendo a los hombres de Vicente.

—Lo necesitan, ¿verdad?

—Podrían ser más rápidos con sus mosquetes, señor.

Christopher había sacado una taza de café de la casa y ahora soplaba en ella para enfriar el líquido.

—Si hay paz, entonces podrán volver a ser remendones o lo que sea que hagan cuando no están zascandileando por ahí con esos uniformes mal ajustados. —Bebió un sorbo de café—. Por cierto, Sharpe, ya es hora de que se haga usted uno nuevo.

—Hablaré con mi sastre —dijo Sharpe y a continuación, antes de que Christopher pudiera reaccionar a su insolencia, hizo una pregunta seria—: ¿Cree que habrá paz, señor?

—Algunos gabachos piensan que Bonaparte se ha servido más de lo que puede comer —dijo Christopher alegremente—, y España, desde luego, debe de resultar indigesta.

—¿Y Portugal no?

—Portugal es un desastre —respondió desdeñoso Christopher—, pero Francia no puede tomar Portugal si no acaba de tomar antes España. —Se volvió para mirar a Luis, que estaba sacando la calesa de los establos—. Creo que se masca en el ambiente una auténtica posibilidad de cambio radical. Y usted, Sharpe, no lo ponga en peligro. Manténgase aquí oculto durante una semana aproximadamente y yo le enviaré un mensaje cuando pueda llevar a sus hombres hacia el sur. Con un poco de suerte, estará en casa para junio.

—¿Quiere decir de vuelta con el ejército?

—Quiero decir en casa en Inglaterra, por supuesto —dijo Christopher—. Buena cerveza, Sharpe, tejados de paja, críquet en Artillery Ground, campanas de iglesia, ovejas gordas, párrocos rollizos, mujeres complacientes, buena carne, Inglaterra. Algo que se anhela, ¿eh, Sharpe?

—Sí, señor —dijo Sharpe, y se preguntó por qué cuando el coronel intentaba ser campechano todavía desconfiaba más de él.

—En cualquier caso, no tiene ningún sentido que intente usted marcharse. Los franceses han quemado todas las barcas del Duero, así que mantenga a sus muchachos lejos de los problemas durante una o dos semanas. —Christopher tiró el resto de su café y le tendió la mano a Sharpe—. Y si no vengo yo mismo, enviaré un mensaje. Por cierto, dejé su catalejo en la mesa del zaguán. Ya tiene usted una llave de la casa, ¿verdad? Mantenga a sus hombres fuera de ella, sea buen chico. Que tenga un buen día, Sharpe.

—Igualmente, señor —dijo Sharpe, y después de haberle dado la mano, el coronel se la limpió en sus calzones franceses.

Luis cerró la casa, Kate sonrió tímidamente a Sharpe y el coronel tomó las riendas de la calesa. Luis reunió los caballos de los dragones y siguió a la calesa por el paseo en dirección a Vila Real de Zedes.

Harper se acercó a Sharpe.

—¿Vamos a quedarnos aquí mientras ellos firman la paz? —Era evidente que el irlandés había estado escuchando a escondidas.

—Eso es lo que dijo ese hombre.

—¿Y es eso lo que piensa usted?

Sharpe miró hacia el este, hacia España. Allí el cielo era blanco, sin nubes, pero

caliente, y se oía un golpeteo procedente de aquella zona oriental, como unos latidos irregulares, tan lejanos que resultaba difícil oírlos. Eran cañonazos, lo que demostraba que los franceses y los portugueses aún estaban luchando cerca del puente de Amarante.

—A mí esto no me huele a paz, Pat.

—La gente de aquí odia a los franceses, señor. También los odian los peces gordos.

—Lo que no significa que los políticos no firmen la paz —dijo Sharpe.

—Esos cabrones babosos harían cualquier cosa con tal de enriquecerse —afirmó Harper.

—Pero el capitán Hogan en ningún momento ha olfateado la paz en el ambiente.

—Y en eso no hay muchos que lo superen, señor.

—Pero tenemos órdenes, órdenes directas del general Cradock.

Harper hizo una mueca.

—Usted es demasiado bueno como para obedecer órdenes, señor, demasiado bueno.

—Y el general quiere que nos quedemos aquí. Dios sabrá por qué. Hay algo extraño en el aire, Pat. Puede que sea la paz. Sabe Dios qué haremos usted y yo después. —Se encogió de hombros. Luego se dirigió a la casa a recoger su catalejo, pero no estaba allí. En la mesa del zaguán no había más que un soporte de plata para cartas.

Christopher le había robado el catalejo. El muy cabrón, pensó Sharpe, el maldito y miserable hijo de la grandísima puta. Porque el catalejo no estaba.



—Nunca me gustó el nombre —dijo el coronel Christopher—. ¡Si ni siquiera es una casa bonita!

—Lo escogió mi padre —dijo Kate—. Es de *El progreso del peregrino*.

—Una lectura aburrida. Dios mío, ¡qué aburrida!

Estaban de vuelta en Oporto. El coronel Christopher había abierto las descuidadas bodegas de Casa Hermosa para descubrir polvorientas botellas de oporto envejecido y otras de *vinho verde*, un vino blanco que casi era de color dorado. Bebió un poco mientras daba un paseo por el jardín. Las plantas estaban floreciendo, la hierba estaba recién segada y lo único que estropeaba el día era el olor de las casas quemadas. Hacía casi un mes de la caída de Oporto y el humo aún se elevaba desde algunas de las ruinas de la parte baja de la ciudad, donde el hedor era mucho más intenso a causa de los cadáveres que había entre las cenizas. Se contaban historias sobre cuerpos de ahogados que emergían a la superficie con cada corriente.

El coronel Christopher se sentó bajo un ciprés y observó a Kate. Era muy bella,

pensó, bellísima; aquella mañana él había llamado a un sastre francés, el sastre personal del mariscal Soult, y, para vergüenza de Kate, el sastre le había tomado medidas a ella para confeccionarle un uniforme de húsar francés.

—¿Por qué iba yo a querer vestir algo semejante? —había preguntado Kate. Christopher le dijo que había visto a una francesa vestida justo con ese uniforme, con los calzones muy ceñidos y la casaca bien corta para que dejara ver un trasero perfecto, y que las piernas de Kate eran más largas y tenían mejor silueta. Y Christopher, que se sentía rico por los fondos que el general Cradock había liberado para él, porque el coronel lo había convencido de que eran necesarios para animar a los amotinados de Argenton, había pagado una suma escandalosa al sastre para que cosiera el uniforme a toda prisa.

—¿Por qué vestir ese uniforme? —respondió él a su pregunta—. Porque verás que es más fácil montar a caballo vistiendo unos calzones, porque el uniforme te sienta bien, porque garantiza a nuestros amigos franceses que no eres una enemiga y, lo mejor de todo, querida mía, porque a mí me gustaría. —Y esta última razón, por supuesto, había sido la que la convenció—. ¿De verdad te gusta el nombre de Casa Hermosa?

—Estoy acostumbrada a él.

—¿No es por compromiso? ¿No es por una cuestión de fe?

—¿Fe? —Kate, que llevaba un vestido de lino blanco, frunció el ceño—. Me considero cristiana.

—Una cristiana protestante —la corrigió su marido—, como lo soy yo. Pero ¿acaso el nombre de la casa no es en sí mismo una ostentación en una sociedad católica, apostólica y romana?

—No creo —dijo Kate con una inesperada aspereza en la voz— que nadie haya leído aquí a Bunyan.

—Alguno lo habrá leído —respondió Christopher—, y sabrán que los están insultando. —Le sonrió—. Soy un diplomático, recuérdalo. Mi trabajo es enderezar lo torcido y volver llanos los lugares escabrosos.

—¿Es eso lo que estás haciendo aquí? —preguntó Kate, señalando con un gesto la parte baja de la ciudad, donde los franceses gobernaban sobre casas expoliadas y gente amargada.

—Oh, Kate —dijo Christopher apenado—. ¡Esto es el progreso!

—¿Progreso?

Christopher se levantó y anduvo de un lado a otro del jardín, animándose mientras explicaba a Kate que el mundo a su alrededor estaba cambiando rápidamente.

—«En el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía» —le dijo. Y Kate, que ya había oído aquello más de una vez durante su aún breve matrimonio,

reprimió su irritación y escuchó a su marido mientras éste describía cómo se estaban desmoronando las antiguas supersticiones—. Han destronado reyes, Kate, y países enteros ya se las arreglan sin ellos. ¡Y eso antes se consideraba algo impensable! Se habría considerado un desafío a los planes de Dios para el mundo, pero estamos viendo una nueva revelación. Éste es el nuevo ordenamiento del mundo. ¿Y qué ve aquí la gente corriente? ¡La guerra! Sólo la guerra, pero ¿la guerra entre quiénes? ¿Francia e Inglaterra? ¿Francia y Portugal? ¡No! La guerra entre la vieja forma de hacer las cosas y la nueva. Se están cuestionando las supersticiones. No estoy defendiendo a Bonaparte. ¡Por Dios que no! Es un bravucón, un aventurero, pero también es un instrumento. Está quemando lo malo de los viejos regímenes y dejando un espacio que ocuparán las nuevas ideas. ¡La razón! Eso es lo que anima los nuevos regímenes, Kate, ¡la razón!

—Pensaba que era la libertad —sugirió Kate.

—¡La libertad! El hombre no tiene más libertad que la de obedecer las leyes, pero ¿quién dicta las leyes? Con suerte, Kate, serán hombres razonables quienes dicten leyes razonables. Hombres inteligentes. Hombres sutiles. Al final, Kate, será una camarilla de hombres sofisticados la que dictará las leyes, pero se dictarán de acuerdo con los principios de la razón, y en Inglaterra algunos de nosotros entendemos que deberemos llegar a un acuerdo sobre esa idea. También tendremos que ayudar a darle forma. Si la combatimos, entonces el mundo se renovará sin nosotros y seremos derrotados por la razón. Así que deberemos trabajar con eso.

—¿Con Bonaparte? —preguntó Kate con voz de disgusto.

—¡Con todos los países de Europa! —contestó Christopher entusiasmado—. Con Portugal y España, con Prusia y Austria, con Holanda y, sí, con Francia. Tenemos más cosas en común que cosas que nos separan, ¡y aun así luchamos! ¿Qué sentido tiene esto? No puede haber progreso sin paz, Kate, ¡en absoluto! ¿No deseas la paz, mi amor?

—De todo corazón —dijo Kate.

—Entonces, confía en mí, confía en que sé lo que estoy haciendo.

Y ella confiaba en él porque era joven y su marido era mucho mayor, y ella sabía que él conocía opiniones que eran mucho más complejas que sus intuiciones. Pero la noche siguiente esa confianza fue puesta a prueba cuando cuatro oficiales franceses y sus amantes fueron a cenar a Casa Hermosa. El grupo estaba encabezado por el brigadier general Henri Vuillard, un hombre alto y de porte elegante, que fue encantador con Kate, besó su mano y la felicitó por la casa y el jardín. El criado de Vuillard traía una caja de vino como regalo, aunque no resultó demasiado pertinente, pues el vino era el mejor de los Savage, robado de uno de los barcos ingleses que habían quedado atrapados por los vientos desfavorables en los muelles de Oporto cuando los franceses tomaron la ciudad.

Después de cenar, los tres oficiales más jóvenes entretuvieron a las mujeres en el salón, mientras Christopher y Vuillard paseaban por el jardín y sus cigarros dejaban un rastro de humo entre los cipreses negros.

—Soult está preocupado —confesó Vuillard.

—¿Por Cradock?

—Cradock es una abuelita —dijo Vuillard con mordacidad—. ¿No es cierto que quiso retirarse el año pasado? Pero ¿qué hay de Wellesley?

—Es más duro —admitió Christopher—, pero de momento no parece nada seguro que vaya a venir. Tiene enemigos en Londres.

—Supongo que enemigos políticos, ¿no?

—Así es.

—Los enemigos más peligrosos para un soldado —afirmó Vuillard. Tenía la edad de Christopher y era el favorito del mariscal Soult—. No, Soult está preocupado porque estamos derrochando tropas para proteger nuestras líneas de suministros. En este maldito país, si mata usted a dos paisanos armados con mosquetes de chispa, otros veinte más saldrán de debajo de las piedras, y esos veinte ya no llevarán mosquetes de chispa, sino buenos mosquetes ingleses suministrados por su maldito país.

—Tomen ustedes Lisboa —dijo Christopher— y háganse con todos los demás puertos, y se acabará el suministro de armas.

—Así lo haremos —prometió Vuillard—, en su momento. Pero podríamos arreglarnos con otros quince mil hombres.

Christopher se detuvo al final del jardín y miró más allá del Duero durante unos segundos. La ciudad se extendía abajo, ante él, y el humo de miles de cocinas enturbiaba el aire nocturno.

—¿Soult va a autoproclamarse rey?

—¿Sabe cuál es ahora su apodo? —preguntó Vuillard divertido—. ¡Rey Nicolás! No, no hará la proclamación si es que le queda algo de sentido común, y probablemente le queda el justo para eso. La gente de aquí no lo aprueba, el ejército no lo apoyaría y el Emperador le retiraría sus armas por algo así.

Christopher sonrió.

—Pero ¿se siente tentado?

—Oh, sí, se siente tentado, pero Soult suele detenerse antes de ir demasiado lejos. Normalmente. —Vuillard hablaba con cautela de Soult porque justo el día anterior éste había enviado una carta a todos los generales de su ejército sugiriendo que animaran a los portugueses a declarar su apoyo para que se convirtiera en rey. Vuillard pensaba que era una locura, pero Soult estaba obsesionado con la idea de ser monarca—. Le dije que, de hacerlo, provocaría un amotinamiento.

—Y lo hará —dijo Christopher—, y usted tiene que saber que Argenton estuvo en

Coimbra. Se reunió con Cradock.

—Argenton es tonto —refunfuñó Vuillard.

—Es un tonto útil —observó Christopher—. Deje que siga hablando con los ingleses y no harán nada. ¿Por qué iban a esforzarse si el ejército de ustedes va a autodestruirse por amotinamiento?

—Pero ¿sucederá? ¿En nombre de cuántos oficiales habla Argenton?

—De bastantes, y tengo sus nombres.

Vuillard rió entre dientes.

—Podría hacer que lo arrestaran, inglés, y que lo entregaran a un par de sargentos de dragones que le sonsacarían esos nombres en dos minutos.

—Tendrá esos nombres —dijo Christopher—, a su debido tiempo. Pero de momento, brigadier, le entrego esto a cambio. —Le tendió un sobre a Vuillard.

—¿Qué es esto? —El jardín estaba demasiado oscuro como para leer nada.

—La orden de batalla de Cradock —dijo Christopher—. Algunas de sus tropas están en Coimbra, pero la mayoría están en Lisboa. En resumen, tiene dieciséis mil bayonetas inglesas y siete mil portuguesas. Todos los detalles están ahí; comprobará usted que andan especialmente escasos de artillería.

—¿Cómo de escasos?

—Tres baterías de cañones de seis libras y una de tres libras. Hay rumores de que vienen más cañones, cañones más pesados, pero esos rumores siempre resultaron falsos en el pasado.

—¡Cañones de seis libras! —Vuillard se rió—. Eso sería lo mismo que si nos tirasen piedras. —El brigadier dio unos golpecitos en el sobre—. ¿Y qué quiere usted de nosotros?

Christopher dio un par de pasos en silencio, después se encogió de hombros.

—Me da la impresión, general, de que Europa va a ser gobernada desde París, no desde Londres. Ustedes van a colocar aquí a su propio rey.

—Cierto —dijo Vuillard—, e incluso podría llegar a ser el rey Nicolás si es que toma Lisboa lo bastante deprisa, pero el Emperador tiene una cuadra llena de hermanos holgazanes. Probablemente sea uno de éstos el que consiga Portugal.

—Pero sea quien sea —dijo Christopher—, puedo resultarle de utilidad.

—¿Por darnos esto —Vuillard blandió el sobre— y un par de nombres que yo podría sacarle a tortas a Argenton cuando lo deseara?

—Igual que todos los soldados —dijo Christopher con suavidad—, es usted poco sutil. Una vez que conquisten Portugal, general, tendrán que pacificarlo. Yo sé en quién se puede confiar aquí, quiénes trabajarían con ustedes y quiénes son sus enemigos secretos. Sé qué hombres dicen una cosa y hacen otra. Le ofrezco todo el conocimiento del Ministerio de Asuntos Exteriores de Inglaterra. Sé quiénes espían para Inglaterra y quiénes son sus pagadores. Conozco los códigos que emplean y las

rutas que siguen sus mensajes. Sé quién trabajará para usted y quién trabajará contra usted. Sé quién le mentirá y quién le dirá la verdad. En resumidas cuentas, general, puedo ahorrarle miles de muertes, a menos, claro está, que prefiera enviar sus tropas contra los paletos de las colinas.

Vuillard soltó una risotada.

—¿Y qué pasará si no conquistamos Portugal? ¿Qué ocurrirá con usted si nos retiramos?

—Entonces seré propietario de los bienes de los Savage —respondió Christopher tranquilamente—, y en casa mis superiores pensarán únicamente que fracasé al intentar promover el motín entre sus filas. Pero dudo que pierdan ustedes. ¿Qué ha detenido al Emperador hasta ahora?

—La Manche —respondió Vuillard tajante, refiriéndose al canal de la Mancha. Dio una calada a su cigarro—. Vino usted a mí con noticias sobre un motín, pero nunca me dijo lo que quería a cambio. Dígamelo ahora, inglés.

—El comercio del puerto —respondió Christopher—, quiero el comercio del puerto.

La simplicidad de su respuesta hizo que Vuillard detuviera sus pasos.

—¿El comercio del puerto?

—Todo. Croft, Taylor Fladgate, Bunnester, Smith Woodhouse, Dow's, Savages, Gould, Kopke, Sandeman, todas las bodegas. No quiero ser su propietario, ya lo soy de Savages, o lo seré, sólo quiero ser el único exportador.

Vuillard se tomó unos segundos para entender el alcance de la demanda.

—¡Controlaría la mitad de las exportaciones comerciales de Portugal! ¡Sería usted más rico que el Emperador!

—No tanto —dijo Christopher—, porque el Emperador me gravaría con impuestos, y yo no puedo imponérselos a él. El hombre que se hace impresionantemente rico, general, es el hombre que recauda los impuestos, no el que los paga.

—Aun así será rico.

—Y eso, general, es lo que quiero.

Vuillard bajó la mirada a la oscurecida hierba. Alguien estaba tocando un clavicordio en Casa Hermosa y se oía el sonido de las risas de las mujeres. La paz, pensó, acabará llegando y tal vez este refinado inglés pueda contribuir a que así ocurra.

—No me está dando los nombres que quiero —dijo—, y me ha dado una lista de las fuerzas inglesas. Pero ¿cómo sé que no me va a engañar?

—No lo sabe.

—Quiero algo más que listas —dijo Vuillard con aspereza—. Necesito saber, inglés, que está dispuesto a entregar algo palpable para demostrar que está usted de

nuestro lado.

—Quiere sangre —dijo Christopher con voz suave. Había estado esperando aquella exigencia.

—La sangre servirá, pero no sangre portuguesa. Sangre inglesa.

Christopher sonrió.

—Hay un pueblo llamado Vila Real de Zedes —dijo—, donde los Savage tienen unos viñedos. Curiosamente ha quedado intacto por la conquista. —Aquello era cierto, pero sólo porque Christopher lo había acordado con el coronel Argenton y compañero suyo de conspiración, cuyos dragones eran responsables de patrullar aquella franja de territorio—. Pero si envía allí una fuerza pequeña, encontrará una unidad simbólica de fusileros ingleses. Sólo son una veintena, pero tienen con ellos a algunas tropas portuguesas y a algunos rebeldes. Digamos que unos cien hombres en total. Son suyos, pero a cambio le pido una cosa.

—¿Qué?

—Respete la quinta. Pertenece a la familia de mi esposa.

El estruendo de un trueno resonó por el norte y la silueta de los cipreses se iluminó por el destello de un relámpago.

—¿Vila Real de Zedes? —preguntó Vuillard.

—Un pueblo no muy alejado de la carretera de Amarante —explicó Christopher—. Desearía darle algo más, pero le ofrezco lo que puedo como prueba de mi sinceridad. Las tropas de allí no le darán ningún problema. Las dirige un teniente inglés y no me parece que sea particularmente ingenioso. Ese hombre debe de tener treinta años, ni uno más, y aún es teniente, así que no puede ser capaz de mucho.

El restallido de otro trueno hizo que Vuillard mirara nervioso el cielo del norte.

—Tenemos que regresar al cuartel antes de que llegue la lluvia —dijo, pero después se calló—. ¿No le inquieta estar traicionando a su país?

—No traiciono nada —dijo Christopher, y después, para variar, habló con sinceridad—. Si las conquistas de Francia, general, son gobernadas sólo por franceses, entonces Europa no les considerará más que unos aventureros y unos explotadores, pero si comparten su poder, si cada nación de Europa contribuye al gobierno de todas las demás naciones, entonces habremos entrado en el mundo prometido de razón y paz. ¿No es eso lo que quiere su Emperador? Un sistema europeo, ésas fueron sus palabras, un sistema europeo, un código legal europeo, una judicatura europea y una única nación en Europa, los europeos. ¿Cómo puedo traicionar a mi propio continente?

Vuillard hizo una mueca.

—Nuestro Emperador habla mucho, inglés. Es corso y tiene sueños salvajes. ¿Es eso lo que es usted? ¿Un soñador?

—Soy realista —contestó Christopher. Había utilizado sus conocimientos sobre el

motín para congraciarse con los franceses, y ahora se aseguraría su confianza ofreciéndoles un puñado de soldados ingleses como sacrificio.

Así que Sharpe y sus hombres debían morir para que pudiera llegar el glorioso futuro de Europa.

CAPÍTULO 5

A Sharpe le había dolido la pérdida del catalejo. Se decía a sí mismo que se trataba de una baratija, un adorno útil, pero aun así le dolía. Era el símbolo de una hazaña, no sólo el del rescate de sir Arthur Wellesley, sino al fin y al cabo el de un ascenso de rango por méritos propios. A veces, cuando a duras penas se atrevía a creer que él era oficial del rey, miraba el catalejo y pensaba en lo lejos que había llegado desde el orfanato de Brewhouse Lane, y otras veces, aunque le costase reconocerlo ante sí mismo, disfrutaba negándose a dar explicaciones sobre la placa del cilindro del catalejo. Aunque sabía que otros lo sabían. Esos hombres lo miraban, entendían que una vez había luchado como un demonio bajo el sol indio, y se sentían intimidados.

Ahora el malnacido de Christopher tenía la lente.

—Ya lo recuperará, señor —intentaba consolarlo Harper.

—Yo también lo creo. He oído que anoche Williamson se metió en una pelea en el pueblo.

—No fue tanto como una pelea, señor. Lo saqué a rastras de allí.

—¿A quién estaba zurrando?

—A uno de los hombres de Lopes, señor. Un cabrón tan malo como Williamson.

—¿Debería castigarle?

—No, señor, por Dios. Ya me ocupé yo.

Pero, con todo, Sharpe declaró el pueblo zona prohibida, consciente de que la medida no iba a ser popular entre sus hombres. Harper habló en nombre de ellos, señalando que había algunas chicas bonitas en Vila Real de Zedes.

—Hay una mocita esmirriada allí, señor —dijo—, que haría que le saltaran las lágrimas. Los chicos sólo quieren bajar paseando alguna tarde para saludar.

—Y dejarse unos críos detrás.

—Eso también —asintió Harper.

—¿Y esas chicas no pueden subir aquí? —preguntó Sharpe—. He oído que algunas ya lo hacen.

—Algunas sí, señor; según me han contado, es cierto.

—¿Incluida una mocita esmirriada que tiene la melena pelirroja y que le haría saltar las lágrimas?

Harper observaba cómo un águila sobrevolaba las cuevas plagadas de retama de la colina sobre la que habían construido el fortín.

—Algunos de nosotros queremos ir a la iglesia del pueblo, señor —dijo, evitando mencionar a propósito a la chica pelirroja, cuyo nombre era María.

Sharpe sonrió.

—Entonces, ¿cuántos católicos tenemos?

—Estamos Donnelly, Carter, McNeill y yo, señor. Oh, y Slattery, por supuesto.

Ustedes, todos los demás, irán al infierno.

—¡Slattery! —exclamó Sharpe—. Fergus no es ni siquiera cristiano.

—Nunca dije que lo fuera, señor, pero sí va a misa.

Sharpe no pudo evitar reírse.

—Entonces dejaré que los católicos vayan a misa.

Harper sonrió en son de burla.

—Eso quiere decir que para el domingo todos serán católicos.

—Esto es el ejército —le advirtió Sharpe—, así que si alguien quiere convertirse tiene que pedirme permiso. Pero puede usted llevarse a los otros cuatro a misa y traerlos de vuelta a mediodía, y si encuentro a alguno de los demás allí abajo, le haré responsable a usted.

—¿A mí?

—¿Es usted sargento o no?

—Pero cuando los muchachos vean que los hombres del teniente Vicente van al pueblo, señor, no entenderán por qué a ellos no se les permite.

—Vicente es portugués. Sus hombres conocen las normas locales. Antes o después habrá una pelea por esas chicas que les hacen saltar las lágrimas, y eso debemos evitarlo, Pat.

El problema no eran tanto las chicas, pero Sharpe sabía que podía ser un problema que alguno de sus fusileros se emborrachara; ése era el verdadero problema. Había dos tabernas en el pueblo y ambas servían vino barato de barrica, y la mitad de sus hombres beberían hasta caer inconscientes en cuanto tuvieran la menor oportunidad. Y era una tentación relajar las normas siendo tan extraña como era la situación de los fusileros. Estaban desconectados del ejército, sin saber con seguridad lo que estaba pasando y sin casi nada que hacer, así que Sharpe inventaba más trabajo para ellos. Ahora al fortín le estaban brotando reductos de piedra adicionales; Sharpe encontró herramientas en el granero de la quinta e hizo que sus hombres despejaran el sendero del bosque y subieran haces de leña a la atalaya, y cuando terminaron organizó patrullas por los campos de los alrededores. No pretendía que las patrullas trataran de localizar al enemigo, sino cansar a los hombres para que se derrumbaran al caer el sol y durmieran hasta el amanecer. Cada amanecer, Sharpe pasaba revista con formalidad e imponía castigos a los hombres si encontraba un botón desabrochado o un indicio de herrumbre en el percutor de un rifle. Ellos se quejaban, pero de ese modo no había conflictos con los del pueblo.

Las barricadas de las tabernas del pueblo no eran el único peligro. La bodega de la quinta estaba llena de barricadas de oporto y de estantes con un montón de botellas de vino blanco. Williamson se las arregló para encontrar la llave, que estaba escondida en una jarra en la cocina, y Sims, Gataker y él se emborracharon como inútiles con lo mejor de los Savage. La juerga terminó bien pasada la medianoche con los tres

hombres tirando piedras contra los postigos de la quinta.

Los tres habían simulado estar de guardia bajo la vigilancia de Dodd, un hombre de confianza, y Sharpe habló primero con él.

—¿Por qué no dio parte de ellos?

—No sabía dónde estaban, señor. —Dodd mantenía los ojos fijos en el muro por encima de la cabeza de Sharpe. Estaba mintiendo, por supuesto, pero sólo porque los hombres se protegían unos a otros. Sharpe lo había hecho cuando estaba en la tropa, y no esperaba nada menos de Matthew Dodd, igual que Dodd no esperaba nada más que un castigo.

Sharpe miró al sargento Harper.

—¿Tiene trabajo para él, sargento?

—La cocinera se estaba quejando de que todo el cobre de la cocina necesita una buena limpieza, señor.

—Hágale sudar —ordenó Sharpe—, y sin ración de vino durante una semana.

Los hombres tenían derecho a una pinta de ron al día y, a falta del áspero licor, Sharpe estaba distribuyendo vino tinto de una barrica que había requisado de la bodega de la quinta. Castigó a Sims y a Gataker a vestir el uniforme completo con capote y a marchar después por el paseo una y otra vez con unos morrales llenos de piedras. Lo hicieron bajo la entusiasta mirada de Harper; cuando vomitaron por la fatiga y por la resaca, el sargento los puso en pie a patadas y los obligó a limpiar el vómito del paseo con sus propias manos y después a seguir marchando.

Vicente consiguió que un albañil del pueblo tapiara la entrada de la bodega. Mientras éste trabajaba y Dodd pulía el cobre con arena y vinagre, Sharpe se llevó arriba, al bosque, a Williamson. Tuvo la tentación de azotar a aquel hombre, pues sentía por él algo muy cercano al odio, pero Sharpe había sido azotado una vez y era reacio a aplicar el mismo castigo. Así que buscó un espacio abierto entre unos laureles y utilizó su espada para marcar dos líneas en la hierba musgosa. Cada línea medía casi un metro de largo y había otro metro de separación entre ellas.

—Yo no le gusto, ¿verdad, Williamson?

Williamson no dijo nada. Únicamente miró las líneas con ojos enrojecidos. Sabía lo que eran.

—¿Cuáles son mis tres normas, Williamson?

Williamson levantó la mirada con gesto hosco. Era un hombre grande, de rostro tosco y patillas largas, con la nariz rota y marcas de viruela. Provenía de Leicester, donde había estado preso por robar dos ciriales de la iglesia de San Nicolás y le habían ofrecido la posibilidad de alistarse para evitar la horca.

—No robar —dijo en voz baja—, no emborracharse y luchar como Dios manda.

—¿Es usted un ladrón?

—No, señor.

—Sí que lo es, Williamson. Por eso está usted en el ejército. Y se emborracha sin permiso. Pero ¿sabe luchar?

—Usted sabe que sí, señor.

Sharpe se desabrochó el cinto de la espada, lo soltó y el arma cayó; después se quitó el chacó y la casaca verde y los dejó caer.

—Dígame por qué no le gusto —exigió.

Williamson se quedó mirando los laureles.

—¡Vamos! —dijo Sharpe—. Diga lo que le salga de las narices. No va a ser castigado por contestar a una pregunta.

Williamson volvió a mirarlo.

—¡No tendríamos que estar aquí! —le espetó.

—Tiene usted razón.

Williamson pestañeó al oír aquello, pero siguió hablando.

—¡Desde que murió el capitán Murray, señor, hemos estado descolgados y a nuestro aire! Deberíamos volver con el batallón. Es ahí donde deberíamos estar. Usted nunca fue nuestro oficial, señor. ¡Nunca!

—Lo soy ahora.

—Eso no es verdad.

—¿Quiere volver a casa, en Inglaterra?

—El batallón está allí, así que sí quiero.

—Pero hay una guerra en marcha, Williamson. Una puta guerra. Y nosotros estamos aquí atascados. No pedimos estar aquí, ni siquiera queremos estar aquí, pero es donde estamos. Y nos vamos a quedar. —Williamson miró a Sharpe con resentimiento, aunque no dijo nada—. Pero usted puede irse a casa, Williamson —dijo Sharpe, y aquel rostro huraño se alzó interesado—. Hay tres maneras de que se vaya usted a casa. Una, si recibimos órdenes de Inglaterra. Dos, si usted está tan malherido que lo envían a casa. Y tres, si pone usted el pie en esa raya y pelea conmigo. Gane o pierda, Williamson, le prometo que lo enviaré a casa tan pronto como pueda en el primer puñetero barco que encontremos. Lo único que tiene que hacer es pelear conmigo. —Sharpe caminó hasta una de las líneas y arrimó los dedos de los pies a ella. Así era como luchaban los boxeadores profesionales: tocaban la línea con el dedo del pie y después se golpeaban con los puños desnudos hasta que uno caía ensangrentado y rendido por el cansancio—. Pelee conmigo como Dios manda —dijo Sharpe—, y procure no caer al primer golpe. Tendrá que sangrar para demostrar que lo está intentando. Golpéeme en la nariz, eso bastará.

Sharpe esperó. Williamson se relamió los labios.

—¡Venga! —gruñó Sharpe—. ¡Pelee conmigo!

—Usted es un oficial —dijo Williamson.

—No, ahora no lo soy. Y no hay nadie vigilando. Sólo usted y yo, Williamson. Yo

no le gusto, y estoy dándole la oportunidad de zurrarme. Si lo hace bien, le garantizo que estará usted en casa para el verano. —No sabía cómo iba a cumplir esa promesa, pero tampoco creía que llegase a ser necesario: Williamson, él lo sabía, estaba recordando la pelea épica entre Harper y Sharpe, una pelea que dejó a ambos hombres tambaleantes, aunque Sharpe la había ganado y los fusileros lo habían visto, y aquel día aprendieron algo sobre Sharpe.

Y Williamson no quería aprender aquella lección de nuevo.

—No pelearé contra un oficial —alegó con fingida dignidad.

Sharpe le dio la espalda y recogió su casaca.

—Entonces busque al sargento Harper y dígame que tiene usted el mismo castigo que Sims y Gataker. —Se dio la vuelta—. ¡A paso ligero!

Williamson corrió. Puede que la vergüenza por haber rehuido la pelea lo volviera más peligroso, pero también disminuiría su influencia sobre los otros hombres, que, aunque nunca sabrían qué había ocurrido en el bosque, tendrían la sensación de que Williamson había sido humillado. Sharpe se abrochó el cinturón y regresó caminando lentamente. Le preocupaban sus hombres, le preocupaba llegar a perder su lealtad, le preocupaba estar demostrando que era un mal oficial. Recordó a Blas Vivar y deseó tener la serena habilidad del oficial español para imponer la obediencia sólo con estar presente, pero quizás aquella autoridad sin esfuerzo llegaba con la experiencia. Al menos ninguno de sus hombres había desertado. Estaban todos presentes, excepto Tarrant y los pocos que se encontraban en el hospital militar de Coímbra recuperándose de las fiebres.

Hacía un mes que había caído Oporto. El fortín de lo alto de la colina estaba casi terminado y, para sorpresa de Sharpe, los hombres habían disfrutado del trabajo duro. Daniel Hagman volvía a andar de nuevo, si bien despacio, pero estaba lo suficientemente bien como para trabajar, de modo que Sharpe puso una mesa de cocina al sol donde, uno por uno, Hagman desmontó, limpió y engrasó todos los rifles. Los fugitivos que habían huido de Oporto ya habían regresado a la ciudad o habían encontrado refugio en cualquier otro sitio, pero los franceses estaban ocasionando nuevas olas de fugitivos. Dondequiera que los partisanos les tendieran una emboscada, saqueaban los pueblos cercanos e, incluso sin la provocación de la emboscada, saqueaban sin piedad las granjas para alimentarse. Cada vez más gente llegaba a Vila Real de Zedes, atraída hasta el lugar por los rumores de que los franceses habían decidido respetar el pueblo. Nadie sabía por qué hacían aquello los franceses, aunque algunas ancianas decían que era porque todo el valle estaba bajo la protección de san José, cuya imagen de tamaño natural alojaba la iglesia, y el sacerdote del pueblo, el padre Josefa, alentaba esa creencia. Incluso sacaba la imagen de la iglesia, decorada con narcisos mustios y coronas de laurel, y después la paseaba por los límites del pueblo para mostrar al santo la extensión exacta de las tierras que

necesitaban su protección. Vila Real de Zedes, creía el pueblo, era un santuario en la guerra y había sido Dios quien lo había dispuesto así.

Mayo llegó cargado de lluvia y viento. Cayeron las últimas flores de los árboles, formando húmedas hileras de pétalos rosas y blancos en la hierba. Los franceses seguían sin llegar, y Manuel Lopes consideraba que sencillamente estaban demasiado ocupados como para molestarse con Vila Real de Zedes.

—Han tenido problemas —dijo feliz—. Silveira les está dando un dolor de tripa en Amarante y la carretera a Vigo ha sido cerrada por los partisanos. ¡Están bloqueados! ¡No pueden regresar a casa! Aquí no van a molestarnos. —Lopes iba con frecuencia a las poblaciones cercanas, donde pasaba por vendedor ambulante de baratijas religiosas y regresaba de allí con noticias acerca de las tropas francesas—. Patrullan las carreteras, se emborrachan por la noche y desean estar de vuelta en casa.

—Y buscan comida —dijo Sharpe.

—Eso también, sí —concedió Lopes.

—Y algún día —anunció Sharpe—, cuando estén hambrientos, vendrán aquí.

—El coronel Christopher no les dejará —replicó Lopes.

Sharpe y Lopes estaban paseando por el paseo de la quinta; lo vigilaban Harris y Cooper, que montaban guardia en la puerta, lo más cerca que Sharpe permitía acercarse al pueblo a sus fusileros protestantes. Amenazaba lluvia. Unas capas grises de agua caían ya por la colinas del norte y Sharpe había oído el retumbar de truenos dos veces; aunque podrían haber sido los cañones en Amarante, el ruido parecía demasiado estruendoso.

—Me iré pronto —anunció Lopes.

—¿De vuelta a Braganza?

—A Amarante. Mis hombres se han recuperado. Es hora de volver a luchar.

—Podría hacer una cosa por mí antes de irse —dijo Sharpe, ignorando la crítica que implicaban las últimas palabras de Lopes—. Diga a esos refugiados que se vayan del pueblo. Dígales que vuelvan a casa. Dígales que san José tiene demasiado trabajo y que no los protegerá cuando vengan los franceses.

Lopes negó con la cabeza.

—Los franceses no van a venir —insistió.

—Y cuando vengan —continuó Sharpe, igual de insistente—, yo no podré defender el pueblo. No tengo bastantes hombres.

Lopes parecía indignado.

—Usted sólo defenderá la quinta —sugirió— porque pertenece a una familia inglesa.

—Me importa un comino la quinta —dijo Sharpe con enojo—. Estaré en lo alto de esa colina intentando permanecer con vida. ¡Por el amor de Dios, somos menos de sesenta! Y los franceses enviarán quince centenas.

—No vendrán —repitió Lopes. Estiró el brazo para arrancar una flor blanca marchita de un árbol—. Nunca me fié del oporto de Savage —dijo.

—¿De qué habla?

—Un saúco —dijo Lopes, mostrándole a Sharpe los pétalos—. Los malos fabricantes de oporto echan zumo de bayas de saúco en el vino para hacer que parezca más rico.

—Tiró las flores y de repente Sharpe se acordó de aquel día en Oporto, el día que los refugiados se ahogaron mientras los franceses tomaban la ciudad, y recordó que Christopher estaba a punto de escribirle la orden de que regresara atravesando el Duero cuando una bala de cañón, al golpear un árbol, hizo caer una lluvia de pétalos rosados que el coronel creyó que eran flores de cerezo. Y Sharpe recordó la expresión del rostro de Christopher ante la mención del nombre de Judas.

—¡Jesús! —dijo Sharpe.

—¿Qué? —Lopes se quedó desconcertado ante la fuerza de aquella imprecación.

—Es un maldito traidor.

—¿Quién?

—El puto coronel —respondió Sharpe. Era una mera intuición lo que tan de repente lo había convencido de que Christopher estaba traicionando a su país, una intuición basada en el recuerdo de la expresión de indignación del coronel cuando Sharpe vio la flor caída de un árbol de Judas. Desde entonces, Sharpe había estado vacilando entre medio sospechar la traición de Christopher y creer que quizás el coronel estuviera dedicándose a algún misterioso trabajo diplomático; sin embargo, al recordar aquella expresión del rostro de Christopher y al comprender que había sido tanto de miedo como de indignación, Sharpe se convenció del todo. Christopher no sólo era un ladrón, sino también un traidor—. Tiene usted razón —le dijo a un Lopes atónito—, es hora de luchar. ¡Harris! —Se volvió hacia la puerta.

—¿Señor?

—Búsqueme al sargento Harper. Y al teniente Vicente.

Vicente llegó primero. Sharpe no supo explicarle por qué estaba tan seguro de que Christopher era un traidor, pero Vicente tampoco sintió la necesidad de discutirlo. Odiaba a Christopher porque se había casado con Kate y estaba tan aburrido como Sharpe de la vida ociosa en la quinta.

—Traiga comida —le pidió Sharpe—. Vaya al pueblo, pídales que cuezan pan, compre toda la carne salada y ahumada que pueda. Quiero que al caer la noche cada hombre tenga cinco raciones diarias.

Harper fue más precavido.

—Pensaba que tenía usted órdenes, señor.

—Y las tengo, Pat, del general Cradock.

—Por Dios, señor, no desobedezca las órdenes de un general.

—¿Y quién trajo esas órdenes? —preguntó Sharpe—. Fue Christopher. Entonces mintió a Cradock exactamente igual que a todos los demás. —No tenía certeza de aquello, no podía estar seguro, pero tampoco podía encontrarle sentido a quedarse holgazaneando en la quinta. Iría al sur y confiaría en que el capitán Hogan lo protegiera de la cólera del general Cradock—. Nos marcharemos hoy al anochecer —le dijo a Harper—. Quiero que inspeccione el equipo y la munición de todos los hombres.

Harper olisqueó el aire.

—Vamos a tener lluvia, señor, y de la buena.

—Por eso Dios hizo que nuestra piel fuese impermeable —dijo Sharpe.

—Estaba pensando que quizá sería mejor esperar hasta después de medianoche, señor, dándole a la lluvia la oportunidad de amainar.

Sharpe negó con la cabeza.

—Quiero salir de aquí, Pat. De repente este lugar me da mala espina. Llevaremos a todos hacia el sur. Hacia el río.

—Creía que los franchutes se habían llevado todas las barcas.

—No quiero ir hacia el este. —Sharpe movió la cabeza en dirección a Amarante, donde según decían los rumores la batalla continuaba—, y no hay nada más que franchutes hacia el oeste. —El norte era todo montaña, rocas e inanición, pero hacia el sur estaba el río; Sharpe sabía que las fuerzas inglesas estaban en algún lugar más allá del Duero, y había estado pensando que los franceses no podían haber destruido todas las barcas de su larga y rocosa orilla—. Encontraremos un bote —prometió a Harper.

—Será noche cerrada, señor. Tendremos suerte si encontramos el camino.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Sharpe, irritado por el pesimismo de Harper—, ¡llevamos un puñetero mes patrullando por este sitio! Podemos abrirnos camino hacia el sur.

Por la tarde tenían dos sacos de pan, un poco de carne de cabra ahumada y dura como una piedra, dos quesos y una bolsa de alubias que Sharpe distribuyó entre los hombres. Después tuvo un golpe de inspiración: fue a la cocina de la quinta y robó dos grandes latas de té. Consideró que ya era hora de que Kate hiciese algo por su país, y había pocos gestos más elegantes que donar un buen té chino a unos fusileros. Le dio una lata a Harper y metió la otra en su macuto. Había empezado a llover, las gotas repiqueteaban en el tejado de los establos y caían en cascada sobre el patio empedrado. Daniel Hagman miraba la lluvia desde la puerta del establo.

—Me siento bien, señor —aseguró a Sharpe.

—Podemos montar una camilla, Dan, si se encuentra usted mal.

—¡Por Dios! ¡No, señor! Estoy perfectamente, perfectamente.

Nadie quería salir con aquel aguacero, pero Sharpe había decidido aprovechar

hasta la última hora de oscuridad para abrirse camino hacia el Duero. Existía una posibilidad, pensaba, de alcanzar el río a media mañana del día siguiente; luego dejaría descansar a sus hombres mientras él buscaba en la orilla del río algún medio para cruzar.

—¡Carguen los macutos! —ordenó—. Prepárense.

Observó a Williamson en busca de algún indicio de reticencia, pero el hombre se movió con los demás. Vicente había repartido corchos de botellas de vino y los hombres los encajaron en la boca de sus rifles o mosquetes. Las armas no estaban cargadas porque con aquella lluvia la pólvora se habría convertido en un limo gris. Hubo de nuevo refunfuños cuando Sharpe les ordenó salir de los establos, pero encogieron la espalda, salieron al patio detrás de él y se metieron en el bosque, donde el viento y la lluvia azotaban los robles y los abedules.

Antes de que hubieran avanzado medio kilómetro Sharpe estaba calado hasta los huesos, pero se consolaba pensando que probablemente nadie más saldría con aquel tiempo de perros. La luz del anochecer languidecía deprisa, robada por negras nubes de vientre hinchado que se acumulaban sobre el dentado perfil de la atalaya en ruinas. Sharpe seguía un camino que bordeaba el lado oeste de la colina de la atalaya; cuando salieron de entre los árboles echó un vistazo a la vieja construcción, pensando apesadumbrado en todo aquel trabajo.

Dio orden de detenerse para que la retaguardia de la fila los alcanzara. Daniel Hagman estaba aguantando bien. Harper, con dos patas de cabra ahumadas colgando del cinturón, avanzó para unirse a Sharpe, que estaba observando la llegada de los hombres desde una posición ventajosa a unos pocos metros de altura sobre el camino.

—Maldita lluvia —dijo Harper.

—Al final amainará.

—¿De verdad? —preguntó Harper inocentemente.

Fue entonces cuando Sharpe vio destellos de luz en los viñedos. No fue un relámpago, era demasiado débil, demasiado pequeño y demasiado cerca del suelo, pero sabía que no lo había imaginado; maldijo a Christopher por haberle robado su catalejo. Miró fijamente el sitio donde la luz había brillado por un instante, pero no vio nada.

—¿Qué ocurre? —Vicente había subido también.

—Me pareció ver un destello de luz —respondió Sharpe.

—Sería la lluvia —dijo Harper con indiferencia.

—Quizá fuese un trozo de vidrio roto —sugirió Vicente—. Una vez encontré vidrios romanos en un campo cerca de Entre-os-Rios. Había dos jarrones rotos y unas pocas monedas de Septimio Severo.

Sharpe no estaba escuchando. Observaba los viñedos.

—Doné las monedas al seminario de Oporto —prosiguió Vicente, subiendo la voz

para hacerse oír por encima de la furiosa lluvia—, porque los padres tienen allí un pequeño museo.

—El sol no se refleja en un vidrio cuando está lloviendo —dijo Sharpe. Pero algo había reflejado luz allí, algo similar a una mancha de luz, un destello húmedo. Estudió el seto que había entre las viñas y de repente lo vio otra vez. Maldijo en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicente.

—Dragones —dijo Sharpe—, docenas de esos cabronazos. Desmontados y vigilándonos. —El brillo había sido el reflejo de la débil luz en uno de los cascos de latón. Debía de haber una rasgadura en la cubierta protectora del casco y el hombre, al correr a lo largo del seto, había servido de faro, pero ahora que Sharpe había visto el primer uniforme verde entre las verdes viñas, pudo ver muchos más—. Esos cabrones iban a tendernos una emboscada —dijo, y a su pesar, sintió admiración por un enemigo capaz de aprovechar un tiempo tan horrendo. Luego dedujo que los dragones debían de haberse aproximado a Vila Real de Zedes durante el día y, por alguna razón, él no se había enterado; en cambio, ellos sí parecían haber averiguado lo que significaba el trabajo que estaba haciendo en lo alto de la colina y debían de saber que aquella cresta con forma de lomo de puerco era su refugio—. ¡Sargento! —dijo de golpe a Harper—. ¡Que suban a la colina ahora! ¡Ahora mismo! Y rece porque no sea demasiado tarde.



Puede que el coronel Christopher hubiese reescrito las órdenes, pero las piezas de aquel ajedrez sólo podían moverse de la manera acostumbrada, aunque su conocimiento de las jugadas le permitía mirar hacia delante y, según le parecía, lo hacía con más perspicacia que la mayoría de los hombres.

Había dos posibles consecuencias de la invasión francesa de Portugal. O bien vencían los franceses o bien, lo que era mucho menos probable, los portugueses con sus aliados ingleses expulsaban de alguna manera a las fuerzas de Soult.

Si los franceses ganaban, Christopher sería entonces el propietario de la bodega de los Savage, el aliado de confianza de los nuevos dueños del país e increíblemente rico.

Si ganaban los portugueses y sus aliados ingleses, recurriría a la patética conspiración de Argenton para explicar por qué había permanecido en territorio enemigo, y esgrimiría el desmoronamiento del proyecto de motín como excusa para justificar el fracaso de sus planes. Después necesitaría mover un par de peones para seguir siendo dueño del patrimonio de los Savage, que sería suficiente para convertirlo en un hombre rico, aunque no increíblemente rico.

Así que no podía perder, siempre que los peones hiciesen lo que se suponía que

tenían que hacer. Uno de esos peones era el mayor Henri Dulong, segundo al mando de la 31.^a Léger, una de las unidades superiores de infantería ligera francesa en Portugal. La 31.^a sabía que era buena, pero ninguno de sus soldados igualaba a Dulong, que era famoso en todo el ejército. Era duro, audaz y despiadado. Aquella tarde de viento, lluvia y nubes bajas de primeros de mayo, la tarea del mayor Dulong consistía en subir con sus *voltigeurs* por el camino del sur que llevaba a la atalaya de la colina más arriba de la quinta. Tome ese cerro, le había explicado el brigadier Vuillard, y las escasas fuerzas de Vila Real de Zedes no tendrán adonde ir. Así que, mientras los dragones tendían un cerco alrededor del pueblo y la quinta, Dulong debía tomar la colina.

La idea de atacar al anochecer había sido del brigadier Vuillard. La mayoría de los soldados se esperarían un ataque al amanecer, pero Vuillard opinaba que al final del día los hombres habrían bajado la guardia.

—Estarán buscando un odre de vino, una joven y una comida caliente —le había dicho a Christopher, y después había fijado la hora de ataque alas ocho menos cuarto de la tarde. Entonces el sol estaría a punto de ponerse, pero el crepúsculo se alargaría hasta las ocho y media; finalmente, las nubes resultaron tan espesas que Vuillard dudaba que se pudiese hablar de crepúsculo. No es que fuese importante. Dulong había recibido un buen reloj Breguet y había prometido que sus hombres estarían en la cumbre de la atalaya alas ocho menos cuarto, justo cuando los dragones llegasen al pueblo y a la quinta. El resto de compañías de la 31.^a Léger subirían primero al bosque y después caerían sobre la quinta desde el sur.

—Dudo mucho que Dulong llegue a ver algo de acción —le había dicho Vuillard a Christopher—, y eso no lo alegrará. Es un canalla sediento de sangre.

—Le ha dado a él la tarea más peligrosa, sin lugar a dudas.

—Pero sólo si el enemigo está en la cima de la colina —explicó el brigadier—. Tengo la esperanza de cogerlos desprevenidos, coronel.

Y a Christopher le parecía que las esperanzas de Vuillard estaban justificadas, pues a las ocho menos cuarto los dragones entraron a la carga en Vila Real de Zedes y apenas encontraron oposición. Un trueno fue el acompañamiento del ataque; un relámpago partió el cielo en dos y su luz plateada se reflejó en las largas espadas de los dragones. Resistieron unos cuantos hombres y se dispararon unos pocos mosquetes desde una taberna al lado de la iglesia; Vuillard descubrió más tarde, en los interrogatorios a los supervivientes, que una banda de partisanos habían estado recuperándose de sus heridas en el pueblo. Algunos de ellos escaparon, pero ocho murieron y otros veinte, incluido su cabecilla, llamado el Maestro, fueron capturados. Dos de los dragones de Vuillard resultaron heridos.

Otros cien dragones cabalgaron hacia la quinta. Los comandaba un capitán que se encontraría con la infantería bajando a través del bosque; el capitán había prometido

que la propiedad no sería saqueada.

—¿No quiere ir usted con ellos? —preguntó Vuillard.

—No. —Christopher estaba mirando cómo se llevaban a las chicas del pueblo hacia la taberna más grande.

—No se lo reprocho —dijo Vuillard, fijándose en las chicas—; la diversión estará aquí.

Y la diversión de Vuillard empezó. Los del pueblo odiaban a los franceses y los franceses odiaban a los del pueblo; además, los dragones habían descubierto a partisanos en las casas, y todos sabían cómo tratar a aquellas alimañas. Manuel Lopes y sus partisanos capturados fueron llevados a la iglesia, donde los obligaron a destrozarse altares, barandillas e imágenes, y amontonar todos los pedazos de madera en el centro de la nave. Apareció el padre Josefa, protestó por aquel vandalismo, y los dragones lo desnudaron, rasgaron su sotana en tiras y usaron las tiras para atar al sacerdote al gran crucifijo que colgaba sobre el altar principal.

—Los sacerdotes son los peores —explicó Vuillard a Christopher—. Animan a la gente a luchar contra nosotros. Le aseguro que tendremos que matar hasta al último sacerdote de Portugal antes de que todo termine.

Estaban llevando a otros cautivos hasta la iglesia. Todo aquel del pueblo en cuya casa hubiese un arma de fuego o que hubiese desobedecido a los dragones fue llevado allí. Un hombre que había intentado proteger a su hija de trece años fue arrastrado hasta la iglesia. Cuando estuvieron todos dentro, un sargento de dragones les rompió los brazos y las piernas a los hombres con un mazo sacado de la forja del herrero.

—Es mucho más fácil que atarlos —explicó Vuillard.

Christopher se estremecía cuando el mazo quebraba los huesos. Algunos hombres gimotearon, unos pocos gritaron, pero la mayoría mantuvo un obstinado silencio. El padre Josefa empezó a rezar una oración por los moribundos, hasta que un dragón lo calló rompiéndole la mandíbula con una espada.

Para entonces ya había oscurecido. La lluvia aún repiqueteaba sobre el tejado de la iglesia, pero con menos violencia. Un relámpago iluminó las ventanas desde fuera mientras Vuillard cruzaba hasta los restos de un altar lateral y cogía una vela que había estado ardiendo en el suelo. Se dirigió hacia la pila de madera, que había sido rodeada con pólvora de munición de las carabinas de los dragones. Metió la vela bien dentro de la pila y se apartó. Por un momento la llama temblequeó pequeña e insignificante, después hubo un siseo y un brillante fogueo se encendió en el centro de la pila. Los heridos daban grandes gritos mientras el humo empezaba a ascender hacia las vigas y Vuillard y los dragones se retiraban hacia la puerta.

—Colean como peces. —El brigadier se refería a los hombres que se arrastraban hacia el fuego con la vana esperanza de extinguirlo. Vuillard reía—. La lluvia ralentizará las cosas, pero no mucho. —Ahora el fuego crepitaba, soltando un humo

denso—. Cuando el techo se prenda será cuando mueran —anunció—, y eso lleva un tiempo. Pero es mejor no quedarse.

Los dragones se fueron, cerrando la iglesia tras ellos. Unos cuantos hombres permanecieron bajo la lluvia para asegurarse de que el fuego no se apagaba o, más probablemente, para que nadie escapara de las llamas. Mientras tanto Vuillard llevaba a Christopher y a otra media docena de oficiales a la taberna más grande del pueblo, que estaba alegremente iluminada por montones de velas y lámparas.

—La infantería nos traerá las noticias aquí —explicó Vuillard—, así que tendremos que encontrar algo para pasar el rato, ¿no?

—Pues sí. —Christopher se quitó el bicornio mientras se agachaba para entrar por la puerta de la taberna.

—Comamos —dijo el brigadier Vuillard—, y bebamos eso que en este país pasa por vino. —Se detuvo en la habitación principal, donde las muchachas del pueblo habían sido alineadas contra las paredes—. ¿Qué le parece? —preguntó a Christopher.

—Tentador —dijo Christopher.

—Sí que lo es. —Vuillard aún no confiaba del todo en Christopher. El inglés era demasiado distante, pero ahora, pensó Vuillard, lo pondría a prueba—. Haga su elección —dijo, señalando a las chicas. Los hombres que vigilaban a las muchachas sonreían burlones. Las chicas lloraban en silencio.

Christopher dio un paso hacia las cautivas. Si el inglés era aprensivo, pensó Vuillard, tendría que traicionar sus escrúpulos o, peor aún, su simpatía hacia los portugueses. Incluso en el ejército francés había quienes expresaban semejantes simpatías, oficiales que argumentaban que, al maltratar a los portugueses, el ejército no hacía más que empeorar el problema, pero Vuillard, como la mayoría de los franceses, creía que los portugueses merecían ser castigados con gran severidad, de modo que ninguno osara volver a levantar un dedo contra los franceses. Violación, robo y destrucción sin sentido eran para Vuillard tácticas defensivas, y ahora quería ver cómo Christopher se unía a él en una acción de guerra. Quería ver al estirado inglés comportándose como los franceses en su momento de triunfo.

—Dese prisa —le apremió—. Prometí a mis hombres que les daría las que nosotros no quisiéramos.

—Me quedo con esa chica bajita —dijo Christopher con gesto lobuno—, la pelirroja.

Ella gritó. Pero aquella noche había demasiados gritos en Vila Real de Zedes. Como los había en la colina, hacia el sur.



Sharpe corrió. Gritó a sus hombres que alcanzaran la cima de la colina lo más rápido

posible, y después se lanzó cuesta arriba. Había subido casi cien metros antes de poder calmarse y advertir que lo estaba haciendo todo mal.

—¡Fusileros! —gritó—. ¡Suelten la carga!

Dejó que sus hombres descargaran hasta quedarse sólo con las armas, los morrales y las cartucheras. Los hombres del teniente Vicente hicieron lo mismo. Seis portugueses e igual número de fusileros se quedarían a vigilar fardos, macutos, capotes y tajadas de carne ahumada, mientras el resto seguía a Sharpe y a Vicente montaña arriba. Ahora avanzaban mucho más deprisa.

—¿Ha visto a esos cabrones ahí arriba? —jadeó Harper.

—No —dijo Sharpe, pero sabía que los franceses querrían tomar el fortín porque era el punto más alto en kilómetros a la redonda, y eso significaba que probablemente habrían enviado a una compañía o más a dar un rodeo por el sur y acercarse con sigilo a la colina. Así que era una carrera. Sharpe no tenía pruebas de que los franceses estuvieran corriendo, pero no los subestimaba. Estarían en camino, y lo único que podía pedir era que todavía no hubieran llegado.

La lluvia arreciaba. Ningún arma podría disparar con ese tiempo. Iba a ser una lucha de acero húmedo, puños y culatazos. Las botas de Sharpe resbalaban en la hierba empapada y se deslizaban sobre las rocas. Estaba quedándose sin respiración, pero al menos había subido el empinado flanco y ahora se encontraba en el sendero que llevaba a la loma norte de la colina. Afortunadamente, sus hombres habían ensanchado y reforzado aquel camino, cortando escalones en los lugares de mayor pendiente y asegurando la parte vertical de los escalones con traviesas de abedul. Había sido un trabajo inventado para que se mantuvieran ocupados, pero ahora todo aquello merecía la pena, porque aligeraba el paso. Sharpe se mantenía a la cabeza con una decena de fusileros detrás. Decidió que no cerraría filas hasta que no alcanzaran la cima. Aquello era un barullo de sálvese quien pueda, así que lo importante era llegar a la cumbre; miró hacia arriba entre el remolino de lluvia y nubes, y no vio sino rocas mojadas y el repentino brillo de un relámpago reflejándose en la superficie de una roca desnuda. Pensó en el pueblo; sabía que estaba condenado. Deseaba haber podido hacer algo, pero no tenía suficientes hombres para defenderlo, y había intentado advertirles.

La lluvia caía directamente sobre su rostro, cegándole. Resbalaba mientras corría. Sentía una punzada en el costado, las piernas le ardían y el aliento le raspaba la garganta. Llevaba el rifle colgado al hombro, y le iba rebotando, y las reservas de municiones le golpeaban el muslo izquierdo. Intentó desenvainar la espada, pero tuvo que soltar la empuñadura para sujetarse a una roca porque sus botas resbalaban como locas bajo sus pies. Harper iba veinte pasos por detrás, jadeando. Vicente estaba alcanzando a Sharpe, quien finalmente logró liberar su espada de la vaina, se apartó del peñasco y se obligó a continuar. Un relámpago iluminó el este, perfilando negras

colinas y un cielo del que caían rachas de agua. Un trueno estremeció los cielos, llenándolos de un ruido airado. Sharpe se sintió como si estuviese ascendiendo al corazón de la tormenta, trepando para reunirse con los dioses de la guerra. El vendaval le castigaba. Hacía rato que no sabía dónde estaba su chacó. El viento aullaba, gemía, se ahogaba con los truenos y se cargaba de lluvia. Cuando Sharpe estaba pensando que nunca alcanzaría la cima, de pronto se encontró junto al primer muro, el lugar donde el camino zigzagueaba entre dos de los pequeños reductos que sus hombres habían construido; la daga de un trueno apuñaló el vacío que se abría a su derecha, húmedo y oscuro. Durante un desafortunado segundo creyó que la cumbre estaba vacía, pero luego vio el destello de una hoja que reflejaba el fuego blanco de la tormenta y supo que los franceses ya estaban allí.

Los *voltigeurs* de Dulong habían llegado justo unos segundos antes y habían tomado la atalaya, pero no habían tenido tiempo de ocupar los reductos más al norte, por donde ahora aparecían los hombres de Sharpe.

—¡Échenlos de ahí! —bramó Dulong a sus hombres.

—¡Maten a esos cabrones! —gritó Sharpe, y su espada chocó con una bayoneta y se deslizó por ella hasta golpear la culata del mosquete. Sharpe se impulsó hacia delante, empujando a aquel hombre hacia atrás, y le dio un cabezazo en la nariz. Los primeros fusileros pasaron a su lado; de pronto el entrecocar de las espadas resonaba en la semioscuridad. Sharpe golpeó con la empuñadura de su espada la cara del hombre al que había tumbado, le arrancó el mosquete y lo arrojó al vacío. Luego se dirigió al lugar donde un grupo de franceses se estaba preparando para defender la cima. Ellos apuntaron los mosquetes y Sharpe rogó al Señor que le diera la razón y que aquellos percutores de pedernal nunca pudieran encender una chispa en aquel infierno húmedo. Dos hombres peleaban a su izquierda; Sharpe blandió su espada hacia un casaca azul, haciéndola girar hacia sus costillas, el francés se hizo a un lado para esquivar la hoja y Sharpe vio que Harper estaba golpeándolo con la culata del rifle.

—Dios salve a Irlanda. —Harper, con los ojos enloquecidos, alzó la vista hacia los franceses que custodiaban la atalaya.

—¡Vamos a cargar contra esos cabrones! —gritó Sharpe a los fusileros que llegaban por detrás de él.

—Dios salve a Irlanda.

—*Tirez!* —gritó un oficial francés y una docena de pedernales cayeron sobre el hierro y encendieron chispas que murieron en la lluvia.

—¡Ahora mátenlos! —rugió Sharpe—. ¡Maten a esos cabrones!

Y es que los franceses ocupaban la cima de su colina, su territorio, y él sentía una rabia sólo comparable a la ira del cielo tormentoso. Corrió colina arriba y los mosqueteros franceses bajaron con sus largas bayonetas. Sharpe se acordó de cuando

había luchado en la empinada grieta de Gawilghur e hizo ahora lo que había hecho entonces: se agachó por debajo de la bayoneta, agarró el tobillo de un hombre y tiró de él. El francés gritaba mientras era arrastrado colina abajo, hasta donde tres bayonetas se clavaron en él. Después los portugueses de Vicente, al darse cuenta de que no podían disparar, empezaron a tirarles piedras a los franceses y las más grandes ensangrentaron a algunos e hicieron que los hombres se acobardaran. Sharpe gritó a sus fusileros que se enfrentaran con el enemigo. Él blandió la espada hacia atrás, desviando hacia un lado una bayoneta, y apartó otro mosquete con la mano izquierda, logrando que el hombre que lo empuñaba cayese sobre el filo de la bayoneta de Harper. Harris blandía un hacha que habían usado para abrir camino entre abedules, laureles y robles, y los franceses retrocedían ante un arma tan terrible. Las piedras seguían cayendo y los fusileros de Sharpe, gruñendo y jadeando, se abrían camino hacia arriba luchando con uñas y dientes. Un hombre golpeó a Sharpe en la cara, Cooper lo cogió por la bota y le desgarró la pierna hacia arriba con su bayoneta. Harper estaba utilizando su rifle como si fuese una porra e iba derribando hombres a golpes con su inmensa fuerza. Un fusilero cayó hacia atrás; la sangre brotaba a chorros de su garganta. De inmediato, un soldado portugués ocupó su lugar, lanzando cuchilladas con la bayoneta y gritando insultos. Sharpe clavó su espada, desde arriba y con las dos manos, sobre el grupo de hombres, dando cuchilladas, retorciéndola, sacándola y clavándola otra vez. Había otro portugués a su lado: le estaba dando una estocada de bayoneta a un francés en la entrepierna. Mientras tanto, el sargento Macedo, con los labios contraídos en una mueca, luchaba con un cuchillo. El filo relumbraba en la lluvia, se teñía de rojo, se lavaba con el agua, se volvía a teñir de rojo. Los franceses estaban retrocediendo, se retiraban a la franja de piedra desnuda delante de las ruinas de la atalaya; un oficial les gritaba enfurecido. Entonces el oficial avanzó con el sable en la mano y Sharpe se encontró con él. Las hojas chocaron y Sharpe volvió a dar un cabezazo y, bajo el resplandor de un relámpago, vio el asombro dibujado en el rostro del oficial. Pero era evidente que el francés pertenecía a la misma escuela que Sharpe, pues intentó darle una patada en la entrepierna mientras clavaba los dedos en los ojos de Sharpe. Sharpe se retorció hacia un lado y volvió a su sitio para golpear a aquel hombre en la mandíbula con la empuñadura de su espada, pero entonces el oficial pareció desvanecerse en la oscuridad: dos de sus hombres se lo habían llevado a rastras.

Un alto sargento francés se acercó a Sharpe blandiendo el mosquete. Sharpe reculó, el hombre tropezó y Vicente lo alcanzó con su espada de hoja recta; su punta segó la tráquea del sargento, que rugió como un fuelle perforado y se derrumbó esparciendo una lluvia rosada. Vicente retrocedió horrorizado, pero sus hombres pasaron en tropel por su lado para repartirse por los reductos del sur, donde, entusiasmados, sacaron a los franceses de sus agujeros con sus bayonetas. El sargento

Macedo había dejado su cuchillo hundido en el pecho de un francés y ahora estaba usando un mosquete francés a modo de maza. Un *voltigeur* intentó arrancarle el arma de las manos y, para su asombro, no encontró resistencia: el sargento simplemente le dejó cogerla y después lo empujó con ella en el vientre para que cayera de espaldas ladera abajo. El francés gritaba mientras caía. Su grito pareció durar una eternidad; luego se oyó un golpe sordo y húmedo sobre las lejanas rocas de abajo, el mosquete rebotó y el sonido se perdió cuando un trueno retumbó en el cielo. Un relámpago rasgó las nubes y Sharpe, con el filo de su espada goteando sangre diluida en agua de lluvia, gritó a sus hombres que revisarán todos los reductos.

—¡Y miren en la torre!

Otro relámpago iluminó a un gran grupo de franceses que subía por el sendero del sur. Sharpe dedujo que un pequeño grupo formado por los hombres más diestros se había adelantado, y que éstos eran los hombres con los que se habían encontrado. El grupo más numeroso, que habría podido defender la cumbre fácilmente del desesperado contraataque de Sharpe y Vicente, llegaba demasiado tarde, pues Vicente estaba desplegando a sus hombres por los reductos más bajos. Un fusilero yacía muerto junto a la atalaya.

—Es Sean Donnelly —dijo Harper.

—Lástima —dijo Sharpe—, era un buen hombre.

—Era un perverso cabronazo de Derry —dijo Harper—, y me debía cuatro chelines.

—Sabía disparar en línea recta.

—Cuando no estaba borracho —admitió Harper.

Pendleton, el más joven de los fusileros, le trajo a Sharpe su chacó.

—Lo encontré en la ladera, señor.

—¿Y qué estaba haciendo usted en la ladera cuando tendría que haber estado luchando? —reclamó Harper.

Pendleton parecía inquieto.

—Simplemente lo encontré, señor.

—¿Ha matado a algún hombre? —quiso saber Harper.

—No, sargento.

—Entonces hoy no se ha ganado su puñetero chelín, ¿verdad? ¡Right! ¡Pendleton! ¡Dodd! ¡Sims! —Harper organizó un grupo para descender la colina y recoger los fardos y la comida que habían quedado abajo. Sharpe puso a otros dos hombres a despojar a los muertos y a los heridos de sus armas y munición.

Vicente había ocupado el lado sur del fortín, y la visión de sus hombres fue suficiente para evitar que los franceses intentaran un segundo asalto. El teniente portugués volvió ahora a reunirse con Sharpe junto a la atalaya, donde el viento aullaba sobre las piedras rotas. La lluvia estaba amainando, pero unas ráfagas de

viento aún más fuertes que antes seguían haciendo que las gotas golpearan con fuerza contra las murallas en ruinas.

—¿Qué hacemos con el pueblo? —quiso saber Vicente.

—No podemos hacer nada.

—¡Hay mujeres ahí abajo! ¡Y niños!

—Ya lo sé.

—No podemos dejarlos ahí sin más.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó Sharpe—. ¿Que bajemos allí? ¿Que los rescatemos? Y mientras estamos allí, ¿qué pasará aquí arriba? Esos cabrones tomarán la colina. —Señaló a los *voltigeurs* franceses, que se encontraban en la mitad de la ladera sin saber si seguir subiendo o abandonar el intento—. Y cuando llegue allí abajo —continuó—, ¿qué va a encontrar? Dragones. Cientos de malditos dragones. Y cuando el último de sus hombres esté muerto, tendrá la satisfacción de saber que intentó salvar el pueblo. —Veía la testarudez reflejada en el rostro de Vicente—. No hay nada que pueda hacer usted.

—Tenemos que intentarlo —insistió Vicente.

—¿Quiere llevarse a unos hombres de patrulla? Pues hágalo, pero los demás nos quedamos aquí. Este lugar es nuestra única oportunidad de mantenernos con vida.

Vicente se estremeció.

—¿No seguirá usted la marcha hacia el sur?

—Si salimos de esta colina —dijo Sharpe—, vamos a tener a los dragones cortándonos el pelo con sus puñeteras espadas. Estamos atrapados, teniente, estamos atrapados.

—¿Me permitirá bajar con una patrulla hasta el pueblo?

—Tres hombres —dijo Sharpe. Incluso era reacio a dejar que tres hombres se fuesen con Vicente, pero se dio cuenta de que el teniente portugués estaba desesperado por saber qué les estaba sucediendo a sus compatriotas—. Permanezcan a cubierto, teniente —aconsejó Sharpe—. Quédense en los árboles. ¡Y vayan con mucho cuidado!

Vicente regresó tres horas más tarde. Sencillamente, había demasiados dragones y demasiada infantería de casacas azules por Vila Real de Zedes, así que no había podido llegar a ningún lugar cercano al pueblo.

—Pero oí gritos —dijo.

—Sí —dijo Sharpe—, seguro que los ha oído.

Por debajo de ellos, más allá de la quinta, los restos de la iglesia del pueblo humeaban en la húmeda y oscura noche. Era la única luz que podía verse. No había estrellas ni velas ni lámparas, tan sólo el funesto brillo rojizo de la iglesia en llamas.

Y mañana, pensó Sharpe, los franceses vendrían otra vez a por él.



Por la mañana, los oficiales franceses desayunaron en la terraza de la taberna, bajo un emparrado. Descubrieron que el pueblo estaba lleno de comida, y para desayunar había pan recién horneado, huevos y café. La lluvia se había ido dejando una sensación húmeda en el viento, pero había sombras en los campos y el sol prometía el calor de su luz. El humo de la iglesia ya quemada se elevaba hacia el norte, llevando con él el hedor de la carne carbonizada.

Maria, la chica pelirroja, sirvió el café al coronel Christopher. El coronel se estaba hurgando los dientes con un palillo de marfil, pero se lo sacó de la boca para darle las gracias.

—*Obrigado*, Maria —le dijo en tono afable.

Maria temblaba, pero hizo un apresurado gesto de reconocimiento con la cabeza mientras se retiraba.

—¿Ha sustituido a su criado? —preguntó el brigadier Vuillard.

—Ese desgraciado ha desaparecido —dijo Christopher—. Ha huido. Se ha largado.

—Es un buen cambio —dijo Vuillard mirando a Maria—. Ésta es mucho más bonita.

—Era bonita —admitió Christopher. Ahora el rostro de Maria estaba muy contusionado y las magulladuras se habían hinchado, menoscabando su belleza—. Aunque volverá a serlo de nuevo.

—La golpeó usted bien —dijo Vuillard con un matiz de reproche.

Christopher tomó un sorbo de su café.

—Los ingleses tenemos un dicho, brigadier. Al perro, a la mujer y al avellano, cuantos más golpes, mejor fruto en mano.

—¿Al avellano?

—Dicen que, si se sacude bien el tronco, se incrementa la cosecha de avellanas; no tengo ni idea de si es verdad, pero sí sé que a una mujer hay que domesticarla igual que a una perra o a una yegua.

—Domesticarla —repitió Vuillard. Quedó bastante impresionado por la sangre fría de Christopher.

—Esa estúpida se me resistía —explicó Christopher—. Empezó a pelear, así que le enseñé quién es el amo. Toda mujer necesita que le enseñen eso.

—¿Hasta la propia esposa?

—En especial la propia esposa, aunque el proceso tendría que ser más lento. No se domestica a una buena yegua rápidamente, lleva su tiempo. Pero ésta —señaló con un movimiento de cabeza hacia Maria—, ésta necesitaba una zurra de urgencia. No me importa si me guarda rencor; en cambio, a uno no le conviene que su esposa esté amargada por el resentimiento.

Maria no era la única que tenía el rostro magullado.

El mayor Dulong tenía una marca negra sobre el puente de la nariz y un ceño igual de oscuro. Había llegado a la atalaya antes que las tropas inglesas y portuguesas, pero con un grupo de hombres más reducido, y se había visto sorprendido por la ferocidad con la que le había atacado el enemigo.

—Permítame que vuelva, *mon général* —suplicaba a Vuillard.

—Por supuesto, Dulong, por supuesto. —Vuillard no culpaba al oficial de *voltigeurs* por el fracaso de una sola noche. Al parecer, las tropas inglesas y portuguesas, que todos esperaban encontrar en los establos de la quinta, habían decidido ir hacia el sur, y por eso estaban a medio camino de la atalaya cuando se inició el ataque. Pero el mayor Dulong no estaba acostumbrado al fracaso y el modo en que los habían echado de la cima de la colina había herido su orgullo—. Pero no inmediatamente. Creo que primero dejaremos que *les belles filles* se las entiendan a su manera perversa con ellos, ¿vale?

—*Les belles filles?* —intervino Christopher, preguntándose por qué demonios iba a mandar Vuillard que unas chicas subieran a la atalaya.

—Es el nombre que da el Emperador a sus cañones —explicó Vuillard—. *Les belles filles*. Hay un batería en Valengo y ahora deben de tener un refuerzo de obuses. Estoy seguro de que a los artilleros les agrada prestarnos sus juguetes, ¿verdad? Un día de prácticas de tiro y esos idiotas de la colina estarán tan domesticados como su pelirroja. —El brigadier miraba mientras las muchachas sacaban la comida—. Echaré un vistazo a ese objetivo en cuanto hayamos comido. ¿Acaso me haría el honor de prestarme su catalejo?

—Desde luego. —Christopher empujó la lente hasta el otro lado de la mesa—. Pero cuídalo, mi querido Vuillard. Es muy valioso para mí.

Vuillard examinó la placa de latón; sabía suficiente inglés como para descifrar su significado.

—¿Quién es AW?

—Sir Arthur Wellesley, por supuesto.

—¿Y por qué habría de estarle agradecido a usted?

—No esperará realmente que un caballero conteste a una pregunta como ésa, mi querido Vuillard. Sería jactancioso. Baste con decir que no fue sólo por lustrarle las botas. —Christopher sonrió con modestia, después se sirvió huevos y pan.

Doscientos dragones recorrieron a galope el corto camino de vuelta a Valengo. Escoltaban a un oficial que llevaba una solicitud para un par de obuses, y el oficial y los dragones regresaron aquella misma mañana.

Sólo con un obús. Pero Vuillard estaba seguro de que aquello sería suficiente. Los fusileros estaban condenados.

CAPÍTULO 6

—Lo que en realidad quería usted —dijo el teniente Pelletieu— era un mortero.

—¿Un mortero? —El brigadier general Vuillard estaba atónito por la seguridad del teniente—. ¿Me está usted diciendo qué es lo que quiero?

—Lo que usted quiere —dijo Pelletieu lleno de confianza— es un mortero. Es una cuestión de altura, señor.

—Es una cuestión, teniente —respondió, haciendo hincapié en el humilde rango de Pelletieu—, de lograr que llueva muerte, mierda, horror y maldición sobre esos cabrones insolentes que están encima de esa puta colina. —Señaló hacia la atalaya. Se encontraba en el límite del bosque, en el punto donde había sugerido al teniente Pelletieu que situara su obús y diera comienzo a la matanza—. ¡No me hable usted de altura! Hábleme de matar.

—Matar es lo nuestro, señor —dijo el teniente, bastante impasible ante la ira del brigadier—, pero tengo que acercarme más a esos cabrones insolentes. —Era un hombre muy joven, tan joven que Vuillard se preguntaba si Pelletieu habría empezado a afeitarse. También era delgado como una fusta, tan delgado que sus calzones blancos, su chaleco blanco y su casaca azul oscura colgaban de él como ropas viejas sobre un espantapájaros. Su pescuezo, largo y escuálido, sobresalía del rígido cuello azul y su larga nariz sostenía unas gafas de gruesas lentes que le daban la desafortunada apariencia de un pez medio muerto de hambre; pero se trataba de un pez con una notable serenidad, que en ese momento se volvía hacia su sargento—. Dos libras a doce grados, ¿no le parece? Pero ¿y si podemos acercarnos a trescientas cincuenta toesas?

—¿Toesas? —El brigadier sabía que los artilleros empleaban la vieja unidad de medida, pero para él no significaba nada—. ¿Y por qué demonios no habla en francés?

—¿Trescientas cincuenta toesas? Digamos que... —Pelletieu calló y frunció el ceño mientras hacía el cálculo.

—Seiscientos ochenta metros —interrumpió su sargento, tan delgado, pálido y joven como Pelletieu.

—Seiscientos ochenta y dos —rectificó Pelletieu sonriente.

—¿Tres con cincuenta toesas? —reflexionó el sargento en voz alta—. ¿Con una carga de dos libras? ¿A doce grados? Creo que servirá, señor.

—Un poco justo —dijo Pelletieu, y después se giró hacia el brigadier—. El blanco está elevado, señor —explicó.

—Ya sé que está elevado —dijo Vuillard en un tono peligroso—; como que eso es lo que llamamos una colina...

—Y todo el mundo cree que los obuses pueden hacer milagros con blancos

elevados —siguió Pelletieu, sin hacer caso del sarcasmo de Vuillard—, pero en realidad no fueron diseñados para ángulos mayores de doce grados desde la horizontal. En cambio, un mortero..., eso sí que puede alcanzar un ángulo mucho mayor, aunque me temo que el mortero más cercano está en Oporto.

—¡Sólo quiero que esos cabrones mueran! —gruñó Vuillard, y entonces se dio la vuelta al recordar algo—. ¿Y por qué no una carga de tres libras? Los artilleros usaban cargas de tres libras en Austerlitz. —Sintió la tentación de añadir «antes de que usted hubiese nacido», pero se controló.

—¡Tres libras! —Se pudo oír cómo Pelletieu contenía el aliento mientras su sargento ponía los ojos en blanco ante la demostración de ignorancia del brigadier—. Éste es un cañón de Nantes, señor —sentenció Pelletieu, mientras daba palmaditas al obús—. Se fabricó en los años oscuros, señor, antes de la revolución, y su fundición es terriblemente mala. Su compañero reventó hace tres semanas, señor, y mató a dos del equipo. Había una burbuja de aire en el metal, debido justamente a su penosa fundición. Por encima de dos libras no es seguro, señor, no es seguro.

Los obuses solían ser desplegados por pares, pero la explosión de hacía tres semanas había dejado a Pelletieu con un solo obús en su batería. Era un arma de aspecto extraño; recordaba a un cañón de juguete colocado incongruentemente sobre un carro de tamaño real. El cañón, de poco más de setenta centímetros de longitud, iba montado sobre unas ruedas que tenían la altura de un hombre, pero aquella pequeña arma era capaz de hacer lo que otros cañones de campaña no podían conseguir: podía disparar describiendo un arco alto. Los cañones de campaña raras veces se elevaban más de un grado o dos y sus tiros en redondo volaban con una trayectoria plana; en cambio, el obús lanzaba los proyectiles bien arriba, para que descendieran bruscamente sobre el enemigo. Estos cañones estaban diseñados para disparar por encima de muros defensivos o de las cabezas de infantería amiga, y como un proyectil disparado en arco se detenía bruscamente al aterrizar, los obuses no disparaban bolas sólidas. Un cañón de campaña normal, que disparase bolas sólidas, podía depender de que el proyectil rebotase y siguiese botando, e incluso después del cuarto o quinto roce, que era como llamaban los artilleros a cada bote, la bola podía seguir mutilando o matando; en cambio, una bola lanzada en redondo por los aires probablemente quedaría enterrada en la hierba sin causar ningún daño posterior. De ahí que los obuses disparasen proyectiles que contenían un fusible para que explotaran cuando el proyectil tocara el suelo.

—Cuarenta y nueve veces dos, señor, dado que también tenemos el armón del otro obús —contestó Pelletieu cuando Vuillard le preguntó de cuántos proyectiles disponía aquel obús—. Noventa y ocho obuses, señor, y veintidós botes de metralla. ¡El doble de la ración habitual!

—Olvídese de la metralla —ordenó Vuillard. La metralla, que se dispersaba desde

la boca del cañón como los perdigones de caza, se usaba contra las tropas en campo abierto, pero no contra la infantería que se ocultaba entre rocas—. Dispare los obuses contra esos cabrones, y ya pediremos más munición en caso necesario. Lo que no va a ocurrir —añadió con malevolencia—, porque va usted a matar a esos cabrones, ¿verdad?

—Para eso estamos aquí —respondió Pelletieu alegremente—, y con todo el respeto, señor, no haremos viudas hablando. Será mejor que encuentre un lugar para desplegar el cañón, señor. ¡Sargento! ¡Unas palas!

—¿Palas? —preguntó Vuillard.

—Tenemos que nivelar el suelo, señor —dijo Pelletieu—, porque Dios no pensó en los artilleros cuando creó el mundo. Creó demasiados baches y muy poco terreno llano. Pero nosotros somos buenos mejorando su obra, señor. —Condujo a sus hombres a la colina en busca de un lugar que se pudiese nivelar.

El coronel Christopher, que había estado inspeccionando el obús, señaló la espalda de Pelletieu mientras se alejaba.

—¿Envían ustedes a colegiales a combatir en nuestras guerras?

—Parece saber lo que se trae entre manos —admitió Vuillard de mala gana—. ¿Ha vuelto su criado?

—Ese maldito ha desaparecido. ¡Tendré que afeitarme yo mismo!

—Afeitarse, ¿eh? —observó Vuillard divertido—. La vida es dura, coronel, a veces la vida es muy dura.

Y muy pronto sería despiadada para los fugitivos de la colina, pensó.



Al amanecer, un húmedo amanecer con nubes que se iban retirando hacia el sureste y un viento que aún soplaba en la despejada cima, Dodd había descubierto a los fugitivos a medio camino de la ladera norte de la colina. Estaban agachados entre las rocas, escondiéndose claramente de los vigilantes franceses desplegados en el límite del bosque. Eran siete, todos ellos hombres. Seis eran supervivientes de la banda de Manuel Lopes y el séptimo era Luis, el criado de Christopher.

—Es el coronel —le dijo a Sharpe.

—¿Cómo?

—El coronel Christopher. Está allí abajo. Él los trajo hasta aquí, ¡él les dijo que estaban ustedes aquí!

Sharpe miró hacia abajo, hacia el pueblo, donde un humo negro indicaba el lugar donde había estado la iglesia.

—Menudo cabrón —dijo tranquilamente, aunque no estaba sorprendido. Ya no. Sólo se culpaba a sí mismo por haber tardado tanto en darse cuenta de que Christopher era un traidor. Siguió interrogando a Luis, y el criado le habló del viaje al

sur para encontrarse con el general Cradock, de la cena en Oporto en la que el invitado de honor había sido un general francés, y de que en ocasiones Christopher vestía un uniforme enemigo, pero Luis reconoció honestamente que él no sabía qué tramaba el coronel. Sabía que Christopher tenía en su poder el excelente catalejo de Sharpe; Luis se las había arreglado para robarle al coronel su viejo catalejo y se lo entregó a Sharpe con un gesto triunfante.

—Siento que no sea el suyo, *senhor*; pero el coronel lo guarda en el bolsillo de su gabán. Ahora lucharé con usted —dijo Luis orgulloso.

—¿Ha combatido usted alguna vez? —preguntó Sharpe.

—Un hombre puede aprender —dijo Luis—, y no hay nadie mejor que un barbero para degollar. Solía pensar en eso cuando afeitaba a mis clientes. En lo fácil que sería cortar. Nunca lo hice, claro —añadió de inmediato, por si Sharpe pensaba que era un asesino.

—Creo que seguiré afeitándome yo solo —dijo Sharpe con una sonrisa.

Así que Vicente le dio a Luis uno de los mosquetes franceses capturados y una cartuchera de munición, y el barbero se unió a los demás soldados entre los reductos que servían de barricada a la cumbre de la colina. A los hombres de Lopes se les hizo prestar juramento como leales soldados portugueses, y cuando uno de ellos dijo que prefería arriesgarse escapando y uniéndose a los grupos de partisanos del norte, el sargento Macedo usó sus puños para obligarle a pronunciar el juramento.

—Un buen tipo, ese sargento —dijo Harper en tono de aprobación.

La humedad se evaporaba. Los flancos empapados de la colina desprendían vapor al sol matinal, pero la neblina se fue disipando conforme avanzaba la mañana. Ahora había dragones repartidos por toda aquella colina con forma de lomo de cerdo. Patrullaban los valles a ambos lados, tenían otro fuerte piquete hacia el sur y hombres desmontados que vigilaban desde el borde del bosque. Al ver que los dragones estrechaban su cerco, Sharpe supo que si sus hombres y él intentaban escapar se convertirían en carnaza para los jinetes. Harper, con su ancho rostro brillando de sudor, bajó la mirada hacia la caballería.

—Desde que nos alistamos con usted en España, señor —dijo—, he notado una cosa.

—¿Y qué es?

—Que siempre nos superan en número y siempre estamos rodeados.

Sharpe estaba escuchando, aunque no a Harper, sino al propio día.

—¿Nota algo extraño? —preguntó.

—¿Que nos superan en número y estamos rodeados, señor?

—No. —Sharpe se calló para escuchar otra vez y después frunció el ceño—. El viento viene del este, ¿no es así?

—Más o menos.

—No hay fuego de cañones, Pat.

Harper escuchó.

—Dios santo, tiene usted razón, señor.

También Vicente lo había advertido, y se dirigió a la atalaya donde Sharpe había instalado su puesto de mando.

—No llega ruido de Amarante —dijo el teniente portugués entristecido.

—Y eso significa que han dejado de luchar allí —comentó Harper.

Vicente se santiguó, admitiendo así su sospecha de que el ejército portugués que defendía el puente sobre el Támeiga había sido derrotado.

—No sabemos lo que está pasando —dijo Sharpe, intentando levantarle el ánimo a Vicente, aunque en realidad admitirlo era casi tan deprimente como la idea de que hubiese caído Amarante. Mientras el estruendo distante de los cañones había seguido sonando desde el este, ellos habían sabido que aún había fuerzas luchando contra los franceses, que la guerra continuaba y que había esperanzas de poder reunirse algún día con alguna fuerza amiga, pero el silencio de esa mañana era de mal agüero. Y si los portugueses se habían ido de Amarante, ¿qué habría sido de los ingleses en Coimbra y Lisboa? ¿Mantendrían aún sus barcos en la ancha desembocadura del Tajo, preparados para zarpar en grupo hacia casa? El ejército de sir John Moore había sido barrido de España, pero ¿se estaba escabullendo también la pequeña fuerza inglesa de Lisboa? De repente Sharpe sintió el horroroso temor de ser el último oficial inglés del norte de Portugal y el último bocado que iba a devorar el insaciable enemigo—. No significa nada —mintió, al ver en el rostro de sus compañeros el mismo miedo a quedarse tirados—. Sir Arthur Wellesley está en camino.

—Esperemos —dijo Harper.

—¿Es bueno? —preguntó Vicente.

—El mejor con diferencia —dijo Sharpe ferviente, y después, al advertir que sus palabras no habían logrado animar a sus hombres, puso a Harper a trabajar. Toda la comida que se había subido a la atalaya había sido almacenada en un rincón de la ruina, donde Sharpe podía mantenerla controlada, pero los hombres no habían desayunado, así que hizo que Harper supervisara el reparto—. Deles raciones de hambre, sargento —ordenó—. Sabe Dios cuánto tiempo estaremos aquí arriba.

Vicente siguió a Sharpe a la explanada situada en la entrada a la atalaya y, una vez allí, observó a los dragones en la distancia. Parecía distraído; empezó a jugar con un pedacito de la pasamanería blanca que adornaba su uniforme azul oscuro, y cuanto más toqueteaba, más pasamanería se descosía de la casaca.

—Ayer —dijo de pronto como sin querer—. Ayer fue la primera vez que maté a un hombre con una espada. —Arrugó la frente mientras arrancaba otros tres o cuatro centímetros de pasamanería del dobladillo de su casaca—. Y eso es difícil de hacer.

—Sobre todo con una espada como ésa —dijo Sharpe, señalando la vaina de

Vicente. La espada de los oficiales portugueses era estrecha, recta y no particularmente resistente. Era una espada para desfiles, para formaciones, no para peleas sucias bajo la lluvia—. Ahora, una espada como ésta —Sharpe dio una palmada al pesado espadón de caballería que colgaba de su cinturón— deja a esos cabrones destrozados. No tanto porque les dé tajos mortales; es más el golpe. Con esta hoja podría usted tumbar un buey a golpes. Consiga una espada de caballería, Jorge. Están hechas para matar. Las espadas de los oficiales de infantería son para bailes de sociedad.

—Quería decir que fue difícil mirarle a los ojos —explicó Vicente— y usar la espada a la vez.

—Sé lo que quiso decir —respondió Sharpe—, pero sigue siendo lo mejor que se puede hacer. Lo que usted quiere es mirar sólo la espada o la bayoneta, ¿verdad? Pero si sigue mirándole los ojos al adversario, puede saber cuál va a ser su siguiente paso por el lugar al que miren. Eso sí, nunca mire al lugar donde va a golpearle usted. Mantenga la mirada en sus ojos y golpee.

Vicente se dio cuenta de que estaba arrancando la guarnición de su casaca y metió el extremo suelto por un ojal.

—Cuando disparé a mi propio sargento —dijo—, me pareció algo irreal. Como una obra de teatro. Pero él no estaba tratando de matarme. ¿Ese hombre de anoche? Fue aterrador.

—Pues claro que fue aterrador, joder —respondió Sharpe—. ¿Una lucha como ésa? ¿Bajo la lluvia y a oscuras? Puede suceder cualquier cosa. Usted entre rápido y a lo bestia, Jorge, sólo eso; haga daño y siga haciéndolo.

—Usted ha luchado mucho —dijo Vicente apenado, como si compadeciera a Sharpe.

—Llevo mucho tiempo siendo soldado —dijo Sharpe—, y nuestro ejército lucha sin parar. En la India, en Flandes, aquí, en Dinamarca.

—¿Dinamarca! ¿Por qué demonios estuvo luchando en Dinamarca?

—Sabe Dios —dijo Sharpe—. Por algo relacionado con su flota. Nosotros la queríamos y ellos no querían que la tuviéramos, así que fuimos y se la quitamos. — Estaba mirando hacia la parte inferior de la ladera norte, donde un grupo de unos doce franceses se habían desnudado hasta la cintura y ahora empezaban a cavar en una zona de helechos, a unos cien metros de donde acababa el bosque. Sacó el catalejo de repuesto que le había traído Luis. Era poco más que un juguete y la lente exterior estaba suelta, lo que significaba que la imagen se vería borrosa, y además sólo tenía la mitad de aumentos que su propia lente. Enfocó el catalejo, enderezó la lente exterior con la yema de un dedo y miró a la partida de zapadores franceses—. Mierda —dijo.

—¿Qué?

—Esos cabrones tienen un cañón —dijo Sharpe—. Rece usted porque no sea un puto mortero.

Vicente, con aire desconcertado, intentaba en vano divisar el cañón.

—¿Y qué pasa si es un mortero?

—Que moriremos todos —dijo Sharpe, mientras imaginaba el cañón con forma de caldera lanzando sus proyectiles al cielo para que cayeran casi verticales sobre su posición—. Moriremos todos —volvió a decir—, o bien saldremos corriendo y nos capturarán.

Vicente se santiguó de nuevo. En las primeras semanas que pasó con Sharpe había hecho ese gesto por cualquier cosa, pero cuanto más se alejaba Vicente de su vida como abogado, más volvían a él los viejos imperativos. Empezaba a aprender que la vida no estaba controlada por la ley o la razón, sino por la suerte y el salvajismo y por un destino ciego e insensible.

—No puedo ver ningún cañón —admitió finalmente.

Sharpe señaló a la partida francesa.

—Esos malnacidos están aplanando el terreno para poder apuntar bien —explicó—. Si quieres acertar, no puedes disparar un cañón desde una cuesta. —Bajó un par de escalones por el sendero norte—. ¡Dan!

—¿Señor?

—¿Ve dónde van a poner un cañón esos cabrones? ¿A qué distancia está?

Hagman, ocultándose en una grieta de la roca, miró hacia abajo.

—Poco menos de setecientos pasos, señor. Demasiado lejos.

—¿Podemos intentarlo?

Hagman se encogió de hombros.

—Puedo intentarlo, pero ¿y si lo reservamos para más tarde?

Sharpe asintió. Era mejor revelar el alcance del rifle a los franceses cuando la situación fuese desesperada.

Vicente volvió a quedarse perplejo, así que Sharpe le dio una explicación.

—Una bala de rifle puede llegar a esa distancia, pero se necesita a un genio para acertar. Dan es casi un genio.

Sharpe pensó en desplegar una pequeña partida de fusileros en mitad de la ladera, pues sabía que a doscientos cincuenta o trescientos metros podían hacer mucho daño a los encargados del cañón, pero a esa distancia los artilleros podían responder con metralla y, aunque la parte más baja de la colina estaba llena de piedras, pocas tenían el tamaño suficiente como para proteger a un hombre de la metralla.

Si bajaban la colina Sharpe perdería soldados. Decidió que lo haría si el cañón resultaba ser un mortero, pues los morteros nunca se cargaban con metralla, pero los franceses estarían obligados a responder a su incursión con una fuerte línea de escaramuza de infantería. Golpe y contragolpe. Resultaba frustrante. Lo único que

podía hacer era rezar para que el cañón no fuese un mortero.

No era un mortero. Una hora después de que la cuadrilla de zapadores empezara a preparar la plataforma nivelada, apareció el cañón y Sharpe vio que era un obús. Aunque era un arma mortífera, al menos daba una oportunidad a sus hombres, pues un proyectil de obús llegaría en ángulo oblicuo y sus hombres estarían a salvo entre las rocas más grandes de lo alto de la colina. Vicente pidió que le prestara el catalejo y miró cómo afirmaban el cañón y preparaban los proyectiles los artilleros franceses. Estaban abriendo un armón, con su caja alargada como un féretro y acolchada para que el equipo de artilleros pudiese viajar encima; después apilaron los sacos de pólvora y los proyectiles junto al terreno nivelado.

—Parece un cañón muy pequeño —dijo Vicente.

—No tiene que ser de cañón largo —explicó Sharpe—, porque no es un cañón de precisión. Hará ruido, pero sobreviviremos. —Dijo aquello para animar a Vicente, pero no tenía tanta confianza como parecía. Con suerte dos o tres proyectiles podían diezmar su comando, pero al menos la llegada del obús había apartado de las mentes de sus hombres la principal preocupación, y ahora observaban mientras los artilleros se iban preparando. Habían colocado un banderín a unos cincuenta pasos delante del obús, presumiblemente para que el capitán del cañón pudiera calcular el viento, que tendía a desviar los proyectiles hacia el oeste. Sharpe vio que, en efecto, colocaban cuñas bajo las ruedas del obús para compensar, y después vio a través del catalejo cómo encajaban las cuñas bajo el corto cañón. Los cañones de campaña solían elevarse mediante un tornillo, pero en los obuses se usaban las anticuadas cuñas de madera. Sharpe calculó que el escuálido oficial que supervisaba el cañón debía de estar usando sus cuñas más grandes, forzando la máxima elevación para que sus proyectiles alcanzaran las rocas de la cima. Los primeros sacos de pólvora fueron arrimados al arma. Sharpe vio el destello del reflejo del sol en algo metálico y supo que el oficial debía de estar cortando la mecha del proyectil—. ¡A cubierto, sargento! —gritó Sharpe.

Todos los hombres tenían un sitio adonde ir, un lugar que estaba bien protegido por los grandes peñascos. La mayoría de los fusileros se encontraban en los reductos, vallados con piedra, pero media docena, Sharpe y Harper entre ellos, estaban dentro de la vieja atalaya, donde en el pasado una escalera había llevado a los terraplenes. Sólo quedaban cuatro escalones que subían hasta un enorme boquete en la mampostería del muro norte; Sharpe se colocó allí para poder ver lo que estaban haciendo los franceses.

El cañón desapareció tras una nube de humo, seguida un instante después por el masivo estruendo de la pólvora al explotar. Sharpe intentó localizar el proyectil en el cielo y entonces vio el rastro diminuto y ondulante que dejaba la mecha encendida. Después llegó el sonido del proyectil, como si un trueno retumbara sobre sus cabezas,

y el rastro de humo pasó a menos de un metro por encima de la atalaya en ruinas. Todos habían estado conteniendo el aliento, pero lo dejaron escapar cuando el proyectil explotó en algún punto por encima de la ladera sur.

—Cortó demasiado la mecha —dijo Harper.

—La próxima vez no lo hará —dijo Tongue.

Daniel Hagman, lívido, estaba sentado contra el muro con los ojos cerrados. Vicente y la mayoría de sus hombres se encontraban un poco más abajo, donde los protegía una peña del tamaño de una casa. Nada podía alcanzarlos directamente, pero si un proyectil rebotaba en la fachada de la atalaya, probablemente caería entre ellos. Sharpe intentó no pensar en eso. Lo había hecho lo mejor posible, aunque sabía que no podía proporcionar seguridad absoluta a todos los hombres.

Esperaron.

—Vamos, seguid disparando —dijo Harris.

Harper se santiguó. Por el agujero del muro Sharpe vio que el artillero aproximaba el botafuego al cañón. No dijo nada a los hombres: el ruido del arma sería aviso suficiente. Además, no estaba mirando colina abajo para ver cuándo disparaban el obús, sino el momento en que los franceses lanzaban un ataque de infantería. Parecía obvio que ése sería su siguiente paso: disparar el obús para mantener a ingleses y portugueses agachados y después enviar a su infantería para lanzar un asalto, pero Sharpe no veía ninguna señal de esta maniobra. Los dragones se mantenían a distancia, la infantería no estaba a la vista y los artilleros seguían trabajando.

Un proyectil tras otro subían describiendo un arco hasta lo alto de la colina. Tras el primer disparo fallido, las mechas fueron cortadas con la longitud precisa, y los proyectiles rompían las rocas, caían y explotaban. A un ritmo monótono, sostenido, proyectil tras proyectil, cada explosión despedía fragmentos de hierro candente que crepitaban y silbaban entre el desorden de peñas de la cima, aunque los franceses no parecían advertir que los peñascos proporcionaban un espléndido refugio. En la cumbre apestaba a pólvora y el humo flotaba como niebla entre las rocas y se aferraba a las piedras cubiertas de líquen de la atalaya; sin embargo, milagrosamente, nadie estaba malherido. Uno de los hombres de Vicente fue alcanzado por una esquirra de hierro que le hizo un corte en el brazo, pero era la única baja. Aun así, los hombres odiaban aquel calvario. Se sentaban encorvados y contaban los cañonazos, que llegaban a un ritmo regular, uno por minuto; los segundos se alargaban entre disparo y disparo, pero nadie hablaba, y cada disparo era una explosión al pie de la colina, un estrépito o un ruido sordo cuando el proyectil golpeaba, la estridente explosión de la carga de pólvora y el chirrido de su cubierta al fragmentarse. Un proyectil no llegó a explotar; todos esperaron conteniendo el aliento mientras pasaban los segundos, hasta que al final dedujeron que la mecha debía de ser defectuosa.

—¿Cuántos malditos proyectiles tienen? —preguntó Harper al cabo de un cuarto de hora.

Nadie podía responder. Sharpe tenía la vaga idea de que un seis libras inglés llevaba más de un centenar de cargas de munición entre el armón, la cureña y las cajas de los ejes, pero no estaba seguro y probablemente la usanza francesa fuese diferente, así que no dijo nada. En vez de ello, dio una vuelta por la cima de la colina. Fue desde la torre hasta los reductos donde estaban los hombres, y desde allí observó nervioso los otros flancos de la colina; seguía sin haber indicios de que los franceses se estuvieran planteando un asalto.

Volvió a la torre. Hagman se había fabricado un flautín de madera, que había ido tallando durante su convalecencia, y ahora tocaba vibratos y fragmentos de viejas melodías familiares. Los fragmentos musicales sonaban como el trino de los pájaros, pero de repente la montaña reverberaba con la siguiente explosión y las esquirlas del proyectil golpeaban la torre, hasta que el brutal sonido se iba diluyendo y el son entrecortado de la flauta renacía.

—Siempre quise tocar la flauta —dijo Sharpe a nadie en concreto.

—Yo el violín —dijo Harris—, siempre quise tocar el violín.

—Eso es difícil —se burló Harper—. A usted le iría mejor el violón.

Rezongaron y Harper se rió de su broma.

Sharpe contaba mentalmente el transcurso de los segundos. Imaginaba cómo volvían a colocar el cañón en su sitio y luego le pasaban una esponja por dentro, mientras el artillero tapaba el fogón con el dedo para detener la salida de aire, forzada por la esponja al entrar, evitando así que encendiera algún resto de pólvora intacta que hubiera en la recámara. Una vez apagado cualquier resto de fuego que quedara en el interior del cañón, metían dentro bien apretadas las bolsas de pólvora y después el proyectil de seis pulgadas, con su mecha cuidadosamente cortada para que sobresaliera de su tapón de madera, y el artillero metía un pincho por el fogón para agujerear la tela de una de las bolsas de pólvora; luego empujaban una caña llena de la misma pólvora para meterla dentro de la bolsa rasgada. Entonces se apartaban, se tapaban las orejas y el artillero tocaba la caña con el botafuego... Y justo en ese momento Sharpe oyó la explosión y casi al instante hubo un estruendo de mil demonios dentro de la propia torre. Supo que el proyectil había entrado justo por el agujero del final de la escalera truncada, y vio cómo caía, con la mecha humeando en espiral, y se empotraba entre dos de los fardos donde estaba guardada su comida. Sharpe se quedó mirándolo, vio la voluta de humo rizándose hacia arriba, supo que cuando explotara todos iban a morir o a quedar terriblemente mutilados y, sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia el proyectil. Escarbó en la mecha y, al darse cuenta de que era demasiado tarde para arrancarla, se dejó caer sobre el proyectil, cubriéndolo con su vientre. En su cabeza se oía a sí mismo gritando, porque no quería

morir. Será rápido, pensó, será rápido; al menos ya no tendría que tomar decisiones nunca más y nadie más resultaría herido. Maldijo al proyectil por tardar tanto en explotar, y miró a Daniel Hagman, que lo miraba a él con los ojos muy abiertos y con el flautín olvidado a sólo unos centímetros de su boca.

—Quédese ahí un buen rato —dijo Harper con una voz que apenas ocultaba la tensión que estaba sintiendo— y empollará esa maldita cosa.

Hagman rompió a reír, luego se le sumaron Harris y Cooper y Harper, y Sharpe se levantó de encima del proyectil y vio que el tapón de madera que sujetaba la mecha estaba ennegrecido por el fuego, pero de alguna forma la mecha se había apagado. Cogió el condenado proyectil, lo arrojó hacia fuera por el agujero y escuchó cómo rebotaba por la colina.

—¡Jesús de mi vida! —exclamó Sharpe. Estaba sudando y temblaba. Se dejó caer de espaldas contra la pared y miró a sus hombres, que estaban doblados de risa—. Ay, Dios —suspiró.

—Habría tenido un pequeño dolor de tripita si eso hubiera estallado, señor —dijo Hagman y eso hizo que todos volvieran a reír.

Sharpe se sentía agotado.

—Si no tienen nada mejor que hacer, so cabrones —dijo—, saquen las cantimploras. Denle a todo el mundo un trago.

Estaba racionando el agua al igual que la comida, pero era un día de calor y sabía que todo el mundo estaría seco. Siguió a los fusileros afuera. Vicente, que no tenía ni idea de lo que acababa de suceder, pero sí sabía que un segundo proyectil no había llegado a explotar, parecía nervioso.

—¿Qué ha pasado?

—La mecha se apagó —dijo Sharpe—, simplemente se apagó.

Bajó hasta los reductos situados más al norte y miró el cañón. ¿Cuanta maldita munición tenían esos cabrones? El ritmo de disparos había disminuido un poco, pero parecía que se debía más al cansancio de los artilleros que a la escasez de proyectiles. Vio cómo preparaban otra tanda; esta vez no se tomó la molestia de ponerse a cubierto, aunque el proyectil explotó más allá de la atalaya. El obús había reculado ocho o nueve pasos, mucho menos que un cañón de campaña, y observó cómo los artilleros apoyaban los hombros en la rueda y lo devolvían a su sitio empujando. El aire entre Sharpe y el cañón parecía vibrar por el calor del día, que se intensificó por un pequeño incendio en la hierba provocado por uno de los estallidos del cañón. Esto llevaba ocurriendo toda la mañana y la llama de la boca del obús había dejado por delante del cañón una zona de hierba y helechos chamuscados con forma de abanico. Entonces Sharpe vio algo más, algo que le intrigó. Desplegó el pequeño catalejo de Christopher, maldiciendo por la pérdida del suyo, y lo apoyó sobre una roca; observó con atención y vio que había un oficial agachado junto a la rueda del cañón con una

mano levantada. Era aquella postura insólita lo que le extrañaba. ¿Por qué se agacharía un hombre delante de las ruedas de un cañón? Y Sharpe pudo ver algo más. Sombras. Allí abajo el terreno había sido despejado, pero ahora el sol estaba bajo en el cielo y producía largas sombras. Sharpe pudo ver que el suelo desbrozado había sido marcado con dos piedras medio enterradas, cada una más o menos del tamaño de una bala de doce libras, y que el oficial estaba llevando las ruedas justo encima de las dos piedras. Cuando las ruedas tocaron las piedras, bajó la mano y los hombres volvieron a ocuparse de la tarea de las cargas.

Sharpe frunció el ceño, pensativo. A ver, ¿por qué necesitaría un oficial de artilleros francés marcar un lugar para las ruedas de su cañón en un día tan soleado? Las propias ruedas, con sus bordes de hierro, dejarían surcos en la tierra que servirían de marcadores para cuando hubiese que recolocar el cañón después de cada disparo; y, sin embargo, se habían tomado la molestia de poner allí también las piedras. Se agachó detrás del muro cuando otra humareda anunció un nuevo proyectil. El trayecto de éste quedó corto por poca distancia y los dentados fragmentos de hierro golpearon los muretes que habían levantado los hombres de Sharpe. Pendleton asomó la cabeza por encima del reducto.

—¿Por qué no disparan balas redondas, señor? —preguntó.

—Los obuses no disparan balas redondas —dijo Sharpe—, y es difícil disparar un buen cañonazo colina arriba. —Fue brusco porque estaba pensando en aquellas piedras. ¿Por qué las colocaban ahí? ¿Acaso se las había imaginado? Pero cuando miró otra vez por el catalejo seguían allí.

Entonces vio que los artilleros se alejaban del obús. Había aparecido un grupo de infantería, pero sólo se trataba de una guardia para el cañón, que, por lo demás, había quedado abandonado.

—Se han ido a comer —sugirió Harper. Había llevado agua a los hombres de las posiciones más avanzadas y ahora se sentó junto a Sharpe. Por unos instantes pareció avergonzado, después sonrió burlón—. Eso que hizo fue muy valiente, señor.

—Usted hubiera hecho la misma estupidez.

—Ni loco —dijo Harper con vehemencia—. Yo habría salido por esa puñetera puerta como un gato escaldado si mis jodidas piernas hubiesen funcionado. —Vio el cañón abandonado—. Entonces, ¿se acabó por hoy? —preguntó.

—No —dijo Sharpe, que súbitamente entendió por qué estaban allí las piedras.

Y sabía lo que podía hacer.



El brigadier Vuillard, refugiado en la quinta, se sirvió una copa del mejor oporto blanco de los Savage. La casaca de su uniforme azul estaba abierta y se había desabrochado un botón de los calzones para hacer sitio a la excelente paletilla de

cordero que había compartido con Christopher, una docena de oficiales y tres mujeres. Las mujeres eran francesas, aunque desde luego no estaban casadas, y una de ellas, cuya melena dorada brillaba a la luz de las velas, se había sentado junto al teniente Pelletieu, quien, desde detrás de sus gafas, parecía incapaz de apartar los ojos de aquel escote profundo y suave, con surcos allí donde el sudor había formado riachuelillos en el maquillaje blanco de su piel.

El brigadier, divertido por el efecto que causaba la mujer en el oficial de artillería, se inclinó hacia delante para aceptar una vela que le ofrecía el mayor Dulong y que usó para encender un cigarro. La noche era templada, las ventanas estaban abiertas y una gran polilla blanca revoloteaba alrededor del candelabro del centro de la mesa.

—¿Es cierto eso —preguntó Vuillard a Christopher entre las caladas necesarias para encender bien el cigarro— de que en Inglaterra se espera que las mujeres abandonen la mesa de la cena antes de que los cigarros estén encendidos?

—Las mujeres respetables, sí. —Christopher se sacó el palillo de la boca para responder.

—Incluso las mujeres respetables, pensaría yo, resultan una compañía atractiva para fumar un buen cigarro y tomar una copa de oporto. —Vuillard, contento de que el cigarro tirase bien, se echó hacia atrás y echó un vistazo a la mesa—. Tengo la impresión —dijo en un arranque de genialidad— de que sé exactamente quién va a responder a la siguiente pregunta. ¿A qué hora amanece mañana?

Hubo un silencio mientras todos los oficiales se miraban entre sí. Pelletieu se sonrojó.

—El alba, señor —dijo—, será a las cuatro y veinte, pero habrá luz suficiente para poder ver a las cuatro menos diez.

—Qué inteligente —le susurró la rubia, que se llamaba Annette.

—¿Y en qué fase está la luna? —preguntó Vuillard.

Pelletieu se sonrojó aún más.

—No se puede hablar de luna, señor. La última luna llena fue el treinta de abril y la próxima será... —Su voz languideció al advertir que a sus compañeros de mesa les hacía gracia su erudición.

—Adelante, teniente —dijo Vuillard.

—El veintinueve de este mes, señor, así que ahora la luna está en cuarto creciente, señor, y muy fina. No ilumina nada. Ahora no.

—Me gustan las noches oscuras —le susurró Annette.

—Es usted una verdadera enciclopedia andante, teniente —dijo Vuillard—, así que cuénteme qué daños causaron hoy sus proyectiles.

—Muy pocos, señor, me temo. —Pelletieu, casi abrumado por el perfume de Annette, parecía estar al borde del desvanecimiento—. Esa cima está extraordinariamente bien protegida por peñascos, señor. Si han mantenido las cabezas

bajas, señor, habrán sobrevivido casi sin daño, aunque estoy seguro de que matamos a uno o dos.

—¿Sólo uno o dos?

Pelletieu parecía avergonzado.

—Necesitábamos un mortero.

Vuillard sonrió.

—Cuando un hombre carece del instrumento que necesita, teniente, utiliza lo que tiene a mano. ¿No es así, Annette? —Sonrió, después sacó un grueso reloj del bolsillo de su chaleco y lo abrió—. ¿Cuántas tandas de munición le quedan?

—Treinta y ocho, señor.

—No las use todas de una vez —ordenó Vuillard y luego levantó una ceja fingiendo sorpresa—. ¿No tiene trabajo que hacer, teniente? —preguntó. El trabajo era disparar el obús durante toda la noche para que las desgastadas tropas de la colina no pudiesen dormir. Entonces, una hora antes del alba, los disparos cesarían; Vuillard calculaba que el enemigo estaría dormido cuando su infantería atacara.

Pelletieu arrastró su silla hacia atrás.

—Por supuesto, señor, y gracias, señor.

—¿Gracias?

—Por la cena, señor.

Vuillard hizo un elegante gesto de reconocimiento.

—Lo único que lamento, teniente, es que no pueda quedarse para el entretenimiento. Estoy seguro de que a *mademoiselle* Annette le habría gustado oírle hablar acerca de sus cargas, su atacador y su esponja.

—¿De verdad, señor? —preguntó Pelletieu, sorprendido.

—Váyase, teniente —respondió Vuillard—, váyase ya. —El teniente salió, perseguido por el sonido de las carcajadas, y el brigadier meneó la cabeza—. Sólo Dios sabe de dónde los sacamos —dijo—. Tenemos que arrancarlos de sus cunas, limpiarles la leche de sus madres de los labios y enviarlos a la guerra. Con todo, el joven Pelletieu conoce bien su disciplina. —Hizo oscilar su reloj de cadena por unos segundos y después se lo metió en el bolsillo—. Amanece a las cuatro menos diez, mayor —le dijo a Dulong.

—Estaremos listos —dijo Dulong. Parecía amargado, como si el fracaso de su ataque la noche anterior todavía lo mortificara.

El cardenal de su rostro estaba negro.

—Listos y descansados, espero —dijo Vuillard.

—Estaremos listos —repitió Dulong.

Vuillard asintió, pero mantuvo su mirada vigilante sobre el mayor de infantería.

—Amarante ya ha sido tomado —dijo—, lo que quiere decir que algunos de los hombres de Loison pueden volver a Oporto. Con suerte, mayor, eso significa que

tendremos fuerzas suficientes para marchar hacia el sur a Lisboa.

—Eso espero, señor —contestó Dulong, que no estaba seguro de adónde llevaba aquella conversación.

—Pero la división del general Heudelet aún está despejando la carretera a Vigo —siguió Vuillard—, y la infantería de Foy está limpiando las montañas de partisanos, así que andaremos cortos de tropas, mayor, bastante cortos. Incluso si el general Loison nos devuelve a las brigadas de Delaborde y contando con los dragones de Lorge, andaremos cortos si queremos marchar sobre Lisboa.

—Estoy seguro de que venceremos de todos modos —dijo Dulong lealmente.

—Pero necesitamos a todos los hombres que podamos reunir, mayor, a todos. Y no quiero prescindir de una infantería valiosa para vigilar prisioneros.

Se hizo el silencio en torno a la mesa. Dulong esbozó una leve sonrisa cuando comprendió las implicaciones de las palabras del brigadier, pero no dijo nada.

—¿Me he explicado bien, mayor? —preguntó Vuillard en un tono más duro.

—Sí, señor —contestó Dulong.

—Entonces calen las bayonetas —dijo Vuillard mientras sacudía la ceniza de su cigarro—, y úsenlas bien, mayor, úsenlas bien.

Dulong alzó la vista sin que su rostro adusto expresara nada.

—Sin prisioneros, señor. —No dio entonación de pregunta a sus palabras.

—Eso parece una idea muy buena —asintió Vuillard sonriente—. Ahora váyase y duerma un poco.

El mayor Dulong se fue y Vuillard sirvió más oportuno.

—La guerra es cruel —sentenció—, pero a veces la crueldad es necesaria. En cuanto a los demás —miró a los oficiales que estaban a ambos lados de la mesa—, pueden ustedes prepararse para la marcha de regreso a Oporto. Mañana a las ocho este asunto habrá terminado, así que ¿podemos fijar como hora de salida las diez en punto?

Porque para entonces la atalaya de la colina habría caído. El obús mantendría despiertos a los hombres de Sharpe disparando durante toda la noche, y al alba, mientras los hombres luchasen para no dormirse y una luz del color de un lobo gris se filtrase por el borde del mundo, las bien entrenadas fuerzas de infantería de Dulong se encaminarían a la matanza.

Al alba.



Sharpe había estado vigilando hasta que la última luz del crepúsculo se había extinguido en la colina, hasta que no quedó más que una tenebrosa oscuridad, y sólo entonces, con Pendleton, Tongue y Harris como acompañantes, había traspasado el muro exterior y se había abierto camino a tientas sendero abajo. Harper quería ir,

incluso se había enfadado porque no se le permitió acompañarlos, pero sería necesario que Harper comandase a los fusileros en caso de que Sharpe no regresara. A Sharpe le habría gustado llevarse a Hagman, pero el hombre aún no se había recuperado del todo, así que se había ido con Pendleton, que era joven, ágil e ingenioso, y con Tongue y Harris, buenos tiradores ambos y además inteligentes. Cada uno de ellos llevaba dos rifles. Sharpe le había dejado su gran espada de caballería a Harper, porque sabía que probablemente aquella pesada vaina metálica golpearía contra las piedras y revelaría su posición.

Bajar de la colina fue una tarea dura y lenta. Había un mínimo indicio de luna, pero las nubes se movían y la cubrían una y otra vez, y ni siquiera cuando se mostraba claramente tenía fuerza como para iluminar el camino. Así que bajaban a ciegas, tanteando antes de dar cada paso y, por ello, haciendo más ruido del que Sharpe habría deseado, aunque, por suerte, la noche estaba llena de ruidos: insectos, el suspiro del viento en el flanco de la colina y el lejano alarido de un raposo. Hagman se las habría arreglado mejor, pensó Sharpe, pues se movía en la oscuridad con la destreza de un furtivo, mientras que los cuatro fusileros que ahora descendían por la larga ladera de la colina eran todos de ciudad. Por lo que Sharpe sabía, Pendleton era de Bristol, donde se había alistado en el ejército para no ser deportado por ratero. Tongue, como Sharpe, venía de Londres, pero Sharpe no podía recordar dónde se había criado Harris, de modo que, cuando se detuvieron para recuperar el aliento y buscar en la oscuridad cualquier atisbo de luz, se lo preguntó.

—De Lichfield, señor —susurró Harris—, de donde procede Samuel Johnson.

—¿Johnson? —Sharpe no podía ubicar el nombre—. ¿Está en el primer batallón?

—Y tanto, señor —murmuró Harris, y después siguieron. Conforme la cuesta se hacía menos empinada y ellos se acostumbraban a aquel viaje a ciegas, se volvían más silenciosos. Sharpe estaba orgulloso de ellos. Quizá no hubiesen nacido para aquel cometido, como Hagman, pero se habían convertido en acechadores y asesinos. Por algo vestían la casaca verde.

Al cabo de aproximadamente una hora desde que habían dejado la atalaya, Sharpe vio lo que esperaba ver.

Un resquicio de luz. Tan sólo un resquicio que se desvaneció rápidamente, pero era amarillo y él supo que provenía de un farol con pantalla y que alguien, probablemente un artillero, había retirado la pantalla para lanzar un pequeño barrido de luz; y después había otra luz, ésta roja y diminuta, y Sharpe sabía que era el botafuego del obús.

—Abajo —susurró. Observó el ligero brillo rojizo. Estaba más lejos de lo que le hubiera gustado, pero tenían mucho tiempo—. Cierren los ojos —siseó.

Cerraron los ojos y, un instante después, el cañón lanzó humo, llamas y proyectil a la noche. Sharpe oyó el estruendo del proyectil sobre su cabeza y vio una luz sin

brillo a través de los párpados. Después abrió los ojos y durante unos segundos no pudo ver nada.

—¡Vamos! —dijo, y siguieron descendiendo por la colina con sigilo. La pantalla del farol volvió a abrirse mientras el equipo del cañón empujaba las ruedas del obús hacia las dos piedras que marcaban el lugar desde donde, a pesar de la oscuridad, podían estar seguros de que el cañón sería certero. Aquello, la razón por la que habían marcado el suelo, lo había deducido Sharpe por la tarde: por la noche los artilleros franceses necesitaban un método sencillo para realinear el obús, y dos piedras grandes eran mejores marcas que los surcos del suelo. Así había sabido que iba a haber bombardeo esa noche, y supo exactamente qué podía hacer.

Pasó un buen rato antes de que el obús volviese a disparar, y para entonces Sharpe y sus hombres estaban a doscientos pasos de él y a no mucha más altura que el cañón. Sharpe esperaba haber oído el segundo disparo mucho antes, de modo que supuso que probablemente los artilleros espaciaron sus disparos durante la corta noche para mantener despiertos a sus hombres; eso significaba largos intervalos de tiempo entre disparos.

—¿Harris? ¿Tongue? —susurró—. Hacia la derecha. Si se meten en líos, vuelvan a toda leche junto a Harper. ¿Pendleton? Venga. —Se alejó con el joven hacia la izquierda, avanzando en cuclillas, tanteando el camino entre las rocas, hasta que calculó que se habían apartado unos cincuenta pasos del camino. Entonces situó a Pendleton detrás de una roca y él se colocó detrás de un arbusto bajo de aulaga—. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—Sí, señor.

—Pues diviértase.

Sharpe, desde luego, se estaba divirtiendo. Le sorprendió descubrirlo, pero era cierto. Resultaba emocionante engañar así al enemigo, aunque quizás el enemigo ya se esperase lo que estaba a punto de ocurrir y estuviera preparado. Pero no era el momento de preocuparse, sino de provocar algo de confusión, y esperó y esperó hasta que pensó que se había equivocado y que los artilleros no dispararían otra vez. Entonces la noche se partió en dos por una lengua de llamas blancas, larga y brillante, que enseguida fue engullida por la nube de humo, y Sharpe tuvo una breve visión del cañón reculando sobre su rastro, sus grades ruedas girando a unos palmos del suelo. Había perdido su visión nocturna, arrancada a fuego de sus ojos por la brillante puñalada del estallido, así que volvió a esperar, pero esta vez sólo un par de segundos antes de ver el brillo amarillento del farol sin su pantalla, y entendió que los artilleros estaban empujando las ruedas del obús hacia las piedras.

Apuntó al farol. Su visión era aún difusa por los efectos posteriores al fogonazo, pero pudo distinguir el cuadrado de luz del farol con suficiente claridad. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando uno de sus hombres disparó desde el lado derecho

del camino y el farol cayó, perdiendo su pantalla, y Sharpe vislumbró dos figuras oscuras medio iluminadas por la nueva y más brillante luz. Rectificó su rifle hacia la izquierda y apretó el gatillo, oyó disparar a Pendleton y entonces agarró el segundo rifle y volvió a apuntar hacia el foco de luz. Un francés saltó hacia delante para apagar el farol, y tres rifles, uno de ellos el de Sharpe, dispararon al mismo tiempo. El hombre cayó hacia atrás y Sharpe oyó un sonido metálico como de campana rota, y supo que una de las balas había golpeado el cañón del obús.

Después se apagó la luz.

—¡Vamos! —le dijo Sharpe a Pendleton, y los dos corrieron aún más hacia su izquierda. Podían oír gritar a los franceses, a un hombre jadeando y quejándose, y después una voz más fuerte que pedía silencio—. ¡Abajo! —susurró Sharpe; los dos se pegaron al suelo y Sharpe empezó la laboriosa tarea de cargar sus dos rifles a oscuras. Vio una llamita ardiendo donde habían estado Pendleton y él y comprendió que el taco del disparo de uno de los rifles había encendido un pequeño fuego en la hierba. Osciló durante unos segundos y entonces Sharpe vio allí cerca unas siluetas oscuras y supuso que la infantería francesa que había estado vigilando el cañón estaba buscando a quienes habían disparado, pero no encontraron nada, pisotearon el fuego hasta apagarlo y se internaron de nuevo entre los árboles.

Hubo otra pausa. Sharpe podía oír el murmullo de voces y pensó que los franceses estaban discutiendo qué hacer ahora. La respuesta llegó enseguida, cuando oyó ruido de pasos y dedujo que enviaban a la infantería para que rastreara la ladera más cercana, pero en la oscuridad no hicieron más que tropezar entre los helechos y maldecir cada vez que tropezaban con una roca o se enredaban en las aulagas. Oficiales y sargentos gruñían y hablaban bruscamente a los hombres, que eran demasiado sensatos como para desplegarse y perderse o quizá caer en una emboscada en la oscuridad. Al cabo de un rato, volvieron a la zona de árboles y se produjo otra larga espera, aunque Sharpe podía oír el ruido del atacador del obús mientras empujaba y rascaba el lecho del siguiente proyectil.

Probablemente los franceses pensaran que sus atacantes se habían ido, decidió: no había habido disparos durante un buen rato y su propia infantería había hecho una búsqueda superficial. Podía ser que los franceses se sintieran más seguros, pues el artillero intentó reavivar el botafuego a lo tonto, agitándolo adelante y atrás un par de veces, hasta que en la punta se encendió un brillo rojizo. No necesitaba calor adicional para encender la caña del fogón, sino más bien luz para poder ver el fogón; fue su sentencia de muerte, ya que después sopló sobre la punta de la mecha de combustión lenta que llevaba el botafuego en su horquilla, y Harris o Tongue le dispararon. Hasta Sharpe saltó de sorpresa cuando el disparo de rifle surcó la noche y durante un instante vio una lejana llama a su derecha. Entonces la infantería francesa formó filas, el botafuego caído fue levantado y, justo cuando el obús disparaba, los

mosquetes descargaron una brutal ráfaga de disparos en dirección a Tongue y Harris.

Se produjeron nuevos incendios en la hierba. Uno prendió delante mismo del obús y otros dos pequeños incendios se iniciaron por los tacos de los mosquetes franceses. Sharpe, con los ojos aún deslumbrados por el gran fogonazo del cañón, pudo de todos modos distinguir al equipo de artilleros empujando las ruedas, y deslizó su rifle hacia delante. Disparó, cambió de arma y volvió a disparar, apuntando al oscuro grupo de hombres que se esforzaba en la rueda del cañón más cercana. Vio que uno caía. Pendleton disparó. Hubo dos disparos más desde la derecha. Los fuegos de la hierba se estaban extendiendo y la infantería cayó en la cuenta de que las llamas estaban iluminando a los artilleros, convirtiéndolos en blancos, y apagaron los pequeños incendios a frenéticos pisotones, pero no antes de que Pendleton disparase su segundo rifle y Sharpe viera a otro artillero alejarse del obús. Después hubo otro disparo, de Tongue o de Harris, antes de que las llamas fueran por fin extinguidas.

Sharpe y Pendleton retrocedieron cincuenta pasos antes de volver a recargar.

—Esta vez les hemos hecho daño —dijo Sharpe.

Pequeños grupos de franceses, gritando como locos para infundirse valor, salieron lanzados como flechas para revisar de nuevo la ladera, pero tampoco esta vez encontraron nada.

Sharpe permaneció allí otra media hora, disparó cuatro veces más y luego regresó a la cima de la colina; en la oscuridad, el trayecto le había llevado casi dos horas, aunque era más fácil que bajar, porque ya había bastante luz para mostrar el perfil de la colina y la silueta mellada de la atalaya. Tongue y Harris lo siguieron una hora más tarde; le susurraron la contraseña al centinela y entraron emocionados al fortín, donde relataron su hazaña.

El obús disparó dos veces más durante la noche. El primer disparo atronó la parte inferior de la ladera con un bote de metralla y el segundo, un proyectil, hizo que la noche retumbara entre llamas y humo justo hacia el este de la atalaya. Nadie pudo dormir demasiado, pero a Sharpe le habría sorprendido mucho si alguien hubiera podido dormir bien después del infierno del día anterior. Y justo antes del alba, cuando el borde oriental del mundo era un brillo grisáceo, dio una vuelta para asegurarse de que todo el mundo estuviera despierto. Harper estaba encendiendo un fuego junto al muro de la atalaya. Sharpe había prohibido las hogueras durante la noche, pues las llamas habrían supuesto una excelente señal para que los artilleros franceses apuntaran, pero ahora que llegaba el día se podía preparar el té con seguridad.

—Podemos quedarnos aquí para siempre —había dicho Harper—, siempre y cuando podamos preparar el té, señor. Pero si nos quedamos sin té, tendremos que rendirnos.

La raya gris del este se extendió, aclarándose en su base. Vicente temblaba junto a

Sharpe, pues la noche había sido sorprendentemente fría.

—¿Cree que van a venir? —preguntó Vicente.

—Van a venir, sí —confirmó Sharpe. Sabía que el suministro de munición del obús no era interminable y que sólo podía haber una razón para mantener el cañón trabajando toda la noche: la de crisparles los nervios a sus hombres para que se convirtiesen en presa fácil de un ataque mañanero.

Y eso quería decir que los franceses vendrían al amanecer.

Y la luz crecía, triste, gris y pálida como la muerte, y el borde superior de las nubes más altas ya era de un dorado rojizo, mientras la luz viraba del gris al blanco y del blanco al dorado y del dorado al rojo.

Entonces comenzaría la matanza.



—¡Señor! ¡Señor Sharpe!

—¡Los veo! —Siluetas oscuras fundiéndose en las oscuras sombras de la ladera norte. Era la caballería francesa o quizá dragones desmontados que venían a atacar—. ¡Fusileros! ¡Prepárense! —Se oyeron los clics mientras los rifles Baker eran amartillados—. Que sus hombres no disparen, ¿entendido? —ordenó Sharpe a Vicente.

—Claro —dijo Vicente. Los mosquetes eran de una imprecisión desesperante a más de sesenta pasos, así que Sharpe reservaría la descarga de los portugueses como defensa final y dejaría que sus fusileros enseñaran a los franceses las ventajas de los siete campos y los siete surcos que daban un cuarto de giro dentro del cañón del rifle^[2]. Vicente daba saltitos sobre las plantas de sus pies, delatando así su nerviosismo. Se toqueteaba uno de los extremos de su pequeño bigote y se humedecía los labios—. Esperamos hasta que alcancen esa roca blanca, ¿no es eso?

—Sí —dijo Sharpe—, y ¿por qué no se afeita ese bigote?

Vicente se quedó mirándolo.

—¿Que por qué no me afeito el bigote? —Apenas podía creer lo que oía.

—Aféiteselo —dijo Sharpe—. Parecerá mayor. Se parecerá menos a un abogado. Podría hacérselo Luis. —Había conseguido borrar de la cabeza de Vicente sus preocupaciones, y ahora miraba hacia el este, donde la niebla cubría el terreno más bajo. No habría amenaza desde ese lado, calculó, y había puesto a cuatro de sus fusileros a vigilar el sendero sur, pero sólo a cuatro, porque estaba bastante seguro de que los franceses concentrarían a sus tropas en un único lado de la colina, y en cuanto estuviese absolutamente seguro de eso, traería a aquellos cuatro de regreso al lado norte y dejaría que una docena de los hombres de Vicente vigilara el sendero sur—. ¡Cuando estén listos, muchachos! —dijo Sharpe—. ¡Pero no disparen alto!

Sharpe no lo sabía, pero los franceses llegaban con retraso. Dulong quería que sus

hombres cerraran su aproximación a la cima antes de que el horizonte se volviera gris, pero les llevó más tiempo del previsto subir la ladera a oscuras, y además sus hombres estaban desconcertados y cansados después de una noche cazando fantasmas. Salvo que los fantasmas eran reales y habían matado a un artillero, herido a otros tres y contagiado el temor de Dios al resto del equipo de artillería. Dulong, con sus órdenes de no hacer prisioneros, sentía cierto respeto por los hombres a los que se enfrentaba.

Y entonces comenzó la masacre.

Fue una masacre. Los franceses tenían mosquetes, los británicos tenían rifles. Los franceses tenían que converger en la estrecha cresta que ascendía a la pequeña meseta de la cima; una vez en la cresta, eran presa fácil para los rifles. En los primeros segundos cayeron seis hombres. La respuesta de Dulong fue enviar a más hombres para superar en número a los del fortín, pero dispararon más rifles, se elevó más humo desde la cima de la colina, más balas llegaron a su destino, y Dulong entendió lo que antes sólo sabía por sus clases teóricas: la amenaza que suponía el cañón de un rifle. A una distancia a la que los disparos de mosquete de un batallón completo difícilmente matarían a un solo hombre, los rifles ingleses resultaban letales. Las balas, advirtió, hacían un sonido diferente. Producían un chirrido apenas perceptible en su restallante amenaza. Los rifles no disparaban como un mosquete, sino que hacían un chasquido al detonar, y un hombre alcanzado por una bala de rifle era lanzado a mayor distancia hacia atrás de lo que lo sería si la bala hubiera sido de mosquete. Ahora Dulong podía ver a los fusileros, pues se levantaban de sus refugios de piedra para recargar aquellas malditas armas, ignorando la amenaza de los disparos de obús, que de vez en cuando describían un arco por encima de las cabezas de la infantería francesa para explotar sobre la cima. Dulong gritaba a sus hombres que dispararan al enemigo de casaca verde, pero los tiros de mosquete sonaban débiles y las balas se perdían, y sus hombres se resistían a subir a la parte estrecha de la cresta, así que Dulong, consciente de que su ejemplo lo era todo y considerando que un hombre con suerte posiblemente sobreviviría al fuego de los rifles y alcanzaría los reductos, decidió ofrecerse como ejemplo. Gritó a sus hombres que lo siguieran, desenvainó su sable y cargó.

—¡Por Francia! —gritó—. ¡Por el Emperador!

—¡Alto el fuego! —gritó Sharpe.

Ni un solo hombre había seguido a Dulong, ni uno. Venía solo. Sharpe reconoció el coraje del francés y, para demostrarlo, dio un paso adelante y levantó su espada como saludo formal.

Dulong vio el saludo, se detuvo, miró hacia atrás y comprobó que estaba solo. Volvió a mirar a Sharpe, levantó su propio sable y después lo envainó con un golpe violento que delataba la indignación que sentía por el rechazo de sus hombres a morir

por el Emperador. Saludó a Sharpe con un movimiento de cabeza y después se marchó; veinte minutos después los demás franceses se habían ido de la colina.

Los hombres de Vicente habían formado en dos filas en la explanada abierta de la atalaya, preparados para disparar una andanada que al final no había sido necesaria; dos de ellos habían caído muertos por un disparo del obús. Un trozo de proyectil se había incrustado en una de las piernas de Gataker, abriendo un sangriento camino hacia abajo en su muslo derecho, pero dejando intacto el hueso. Sharpe ni siquiera se había dado cuenta de que el obús había estado disparando durante el ataque, pero ahora había cesado. El sol había subido del todo y los valles estaban inundados de luz; el sargento Harper, con el cañón de su rifle obstruido por depósitos de pólvora y caliente por los disparos, acababa de preparar la primera tetera del día.

CAPÍTULO 7

Justo antes del mediodía, un soldado francés subió la colina con una bandera blanca de tregua atada a la boca del mosquete. Lo acompañaban dos oficiales, uno con el uniforme azul de la infantería francesa y el otro, el coronel Christopher, con la casaca roja, con vueltas y puños negros, de su uniforme inglés.

Sharpe y Vicente fueron a encontrarse con los dos oficiales, que habían avanzado una docena de pasos por delante del hombre de mirada sombría que llevaba la bandera blanca. Vicente quedó sumamente impresionado por el parecido entre Sharpe y el oficial de infantería francés, un hombre alto, con el cabello negro, una cicatriz en la mejilla derecha y un verdugón que le cruzaba el puente de la nariz. Su maltratado uniforme azul llevaba charreteras con caireles verdes, que indicaban su pertenencia a la infantería ligera, y en el frontal de su chacó acampanado había una placa de metal blanco estampado con el águila francesa y el número 31. Por encima de la insignia sobresalía un penacho de plumas blancas y rojas que parecían nuevas y frescas en comparación con el sucio y raído uniforme.

—Primero matamos al franchute —le dijo Sharpe a Vicente—, porque él es el hijo de puta peligroso, y después descuartizamos a Christopher lentamente.

—¡Sharpe! —El abogado que había en Vicente estaba escandalizado—. ¡Traen una bandera de tregua!

Se detuvieron a un par de pasos del coronel Christopher, que se quitó un palillo de los labios y lo tiró.

—¿Cómo está, Sharpe? —preguntó cordial, y acto seguido levantó una mano para suspender cualquier posible respuesta—. Deme un momento, ¿quiere? —dijo el coronel y con una mano abrió un chisquero, lo encendió y sacó un cigarro. Cuando estaba bien encendido, cerró la tapa del chisquero sobre las llamas y sonrió—. Este hombre que está conmigo es el mayor Dulong. No habla una palabra de inglés, pero quería echarle un vistazo.

Sharpe miró a Dulong, reconoció en él al oficial que había subido con tanta valentía a la colina, y lamentó que un buen hombre hubiera vuelto a subir la colina al lado de un traidor. Un traidor y un ladrón.

—¿Dónde está mi catalejo? —preguntó a Christopher.

—Abajo —dijo Christopher sin prestar atención—. Ya lo recuperará más tarde. —Volvió a su cigarro y miró los cuerpos de los franceses entre las rocas—. El brigadier Vuillard se ha entusiasmado un poquito, ¿no cree? ¿Un cigarro?

—No.

—Como guste. —El coronel dio una profunda calada—. Lo ha hecho bien, Sharpe, estoy orgulloso de usted. La 31.^a Léger —indicó con su cabeza en dirección a Dulong no está acostumbrada a perder. Usted ha demostrado a los malditos

franchutes cómo pelea un inglés, ¿eh?

—Y cómo pelean los irlandeses —dijo Sharpe—, y los escoceses, los galeses y los portugueses.

—Es usted muy honrado al acordarse de las razas más feas —dijo Christopher—, pero ya se acabó, Sharpe, se acabó todo. Es hora de recoger y de marcharse. Los franchutes le ofrecen honores de guerra y todo eso. Márchese con las armas al hombro, con sus banderas al viento y olvidemos el pasado. No están contentos, Sharpe, pero los he convencido.

Sharpe miró a Dulong de nuevo y se preguntó si no había un gesto de advertencia en los ojos del francés. Dulong no había dicho nada, pero se había quedado un paso por detrás de Christopher y dos pasos hacia un lado, y Sharpe sospechaba que el mayor se estaba distanciando de la oferta de Christopher. Sharpe volvió a mirar a Christopher.

—Usted cree que soy un maldito imbécil, ¿verdad?

Christopher no hizo caso del comentario.

—No creo que tenga tiempo para llegar a Lisboa. Cradock se habrá ido en uno o dos días, y su ejército con él. Se van a casa, Sharpe. De vuelta a Inglaterra, así que probablemente lo mejor que puede hacer usted es esperar en Oporto. Los franceses han accedido a repatriar a todos los ciudadanos ingleses; es probable que zarpe un barco desde allí en una semana o dos, y usted y sus hombres pueden estar a bordo.

—¿Estará usted a bordo? —preguntó Sharpe.

—Podría ser, Sharpe, gracias por su interés. Aunque yo prefiero, y perdone si suena inmodesto, volver a casa para una bienvenida de héroe. ¡El hombre que llevó la paz a Portugal! Eso tiene que valer un título de sir o así, ¿no cree? No es que me preocupe, desde luego, pero estoy seguro de que Kate disfrutará siendo lady Christopher.

—Si no estuviera usted bajo una bandera de tregua —dijo Sharpe—, lo destriparía aquí mismo ahora. Sé muy bien cuáles son sus actividades. ¿Veladas con los generales franceses? ¿Los trae aquí para que puedan capturarnos? Es usted un asqueroso traidor, Christopher, nada más que un asqueroso traidor. —La vehemencia de su tono provocó una media sonrisa en el hosco rostro de Dulong.

—Oh, por favor. —Christopher parecía ofendido—. Oh, por favor, por favor. —Miró durante unos segundos un cadáver francés que había cerca; después meneó la cabeza—. Pasaré por alto su impertinencia, Sharpe. Supongo que mi maldito criado ha conseguido llegar hasta usted. ¿Es así? Me lo imaginaba. Luis tiene un talento inigualable para malinterpretar situaciones. —Dio una calada a su cigarro y después exhaló una voluta de humo que se alejó arremolinándose en el viento—. Fui enviado aquí, Sharpe, por el gobierno de Su Majestad con órdenes de descubrir si merecía la pena luchar por Portugal, si merecía un derramamiento de sangre inglesa, y yo llegué

a la conclusión, y no doy por supuesto que usted estará en desacuerdo conmigo, de que no merece la pena. Así que obedecí la segunda parte de mis órdenes, que era negociar los términos con los franceses. No los términos de una rendición, sino los de un acuerdo. Nosotros retiraremos nuestras fuerzas y ellos retirarán las suyas, aunque, para guardar las apariencias, se les permitirá que una división representativa marche por las calles de Lisboa. Después se irán: *bonsoir; adieu, au revoir*. A finales de julio no quedará ni un soldado extranjero en el suelo de Portugal. Ésta es mi proeza, Sharpe, y para lograrlo era necesario cenar con generales franceses, mariscales franceses y oficiales franceses. —Se detuvo, como si estuviese esperando alguna reacción, pero Sharpe se limitaba a mirarlo con escepticismo y Christopher suspiró—. Ésa es la verdad, Sharpe, por muy difícil que pueda resultarle creerlo, pero recuerde: «en el cielo y en la tierra...».

—Ya sé, ya sé —interrumpió Sharpe—. Hay más puñeteras cosas en el cielo y en la tierra de lo que yo puedo imaginar, pero, ¿qué demonios estaba haciendo usted aquí? —Ahora su voz sonaba enfadada—. Y además vistiendo un uniforme francés. Luis me lo contó.

—Normalmente no puedo vestir esta casaca roja tras las líneas francesas, Sharpe —respondió Christopher—, y las ropas civiles no es que impongan demasiado respeto hoy en día, así que, sí, en ocasiones visto uniforme francés. Es una *ruse de guerre*, Sharpe, una *ruse de guerre*.

—Una rusa de mierda —gruñó Sharpe—. ¡Esos cabrones han estado intentando matar a mis hombres y fue usted quien los trajo aquí!

—Oh, Sharpe —dijo Christopher apenado—. Necesitábamos un sitio tranquilo para firmar el memorándum de acuerdo, algún lugar donde el populacho no pudiera expresar sus groseras opiniones, así que ofrecí la quinta. Confieso que no tuve lo suficientemente en cuenta su situación, y eso es culpa mía. Lo siento. —Incluso ofreció a Sharpe un ademán de inclinación—. Los franceses vinieron aquí, consideraron que su presencia era una trampa y, contra mi consejo, intentaron atacarle. De nuevo me disculpo, Sharpe, y con más efusión. Pero ahora se ha acabado. Puede irse usted; no se rinde, no rinde las armas, se irá con la cabeza bien alta y con mis más sinceras felicitaciones y, naturalmente, yo me aseguraré bien de que su coronel conozca sus logros aquí. —Esperó la respuesta de Sharpe y, al comprobar que no había ninguna, sonrió—. Y, por supuesto —siguió—, será un honor devolverle su catalejo. Olvidé por completo traerlo ahora conmigo.

—Usted no olvidó nada, cabrón —rugió Sharpe.

—Sharpe —dijo Christopher en tono de reproche—, intente no ser tan bruto. Intente entender que la diplomacia emplea la sutileza, la inteligencia y, sí, el engaño. E intente entender que he negociado su libertad. Puede dejar la colina triunfante.

Sharpe miró el rostro de Christopher, que parecía muy inocente y muy feliz por

ser el portador de aquellas noticias.

—¿Y qué ocurre si nos quedamos? —preguntó.

—No tengo la más remota idea —dijo Christopher—, pero intentaré enterarme, por supuesto, si es que ésa es su voluntad. Pero intuyo, Sharpe, que los franceses interpretarán semejante tozudez como un gesto hostil. Por desgracia, hay gente en este país que se opondrá a su asentamiento. Gente desorientada que preferiría luchar a aceptar una paz negociada, y si se queda usted aquí, eso alentará su insensatez. Sospecho que si insiste en quedarse y rompe así los términos de nuestro acuerdo, los franceses traerán morteros de Oporto y harán todo lo que puedan para convencerlo de que se vaya. —Dio otra calada a su cigarro y se sobresaltó al ver allí cerca un cuervo picoteando los ojos de un cadáver—. El mayor Dulong desearía poder retirar a todos estos hombres. —Hizo un gesto con el cigarro indicando los cuerpos abatidos por los fusileros de Sharpe.

—Tiene una hora —dijo Sharpe—, y sólo puede traer diez hombres, ninguno de ellos armado. Y dígame que también algunos de mis hombres estarán en la colina y que tampoco irán armados.

Christopher frunció el ceño.

—¿Por qué iban a necesitar sus hombres estar al descubierto en la colina? —preguntó.

—Porque tenemos que enterrar a nuestros muertos —dijo Sharpe—, y allí arriba es todo roca.

Christopher chupó su cigarro.

—Creo que sería mucho mejor, Sharpe —dijo con delicadeza—, si bajara usted ahora con sus hombres.

Sharpe meneó la cabeza.

—Lo pensaré —dijo.

—¿Lo pensará? —repitió Christopher, ahora con un gesto de irritación—. ¿Y cuánto tiempo, si me permite la pregunta, le llevará pensarlo?

—El tiempo que necesite —contestó Sharpe—, y puedo pensar muy despacio.

—Tiene una hora, teniente —le dijo Christopher a Dulong en francés—, exactamente una hora. —Dulong miró a Sharpe y asintió con la cabeza y Sharpe asintió a su vez.

Christopher tiró su cigarro a medio fumar, se dio la vuelta y se marchó.



—Está mintiendo —sentenció Sharpe.

Vicente no estaba tan seguro.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Le diré por qué estoy seguro —respondió Sharpe—: ese hijo de puta no me ha

dado ni una orden. Esto es el ejército. No se hacen sugerencias, se dan órdenes. Haga esto, haga aquello, pero él no lo ha hecho. Me daba órdenes antes, pero hoy no.

Vicente se lo tradujo al sargento Macedo, a quien, al igual que a Harper, habían llamado para que escuchara el informe de Sharpe. Los dos sargentos, como Vicente, parecían preocupados, pero no dijeron nada.

—¿Por qué —preguntó Vicente— no le habrá dado a usted una orden?

—Porque quiere que abandone la cima de esta colina por voluntad propia, porque lo que va a suceder allí abajo no es algo bonito. Porque estaba mintiendo.

—De eso puede estar seguro —afirmó Vicente en un tono firme más propio del abogado que había sido que del soldado que era ahora.

—No tenemos la más puñetera seguridad de nada —refunfuñó Sharpe.

Vicente miró hacia el este.

—En Amarante los cañones se han detenido. Puede que haya paz.

—¿Y por qué tendría que haber paz? —preguntó Sharpe—. En primer lugar, ¿por qué vinieron aquí los franceses?

—Para que dejáramos de comerciar con Inglaterra —dijo Vicente.

—Entonces, ¿por qué retirarse ahora? El comercio se volvería a reanudar. Aún no han terminado su trabajo, y no me parece que los franceses vayan a rendirse tan deprisa.

Vicente reflexionó unos segundos.

—Quizá piensen que, si se quedan, perderán demasiados hombres. Cuanto más se adentran en Portugal, más enemigos se ganan y más largas son las vías de suministros que tienen que proteger. Puede que estén siendo prudentes.

—Son puñeteros gabachos —dijo Sharpe—, no conocen el significado de esa palabra. Y hay algo más: Christopher no me ha enseñado ni un pedazo de papel, ¿verdad? Ningún acuerdo firmado y sellado.

Vicente sopesó aquel argumento y asintió en reconocimiento de su fuerza.

—Si usted quiere —dijo—, yo bajaré y pediré que me enseñen el papel con la orden.

—No hay ningún papel —dijo Sharpe—, y ninguno de nosotros va a bajar de esta colina.

—¿Es eso una orden, senhor? —preguntó Vicente tras una pausa.

—Es una orden —confirmó Sharpe—. Nos quedamos.

—Pues nos quedamos —dijo Vicente. Le dio una palmadita en el hombro a Macedo y los dos regresaron junto a sus hombres para que Vicente pudiera contarles lo que había sucedido.

Harper estaba sentado al lado de Sharpe.

—¿Ahora está seguro?

—¡Demonios! Por supuesto que no estoy seguro, Pat —respondió Sharpe irritado

—, pero sí creo que está mintiendo. ¡Ni siquiera me preguntó cuántas bajas habíamos tenido aquí arriba! Si estuviera de nuestra parte, habría preguntado eso, ¿no cree?

Harper se encogió de hombros como si no pudiera responder a aquella pregunta.

—¿Y qué pasa si nos marchamos?

—Nos harán prisioneros. Nos llevarán a todos a la puñetera Francia.

—¿O nos enviarán a casa?

—Si la guerra ha terminado, Pat, nos enviarán a casa, pero si la guerra ha terminado, entonces alguien más vendrá a decírnoslo. Un oficial portugués, alguien. Él no, Christopher no. Y si los combates han acabado, ¿por qué nos da sólo una hora? Tendríamos el resto de nuestras vidas para largarnos de esta colina, no una hora. — Sharpe miró hacia abajo, al lugar donde una cuadrilla de infantería, que había subido a la colina con una bandera de tregua y sin armas, estaba retirando el último cuerpo de los franceses. Los había guiado Dulong y se le había ocurrido subir dos palas para que los hombres de Sharpe pudiesen enterrar sus cadáveres: los dos portugueses muertos por el obús durante el ataque al alba y el fusilero Donnelly, que yacía en lo alto de la colina bajo un montón de piedras desde el día en que Sharpe había expulsado a golpes a los hombres de Dulong de la cumbre.

Vicente había enviado al sargento Macedo y a tres hombres para que cavaran las dos tumbas y Sharpe había entregado la segunda pala a Williamson.

—Cavar esa tumba será el final de su castigo —le había dicho. Desde el enfrentamiento en el bosque, Sharpe había estado dando trabajo extra a Williamson, para mantenerlo ocupado e intentar doblegar su espíritu; ahora Sharpe consideró que Williamson ya había tenido suficiente castigo—. Y deje aquí su rifle —añadió.

Williamson agarró la pala, tiró su rifle con excesiva fuerza y, acompañado por Dodd y Harris, descendió por la colina hasta un sitio donde había bastante tierra sobre la roca como para cavar una tumba adecuada. Harper y Slattery habían trasladado el cuerpo sin vida desde lo alto de la colina, y después Harper había rezado una oración y Slattery se había inclinado. Ahora Williamson, en mangas de camisa, estaba echando paladas de tierra sobre la tumba mientras Dodd y Harris miraban cómo los franceses se llevaban a sus últimos muertos.

Harper también miraba a los franceses.

—¿Y qué pasa si traen un mortero? —preguntó.

—Que estamos jodidos —dijo Sharpe exasperado—, pero pueden ocurrir muchas cosas antes de que llegue un mortero.

—¿Como qué?

—No lo sé —respondió Sharpe en tono irritado. Y era verdad que no lo sabía, como tampoco sabía qué hacer. Christopher había sido muy convincente, y era sólo una vena de tozudez lo que hacía que Sharpe estuviese tan seguro de que el coronel mentía. Eso y la expresión de los ojos del mayor Dulong—. Puede que me equivoque,

Pat, puede que me equivoque. El problema es que me gusta estar aquí.

Harper sonrió.

—¿Que le gusta esto?

—Me gusta estar lejos del ejército. El capitán Hogan está bien, pero, ¿y los demás? No puedo soportar a los demás.

—Unos bufones —dijo Harper con rotundidad, refiriéndose a los oficiales.

—Estoy mejor a mi aire —dijo Sharpe—, y aquí estoy a mi aire. Así que nos quedamos.

—Vale —dijo Harper—, y yo creo que tiene usted razón.

—Ah, ¿sí? —Sharpe parecía sorprendido.

—Sí —dijo Harper—; aparte de usted, ni siquiera mi madre reconoció nunca que yo fuera inteligente.

Sharpe soltó una risotada.

—Váyase a limpiar su rifle, Pat.

Cooper había hervido un bidón de agua y algunos de los fusileros la usaron para lavar los cañones de las armas. Cada disparo dejaba una pequeña capa de pólvora quemada que, poco a poco, iba aumentando y volvía inservible el rifle, pero el agua caliente disolvía el residuo. Algunos fusileros preferían orinar por el cañón. Hagman usó el agua hirviendo, después rascó su cañón con la baqueta.

—¿Quiere que limpie el suyo, señor? —preguntó a Sharpe.

—Eso puede esperar, Dan —dijo Sharpe. Después vio que el sargento Macedo y sus hombres regresaban, y se preguntó dónde estarían sus propios enterradores. Se dirigió hacia el reducto más al norte y desde allí pudo ver a Harris y a Dodd apisonando la tierra sobre el cuerpo de Donnelly, mientras Williamson estaba apoyado en su pala.

—¿No han acabado? —les gritó Sharpe—. ¡Dense prisa!

—¡Ya vamos, señor! —dijo Harris. Dodd y él recogieron sus casacas y empezaron a subir la colina. Williamson levantó la pala y, cuando parecía que se disponía a seguirlos, de repente dio la vuelta y empezó a correr colina abajo.

—¡Jesús! —Harper apareció al lado de Sharpe y levantó su rifle.

Sharpe lo empujó hacia abajo. No estaba intentando salvarla vida de Williamson; sencillamente, había una tregua en la colina, por lo que un simple disparo de rifle sería considerado una ruptura de la tregua y el obús podía responder al disparo mientras Harris y Dodd estaban aún en medio de la ladera.

—¡Ese cabrón! —Hagman veía a Williamson correr colina abajo a la desesperada, como si estuviese intentando dejar atrás la esperada bala. Sharpe tuvo una terrible sensación de fracaso. No le gustaba Williamson; aun así, cuando un hombre huía, era el oficial el que fallaba. El oficial no sería castigado, desde luego, y el hombre, si alguna vez era capturado, sería fusilado, pero Sharpe sabía que eso era

un fracaso suyo. Era algo que reprochar a su mando.

Harper vio la expresión afligida del rostro de Sharpe y no lo entendió.

—Estamos mejor sin ese cabrón, señor —dijo.

Dodd y Harris parecían estupefactos. Harris incluso se dio la vuelta como si quisiese alcanzar a Williamson, hasta que Sharpe le gritó que regresara.

—Nunca debí haber enviado a Williamson a hacer ese trabajo —dijo con amargura.

—¿Por qué no? —dijo Harper—. Usted no sabía que saldría corriendo.

—No me gusta perder hombres —respondió Sharpe cortante.

—¡No es culpa suya! —protestó Harper.

—Entonces, ¿de quién es? —contestó Sharpe enojado. Williamson había desaparecido entre las filas francesas, presuntamente para unirse a Christopher; el único y pequeño consuelo era que no había podido llevarse su rifle. Pero seguía siendo un fracaso, y Sharpe lo sabía—. Será mejor que nos pongamos a cubierto —le dijo a Harper—. Porque enseguida empezarán con ese maldito cañón.

El obús disparó diez minutos antes de que se cumpliera la hora, aunque como ninguno de los de la colina tenía reloj, no se dieron cuenta. El proyectil golpeó un peñasco justo por debajo del reducto más bajo y rebotó hacia el cielo, donde explotó en una nube de humo gris, llamas y esquirlas silbantes de la reventada carcasa. Un fragmento de hierro candente se incrustó en la culata del rifle de Dodd, el resto cayó repiqueteando sobre las rocas.

Sharpe, que aún se reprochaba a sí mismo la desertión de Williamson, estaba observando la carretera principal del alejado valle. Había polvo allí y pudo distinguir a unos jinetes que llegaban desde el noroeste, de la carretera de Oporto. ¿Acaso llevaban un mortero? Si era eso, pensó, tendría que pensar cómo preparar una huida. Quizá, si se apresuraban, podrían atravesar el cordón de dragones hacia el oeste e internarse por terreno elevado, donde el suelo rocoso les pondría las cosas difíciles a los jinetes; de todas formas, durante el primer kilómetro, aquello iba a ser un trayecto sangriento. A menos que lo intentaran por la noche. Pero no: si lo que se acercaba era un mortero, se pondría en acción antes de que cayera la noche. Observó de nuevo la lejana carretera, maldiciendo los defectos del catalejo de Christopher, y se convenció de que no veía ningún tipo de vehículo entre los jinetes, fuese un carro para cañones o una carreta para morteros, aunque, de todos modos, estaban muy lejos y no podía estar seguro.

—Señor Sharpe, señor. —Era Dan Hagman—. ¿Puedo probar a tirar a esos cabrones?

Sharpe seguía rumiando su fracaso, y su primer impulso fue decir al viejo furtivo que no le hiciera perder el tiempo. Entonces se dio cuenta del ambiente enrarecido que imperaba en la colina. Sus hombres se sentían avergonzados por culpa de

Williamson. Tal vez muchos de ellos temiesen que Sharpe, en su enfado, los castigara a todos por la falta de un solo hombre, y otros, muy pocos, tal vez desearan seguir a Williamson, pero probablemente la mayoría sintiese que la deserción era un reproche dirigido a todos ellos. Eran una unidad, eran amigos, estaban orgullosos los unos de los otros, y uno de ellos había pisoteado deliberadamente aquella camaradería. Aunque ahora Hagman se ofrecía para restaurar parte de ese orgullo, y Sharpe asintió.

—Adelante, Dan —dijo—, pero sólo tú. ¡Sólo Hagman! —comunicó a los demás fusileros. Sabía que a todos les gustaría abrir fuego contra el grupo del cañón, pero la distancia era excesiva, justo el alcance máximo de un rifle, y sólo Hagman tenía la habilidad para cuando menos acercarse.

Sharpe volvió a mirar la lejana nube de polvo, pero los caballos habían torcido por el camino más pequeño que llevaba a Vila Real de Zedes y de frente no podía ver si escoltaban algún vehículo, así que apuntó la lente hacia el grupo del obús y vio que estaban metiendo un nuevo proyectil en el corto cañón.

—¡Pónganse a cubierto!

Sólo Hagman quedó al descubierto. Estaba cargando su rifle, echando la pólvora del cuerno dentro del cañón.

La mayoría de las veces empleaba un cartucho que tenía pólvora y una bala convenientemente envueltos en papel encerado, pero para este tipo de disparo, de algo más de medio kilómetro, utilizaba la pólvora de gran calidad que llevaba en el cuerno. Usó un poco más de la cantidad que venía en los cartuchos y, cuando el cañón estuvo cargado, dejó el arma a un lado y sacó el puñado de balas que llevaba en el bolsillo de la cartuchera entre las hojas de té. El proyectil enemigo se desvió de la atalaya y explotó inofensivo sobre la empinada ladera oeste, y aunque el ruido retumbó en sus tímpanos y la cubierta destrozada traqueteó con furia contra las rocas, Hagman ni siquiera levantó la vista. Estaba empleando su dedo corazón para hacer rodar las balas una a una sobre la palma de su mano izquierda, y cuando estuvo seguro de que había encontrado la bala de forma más perfecta, apartó las otras y recogió su rifle. En el extremo de la culata había un pequeño hueco con una tapa de latón. El hueco tenía dos compartimentos: el más grande alojaba los enseres de limpieza del rifle, mientras que el más pequeño estaba lleno de parches hechos de un cuero fino y flexible que había sido untado con manteca de cerdo. Cogió uno de los parches, cerró la tapa de latón y vio que Vicente lo observaba de cerca. Sonrió burlón.

—A la vieja y lenta manera, señor, ¿verdad?

Ahora envolvió la bala en el cuero para que, cuando el rifle disparara, la bala al expandirse forzara el cuero contra los rebordes de las estrías del cañón. El cuero también impedía que escapara cualquiera de los gases por los lados de la bala, concentrándose así el poder de la pólvora. Metió la bala envuelta en cuero dentro del cañón y utilizó la baqueta para empujarla hacia abajo. Era un trabajo difícil e hizo

una mueca por el esfuerzo; después agradeció con un movimiento de cabeza que Sharpe se hiciese cargo de esa tarea. Sharpe apoyó el extremo de la baqueta de acero contra una roca y empujó el rifle despacio hasta que sintió que la bala hacía crujir la pólvora de dentro. Sacó la baqueta, la metió en las argollas de debajo del cañón y le devolvió el arma a Hagman, que usó pólvora de su cuerno para cebar la cazoleta. Alisó la pólvora con su ennegrecido dedo índice, bajó el rastrillo y volvió a sonreír a Vicente.

—Es como una mujer, señor —dijo Hagman dando una palmadita al rifle—; cuide de ella y ella cuidará de usted.

—Se habrá dado cuenta de que ha permitido al señor Sharpe atacar el rifle, señor —dijo Harper inocentemente.

Vicente rió. Sharpe se acordó de pronto de los jinetes y levantó el pequeño catalejo. Lo dirigió hacia la carretera que conducía al pueblo, pero todo lo que quedaba de los recién llegados era el polvo que los cascos de sus caballos habían levantado. Los ocultaban los árboles que rodeaban la quinta, así que no podía saber si los jinetes habían traído un mortero. Maldijo. Bueno, enseguida se enteraría.

Hagman se tumbó boca arriba, con los pies en dirección al enemigo, y después recostó el cogote en una roca. Sus tobillos estaban cruzados; utilizaba el ángulo que quedaba entre sus botas como apoyo para la boca del rifle y, como el arma tenía menos de un metro veinte de largo, tuvo que curvar forzosamente el torso para poder llevarse la culata al hombro. Por fin encontró la postura, con el extremo de latón del rifle contra el hombro y el cañón recorriendo su cuerpo a lo largo; aunque la postura parecía tosca, los tiradores asintieron porque mantenía el rifle rígidamente.

—¿Viento, señor?

—De izquierda a derecha, Dan —dijo Sharpe—, muy leve.

—Muy leve —repitió en voz baja Hagman, y después amortilló el percutor. La llave de cuello de cisne produjo un leve crujido al comprimir el muelle principal, se oyó un clic cuando la presión pasó al balancín, y entonces Hagman levantó la mira trasera todo lo que pudo y a continuación alineó la ranura con la mira delantera de cola de milano, en la boca del rifle. Tuvo que bajar la cabeza, manteniendo una incómoda postura, para ver a lo largo del cañón. Tomó aire, dejó salir la mitad y retuvo el resto. Los demás hombres de lo alto de la colina también contuvieron el aliento.

Hagman hizo algunos ajustes menores, moviendo el cañón a la izquierda y bajando un poco la culata para darle mayor elevación al arma. No sólo era un imposible tiro a larga distancia, sino que además estaba disparando cuesta abajo, lo que representaba una notable dificultad añadida. Nadie se movía. Sharpe vigilaba a los encargados del cañón a través de su catalejo. El artillero estaba acercando el botafuego a la recámara; Sharpe sabía que debía romper la concentración de Hagman

y ordenar a sus hombres que se pusieran a cubierto, pero justo en ese momento Hagman apretó el gatillo. El chasquido del rifle sobresaltó a los pájaros de la ladera, el humo se levantó sobre las rocas. Sharpe vio que el artillero giraba en redondo y el botafuego caía mientras el hombre se apretaba el muslo derecho. Se tambaleó durante unos instantes y después se desplomó.

—En el muslo derecho, Dan —le informó Sharpe, consciente de que Hagman no vería nada a través del humo de su rifle—, y lo ha tumbado. ¡A cubierto! ¡Todo el mundo! ¡Rápido! —Otro artillero había recogido el botafuego.

Se protegieron detrás de las peñas y el proyectil, que explotó sobre la pared de una roca, hizo que se estremecieran. Sharpe le dio unos golpecitos en la espalda a Hagman.

—¡Increíble, Dan!

—Estaba apuntándole al pecho, señor.

—En cualquier caso le has arruinado el día, Dan —intervino Harper—. Le has arruinado el puto día. —Los demás fusileros felicitaron a Hagman. Se enorgullecían de él, encantados de que el anciano estuviese otra vez de pie y tan bien como siempre. En cierto modo el disparo compensaba la traición de Williamson. Volvían a ser una élite, eran fusileros.

—¿Otra vez, señor? —preguntó Hagman a Sharpe.

—¿Por qué no? —dijo Sharpe. Si llegaba el mortero, los hombres a su cargo se asustarían al descubrir que estaban al alcance de los mortales rifles.

Hagman empezó de nuevo todo el laborioso proceso, pero antes de que hubiese envuelto la siguiente bala en su parche de cuero, y para asombro de Sharpe, la cureña del obús fue enganchada a su armón y el cañón fue arrastrado al interior del bosque. Por un momento Sharpe se sintió exultante, pero enseguida temió que los franceses sólo estuviesen llevándose el obús para que el mortero pudiese usar el terreno ya acondicionado. Esperó con una opresiva sensación de pavor, pero no apareció ningún mortero. No apareció nada. Incluso la infantería que había estado destacada cerca del obús se había retirado a los árboles; por primera vez desde que Sharpe se había retirado a la atalaya, la ladera norte estaba desierta. Los dragones aún patrullaban hacia el este y el oeste, pero media hora después también ellos cabalgaron hacia el norte en dirección al pueblo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Vicente.

—Sabe Dios.

Pero, de repente, Sharpe vio que toda la fuerza francesa, el cañón, la caballería y la infantería, se estaba alejando de Vila Real de Zedes por la carretera. Debían de estar regresando a Oporto. Él contemplaba la escena mudo de asombro, sin atreverse a creer lo que veía.

—Es una trampa —dijo Sharpe—, tiene que serlo —le pasó el catalejo a Vicente.

—Quizás es la paz —sugirió Vicente después de observar durante un rato la retirada de los franceses—. Puede que la lucha haya terminado de verdad. ¿Por qué iban a marcharse, si no?

—Se van, señor —dijo Harper—; eso es lo único que importa. —Había cogido el catalejo de las manos de Vicente y había visto un carro de granja cargado de heridos franceses—. ¡Jesús, María y José! —gritó emocionado—. ¡Se van de verdad!

Pero ¿por qué? ¿Era a causa de la paz? ¿Acaso los jinetes, de los que Sharpe había temido que trajeran un mortero, habían traído en su lugar un mensaje? ¿Una orden de retirada? ¿O se trataba de una trampa? ¿Esperaban los franceses que bajara al pueblo para dar así a los dragones la oportunidad de atacar a sus hombres en terreno llano? Estaba tan confuso como siempre.

—Voy a bajar —anunció—. Cooper, Harris, Perkins, Cresacre y Sims, vengan conmigo. —A los dos últimos los eligió a propósito porque habían sido amigos de Williamson: de haber algún hombre que quisiese seguir al desertor, eran aquellos dos, y él deseaba demostrarles que aún confiaba en ellos—. Los demás quédense aquí.

—Me gustaría ir —dijo Vicente y, cuando vio que Sharpe estaba a punto de negarse, se explicó—: El pueblo, senhor. Quiero ver el pueblo. Quiero ver qué ha ocurrido con nuestra gente.

Al igual que Sharpe, Vicente se llevó a cinco hombres. El sargento Harper y el sargento Macedo quedaron al mando de la fortaleza, y la patrulla de Sharpe avanzó colina abajo. Pasaron junto a la gran marca quemada en forma de abanico que mostraba desde dónde había disparado el obús. Sharpe temía que les lanzaran una descarga desde la sombra de los árboles. Cooper y él avanzaban a hurtadillas, buscando emboscados entre los laureles, los abedules y los robles, pero nada se movía entre ellos. Siguieron el camino hacia la quinta, que tenía los postigos azules cerrados a cal y canto y parecía intacta. Una gata atigrada se lamía sobre el empedrado caldeado por el sol de bajo el arco de los establos; interrumpió su labor para observar a los soldados indignada y después volvió a sus abluciones. Sharpe intentó abrir la puerta de la cocina, pero estaba cerrada. Pensó en tirarla abajo, luego decidió dejarla y dio la vuelta con sus hombres hasta la parte de delante. También la puerta delantera estaba cerrada y la entrada a la casa estaba desierta. Se retiró despacio de la quinta, vigilando los postigos, casi esperando que se abrieran de golpe para dar paso a una descarga de mosquetes, pero la casona dormía al calor de primeras horas de la tarde.

—Creo que está vacía, señor —dijo Harris, aunque parecía nervioso.

—Me parece que tiene usted razón —reconoció Sharpe, y se dio la vuelta y siguió caminando por el paseo. La grava crujía bajo sus botas, así que se movió hacia el arcén e indicó a sus hombres que hiciesen lo mismo. El día era cálido y silencioso, e incluso los pájaros estaban mudos.

Y entonces lo olió. Y de inmediato se acordó de la India e incluso imaginó, por un salvaje instante, que se encontraba de nuevo en aquel misterioso país, donde había soportado aquel olor tan a menudo. Era denso y rancio, y un poco dulzón. Un olor que casi le dio ganas de vomitar; después el impulso pasó, pero advirtió que Perkins, casi tan joven como Pendleton, parecía indispuerto.

—Tome una inspiración profunda —le dijo Sharpe—. Lo va a necesitar.

Vicente, que parecía tan nervioso como Perkins, lanzó una mirada a Sharpe.

—Es... —empezó a decir.

—Sí —dijo Sharpe.

Era la muerte.

Vila Real de Zedes nunca había sido un pueblo grande o famoso. Nunca habían venido peregrinos a rezar en su iglesia. Tal vez allí se reverenciara a san José, pero su influencia nunca se había extendido más allá de los viñedos; sin embargo, pese a su insignificancia, el pueblo no había sido un mal lugar para criar a los hijos. Siempre había trabajo en los viñedos de los Savage, la tierra era fértil e incluso la casa más pobre tenía un huerto. Algunos de sus habitantes habían tenido vacas, la mayoría, gallinas y algunos habían criado cerdos, aunque ahora no quedaba ganado. Habían sido escasas las autoridades que acosaran a los habitantes. El padre Josefa había sido la persona más importante de Vila Real de Zedes, aparte de los ingleses de la quinta, y a veces el sacerdote se había dejado llevar por la ira, pero también había enseñado a los niños sus primeras letras. Nunca había sido cruel.

Y ahora estaba muerto. Su cuerpo, irreconocible, estaba entre las cenizas de la iglesia, donde otros cuerpos, reducidos por el fuego, yacían entre las vigas, ahora derrumbadas y carbonizadas. Había un perro muerto en la calle, con una mancha de sangre extendiéndose desde su boca y una nube de moscas zumbando sobre la herida del costado. Se oían más moscas en el interior de la mayor de las dos tabernas. Sharpe abrió la puerta de un empujón con la culata de su rifle y dio un respingo involuntario. Maria, la chica que le había gustado a Harper, yacía desnuda sobre la única mesa que quedaba sin romper en la sala. La habían clavado a la mesa hincándole unos cuchillos en las manos y ahora las moscas deambulaban por su vientre y sus pechos ensangrentados. Todas las barricas de vino habían sido destrozadas, todas las ollas estaban rotas y, aparte de aquella única mesa, todos los muebles habían sido despedazados. Sharpe se colgó el rifle y sacó los cuchillos de las palmas de Maria, de forma que sus brazos se agitaron al quedar libres de aquellas hojas. Perkins miraba aterrado desde la puerta.

—No se quede ahí —le espetó Sharpe—, encuentre una manta, algo, y cúbrala.

—Sí, señor.

Sharpe regresó a la calle. Vicente tenía lágrimas en los ojos. Había cadáveres en media docena de casas y sangre en todas ellas, pero ni una persona viva. Todos los

supervivientes de Vila Real de Zedes habían huido del pueblo, empujados por la brutalidad de sus conquistadores.

—Deberíamos habernos quedado aquí —dijo Vicente enfurecido.

—¿Y haber muerto con ellos? —preguntó Sharpe.

—¡No tuvieron a nadie que luchara por ellos! —dijo Vicente.

—Tenían a Lopes —dijo Sharpe— y él no supo cómo luchar, y si hubiera sabido, no se habría quedado. Si hubiésemos luchado por ellos, a estas alturas estaríamos muertos y toda esta gente estaría igual de muerta.

—Deberíamos habernos quedado —insistió Vicente.

Sharpe no le hizo caso.

—¿Cooper? ¿Sims? —Los dos amartillaron sus rifles. Cooper disparó primero, Sharpe contó hasta diez y entonces Sims apretó su gatillo, Sharpe volvió a contar hasta diez y entonces fue él quien disparó al aire. Era la señal de que Harper podía bajar de la colina con los demás—. Busquen palas —dijo Sharpe a Vicente.

—¿Palas?

—Vamos a enterrarlos.

El cementerio era un terreno vallado situado justo al norte del pueblo; allí, en una cabañita, había unas palas de enterrador, que Sharpe entregó a sus hombres.

—Lo bastante profundas para que los animales no escarben en ellas —ordenó—, pero no demasiado.

—¿Por qué no demasiado? —preguntó Vicente molesto, pensando que una tumba poco profunda era un cruel insulto a los muertos.

—Porque cuando regrese la gente del pueblo —dijo Sharpe—, los desenterrarán para buscar a sus familiares. —Encontró un gran retal de arpillera en el cobertizo y lo usó para recoger los cuerpos carbonizados de la iglesia, que arrastró hasta el cementerio de uno en uno. El brazo izquierdo del padre Josefa se desprendió del cuerpo cuando Sharpe intentaba soltar al sacerdote de la cruz; Sims vio lo que estaba pasando y acudió para ayudarlo a envolver el cuerpo, consumido y negro, con la arpillera.

—Yo lo llevaré, señor —dijo Sims, agarrando bien la arpillera—. No tiene que hacerlo usted.

Sims parecía avergonzado.

—No vamos a salir corriendo, señor —soltó de golpe, y pareció temeroso mientras esperaba que Sharpe diera rienda suelta a su lengua afilada.

Sharpe lo miró y vio a otro ladrón, otro borracho, otro fracasado, otro fusilero. Y entonces sonrió.

—Gracias, Sims. Dígale a Pat Harper que le dé un trago de su agua bendita.

—¿Agua bendita? —preguntó Sims.

—Ese brandy que guarda en su segunda cantimplora. Ése del que cree que yo no

sé nada.

Más tarde, cuando los hombres que habían bajado de la colina estaban ayudando a enterrar a los muertos, Sharpe regresó a la iglesia; allí lo encontró Harper.

—Ya he dispuesto los piquetes, señor.

—Bien.

—Y Sims me ha dicho que tenía que darle un poco de brandy.

—Espero que se lo diera.

—Sí, señor, se lo di. Y el señor Vicente, señor, está esperando para decir una o dos oraciones.

—Espero que Dios esté escuchando.

—¿Quiere usted asistir?

—No, Pat.

—No pensé que quisiera. —El hombretón irlandés se abrió camino entre las cenizas. Allí donde había estado el altar, una parte de los escombros todavía humeaba, pero él metió una mano en la maraña ennegrecida y sacó un crucifijo negro y retorcido. Sólo tenía unos diez centímetros de altura. Se lo puso en la palma de la mano izquierda y se santiguó—. El señor Vicente no está contento, señor.

—Lo sé.

—Él piensa que tendríamos que haber defendido el pueblo, pero ya se lo dije, señor, ya le dije que no se caza al conejo matando al perro.

Sharpe miraba el humo.

—Quizá tendríamos que haber estado aquí.

—Ahora está usted hablando como un irlandés, señor —dijo Harper—, porque no hay nada que no sepamos de causas perdidas. Seguro que sí, y habríamos muerto todos. Y si ve usted que el guardamonte del arma de Gataker está suelto, no le eche una bronca. Los tornillos se han desgastado.

Sharpe sonrió por el esfuerzo que hacía Harper para distraerlo.

—Sé que hicimos lo correcto, Pat. Pero desearía que el teniente Vicente pudiera verlo.

—Es abogado, señor, ninguna puñetera cosa puede parecerle bien. Y es joven. Vendería su vaca por un vaso de leche.

—Hicimos lo correcto —insistió Sharpe—, pero, ¿qué hacemos ahora?

Harper intentaba enderezar el crucifijo.

—Cuando era un mocoso —dijo—, me perdí. No tenía más de siete, ocho años quizá. No era mayor que Perkins, vamos. Había soldados cerca del pueblo, de esos suyos vestidos de rojo, y aún hoy no sé qué estaban haciendo allí esos cabrones, pero yo huí de ellos. No me perseguían, pero yo corría igualmente, porque eso era lo que hacías cuando aparecían esos cabrones de rojo. Corrí y corrí, eso hice, y seguí corriendo hasta que no supe dónde demonios estaba.

—¿Y qué hizo entonces?

—Seguí un arroyo y llegué a unas casitas y mi tía vivía en una de ellas y me llevó a casa.

Sharpe empezó a reírse y, aunque la historia no había sido especialmente divertida, no podía parar.

—Maire —dijo Harper—, mi tía Maire, que en paz descanse. —Se metió el crucifijo en un bolsillo.

—Desearía que su tía Maire estuviera aquí, Pat. Pero no nos hemos perdido.

—¿No?

—Iremos hacia el sur. Buscaremos una barca. Cruzaremos el río y seguiremos avanzando hacia el sur.

—¿Y si el ejército se ha ido de Lisboa?

—Iremos a pie hasta Gibraltar —dijo Sharpe, a sabiendas de que nunca llegarían hasta allí. Si había paz, entonces sería mejor que lo encontrara alguien con autoridad y lo enviara al puerto más cercano, y si aún continuaba la guerra, buscaría a alguien contra quien luchar. Algo simple de verdad, pensó—. Pero marcharemos de noche, Pat.

—Entonces usted cree que aún estamos en guerra, ¿no?

—Oh, estamos en guerra, sí, Pat —confirmó Sharpe mirando las ruinas y pensando en Christopher—; estamos en una puta guerra.

Vicente estaba mirando las nuevas tumbas. Asintió con la cabeza cuando Sharpe dijo que se proponía marchar al sur durante la noche, pero no habló hasta que estuvieron fuera de las puertas del cementerio.

—Yo me voy a Oporto —anunció.

—¿Cree que ha habido un tratado de paz?

—No —dijo Vicente, y después se encogió de hombros—. O tal vez sí. No lo sé. Pero sí sé que es probable que el coronel Christopher y el brigadier Vuillard estén allí. No los combatí aquí, así que tengo que perseguirlos allí.

—¿Así que se dispone usted a ir a Oporto —dijo Sharpe— y a morir?

—Puede ser —respondió Vicente solemne—, pero un hombre no puede esconderse del mal.

—No —dijo Sharpe—, pero si decide usted luchar, hágalo con inteligencia.

—Estoy aprendiendo a luchar —dijo Vicente—, pero ya sé cómo matar.

Aquello era la receta para un suicidio, pensó Sharpe, pero no discutió.

—Lo que yo estoy planeando —dijo en vez de discutir— es regresar por donde vinimos. Puedo encontrar el camino con bastante facilidad. Y una vez que esté en Barca d'Avintas, buscaré una barca. Tiene que haber allí algo que flote.

—Seguro que lo hay.

—Pues venga conmigo hasta allí —sugirió Sharpe—, porque está cerca de

Oporto.

Vicente estuvo de acuerdo, y sus hombres desfilaron tras los de Sharpe cuando salieron del pueblo. Sharpe se alegró de aquello; también aquella noche fue negra como la pez y, pese a su confianza en que podría hallar el camino, se habría perdido sin remedio si Vicente no hubiera estado allí. Con aquella oscuridad, avanzaban con una lentitud penosa, así que aprovecharon la hora más oscura de la noche para descansar. Cuando la luz lobuna rayó el horizonte por el este, empezaron a avanzar más deprisa.

Sharpe se sentía indeciso sobre el regreso a Barca d'Avintas. Había riesgos, ya que el pueblo estaba peligrosamente cerca de Oporto, pero por otra parte sabía que era un lugar desde donde resultaba seguro cruzar el río y creía además que allí podría encontrar algunos maderos de los cobertizos y las casas con los que sus hombres pudieran construir una balsa. Vicente estaba de acuerdo; decía que gran parte del resto del valle del Duero era un barranco de piedra y que Sharpe tendría problemas tanto para acercarse al río como para encontrar otro lugar por donde cruzarlo. Un riesgo aún mayor era que los franceses estuvieran vigilando Barca d'Avintas, pero Sharpe sospechaba que se habrían contentado con destruir todas las barcas del pueblo.

El amanecer los sorprendió en unas colinas boscosas. Se detuvieron junto a un arroyo y prepararon un desayuno a base de pan reseco y una carne ahumada tan dura que los hombres comentaron en broma que harían suelas nuevas para sus botas con ella, y después se quejaron porque Sharpe no les dejaba encender un fuego para poder preparar té. Sharpe se llevó un mendrugo de pan a la cima de una colina cercana y examinó el paisaje con el pequeño catalejo. No vio a ningún enemigo; de hecho, no vio a nadie en absoluto. Había una casita abandonada siguiendo el valle por donde corría el arroyo y un campanario a aproximadamente un kilómetro y medio hacia el sur. Vicente se le acercó.

—¿Cree que habrá franceses aquí?

—Siempre lo creo —dijo Sharpe.

—¿Y cree que los ingleses se habrán marchado? —preguntó Vicente.

—No.

—¿Por que no?

Sharpe se encogió de hombros.

—Si hubiéramos querido marcharnos —dijo—, nos habríamos ido tras la retirada de sir John Moore.

Vicente miró hacia el sur.

—Sé que no habríamos podido defender el pueblo —dijo.

—Me habría gustado poder hacerlo.

—Pero es que es mi gente —dijo encogiéndose de hombros.

—Lo sé —dijo Sharpe, e intentó imaginar al ejército francés en los valles de Yorkshire o en las calles de Londres. Intentó imaginar las casas ardiendo, las cervecerías saqueadas y a las mujeres gritando, pero no conseguía visualizar aquel horror. Resultaba extrañamente imposible. Sabía que Harper sí podía imaginar la profanación de su casa, probablemente podía recordarlo, pero Sharpe no podía.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Vicente en un tono verdaderamente angustiado.

Sharpe plegó el catalejo, después levantó la tierra con la puntera de su bota derecha. El día antes de que subieran a la atalaya, había secado junto al fuego sus botas empapadas por la lluvia, pero las había dejado demasiado cerca y el cuero se había agrietado.

—En la guerra no hay reglas —dijo incómodo.

—Sí hay reglas —insistió Vicente.

Sharpe pasó por alto la protesta.

—La mayoría de los soldados no son santos. Son borrachos, ladrones, rufianes. Han fracasado en todo, así que o se alistan ellos en el ejército o algún juez cabrón los obliga a alistarse. Después se les da un arma y se les dice que maten. Si estuvieran en su casa, los ahorcarían por eso, pero en el ejército se les alaba por hacerlo, y a menos que los ates corto, piensan que cualquier matanza está permitida. Esos muchachos —indicó con la cabeza a los hombres reunidos debajo de los alcornoques colina abajo— saben perfectamente que serán castigados si cruzan la línea. Pero ¿y si les dejase la correa suelta? Devastarían este país, después destrozarían España y no se detendrían hasta que alguien los matara. —Se detuvo, pues sabía que no estaba siendo justo con sus hombres—. Y, ¿sabe?, los aprecio —continuó—. No son de lo peor, de verdad, sólo han tenido mala suerte, y son muy buenos soldados, joder. No sé. —Frunció el ceño, avergonzado—. Pero ¿los gabachos? No han tenido elección. Se llama reclutamiento forzoso. Algunos de esos pobres cabrones un día están trabajando de panaderos o de carreteros y al siguiente visten uniforme y están obligados a marchar por medio continente. Se resienten de eso, y además los franceses no azotan a sus soldados, por lo que no hay manera de refrenarlos.

—¿Usted azota a los suyos?

—Yo no. —Pensó en explicarle a Vicente que él sí había sido azotado en una ocasión, hacía ya mucho, en una calurosa plaza de armas de la India, pero después decidió que sonaría arrogante—. Yo me los llevo detrás de un muro y les parto la cara —dijo—. Es más rápido.

Vicente sonrió.

—Yo no podría hacer eso.

—Siempre puede usted entregarles una orden judicial —dijo Sharpe—. Yo preferiría que me partieran la cara a verme enredado con un abogado. —Quizá, pensó, si le hubiese partido la cara a Williamson, éste se habría amoldado a la

autoridad. O quizá no—. ¿A qué distancia queda el río? —preguntó.

—A unas tres horas, diría. No mucho más.

—Pese a todo lo que está pasando aquí, deberíamos seguir avanzando.

—Pero ¿y los franceses? —sugirió Vicente nervioso.

—Aquí no hay ninguno, tampoco allí —Sharpe señaló con la cabeza en dirección al sur—. No hay humo y los pájaros no salen volando de los árboles como si los persiguiera un gato. Y a los dragones franceses se les puede oler a más de un kilómetro de distancia. Todos sus caballos tienen mataduras por las sillas y apestan como una letrina.

Así que siguieron adelante. Aún quedaba rocío en la hierba. Atravesaron un pueblo abandonado que parecía intacto, y Sharpe sospechó que sus habitantes los habían visto venir y se habían escondido. Estaba claro, desde luego, que allí vivía gente, pues había una colada tendida entre dos laureles, pero aunque el sargento Macedo gritó que eran amigos, nadie se atrevió a aparecer por allí. Una de las prendas de la colada era una elegante camisa de hombre con botones de hueso, y Sharpe advirtió que Cresacre remoloneaba para intentar llevársela cuando los demás estuvieran delante.

—El castigo por robo —les recordó Sharpe a sus hombres— es la horca. Y aquí hay muy buenos árboles para colgar a alguien.

Cresacre fingió que no lo había oído, pero avanzó más deprisa.

Se detuvieron al llegar al Duero. Todavía quedaba un trecho hacia el oeste para llegar a Barca d'Avintas y Sharpe sabía que sus hombres estaban cansados, así que vivaquearon en un alto del bosque que daba a un barranco sobre el río. Allí no se movía ninguna barca. A lo lejos, hacia el sur, una voluta de humo oscilaba en el cielo y hacia el oeste había una neblina titilante que, sospechaba Sharpe, era el humo de las cocinas de Oporto. Vicente dijo que Barca d'Avintas quedaba a algo más de una hora de camino, pero Sharpe decidió que esperarían hasta la mañana siguiente antes de volver a ponerse en marcha. Media docena de los hombres cojeaban porque sus botas se estaban pudriendo y Gataker, que había sido herido en el muslo, se quejaba del dolor. Uno de los hombres de Vicente caminaba descalzo y Sharpe estaba pensando en hacer lo mismo debido al mal estado de sus botas. Pero había una razón aún mejor para demorarse.

—Si los franceses están allí —explicó—, entonces prefiero acercarme a ellos con sigilo al amanecer. Y si no están, tendremos todo el día para construir algún tipo de balsa.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Vicente.

—¿Aún quiere ir a Oporto?

—De allí es de donde proviene el regimiento —dijo Vicente—, es su hogar. Los hombres están nerviosos. Algunos tienen familia allí.

—Acompañenos hasta Barca d'Avintas —sugirió Sharpe— y después váyase a casa. Pero al menos los tres últimos kilómetros hágalos despacio, vaya con cuidado. Le irá todo bien. —No lo creía, pero no le iba a decirlo que pensaba.

Así que descansaron. Los piquetes vigilaban al filo del bosque mientras los demás dormían. En algún momento pasado el mediodía, cuando el calor hacía que todos estuvieran soñolientos, a Sharpe le pareció oír un trueno a lo lejos, pero no había nubes de lluvia a la vista y eso significaba que el trueno tenía que ser un cañonazo, aunque no podía estar seguro. Harper estaba durmiendo y Sharpe se preguntó si no estaría oyendo el eco de los ronquidos del hombretón irlandés, pero entonces de nuevo le pareció oír el trueno, aunque el sonido fue tan débil que podía haberlo imaginado. Le dio un codazo a Harper.

—¿Qué?

—Intento escuchar —dijo Sharpe.

—Y yo intento dormir.

—¡Escuche! —Pero sólo hubo silencio, a excepción del murmullo del río y el susurro de las hojas por el viento del este.

Sharpe pensó en enviar una patrulla de reconocimiento a Barca d'Avintas, pero decidió no hacerlo. No quería dividir sus ya peligrosamente menguadas fuerzas, y fueran cuales fueran los peligros que les aguardasen en el pueblo, podrían esperar hasta la mañana siguiente. Al anoecer creyó que oía nuevamente el trueno, pero entonces el viento arreció y se llevó el sonido.

El amanecer fue silencioso, tranquilo; el río, con su ligera bruma, parecía tan lustroso como el acero. Luis, que se había unido a los hombres de Vicente, había dado muestras de ser un buen remendón y había remendado algunas de las botas más decrepitas. Se había ofrecido a afeitarse a Sharpe, que se había negado.

—Me afeitare cuando hayamos cruzado el río.

—Espero que no se deje crecer la barba —dijo Vicente, y después se pusieron en marcha siguiendo un sendero que serpenteaba a lo largo del terreno montañoso. El sendero era accidentado y estaba lleno de malas hierbas y de profundos surcos, así que el avance fue lento, pero no vieron a ningún enemigo. Después el suelo se allanó, el sendero se convirtió en un camino que corría junto a viñedos y Barca d'Avintas, con sus muros blancos encendidos por el sol naciente, apareció ante ellos.

No había franceses allí. Unas cuarenta personas que habían regresado a sus casas saqueadas parecieron alarmarse al ver a los rufianes uniformados que llegaban por el puentecito que cruzaba el arroyo, pero Vicente los tranquilizó. No había barcas, decía la gente, los franceses se las habían llevado o las habían quemado todas. Raras veces veían a los franceses, añadieron. A veces una patrulla de dragones atravesaba el pueblo al trote, echaba un vistazo sobre el río, robaba algo de comida y después se iba. No tenían muchas más noticias. Una mujer que vendía aceite de oliva, huevos y

pescado ahumado en el mercado de Oporto les dijo que los franceses vigilaban toda la orilla del río desde la ciudad al mar, pero Sharpe no dio demasiado crédito a sus palabras. Su marido, un gigante encorvado de manos retorcidas, admitió con reparos que era posible construir una balsa con algunos de los muebles rotos del pueblo.

Sharpe dispuso unos piquetes en el extremo oeste del pueblo, donde Hagman había sido herido. Allí se subió a un árbol y descubrió con sorpresa que podían divisarse algunos de los edificios de la periferia de Oporto sobre el horizonte de las colinas. El que más destacaba era el gran edificio blanco de tejado plano junto al que recordaba haber pasado nada más conocer a Vicente, y le espantó que quedase tan cerca. No estaban a más de cinco kilómetros del gran edificio blanco y estaba seguro de que los franceses habrían dispuesto sus propios piquetes en aquella colina. Y seguramente tendrían también un catalejo allí arriba con el que vigilar las cercanías de la ciudad. Pero estaba decidido a cruzar el río aquí, así que saltó del árbol y justo cuando estaba sacudiéndose la casaca, un joven con el pelo revuelto y vestido con harapos le mugió. Sharpe lo miraba fijamente, estupefacto. El hombre volvió a mugir y luego sonrió como un necio, antes de soltar una risotada socarrona. Tenía el cabello pelirrojo y sucio, y unos brillantes ojos azules, y su boca abierta babeaba. Sharpe se dio cuenta de que era tonto y probablemente inofensivo. Y en ese momento se acordó de Ronnie, el tonto del pueblo en Yorkshire, a quien sus padres ataban al tocón de un olmo en la dehesa del pueblo, desde donde Ronnie gritaba a las vacas que pastaban, hablaba solo y gruñía a las chicas. Este hombre se le parecía mucho y también era insistente, pues estaba cogiendo a Sharpe por el codo mientras intentaba arrastrarle hacia el río.

—¿Ha hecho un amiguito, señor? —preguntó Tongue, divertido.

—Está siendo una puñetera molestia, señor —dijo Perkins.

—Pero no es peligroso —dijo Tongue—, sólo quiere que lo lleve a nadar, señor.

Sharpe se soltó del tonto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, pero enseguida cayó en la cuenta de que tenía poco sentido hablarle en inglés a un portugués chiflado; sin embargo, el tonto estaba tan contento de que le hablaran que farfulló como un salvaje, sonrió y empezó a dar saltos sobre la punta de los pies.

Después volvió a coger a Sharpe por el codo.

—Te llamaré Ronnie —dijo Sharpe—. ¿Y qué quieres?

Ahora sus hombres se reían. Como de todas formas Sharpe tenía intención de bajar a la orilla del río para ver a qué tipo de escollos se tendría que enfrentar su balsa, dejó que Ronnie tirara de él. El tonto fue charlando todo el camino, aunque nada de lo que decía tenía sentido. Llevó a Sharpe justo a la orilla del río y cuando Sharpe intentó soltarse de su sorprendentemente fuerte agarre, Ronnie agitó la cabeza y avanzó tirando de Sharpe entre unos álamos, bajó atravesando unos densos arbustos

y entonces, por fin, soltó el brazo de Sharpe y dio unas palmadas.

—Así que, al fin y al cabo, no eres tan idiota, ¿verdad? —dijo Sharpe—. De hecho, eres un puñetero genio, Ronnie.

Había una barca. Sharpe había visto el transbordador quemado y hundido en su primera visita a Barca d'Avintas, pero ahora se daba cuenta de que debía de haber dos barcas, y ésta era la segunda. Era una embarcación plana, ancha y voluminosa, el tipo de barca que podría transportar un pequeño rebaño de ovejas o incluso un carruaje con sus caballos, y había sido lastrada con piedras y amarrada en aquella cala similar a una acequia que sobresalía bajo los árboles para formar un pequeño remanso. Sharpe se preguntó por qué los lugareños no se la habían mostrado antes y supuso que temían a todos los soldados, así que habían escondido su bote máspreciado hasta que llegaran tiempos más pacíficos. Los franceses habían destruido todas las demás barcas y nunca habría adivinado que este segundo transbordador aún existía.

—Eres un puñetero genio —le repitió Sharpe a Ronnie, y le dio su último trozo de pan, que era lo único que tenía.

Pero también tenía una barca.

Y entonces tuvo algo más, pues el trueno que había oído a tanta distancia la noche pasada volvió a sonar. Sólo que esta vez se oyó cerca y era inconfundible; no era en absoluto un trueno. Christopher había mentido: no había paz en Portugal.

Era un cañonazo.

CAPÍTULO 8

El sonido de los disparos se acercaba desde el oeste, canalizado por las altas laderas que caían al valle del río, pero Sharpe no podía distinguir si la batalla se estaba librando en la orilla norte o en la orilla sur del Duero. Tampoco podía saber si en realidad se trataba de una batalla. Quizá los franceses hubiesen instalado baterías para proteger la ciudad de un ataque desde el mar y aquellas baterías sólo estuviesen disparando contra fragatas entrometidas. O quizá los cañones simplemente estuvieran realizando prácticas de tiro. Pero una cosa era cierta: nunca sabría qué estaban haciendo aquellos cañones si no se acercaba más.

Volvió corriendo al pueblo, seguido por Ronnie, que avanzaba arrastrando los pies y anunciando al mundo con gritos inarticulados su descubrimiento. Sharpe encontró a Vicente.

—El transbordador aún está ahí —le anunció—; él me lo ha enseñado —dijo señalando a Ronnie.

—Pero ¿y los cañones? —Vicente estaba desconcertado.

—Vamos a averiguar lo que están haciendo —respondió Sharpe—, pero pida a la gente de aquí que saque a flote la barca. Puede que aún la necesitemos. Aunque iremos hacia la ciudad.

—¿Todos nosotros?

—Todos nosotros. Pero díales que quiero esa barca a flote a media mañana.

La madre de Ronnie, una mujer consumida y encorvada, vestida toda de negro, apartó a su hijo del lado de Sharpe y le regañó con voz estridente. Sharpe le entregó el último pedazo de queso que quedaba en el macuto de Harper, explicó que Ronnie era un héroe y después condujo a su variopinto grupo por la orilla del río hacia el oeste.

Estaban bien cubiertos. Huertas de frutales, olivares, cobertizos para el ganado y pequeños viñedos llenaban la estrecha franja de tierra llana junto a la ribera norte del Duero. Los cañonazos, ocultos por la cercanía de la gran colina sobre la que se hallaba el edificio de tejado plano, eran esporádicos. Los disparos alcanzaban la intensidad de una batalla y después cesaban lentamente. Durante unos minutos no abrían fuego, o sólo disparaban una vez y el sonido levantaba el eco en las colinas del sur, rebotaba en las del norte y se abría camino valle abajo.

—Quizá —sugirió Vicente, señalando hacia el gran edificio blanco de arriba— deberíamos subir al seminario.

—Los gabachos estarán allí —dijo Sharpe. Estaba acuclillado junto a un seto y, por alguna razón, hablaba en voz muy baja. Parecía increíble que no hubiera allí ni un solo piquete francés, pero estaba seguro de que los franceses habrían colocado algunos hombres en la gran construcción que dominaba la orilla este de la ciudad con

la misma efectividad que un castillo—. ¿Qué ha dicho usted que era?

—Un seminario. —Vicente vio que Sharpe seguía sin entender—. Un lugar donde se forman los sacerdotes. Una vez pensé en hacerme sacerdote.

—Por Dios —dijo Sharpe sorprendido—, ¿de verdad quería ser cura?

—Lo pensé, sí —respondió Vicente a la defensiva—. ¿No le gustan los sacerdotes?

—No mucho.

—Entonces me alegro de haberme hecho abogado —dijo Vicente con una sonrisa.

—Usted no es abogado, Jorge —dijo Sharpe—: usted es un maldito soldado, como todos nosotros. —Y tras hacerle aquel cumplido se volvió, mientras el último de sus hombres atravesaba el pequeño prado para agacharse junto al seto. Si los franceses tenían hombres en el seminario, pensó, o bien estaban dormidos o, lo que era más probable, habían visto los uniformes azules y verdes y los habían confundido con sus propias casacas. ¿Pensaban que el azul de los portugueses era el de los gabanes franceses? El azul portugués era más oscuro que el de los gabanes de la infantería francesa y el verde de los fusileros era mucho más oscuro que el de los gabanes de los dragones, pero a distancia los uniformes se podían confundir. ¿O sucedía, tal vez, que no había nadie en el edificio? Sharpe sacó el pequeño catalejo y estuvo mirando un buen rato. El seminario era inmenso, un gran bloque blanco de cuatro pisos de altura; sólo en la fachada sur tenía que haber al menos noventa ventanas, pero no podía ver movimiento en ninguna de ellas, y tampoco había nadie en el tejado plano, que tenía un parapeto de tejas rojas y seguramente proporcionaba el mejor puesto de observación al este de la ciudad.

—¿Vamos a ir ahí? —le preguntó Vicente a Sharpe.

—Puede —respondió Sharpe cauteloso. Se sentía tentado porque el edificio ofrecería una maravillosa vista de la ciudad, pero aun así no podía creerse que los franceses hubieran dejado el edificio vacío—. De todas formas, primero avanzaremos un poco más por la orilla.

Avanzó con sus fusileros. Sus casacas verdes se camuflaban bien con el follaje, lo que les daba una pequeña ventaja en caso de que hubiese algún piquete francés delante, pero no vieron ninguno. Sharpe tampoco detectó actividad en la orilla sur, aunque los cañones seguían disparando, pero sí pudo ver, sobre la mole de la colina del seminario, una sucia nube de humo blanco que se internaba por el valle del río.

Ahora había más edificios; muchos de ellos eran casitas construidas cerca del río, y sus jardines, un laberinto de vallas, viñas y olivos, ocultaban a los hombres de Sharpe en su avance hacia el oeste. Por encima de Sharpe, a su derecha, el seminario se cernía como una gran amenaza en el cielo, con sus hileras de ventanas vacías y negras; Sharpe no podía librarse del temor a que una horda de soldados franceses estuviera escondida tras aquella pared de piedra y cristal que resplandecía por el sol,

aunque ninguna de las veces que miró advirtió movimiento alguno.

Entonces, de repente, vio a un soldado francés allí delante. Sharpe había doblado un recodo, y allí estaba aquel hombre. Se hallaba en medio de una rampa adoquinada que llevaba del cobertizo de un constructor de barcas hasta el río, y se había agachado para jugar con un perrillo. Sharpe hizo una señal desesperada para que sus hombres se detuvieran. El enemigo era un soldado de infantería y estaba a sólo siete u ocho pasos de ellos, totalmente despreocupado y dando la espalda a Sharpe; su chacó y su mosquete descansaban sobre los adoquines, mientras él dejaba que el cachorro mordisquease juguetón su mano derecha. Y si había un soldado francés, tenía que haber más. ¡Tenía que haber más! Sharpe miró más allá de aquel hombre, hacia una zona donde unos álamos y unos espesos arbustos bordeaban el extremo más alejado de la rampa. ¿Había allí una patrulla? No vio ninguna señal de su existencia, ni ningún indicio de actividad entre los ruinosos cobertizos del astillero.

Entonces el francés o bien oyó una bota que se arrastraba o bien sintió que estaba siendo observado, porque se enderezó y se giró; en ese momento se dio cuenta de que su mosquete seguía en el suelo y se agachó a por él, pero quedó paralizado cuando el rifle de Sharpe le apuntó a la cara. Sharpe negó con la cabeza y después le indicó al soldado con el rifle que se pusiera derecho. El hombre obedeció. Era joven, apenas mayor que Pendleton o Perkins, y tenía una cara redonda e inocente. Parecía asustado; dio un involuntario paso atrás cuando Sharpe, veloz, se acercó a él, y gimoteó mientras éste se lo llevaba, agarrado por la casaca, al otro lado del recodo. Sharpe lo tiró al suelo de un empujón, sacó la bayoneta de la vaina del soldado y la arrojó al río.

—Átalo —ordenó a Tongue.

—Cortarle la garganta —sugirió Tongue— es más fácil.

—Átalo —insistió Sharpe—, amordázalo y hazlo bien. —Hizo una seña a Vicente, que estaba detrás—. Éste es el único que he visto.

—Debe de haber más —afirmó Vicente.

—Sabe Dios dónde estarán.

Sharpe regresó al recodo, echó un vistazo alrededor y no vio más que al cachorro, que ahora estaba intentando arrastrar por el adoquinado el mosquete del francés tirando de él por la correa. Hizo un gesto a Harper para que se acercara.

—No veo a ninguno más —susurró Sharpe.

—No es posible que estuviera solo —observó Harper.

Aunque nada se movió.

—Quiero llegar a esos árboles, Pat —siseó Sharpe, señalando hacia el otro lado de la rampa.

—Pues a correr como cabrones, señor —dijo Harper, y los dos hombres atravesaron a la carrera el espacio abierto y se arrojaron entre los árboles. Ningún

mosquete disparó, nadie gritó, pero el perrito, creyendo que era un juego, los siguió.

—¡Vete con tu madre! —le susurró Harper al perro, que acababa de ladrarle.

—¡Jesús! —exclamó Sharpe, no por el ruido que estaba haciendo el perro, sino porque podía ver barcas. Se suponía que los franceses habían destruido o capturado todas las embarcaciones a la largo del Duero, pero ante él, encalladas por la marea baja en la fangosa orilla donde el río describía una curva, había tres enormes gabarras de vinateros. ¡Tres! Se preguntó si las habrían perforado y, mientras Harper mantenía callado al cachorro, se metió en aquel barro pegajoso y subió a bordo de la barcaza que estaba más próxima. El espeso follaje de los árboles lo ocultaba de cualquiera que estuviese en la orilla norte (tal vez por esa razón los franceses habían pasado por alto las tres embarcaciones) y, lo que era mejor aún, la gabarra a la que Sharpe había subido estaba en bastante buen estado. Había mucha agua en la sentina, pero Sharpe la probó y comprobó que era agua dulce, así que se trataba de agua de lluvia, no del agua salada de la marea que remontaba el Duero dos veces al día. Sharpe atravesó entre salpicaduras la sentina inundada y no encontró grietas por golpe de hacha que hicieran agua. Después se aupó a la cubierta lateral, donde había seis grandes remos atados juntos con cuerdas deshilachadas. Incluso encontró un pequeño esquiife colocado boca abajo en la popa, con un par de antiguos remos, agrietados y descoloridos, medio metidos debajo del casco.

—¡Señor! —susurró Harper desde la orilla—. ¡Señor! —Estaba señalando al otro lado del río. Sharpe miró por encima del agua y vio un gabán rojo. Un solo jinete, evidentemente inglés, le devolvió la mirada. El hombre llevaba un bicornio, de modo que era un oficial, pero cuando Sharpe lo saludó con la mano no devolvió el saludo. Sharpe supuso que el hombre estaba confundido por su casaca verde.

—Traiga a todo el mundo aquí, ahora mismo —ordenó Sharpe a Harper, y volvió a mirar al jinete. Durante uno o dos segundos se preguntó si no sería el coronel Christopher, pero aquel hombre era más fornido y su caballo, como la mayoría de los caballos ingleses, tenía la cola cortada, mientras que Christopher, imitando a los franceses, había dejado la cola del suyo sin cortar. El hombre, que estaba atando su caballo bajo un árbol, se volvió; parecía que estuviera hablando con alguien, aunque Sharpe no pudo ver a nadie más en la orilla de enfrente. Después el hombre volvió a mirar a Sharpe y le hizo enérgicos gestos en dirección a las tres barcazas.

Sharpe dudaba. Estaba claro que aquel hombre era de rango superior al suyo. Si cruzaba el río, se encontraría de nuevo bajo la férrea disciplina del ejército y ya no sería libre para actuar como deseara. Si enviaba a alguno de sus hombres, sucedería lo mismo, pero entonces pensó en Luis y llamó al barbero y le ayudó a subir a la pesada borda de la gabarra.

—¿Sabe manejar un bote pequeño? —preguntó.

Luis lo miró momentáneamente alarmado, luego asintió con firmeza.

—Sí, sí sé.

—Pues cruce el río y entérese de qué es lo que quiere ese oficial inglés. Dígale que estamos haciendo un reconocimiento del seminario. Y dígale también que hay otro bote en Barca d'Avintas. —Sharpe estaba haciendo la rápida suposición de que los ingleses habían avanzado hasta el norte y se habían tenido que detener ante el Duero. Dedujo que los cañonazos procedían de las baterías que se disparaban unas a otras por encima del río, pero sin botes los ingleses estarían desvalidos. ¿Dónde demonios estaba la puñetera marina?

Harper, Macedo y Luis bajaron a pulso el esquife de la borda y cruzaron el fango viscoso hasta llegar al río. Estaba subiendo la marea, pero aún faltaba un buen rato hasta que alcanzara las gabarras. Luis cogió los remos, se sentó en el banco y, con una destreza admirable, se alejó con un impulso de la orilla. Miró por encima del hombro para calcular la dirección y entonces remó con vigor. Sharpe vio aparecer a otro jinete detrás del primero, el segundo también con gabán rojo y bicornio negro, y sintió que las obligaciones del ejército se acercaban para atraparlo, así que saltó de la barcaza y cruzó el barro hasta llegar a la orilla.

—Usted quédese aquí —ordenó a Vicente—, que yo echaré un vistazo a la colina.

Por un instante Vicente pareció dispuesto a discutir, pero al final aceptó el plan. Sharpe ordenó a sus fusileros que le siguieran. Mientras desaparecían entre los árboles, Sharpe miró hacia atrás y vio que Luis casi había llegado a la otra orilla; después atravesó unos laureles y vio la carretera delante de él. Era la misma carretera por la que había escapado de Oporto y a la izquierda podían verse las casas donde Vicente le había salvado el cuello. No pudo ver a ningún francés. Volvió a mirar hacia el seminario, pero allí no se movía nada. Al infierno con todo, pensó; adelante.

Condujo a sus hombres en orden de escaramuza hacia lo alto de la colina, que ofrecía poca protección. Un par de árboles descuidados rompían la superficie del pasto y un destartalado cobertizo se levantaba a medio camino; por lo demás, aquello sería una trampa mortal si hubiese algunos franceses en el gran edificio. Sharpe sabía que debería haber tenido más cuidado, pero nadie disparó desde las ventanas, nadie lo desafió, de modo que aceleró el paso hasta sentir que le dolían los músculos de las piernas, porque la cuesta era muy empinada.

Después, de golpe, advirtió que había llegado sano y salvo a la base del seminario. La planta baja tenía pequeñas ventanas con barrotes y siete puertas con arcos. Sharpe probó a abrir una, pero estaba cerrada y era tan sólida que cuando la golpeó sólo consiguió hacerse daño. Se agachó y esperó a que llegaran los rezagados de entre sus hombres. Hacia el oeste, podía ver el valle que se extendía entre el seminario y la ciudad; también pudo ver que los cañones franceses estaban disparando desde lo alto de la colina de Oporto hacia la otra orilla del río, aunque su objetivo quedaba oculto por una colina de la orilla sur.

Un enorme convento se alzaba en la oscura colina, el mismo convento, recordó Sharpe, desde donde los cañones portugueses se habían batido en duelo con los franceses el mismo día en que cayó la ciudad.

—Ya estamos todos —le dijo Harper.

Sharpe siguió el muro del seminario, que estaba construido con enormes sillares. Se dirigió hacia el oeste, hacia la ciudad. Hubiera preferido tomar la dirección contraria, pero tenía la impresión de que la entrada principal del edificio estaría de cara a Oporto. Todas las puertas junto a las que pasaba estaban cerradas. ¿Por qué demonios no había franceses allí? No se veía ninguno, ni siquiera en el límite de la ciudad a casi un kilómetro. El muro torció a su derecha y vio unos escalones que subían hacia una puerta ornamentada. No había centinelas vigilando la entrada, aunque ahora, por fin, sí vio franceses. Había un convoy de carros en una carretera que se internaba en el valle del norte del seminario. Los carros, tirados por bueyes, eran escoltados por dragones, y Sharpe, con el pequeño catalejo de Christopher, comprobó que los vehículos estaban llenos de hombres heridos. ¿Estaba Soult enviando a sus inválidos de regreso a Francia? ¿O sólo estaba vaciando sus hospitales antes de emprender una nueva batalla? Y seguramente ahora ya no estaría pensando en marchar sobre Lisboa, pues los ingleses habían avanzado hacia el norte y llegado hasta el Duero, y eso hizo pensar a Sharpe que sir Arthur Wellesley debía de haber llegado a Portugal para avivar los ánimos de las tropas inglesas.

La entrada del seminario estaba enmarcada por una ornamentada fachada que culminaba en una cruz de piedra, ahora desconchada por disparos de mosquetes. La puerta principal, a la que se accedía por unos escalones, era de madera con remaches, y cuando Sharpe giró la manija de hierro forjado se sorprendió de que estuviese abierta. Empujó la puerta con la culata de su rifle para abrirla y se encontró con un zaguán vacío, con el suelo de baldosas y las paredes pintadas de un verde pálido. El retrato de un santo escuálido colgaba torcido de una pared, y el cuerpo del santo estaba acribillado a balazos. Cerca del santo habían garabateado un grosero dibujo de una mujer y un soldado francés; eso demostraba que los franceses habían estado dentro del seminario, aunque ahora no se veía a ninguno. Sharpe entró, y en las paredes resonó el eco de sus botas.

—¡Jesús, María y José! —dijo Harper, mientras se santiguaba—. ¡Nunca había visto un edificio tan grande! —Miró sobrecogido el sombrío corredor—. ¿Cuántos malditos curas necesita un país?

—Depende de cuántos pecadores haya —ironizó Sharpe—. Y ahora registremos este sitio.

Dejó a seis hombres en la entrada como piquete de vigilancia y luego bajó por las escaleras para desatrarcar una de las puertas de arco que daban al río. Aquella puerta sería su vía de escape si los franceses llegaban al seminario. Una vez hubo asegurado

la retirada, revisó los dormitorios, los cuartos de baño, las cocinas, el refectorio y las aulas de aquel vasto edificio. Todas las habitaciones estaban llenas de muebles destrozados y sobre el suelo de madera de la biblioteca yacían esparcidos miles de libros desgarrados, pero no había nadie. La capilla había sido profanada, el altar despedazado para hacer leña y el coro usado como letrina.

—Cabrones —dijo Harper en voz baja.

Gataker, con el guardamonte del gatillo colgando del último tornillo, miraba boquiabierto una burda pintura de dos mujeres en extraña unión a tres dragones franceses que había sido pintarrajeada en la pared encalada donde antes había, colgado sobre el altar, un gran tríptico de la Natividad.

—Ésta es buena —dijo en un tono tan respetuoso como el que habría empleado en la exposición estival de la Royal Academy.

—A mí las mujeres me gustan un poco más rollizas —dijo Slattery.

—¡Vamos! —gruñó Sharpe. Ahora su cometido más urgente era encontrar el cuarto donde se almacenaban los vinos del seminario (estaba seguro de que habría uno), pero cuando por fin descubrió la bodega vio con alivio que los franceses ya habían estado allí y que no quedaba nada más que botellas vacías y barriles reventados.

—¡Unos auténticos cabrones! —dijo Harper verdaderamente dolido, aunque el propio Sharpe habría destrozado las botellas y los barriles para prevenir que sus hombres bebieran hasta caer desmayados. Y ese pensamiento le hizo darse cuenta de que ya había decidido inconscientemente que se quedaría en este edificio todo el tiempo que pudiera. Sin duda los franceses querían conservar Oporto, pero quienquiera que controlase el seminario dominaría el flanco oriental de la ciudad.

La larga fachada con una miríada de ventanas que daban al río resultaba engañosa, pues el edificio era muy estrecho; apenas una docena de ventanas daban directamente a Oporto, aunque en la parte trasera del seminario, la más alejada de la ciudad, una extensa ala se proyectaba hacia el norte. En el ángulo formado por ambas alas había un jardín, donde unos manzanos habían sido cortados para leña. Los dos lados del jardín que no quedaban abrazados por el edificio estaban protegidos por un alto muro de piedra, atravesado por un par de magníficas puertas de hierro que se abrían hacia Oporto. En un cobertizo, oculto tras una pila de redes que en el pasado se utilizaban para mantener a los pájaros alejados de los frutales, Sharpe encontró una vieja piqueta que le entregó a Cooper.

—Empieza a abrir aspilleras —dijo señalando el extenso muro—. ¡Patrick! Busque otras herramientas. Destaque a otros seis hombres para que ayuden a Coops, y el resto que vayan al tejado, pero que no se les vea. ¿Entendido? Tienen que permanecer ocultos.

Por su parte, Sharpe se dirigió a una gran habitación que, sospechaba, había sido

la oficina del director del seminario. Había estanterías como en una biblioteca y había sido saqueada igual que el resto del edificio. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de libros rotos y despedazados, una gran mesa había sido lanzada contra una pared y había un óleo rasgado y medio quemado de un clérigo con aspecto de santo en la enorme chimenea. El único objeto intacto era un crucifijo, negro como el hollín, que colgaba de la pared sobre la repisa de la chimenea.

Sharpe abrió del todo la ventana situada justo sobre la puerta principal del seminario y recurrió al pequeño catalejo para examinar la ciudad que se alzaba a una cercanía tentadora al otro lado del valle. Entonces, desobedeciendo su propia orden de que todo el mundo permaneciese escondido, se inclinó sobre el alféizar para intentar ver lo que estaba ocurriendo en la orilla sur del río, pero no pudo ver nada significativo. Y entonces mientras seguía con el cuello estirado, la voz de un extraño irrumpió tras él.

—Usted debe de ser el teniente Sharpe. Yo soy Waters, el teniente coronel Waters. Lo ha hecho usted bien, Sharpe, lo ha hecho cojonudamente bien.

Sharpe se retiró de la ventana y al volverse se encontró con un oficial de gabán rojo que atravesaba aquel amasijo de libros y papeles.

—Yo soy Sharpe, señor —reconoció.

—Los malditos gabachos están amodorrados —dijo Waters. Era un hombre fornido, con las piernas arqueadas de tanto montar a caballo y el rostro curtido por los elementos. Sharpe supuso que se acercaba a la cincuentena, pero parecía mayor porque tenía el cabello gris—. Deberían tener un batallón y medio aquí arriba, ¿no cree? Eso y un par de baterías. Nuestro puñetero enemigo se está amodorrando, Sharpe, se está amodorrando.

—¿Era usted el hombre que vi al otro lado del río? —preguntó Sharpe.

—El mismo. Su camarada portugués cruzó el río. ¡Un hombre inteligente! Así que a la vuelta me llevó con él, y ahora estamos reflatando esas malditas barcazas. —Waters hizo una mueca burlona—. Tiren, queridos míos, que si podemos sacar a flote esos puñeteros trastos, traeremos primero a los Buffs^[3], y después al resto de la 1.^a Brigada. Será interesante ver lo que pasa cuando el mariscal Soult se dé cuenta de que nos hemos colado por su puerta trasera, ¿eh? ¿Queda algo de licor en el edificio?

—Ni una gota, señor.

—Bien hecho —dijo Waters, deduciendo erróneamente que el propio Sharpe habría acabado con la tentación antes de que llegaran los casacas rojas. Después se acercó a la ventana, sacó un gran catalejo de una cartera que llevaba colgada al hombro y miró hacia Oporto.

—Pero ¿qué está pasando, señor? —preguntó Sharpe.

—¿Que qué está pasando? ¡Estamos echando a los gabachos de Portugal! ¡Largo! ¡Fuera! Y adiós de una puñetera vez a esos cabrones engreídos. ¡Mírelos! —Waters

hizo un gesto para señalar la ciudad—. ¡No tienen ni la más puñetera idea de que estamos aquí! Su camarada portugués dijo que se quedaron ustedes aislados. ¿Es eso cierto?

—Desde finales de marzo.

—¡Por Dios! —dijo Waters—. ¡Pues sí que tiene que faltarle información! —El coronel se dio la vuelta y se sentó en el alféizar, y desde allí le contó a Sharpe que sir Arthur Wellesley ya había llegado a Portugal—. Llegó hace menos de tres semanas, y ha espabilado un poco a las tropas, ¡desde luego que lo ha hecho! Cradock era un tipo bastante decente, pero carecía totalmente de garra. Así que estamos en marcha, Sharpe: izquierda, derecha, izquierda, derecha, y sálvese quien pueda. El ejército inglés ya está aquí. —Señaló por la ventana, indicando el terreno escondido más allá del elevado convento de la orilla sur—. Al parecer, los puñeteros gabachos creen que llegaremos por mar, así que todos sus hombres están o bien en la ciudad, o bien vigilando el río entre la ciudad y el mar. —Sharpe sintió una punzada de culpa por no haber creído a la mujer de Barca d'Avintas que le había dicho exactamente eso mismo—. Sir Arthur quiere que crucemos —continuó—, y sus hombres, muy oportunamente, nos han proporcionado esas tres barcazas. ¿Y dice usted que hay una cuarta?

—A unos cinco kilómetros río arriba, señor.

—No ha hecho un mal trabajo esta mañana, Sharpe —dijo Waters con una afable sonrisa—. Sólo tenemos que rezar por una cosa.

—¿Que los franceses no nos descubran aquí?

—Exacto. Así que será mejor que aparte mi gabán rojo de la ventana, ¿eh? —Waters rió y cruzó la habitación—. Recemos para que se vayan a dormir sus dulces sueños gabachos, porque cuando despierten el día va a resultar un infierno, ¿no cree? Y esas tres barcazas, ¿cuántos hombres puede llevar cada una? ¿Treinta? Sólo Dios sabe cuánto tardará en cruzar cada una. Podríamos estar metiendo la cabeza en la boca del lobo, Sharpe.

Sharpe se abstuvo de comentar que él llevaba las últimas tres semanas con la cabeza metida en la boca del lobo. En vez de eso, miró al otro lado del valle, intentando imaginar cómo se aproximarían los franceses cuando atacaran. Suponía que vendrían directos de la ciudad, cruzando el valle, y subirían la ladera, que casi no ofrecía ningún tipo de protección. El flanco norte del seminario miraba hacia la carretera del valle, y esa otra ladera estaba igual de desnuda, excepto por un solitario árbol de hojas pálidas que crecía justo en medio de la pendiente. Era de suponer que cualquiera que atacara el seminario intentaría llegar a la puerta del jardín o a la gran puerta delantera, y eso significaba cruzar la ancha terraza pavimentada donde los carruajes que traían visitantes al seminario podían dar la vuelta, y donde una infantería atacante sería detenida por el fuego de mosquetes y rifles desde las

ventanas del seminario y el parapeto de su tejado.

—¡Una trampa mortal! —El coronel Waters coincidía con ese punto de vista, y era evidente que compartía los mismos pensamientos.

—No me gustaría verme en la situación de tener que atacar subiendo por esa ladera —concordó Sharpe.

—Y no tengo ninguna duda de que colocaremos un cañón en la otra orilla para hacerlo todo un poco más difícil —dijo Waters jovial.

Sharpe esperaba que fuera cierto. Seguía preguntándose por qué no había cañones ingleses en la amplia terraza del convento que daba al río, la terraza en la que los portugueses habían situado sus baterías en marzo. Parecía obvio que era un buen emplazamiento, pero por lo visto sir Arthur había decidido desplegar su artillería abajo, entre las bodegas de oporto que quedaban fuera de la vista del seminario.

—¿Qué hora es? —preguntó Waters, que se respondió a sí mismo sacando un reloj de bolsillo—. ¡Casi las once!

—¿Está usted con el estado mayor, señor? —Sharpe lo preguntaba porque el gabán rojo de Waters, aunque iba adornado con algunos galones de oro bruñido, no mostraba las vueltas de ningún regimiento.

—Soy uno de los oficiales exploradores de sir Arthur —respondió Waters con alegría—. Nos adelantamos para explorar el terreno, como aquellos tipos de la Biblia que envió Josué para que espieran Jericó, ¿se acuerda de la historia? ¿Y de que una fulana llamada Raab les dio cobijo? Ésa es la suerte que tienen los judíos, ¿no? A los elegidos los recibe una prostituta y a mí me da la bienvenida un fusilero, aunque supongo que es mejor que un sucio beso baboso de un maldito dragón francés, ¿eh?

Sharpe sonrió.

—¿Conoce al capitán Hogan, señor?

—¿Ése de los mapas? Por supuesto que conozco a Hogan. Un hombre fundamental, ¡fundamental! —De repente Waters se quedó callado y miró a Sharpe—. Dios mío, ¡por supuesto! Usted es su fusilero perdido, ¿no es así? Ah, ahora entiendo. Él dijo que usted sobreviviría. Bien hecho, Sharpe. Ah, aquí llegan los primeros de los aguerridos Buffs.

Vicente y sus hombres habían escoltado a treinta casacas rojas colina arriba, pero en vez de usar la puerta trasera abierta, habían dado la vuelta hasta la principal, y ahora miraban pasmados a Waters y a Sharpe, que a su vez miraban hacia abajo desde la ventana. Los recién llegados vestían las vueltas beige del 3.º Regimiento de Infantería, un regimiento de Kent, y estaban sudando después de la ascensión bajo el sol abrasador. Los dirigía un enjuto teniente, que anunció al coronel Waters que otras dos barcazas llenas de hombres ya estaban desembarcando, y después miró a Sharpe con curiosidad.

—¿Qué demonios están haciendo aquí los fusileros?

—Llegamos los primeros al terreno —dijo Sharpe, citando la fanfarronada favorita del regimiento— y seremos los últimos en dejarlo.

—¿Los primeros? Pues deben de haber llegado flotando sobre el puñetero río. — El teniente se enjugó la frente—. ¿Hay algo de agua aquí?

—Hay un barril detrás de la puerta principal —dijo Sharpe—, cortesía del 95.º.

Llegaron más hombres. Las gabarras cruzaban una y otra vez el río, propulsadas por los inmensos remos que eran manejados por gente del lugar, ansiosa por ayudar, y cada veinte minutos unos ochenta o noventa hombres subían con esfuerzo la colina. Llegó un grupo con un general, sir Edward Paget, que asumió el mando de la plaza de armas de manos de Waters. Paget era un hombre joven, aún en la treintena, enérgico y entusiasta, que debía su alto rango a la riqueza de su aristocrática familia, pero tenía fama de ser un general popular entre sus soldados. Subió al tejado donde ahora estaban situados los hombres de Sharpe y, al ver el pequeño catalejo de éste, le pidió que se lo prestara.

—He perdido el mío —explicó—; estará en algún rincón entre mi equipaje en Lisboa.

—¿Vino usted con sir Arthur, señor? —preguntó Sharpe.

—Hace tres semanas —contestó Paget, mirando a la ciudad.

—Sir Edward —le contó Waters a Sharpe— es el segundo al mando de sir Arthur.

—Lo que no significa gran cosa —dijo sir Edward—, porque él nunca me cuenta nada. ¿Qué demonios pasa con esta mierda de catalejo?

—Tiene que mantener en su sitio la lente exterior, señor —dijo Sharpe.

—Tome el mío —dijo Waters, ofreciéndole un instrumento mejor.

Sir Edward escudriñó la ciudad, después frunció el ceño.

—¿Qué narices están haciendo esos malditos franceses? —preguntó en tono de desconcierto.

—Duermen —respondió Waters.

—Pues, cuando despierten, esto no va a gustarles... —comentó Paget—. ¡Duermen en la casa del guarda mientras los furtivos salen de sus refugios! —Le devolvió el catalejo a Waters y le dedicó una inclinación de cabeza a Sharpe—. Me alegra mucho tener aquí a unos fusileros, teniente. Me atrevo a decir que antes de que acabe el día habrán hecho algunas prácticas de tiro.

Otro grupo de hombres subía la colina. Todas las ventanas de la breve fachada oeste del seminario tenían ahora un grupo de casacas rojas, y una cuarta parte de las del largo muro norte también estaban ocupadas. Habían abierto aspilleras en el muro del jardín y los portugueses de Vicente y una compañía de granaderos de los Buffs estaban allí como guarnición. Los franceses, creyéndose seguros en Oporto, vigilaban el río entre la ciudad y el mar; mientras tanto, en la retaguardia, sobre la alta colina oriental, se estaban reuniendo los casacas rojas.

Eso quería decir que los dioses de la guerra estaban afilando sus cuchillos.
Y alguien tenía que caer.



Dos oficiales estaban apostados en el zaguán del Palacio dos Carrancas para asegurarse de que todos los visitantes se quitaban las botas.

—Su excelencia —explicaban, refiriéndose al mariscal Nicolas Soult, duque de Dalmacia, cuyo apodo ya era rey Nicolás— está durmiendo.

El zaguán era cavernoso, abovedado, alto, impresionante, y los duros tacones de las botas, al avanzar a zancadas por el suelo de baldosas, producían eco en las escaleras que conducían al cuarto donde dormía el rey Nicolás. Aquella misma mañana, temprano, había entrado un húsar a toda velocidad, las espuelas se le habían enganchado a una alfombra que había al pie de las escaleras y había rodado por los suelos provocando un terrible estruendo con el sable y la vaina que había despertado al mariscal, que entonces había apostado a unos oficiales para asegurarse de que su sueño reparador no fuese interrumpido. Los dos oficiales no tenían poder para evitar que la artillería inglesa detuviese los cañonazos desde el otro lado del río, pero quizás el mariscal no fuese tan sensible al fuego de cañones como lo era a los taconazos.

El mariscal había invitado a desayunar a una docena de personas y todas habían llegado antes de las nueve de la mañana. Ahora tenían que esperar en una de las grandes salas de recepciones del ala oeste del palacio, donde unas altas puertas de cristal se abrían sobre una terraza decorada con flores plantadas en unas macetas de piedra tallada y con unos laureles que un viejo jardinero estaba podando con unas enormes tijeras. Los invitados, todos ellos hombres excepto una mujer, y todos ellos franceses, menos dos, salían continuamente a pasear por la terraza, que desde su balaustrada sur ofrecía una panorámica sobre el río y, por tanto, una vista de los cañones que disparaban por encima del Duero. En realidad no había mucho que ver, pues los cañones británicos estaban emplazados en las calles de Vila Nova de Gaia, de modo que, incluso con la ayuda de sus catalejos, los invitados sólo podían ver nubecillas de humo blanco; después oían el estrépito de las balas de cañón golpeando los edificios que rodeaban el muelle de Oporto. La única otra vista que merecía la pena eran los restos del puente de barcas, que los franceses habían reparado a principios de abril pero que ahora habían volado a causa de la aproximación de sir Arthur Wellesley. Tres barcas chamuscadas permanecían ancladas, pero las demás, junto con la calzada, habían sido hechas añicos y arrastradas por la marea hasta el cercano mar.

Kate era la única mujer invitada al desayuno del mariscal y su marido había sido inflexible en que ella vistiese el uniforme de húsar. Su insistencia se vio recompensada por las miradas de admiración que los demás invitados dedicaban alas

largas piernas de su esposa. El propio Christopher vestía ropas civiles, mientras que los otros diez hombres, todos ellos oficiales, llevaban sus uniformes y, como había una mujer presente, hacían todo lo posible por aparentar despreocupación ante los cañonazos ingleses.

—Lo que están haciendo —comentó un mayor de dragones con cordón y galones de oro resplandecientes— es disparar a nuestros centinelas con cañones de seis libras. Están matando moscas a porrazos. —Encendió un cigarro, respiró hondo y dedicó a Kate una larga mirada de admiración—. Con un culo como ése —le dijo a su amigo—, debería ser francesa.

—Debería estar tumbada boca arriba.

—Eso también, claro.

Kate se mantenía de espaldas a los oficiales franceses. Le avergonzaba el uniforme de húsar, que consideraba impúdico y, peor aún, que parecía insinuar que sus simpatías estaban de parte de los franceses.

—Deberías hacer un esfuerzo —le dijo Christopher.

—Ya estoy haciendo un esfuerzo —contestó con amargura—, un esfuerzo por no vitorear cada cañonazo inglés.

—Te estás poniendo en ridículo.

—Ah, ¿sí? —respondió Kate molesta.

—Esto no es más que una demostración de fuerza —explicó Christopher, haciendo un gesto en dirección al humo de pólvora que flotaba como jirones de bruma sobre los tejados rojos de Vila Nova—. Wellesley ha hecho marchar a sus hombres hasta aquí y ahora no puede seguir adelante. Está bloqueado. No hay barcas, y la marina no es tan estúpida como para intentar navegar junto a los fuertes del río. Así que Wellesley lanzará un par de cañonazos sobre la ciudad, después se dará media vuelta y regresará a Coimbra o a Lisboa. En términos de ajedrez, querida mía, esto son tablas. Soult no puede dirigirse al sur porque sus refuerzos no han llegado y Wellesley no puede avanzar más hacia el norte porque no tiene barcas. Y si los militares no pueden tomar una decisión en este punto, entonces tendrán que ser los diplomáticos los que resuelvan el problema. Que es por lo que estoy aquí, como sigo intentando decirte.

—Estás aquí —replicó Kate— porque simpatizas con la causa de los franceses.

—Ésa es una afirmación extremadamente ofensiva —dijo Christopher con altanería—. Estoy aquí porque los hombres cuerdos debemos hacer todo lo posible para evitar que esta guerra continúe, y para ello tenemos que hablar con el enemigo, y yo no puedo hablar con ellos si estoy en el lado equivocado del río.

Kate no contestó. Ya no se creía las complicadas explicaciones de su marido sobre por qué era cordial con los franceses, ni su cháchara elevada sobre las nuevas ideas que iban a dirigir el destino de Europa. Ella se mantenía fiel a la idea más

simple de ser patriota, y lo único que quería hacer ahora era cruzar el río y unirse a los hombres de la orilla más lejana, pero no quedaban barcas ni puente, como tampoco había manera de escapar. Empezó a sollozar y Christopher, enojado por su demostración de tristeza, se apartó de ella. Se hurgaba los dientes con un palillo de marfil y se maravillaba de que una mujer tan hermosa pudiese ser tan vulnerable a los vapores^[4].

Kate se limpió las lágrimas y fue en busca del jardinero, que seguía recortando los laureles con parsimonia.

—¿Cómo puedo cruzar el río? —preguntó en portugués.

El hombre no la miró, simplemente siguió podando.

—No puede.

—¡Tengo que cruzar!

—Le dispararán si lo intenta. —La miró, fijándose en el ajustado uniforme de húsar, y se dio la vuelta—. Le dispararán de todas formas.

En el zaguán del palacio un reloj dio las once justo cuando el mariscal Soult bajaba la gran escalera. Vestía una bata de seda por encima de los calzones y la camisa.

—¿Está preparado el desayuno? —requirió.

—En la sala de recepciones azul, señor —contestó un ayuda de cámara—, y sus invitados ya están aquí.

—¡Bien, bien! —Esperó mientras le abrían las puertas de par en par y luego saludó a sus visitantes con una amplia sonrisa—. Siéntense, vamos. Ah, veo que va a ser algo informal. —Este último comentario se debía a que el desayuno había sido dispuesto en calientaplatos de plata sobre un largo aparador. El mariscal recorrió el aparador levantando las tapas—. ¡Jamón! Espléndido. ¡Riñones estofados, excelente! ¡Ternera! Y un poco de lengua, bien, bien. E hígado. Parece apetitoso. ¡Buenos días, coronel! —Este saludo iba dirigido a Christopher, que respondió con una inclinación al mariscal—. Qué bien que haya venido —continuó Soult—, ¿y ha traído consigo a su bonita esposa? Ah, ya la veo. Bien, bien. Se sentará usted aquí, coronel. —Le indicó una silla próxima a la que ocuparía él. A Soult le gustaba aquel inglés que había traicionado a los conspiradores que se habrían amotinado si Soult se hubiese autoproclamado rey. El mariscal aún abrigaba aquella ambición, pero sabía que iba a necesitar derrotar a los ejércitos inglés y portugués, que se habían atrevido a avanzar desde Coímbra, antes de adoptar la corona y el cetro.

El avance de sir Arthur Wellesley había sorprendido a Soult, pero no le había alarmado. El río estaba vigilado y al mariscal le habían asegurado que no había barcas en la orilla opuesta, de modo que, en lo que concernía al rey Nicolás, los ingleses podían sentarse en la orilla sur del Duero y cruzarse de brazos para siempre.

Los ventanales vibraron al compás del martilleo de los cañones y el sonido hizo

que el mariscal apartase su mirada de los calientaplatos.

—¿No están nuestros artilleros un poco bulliciosos esta mañana?

—Son sobre todo cañones ingleses, señor —contestó un ayuda de cámara.

—¿Y qué hacen?

—Disparan a nuestros centinelas del muelle —respondió el criado—. Están matando moscas con balas de seis libras.

Soult soltó una carcajada.

—Miren en qué se ha convertido el jactancioso de Wellesley, ¿eh? —Sonrió a Kate y le indicó que debería sentarse en el lugar de honor, a su derecha—. Qué bien disponer de una mujer bonita como compañía para el desayuno.

—Sería mejor disponer de ella después de desayunar —comentó un coronel de infantería y Kate, que hablaba más francés de lo que imaginaba ninguno de aquellos hombres, se sonrojó.

Soult llenó su plato de hígado y panceta, y después volvió a su silla.

—Así que están aplastando a los centinelas ¿Y nosotros qué estamos haciendo?

—Contraatacamos con fuego de baterías, señor —contestó el ayuda de cámara—. ¿No quiere unos riñones, señor? ¿Le sirvo unos pocos?

—Oh, sírvamelos, Cailloux. Me gustan los riñones. ¿Alguna noticia del Castelo?

—El Castelo de São, en la ribera norte del Duero, justo donde el río llegaba al mar, estaba fuertemente guarnecido para rechazar cualquier ataque marítimo inglés.

—Han informado de dos fragatas fuera del alcance de las armas, señor, pero no hay más embarcaciones a la vista.

—Está indeciso, ¿no creen? —dijo Soult con satisfacción—. Este Wellesley es un indeciso. Sírvase un café, coronel —le dijo a Christopher—, y si fuese tan amable de traerme a mí otra taza. Gracias. —Soult cogió un panecillo y un poco de mantequilla—. Anoche hablé con Vuillard —continuó el mariscal—, y pone excusas. ¡Cientos de excusas!

—Un día más, señor —dijo Christopher—, y nosotros habríamos tomado esa colina.

Kate, con los ojos enrojecidos, bajó la vista a su plato. Su marido había dicho «*nous*», «nosotros».

—¿Un día más? —respondió Soult desdeñoso—. ¡Debería haberla tomado en menos de un minuto el día mismo de su llegada! —Soult había mandado llamar a Vuillard y a sus hombres a Vila Real de Zedes en cuanto oyó que los ingleses y los portugueses estaban avanzando desde Coímbra, pero le había irritado que tantos hombres no hubiesen podido acabar con una fuerza tan pequeña. No es que le importase demasiado; lo que le preocupaba ahora era que había que darle una lección a Wellesley.

Soult no creía que fuese a resultar demasiado difícil. Sabía que Wellesley tenía un

ejército pequeño y una artillería débil. Lo sabía porque el capitán Argenton había sido arrestado hacía cinco días, y ahora estaba cantando todo lo que sabía y todo lo que había observado en su segunda visita a los ingleses. Argenton incluso se había reunido con el propio Wellesley y el francés había visto los preparativos que se hacían para el avance aliado. La advertencia dada a Soult por Argenton había permitido a los regimientos franceses de la orilla sur del río volver sobre sus pasos para, de este modo, salir del camino que iba a tomar una fuerza enviada para atacarlos por la retaguardia. Así que ahora Wellesley estaba embarrancado en la ribera equivocada del Duero sin ninguna barca para cruzar, a excepción de alguna embarcación comprada por la marina inglesa, y eso, según parecía, no representaba en absoluto ningún peligro. ¡Dos indecisas fragatas cerca de la costa! Difícilmente lograría eso que al duque de Dalmacia le temblaran las botas.

Argenton, a quien se le había perdonado la vida a cambio de la información, había sido capturado gracias a lo que Christopher había revelado, y esto hacía que Soult estuviera en deuda con el inglés. Christopher también había revelado los nombres de los demás conspiradores: Doadieu, del 47.º, los hermanos Lafitte, del 18.º de Dragones, así como otros tres o cuatro oficiales con experiencia, pero Soult había decidido no emprender acciones contra ellos. El arresto de Argenton les serviría de advertencia; además, todos ellos eran oficiales muy populares, y no parecía prudente provocar resentimiento en el ejército con una sucesión de fusilamientos. Dejaría que los oficiales supieran que él sabía quiénes eran, y después les insinuaría que sus vidas dependían de su futura conducta. Mejor tener a aquellos hombres en el bolsillo que en la tumba.

Kate estaba llorando. Lloraba en silencio, pero las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y aunque ella se las enjugaba para intentar ocultar sus sentimientos, Soult lo había notado.

—¿Qué le sucede? —preguntó amablemente.

—Tiene miedo, señor —dijo Christopher.

—¿Tiene miedo? —repitió Soult.

Christopher hizo un gesto en dirección a la ventana, que aún vibraba por los disparos de los cañones.

—Mujeres y batalla, señor, no casan bien.

—Sólo entre sábanas —dijo Soult en un arranque de genialidad—. Dígame —prosiguió— que no tiene nada que temer. Los ingleses no pueden cruzar el río y, si lo intentan, serán repelidos. En un par de semanas recibiremos nuestros refuerzos. —Se calló mientras hacían la traducción, y esperó no equivocarse al sostener que los refuerzos llegarían pronto, pues si no, no sabía cómo iba a continuar su invasión de Portugal—. Después nos dirigiremos hacia el sur para saborear los placeres de Lisboa. Dígame que para agosto tendremos la paz. ¡Ah! ¡El cocinero!

Un francés rechoncho de extravagantes mostachos había entrado en la sala. Llevaba un delantal salpicado de sangre y un inquietante cuchillo de carnicero sujeto al cinto.

—¿Me ha llamado usted, señor? —dijo en tono desconfiado.

—¡Ah! —Soult arrastró su silla hacia atrás y se frotó las manos—. Tenemos que planificar la cena, sargento Deron, ¡la cena! Voy a invitar a dieciséis personas, así que, ¿qué me propone?

—Tengo anguilas.

—¡Anguilas! —exclamó Soult con regocijo—. ¿Rellenas de merlán con mantequilla y setas?

—Las cortaré en filetes —dijo, obstinado, el sargento Deron—, las freiré con perejil y serviré los filetes con una salsa de vino tinto. Después tengo cordero como plato principal. Un cordero muy bueno.

—¡Bien! Me gusta el cordero —dijo Soult—. ¿Puede acompañarlo de una salsa de alcaparras?

—¡Salsa de alcaparras! —Deron parecía contrariado—. El vinagre mataría el sabor del cordero —argumentó indignado—, y es un buen cordero, tierno y graso.

—¿Quizás una salsa de alcaparras suave? —sugirió Soult.

Los cañones empezaron a descargar con furia, haciendo vibrar las ventanas y los cristales de las dos lámparas de araña que colgaban sobre la larga mesa, pero tanto el mariscal como el cocinero ignoraron el sonido.

—Lo que haré —dijo Deron en un tono de voz que zanjaba cualquier posibilidad de discusión— será asar el cordero con un poco de grasa de oca.

—Bien, bien —aceptó Soult.

—Y de guarnición le pondré unas cebollas, jamón y unos *cèpes*.

Un oficial de aspecto descompuesto, sudado y con el rostro enrojecido por el calor del día, entró en la sala.

—¡Señor!

—Un momento —dijo Soult, frunciendo el ceño, y miró de nuevo a Deron—. ¿Cebollas, jamón y unos *cèpes*? —repitió—. ¿Y podríamos añadirle unos *lardons*, sargento? Los *lardons* van muy bien con el cordero.

—Le pondré como guarnición un poco de jamón en taquitos —dijo Deron estoicamente—, unas cebollitas y un par de *cèpes*.

Soult se rindió.

—Seguro que tendrá un sabor espléndido, espléndido de verdad. Y otra cosa, Deron, gracias por este desayuno. Gracias.

—Estaría mejor si lo hubiesen comido recién cocinado —dijo Deron, que a continuación se sorbió la nariz y abandonó la sala.

Soult sonrió a espaldas del cocinero mientras éste se retiraba, y después miró con

el censo fruncido a aquel recién llegado que le había interrumpido.

—Es usted el capitán Brossard, ¿no es así? ¿Quiere desayunar algo? —El mariscal indicó a Brossard con el cuchillo de la mantequilla que se sentara al otro extremo de la mesa—. ¿Cómo está el general Foy?

Brossard, que era ayudante de Foy, no tenía tiempo para desayunar ni tampoco para ofrecer un informe sobre el estado de salud del general Foy. Traía noticias, y le preocupaban demasiado como para poder hablar con la debida corrección, pero luego se controló y apuntó hacia el este.

—Los ingleses, señor, están en el seminario.

Soult se quedó mirándolo unos segundos sin dar crédito a lo que oía.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Ingleses, señor, en el seminario.

—¡Pero si Quesnel me aseguró que no quedaban embarcaciones! —protestó Soult. Quesnel era el gobernador francés de la ciudad.

—No quedaban en la otra orilla, señor. —Todas las embarcaciones de la ciudad se habían sacado del agua y estaban apiladas en los muelles, donde se hallaban a disposición de los franceses, pero fuera del alcance de cualquiera que viniese desde el sur—. Pero, sea como sea, están cruzando —dijo Brossard—. Y ya están en la colina.

Soult sintió que el corazón le daba un vuelco. El seminario estaba en la colina que dominaba la carretera a Amarante, y esa carretera era su vía de avituallamiento con los almacenes de suministros de España y la conexión entre el cuartel general de Oporto y los hombres del general Loison, que se encontraban en el Támea. Si los ingleses cortaban esa carretera, podían desmontar el ejército francés pieza a pieza y la reputación de Soult quedaría destruida, al igual que sus hombres. El mariscal se levantó, tirando su silla por la ira.

—¡Dígale al general Foy que los devuelva al río! —rugió—. ¡Ahora mismo! ¡Váyase! ¡Que los tiren al río!

Los hombres salieron a toda prisa de la sala, dejando allí solos a Kate y a Christopher. Kate notó la expresión de pánico en el rostro de su marido y sintió una alegría salvaje. Las ventanas vibraban, las lámparas temblaban y los ingleses se acercaban.



—¡Bien, bien, bien! ¡Contamos con fusileros en nuestra congregación! Una auténtica bendición. No sabía que nadie del 95.º estuviese adscrito a la 1.ª Brigada. —El que hablaba era un hombre fornido y rubicundo, calvo y de rostro afable. Si no hubiera sido por su uniforme, habría parecido un granjero amistoso; Sharpe podía imaginárselo en el mercado de algún pueblo inglés, inclinado sobre una valla, apartando rollizas ovejas y esperando a que comenzara la subasta de ganado—. Sois

muy bienvenidos —le dijo a Sharpe.

—Ése es Daddy Hill —informó Harris a Pendleton.

—Mucho ojo, jovencito —estalló el general Hill—. No debería usar el apodo de un oficial si éste puede oírlo. ¡Eso podría valerle un castigo!

—Lo siento, señor —Harris había hablado en voz alta sin querer.

—Pero es usted fusilero, así que se le perdona. ¡Y es también un fusilero muy desaliñado, tengo que decirlo! ¿En qué se va a convertir el ejército si no nos vestimos bien para la batalla, eh? —Sonrió a Harris, hurgó en su bolsillo y sacó un puñado de almendras—. Para que mantenga la boca ocupada, joven.

—Gracias, señor.

Ahora había dos generales en el tejado del seminario. El general Hill, comandante de la 11.^a Brigada, cuyas fuerzas estaban cruzando el río, y cuya naturaleza amable le había valido el apodo de «Daddy», se había unido a sir Edward Paget justo a tiempo para ver cómo se acercaban tres batallones franceses desde los suburbios del este de la ciudad, que formaron en dos columnas para asaltar la colina del seminario. Los tres batallones estaban en el valle y desde sus filas eran presionados y hostigados por sargentos y cabos. Una columna ascendía directamente hacia la fachada del seminario, mientras que la otra estaba formando cerca de la carretera de Amarante para atacar el flanco norte. Pero los franceses también eran conscientes de que constantemente llegaban al seminario refuerzos ingleses, por lo que habían enviado al río una batería de cañones con órdenes de hundir las tres gabarras. Las columnas esperaban a que los artilleros abrieran fuego, probablemente con la esperanza de que, una vez que las gabarras se hubieran hundido, los artilleros apuntarían sus cañones hacia el seminario.

Y Sharpe, que se había estado preguntando por qué sir Arthur Wellesley no había emplazado cañones en el convento de la otra orilla del río, vio que se había preocupado en vano, pues no mucho antes de que aparecieran las baterías francesas avanzó una docena de cañones ingleses, que se habían mantenido fuera de la vista en la parte trasera de la terraza del convento.

—¡Ésa es la medicina para los franceses! —exclamó el general Hill cuando vio aparecer la gran hilera de cañones.

El primero en disparar fue un obús de cinco pulgadas y media, el equivalente inglés del cañón que había bombardeado a Sharpe en la colina de la atalaya. Cargado con balas de cubierta esférica, era un arma que sólo desplegaban los ingleses, que había inventado el teniente coronel Shrapnel y cuya manera de funcionar se mantenía en estricto secreto. El proyectil, que estaba relleno de balas de mosquete alrededor de una carga central de pólvora, se había diseñado para diseminar esas balas y las esquirlas de su cubierta sobre las tropas del enemigo, aunque para que funcionase correctamente tenía que explotar muy cerca de su blanco para que la velocidad de su

impulso arrojara esos letales proyectiles sobre el enemigo, y esa precisión exigía que los artilleros cortaran las mechas con exquisita destreza. El artillero de este obús tenía esa destreza. El obús retumbó y retrocedió con su cureña, el proyectil describió un arco sobre el río, dejando en su ascenso una reveladora voluta de humo con la mecha, y después estalló a unos veinte metros de distancia y a unos seis metros por encima del principal cañón de los franceses justo cuando estaban separándolo de su armón. La explosión manchó el aire de rojo y blanco, las balas y la carcasa destrozada cayeron silbando y todos los caballos de aquel grupo de franceses quedaron destripados, y todos los hombres de aquel grupo de artilleros franceses, catorce en total, murieron o resultaron heridos, mientras que el propio cañón fue derribado de su cureña.

—Ay, Dios —dijo Hill, olvidándose de la bienvenida sedienta de sangre con la que había recibido la aparición de las baterías inglesas—. Esos pobrecillos... Ay, Dios.

Los vítores de los soldados ingleses que estaban en el seminario quedaron ahogados por el bramido de los otros cañones ingleses, que ahora abrían fuego. Desde su ventajosa posición en lo alto de la orilla sur dominaban la posición de los franceses, y sus balas esféricas, sus proyectiles corrientes y sus tiros en arco golpearon los cañones franceses con un resultado terrible. Los artilleros franceses abandonaron sus piezas, dejaron a sus caballos agonizantes lanzando alaridos y huyeron, y entonces los cañones ingleses apretaron los tornillos de elevación o aflojaron las cuñas de los obuses y empezaron a lanzar sus proyectiles contra las prietas filas de la columna francesa más cercana. Barrieron desde un flanco, lanzando balas redondas a través de las apretadas formaciones y proyectiles explosivos sobre sus cabezas, matando con pavorosa facilidad.

Los oficiales franceses, presas del pánico, echaron un vistazo a su destrozada artillería y ordenaron que la infantería subiera la pendiente. En el centro de las formaciones, los tambores comenzaron su incesante redoble. Mientras la primera línea avanzaba, otro cañonazo atravesó las filas abriendo un surco rojo en los uniformes azules. Algunos hombres gritaron y cayeron, aunque los tambores seguían redoblando y los hombres lanzaban su grito de guerra: «*Vive l'Empereur!*».

Sharpe ya había visto antes formaciones en columnas, pero éstas lo dejaron perplejo. El ejército inglés luchaba contra otra infantería formando en dos hileras: todos los hombres podían usar sus mosquetes y, si los amenazaba la caballería, seguían marchando y formaban un cuadrado de cuatro hileras, que les permitía seguir usando sus mosquetes. En cambio, en las dos columnas francesas los soldados del centro nunca podrían disparar sin herir al hombre que tenían delante. Cada columna tenía unos cuarenta hombres en hilera y veinte en cada fila. Los franceses usaban esta formación, un gran bloque de hombres que cargaba como un ariete, porque era más

fácil convencer a los reclutas de que avanzaran en esa disposición; además, semejante masa de hombres resultaba amedrentadora para el adversario. Pero ¿contra los casacas rojas? Era un suicidio.

—*Vive l'Empereur!* —gritaban los franceses al ritmo de los tambores, aunque era un grito poco entusiasta porque las dos formaciones estaban subiendo por laderas empinadas y a los hombres les faltaba el aliento.

—Dios salve a nuestro buen rey Jorge —cantó el general Hill con una sorprendentemente buena voz de tenor—, larga vida a nuestro noble Jorge, y no disparen demasiado alto. —Cantó también las últimas cuatro palabras y los hombres del tejado sonrieron. Hagman tiró hacia atrás del percutor de su rifle y apuntó a un oficial francés que subía penosamente la cuesta con una espada en la mano.

Los fusileros estaban sobre el ala norte del seminario, frente a la columna que no podía ser abatida por los cañones ingleses de la terraza del convento. Una nueva batería había sido desplegada en la orilla sur del río, pero más abajo, y sumaba sus disparos a las dos baterías de la colina del convento, pero ninguno de los cañones ingleses podía ver la columna del norte, que sólo podría ser rechazada con fuego de rifle y mosquete. Los portugueses de Vicente se encargaban de las aspilleras del muro norte del jardín; de momento había tantos hombres en el seminario que cada aspillera contaba con tres o cuatro hombres, para que cada uno pudiera disparar y retirarse luego a recargar mientras otro ocupaba su lugar. Sharpe vio que alguno de los casacas rojas llevaba vueltas y puños verdes. Eran los Berkshires, pensó, lo que significaba que ya estaban todos los Buffs en el edificio y que ahora estaban llegando nuevos batallones.

—¡Apunten a los oficiales! —ordenó Sharpe a sus fusileros—. ¡Los mosquetes que no disparen! Ésta es una orden sólo para los rifles. —Hizo esa distinción porque disparar un mosquete a aquella distancia era desperdiciar un tiro, pero en cambio los fusileros resultarían letales. Esperó un segundo, tomó aliento—. ¡Fuego!

El oficial al que apuntaba Hagman salió disparado hacia atrás con los dos brazos abiertos, y su espada salió volteando por encima de la columna. Otro oficial cayó de rodillas sujetándose el vientre y un tercero se agarró el hombro. El frente de la columna pasó por encima del cadáver; la línea de uniformes azules parecía estremecerse a medida que cada vez más balas caían sobre ellos, y entonces las largas primeras hileras de los franceses, asustadas por el silbido de las balas de rifle cerca de sus orejas, dispararon al seminario. La descarga fue ensordecedora, el humo ocultó la ladera como si fuera una bruma y las balas de mosquete repiquetearon en los muros del seminario e hicieron pedazos los cristales de las ventanas. La descarga sirvió al menos para ocultar a los franceses durante un par de metros, pero después reaparecieron a través del humo, dispararon más rifles y cayó otro oficial. La columna se dividió para pasar junto al solitario árbol y, tras dejarlo atrás, las largas

hileras se volvieron a unir.

Los hombres del jardín empezaron a disparar, y entonces los casacas rojas, agrupados en las ventanas del seminario y desplegados junto a los hombres de Sharpe en el tejado, apretaron sus gatillos. Los mosquetes retumbaron, el humo se espesó, las balas alcanzaron a los hombres de las primeras hileras de la columna y los tumbaron, y los hombres que avanzaban detrás perdieron la cohesión mientras intentaban no pisar a sus colegas muertos o heridos.

—¡Fuego! —gritó a sus hombres un sargento de los Buffs—. ¡Pero no desperdicien el plomo de Su Majestad!

El coronel Waters llevaba cantimploras de repuesto a los hombres sedientos por morder los cartuchos. El salitre de la pólvora secaba la boca rápidamente y los hombres bebían agua entre los disparos.

La columna que había atacado la fachada oeste del seminario ya había sido destruida. Aquellos franceses habían sufrido las ráfagas de rifles y mosquetes, pero los cañonazos de la orilla sur del río habían sido mucho peores. A los artilleros raras veces se les ofrecía un blanco tan fácil como la oportunidad de barrer el flanco de una columna de infantería del enemigo, y trabajaban como demonios. Los proyectiles esféricos explotaban en el aire, disparando briznas ardientes de humo en extrañas trayectorias, los tiros en arco rebotaban y atravesaban a golpes las filas, y los proyectiles estallaban en medio de la columna. Tres tamborileros fueron alcanzados por metralla y poco después un tiro en arco le arrancó la cabeza a otro tamborilero; cuando los instrumentos dejaron de sonar, los soldados de infantería perdieron el coraje y empezaron a retirarse poco a poco. Las ráfagas de mosquete procedían de los tres pisos superiores del seminario y ahora el gran edificio parecía estar en llamas porque de cada ventana salía en densas espirales el humo de la pólvora. Las aspilleras escupían llamas, las balas chocaban contra las vacilantes hileras. En ese momento los franceses de la columna oeste empezaron a retirarse más deprisa, el movimiento de retroceso se convirtió en pánico y se dispersaron.

En vez de ponerse a cubierto en las casas del extremo lejano del valle, casas que incluso ahora recibían cañonazos, de manera que sus vigas y su mampostería caían a pedazos y en esos escombros empezaban los primeros incendios, algunos franceses corrían a unirse al ataque desde el norte, protegido del fuego de cañón por el seminario. Aquella columna del norte seguía avanzando. Estaba encajando un tremendo castigo, pero absorbía las balas de rifles y mosquetes, y los sargentos y oficiales empujaban continuamente a los hombres hacia las hileras del frente para que reemplazaran a muertos y heridos. Así, la columna avanzaba colina arriba de forma lenta y pesada, pero en las filas francesas nadie había pensado en lo que harían cuando llegaran a la cima de la colina, pues en aquel lado del seminario no había ninguna puerta. Tendrían que rodear el edificio para intentar atravesar las grandes

puertas de entrada al jardín, y cuando los hombres de las hileras frontales no viesan sitio adonde ir, simplemente dejarían de avanzar y empezarían a disparar. Una bala atravesó la manga de Sharpe. Un teniente del regimiento de Northamptonshire que acababa de llegar cayó suspirando con un balazo en la frente. Quedó tumbado sobre su espalda, muerto ya antes de tocar el suelo, con un semblante extrañamente pacífico. Los casacas rojas habían colocado sus cartuchos en el suelo y apoyaban sus baquetas en el parapeto de tejas rojas para agilizar las cargas, pero había ya tantos hombres en el tejado que se empujaban al disparar contra la torpe masa de franceses que abajo quedaba cubierta por su propio humo. Un francés corrió con bravura hacia delante para disparar por una aspillera, pero fue alcanzado antes de que pudiese llegar al muro. Tras disparar un tiro, Sharpe se quedó observando a sus hombres. Cooper y Tongue estaban recargando para Hagman, pues sabían que era mejor tirador, y el viejo furtivo iba escogiendo con calma a un hombre tras otro.

Una bala de cañón pasó silbando por encima de su cabeza. Sharpe se volvió y constató que los franceses habían emplazado una batería en una colina hacia el oeste, al borde de la ciudad. Había allí una capillita con un campanario; Sharpe vio que el campanario primero desaparecía entre el humo y poco después quedaba reducido a escombros, al disparar las baterías inglesas del convento sobre los recién llegados cañones franceses. Un hombre de Berkshire se giró para mirar y una bala le atravesó la boca, destrozándole los dientes y la lengua. Maldijo de forma incomprensible mientras escupía un chorro de sangre.

—¡No miren la ciudad! —gritó Sharpe—. ¡Sigán disparando! ¡Sigán disparando!

Centenares de franceses disparaban sus mosquetes hacia lo alto de la colina; la gran mayoría de los disparos simplemente se desperdiciaban contra los muros de piedra, pero algunos alcanzaron sus objetivos. Dodd tenía una herida superficial en el brazo izquierdo, pero seguía disparando. Un casaca roja recibió un disparo en la garganta y murió asfixiado. El árbol solitario de la pendiente norte temblaba con los golpes de las balas, y los pedacitos de las hojas se alejaban volando con el humo de los mosquetes franceses. Un sargento de los Buffs se desplomó al recibir una bala en las costillas, y entonces sir Edward Paget envió a sus hombres desde el lado oeste del tejado, que ya había visto caer derrotada a la otra columna, para sumar su fuego al lado norte. Los mosquetes llameaban y tosían y escupían, su humo se espesaba, y sir Edward sonrió a Daddy Hill.

—¡Unos cabrones valientes! —Sir Edward tuvo que gritar para imponerse al ruido de mosquetes y rifles.

—No aguantarán, Ned —respondió Hill—. No aguantarán.

Tenía razón Hill. Los primeros franceses ya se estaban retirando de la colina al ver lo inútil que era disparar a muros de piedra. Sir Edward, exultante por aquella fácil victoria, se dirigió al parapeto para contemplar la retirada del enemigo, y

permaneció allí, con su cordón dorado reflejando la luz del sol tamizada por el humo, observando cómo se desintegraba y huía la columna enemiga. Sin embargo, un par de tercios franceses seguían disparando y de pronto sir Edward gimió y se llevó una mano al hombro; Sharpe vio que la manga del elegante gabán rojo del general estaba desgarrada y que un fragmento irregular de blanco hueso se asomaba a través de la lana rasgada y de la destrozada carne sanguinolenta.

—¡Jesús! —dijo Paget. Le dolía horriblemente. La bala le había destrozado el codo y se había abierto camino hacia arriba quemándole el biceps. Se inclinaba hacia delante por el dolor y estaba muy pálido.

—Llévenselo a los médicos —ordenó Hill—. Se pondrá bien, Ned.

Paget se obligó a ponerse de pie. Un ayudante se había quitado un pañuelo y estaba intentando envolver con él la herida del general, pero Paget lo apartó.

—El mando es suyo —le dijo a Hill apretando los dientes.

—Así es —reconoció Hill.

—¡Sigán disparando! —gritó Sharpe a sus hombres. No importaba que los cañones de los rifles estuvieran casi demasiado calientes para tocarlos: lo importante era forzar la retirada colina abajo de los franceses que quedaban o, mejor aún, matarlos. Nuevos pasos apresurados anunciaban la llegada de más refuerzos al seminario, pues los franceses todavía tenían que encontrar alguna manera de detener el tráfico a través del río. La artillería inglesa, reina de este campo de batalla, estaba machacando a cualquier artillero francés que se atreviese a asomar la cara. Cada poco tiempo un valiente equipo de franceses corría hacia los cañones abandonados en el muelle con la esperanza de poner una bala en una de las barcazas, pero siempre eran atacados con un proyectil explosivo o incluso con metralla, ya que la nueva batería inglesa, situada abajo, al borde del agua, estaba lo bastante cerca como para usar tan mortal munición por encima del río. Las balas de mosquete salían entre llamas de la boca de los cañones como si fueran perdigones y mataban a seis o siete hombres cada vez, de modo que al cabo de un rato los artilleros franceses abandonaron sus esfuerzos y se escondieron en las casas de detrás del muelle.

Y entonces, de manera bastante repentina, ya no quedaban franceses disparando en la pendiente del norte. La hierba estaba plagada de cadáveres y heridos y mosquetes caídos y de pequeños fuegos titilantes allí donde las chispas de los mosquetes habían hecho arder la hierba. Los supervivientes habían huido hacia la carretera de Amarante, en el Valle. El árbol solitario parecía haber sido atacado por langostas. Un tambor rodaba lentamente colina abajo con un ruido de traqueteo. Sharpe vio una bandera francesa a través del humo, pero no pudo distinguir si el asta estaba coronada por un águila.

—¡Alto el fuego! —gritó Hill.

—¡Limpien los cañones! —gritó Sharpe—. ¡Revisen los percutores!

Porque los franceses volverían. De eso estaba seguro. Volverían.

CAPÍTULO 9

Llegaban más hombres al seminario. Una veintena de civiles portugueses se presentaron con armas de caza y sacos de munición, escoltados por un cura regordete que fue vitoreado por los casacas rojas cuando apareció en el jardín con un trabuco de boca acampanada como los que utilizaban los conductores de diligencias para ahuyentar a los salteadores de caminos. Los Buffs habían encendido de nuevo los fuegos de las cocinas y ahora subían grandes calderos de té o de agua caliente al tejado. Con el té se limpiaban las gargantas los soldados y con el agua caliente enjuagaban los mosquetes y rifles.

Subieron también diez cajas de munición de repuesto y Harper llenó su chacó de cartuchos; aunque no eran tan buenos como los que les suministraban para los rifles, se cargarían a un puñado.

—¿Y a eso le llama usted un puñado, señor? —preguntó, mientras distribuía los cartuchos a lo largo del parapeto donde estaban los rifles y las baquetas. Los franceses se estaban concentrando en terreno bajo hacia el norte. Si le quedaba algo de sensatez, pensó Sharpe, el enemigo traería morteros a ese terreno bajo, pero aún no había aparecido ninguno. Quizá todos los morteros estuvieran al oeste de la ciudad, protegiéndola contra la Marina Real y demasiado lejos como para ser desplazados con rapidez.

Se abrieron más aspilleras a través del muro norte del jardín. Dos de los Northamptonshires habían arrastrado hasta el muro dos grandes tanques para el agua de lluvia y habían colocado la puerta del cobertizo sobre los dos barriles para formar una plataforma desde la que disparar por encima de la cubierta del muro.

Harris le llevó a Sharpe una taza de té y, tras mirar a izquierda y derecha, sacó un muslo de pollo frío de la caja de sus cartuchos.

—Pensé que también le apetecería esto, señor.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Lo encontré, señor —respondió distraído—, y tengo también un trozo para usted, mi sargento. —Harris le dio un muslo a Harper y después sacó una pechuga para él, le sacudió unas motas de pólvora y la mordió con hambre.

Sharpe descubrió que estaba hambriento y el pollo sabía delicioso.

—¿De dónde ha salido esto? —insistió.

—Creo que eran para la cena del general Paget, señor —confesó Harris—, pero él probablemente ha perdido el apetito.

—Apostaría a que sí —dijo Sharpe—, y sería una pena que se echara a perder un buen pollo, ¿eh? —Se volvió al oír un redoble de tambor y vio que los franceses estaban formando de nuevo las hileras, pero esta vez sólo en el lado norte del seminario—. ¡A sus puestos! —ordenó, tirando el hueso de pollo a la parte más

alejada del jardín. Ahora unos cuantos franceses llevaban escaleras de mano, presumiblemente sacadas de las casas que habían sido destrozadas por los cañones ingleses—. Cuando vengan —explicó—, apunten a los hombres de las escaleras.

Incluso sin fuego de rifles dudaba que los franceses pudieran acercarse lo suficiente como para apoyar sus escaleras en el muro del jardín, pero no estaba de más asegurarse. La mayoría de sus fusileros habían aprovechado el alto en la lucha para cargar sus cañones recién limpiados con balas envueltas en cuero y pólvora de calidad, lo que significaba que sus primeros disparos tenían que ser mortalmente certeros. Después de eso, cuando los franceses se acercaran más y el ruido aumentara y el humo fuese más denso, usarían cartuchos, dejarían los parches de cuero en los depósitos de las culatas, sacrificando de este modo la exactitud por la rapidez. Sharpe empezó a cargar su propio rifle empleando un parche, pero antes de que hubiese colocado la baqueta en sus argollas el general Hill estaba a su lado.

—Nunca he disparado un rifle —confesó Hill.

—Es muy parecido a un mosquete, señor —dijo Sharpe, avergonzado por que el general se dirigiera a él.

—¿Podría? —Hill alcanzó el arma y Sharpe se la cedió—. Es una maravilla —dijo ilusionado mientras acariciaba el costado del Baker—. No es ni mucho menos tan tosco como un mosquete.

—Es un arma espléndida —dijo Sharpe con fervor.

Hill apuntó el arma colina abajo; cuando parecía estar a punto de amartillar y disparar, de pronto se la devolvió a Sharpe.

—Me gustaría mucho intentarlo —dijo—, pero si yerro el tiro se enterará todo el ejército, ¿no? Y nunca conseguiría que lo olvidaran. —Hablaba en voz alta y Sharpe comprendió que Hill le había hecho participar involuntariamente en una pequeña obra de teatro. En realidad, Hill no estaba interesado en el rifle, sino más bien en que los hombres apartaran la mente de la amenaza que tenían delante. Mientras tanto, les había adulado sutilmente al sugerir que ellos podían hacer algo que él no podía, y los había dejado con una sonrisa en la cara. Sharpe pensó en lo que acababa de presenciar. Le causaba admiración, pero también admiraba a sir Arthur Wellesley, que nunca habría recurrido a semejante demostración. Sir Arthur ignoraba a los hombres y los hombres, por su parte, luchaban como demonios para ganarse su reticente aprobación.

Sharpe nunca había perdido el tiempo preguntándose por qué unos hombres nacían para ser oficiales y otros no. Él había superado esa brecha, pero eso no hacía que el sistema fuese menos injusto. Aunque quejarse de la injusticia del mundo era lo mismo que refunfuñar por que el sol calentara o por que el viento cambiara a veces de dirección. La injusticia existía, siempre había existido y siempre existiría, y en opinión de Sharpe, lo milagroso era que hombres como Hill y Wellesley, aunque se

habían convertido en ricos y privilegiados gracias a ventajas injustas, fuesen, pese a ello, excelentes en lo que hacían. No todos los generales eran buenos, muchos eran rematadamente malos, pero en conjunto Sharpe había tenido suerte y se había encontrado bajo el mando de hombres que conocían bien su trabajo. A Sharpe no le importaba que sir Arthur Wellesley fuese hijo de un aristócrata, ni que hubiese comprado su ascenso por la cadena de mando, ni que fuese tan frío como caritativo podía ser un abogado. Aquel hijo de puta narigudo sabía cómo ganar, y eso era lo que importaba.

Y lo que importaba ahora era derrotar a los franceses. La columna, mucho mayor que las primeras, estaba avanzando guiada por los redobles de tambor. Los franceses lanzaban gritos de ánimo, quizá para darse confianza, y debían de sentirse animados por el hecho de que los cañones ingleses del otro lado del río no pudieran verlos. Pero en ese momento, un proyectil esférico disparado por un obús explotó justo delante del centro de la columna, arrancando vítores a los ingleses. Los artilleros ingleses estaban disparando a ciegas, elevando los tiros por encima del seminario, pero disparaban bien y su primer cañonazo mató las esperanzas de los franceses.

—¡Sólo rifles! —exclamó Sharpe—. Disparen cuando estén preparados. ¡No desperdicien el parche! ¿Hagman? Vaya a por ese hombretón que tiene un sable.

—Ya lo veo, señor —respondió Hagman y levantó su rifle para apuntar al oficial que avanzaba a Zancadas adelantándose y pidiendo a gritos ser carne de rifle.

—Busquen las escaleras —recordó Sharpe a los demás.

Luego se encaminó hacia el parapeto, apoyó el pie izquierdo en la cubierta y la culata del rifle en el hombro. Apuntó a un hombre con escalera, buscando su cabeza con la esperanza de que la bala, por su propia desviación, lo alcanzase en el vientre o en la entrepierna. Tenía el viento de cara, por lo que el tiro no se desviaría. Disparó y quedó cegado de inmediato por el humo. Hagman fue el siguiente en disparar y pronto se oyó el crepitar de los otros rifles. Los mosquetes guardaban silencio. Sharpe se movió hacia su izquierda para ver más allá del humo y comprobó que el oficial del sable había desaparecido, igual que cualquier otro hombre alcanzado por una bala. Habían sido engullidos por el avance de la columna, que pasó por encima de ellos dejando atrás a las víctimas. Entonces Sharpe vio que reaparecía una escalera que había sido levantada por un hombre de la cuarta o quinta hilera. Metió la mano en la caja de cartuchos para disparar otra vez y empezó a recargar.

No miraba el rifle mientras lo cargaba de nuevo; sencillamente, hacía aquello que había aprendido a hacer. Justo cuando cebaba el rifle, los mosquetes del muro del jardín dispararon sus primeras balas, después abrieron fuego los mosquetes de las ventanas y el tejado, hasta que el seminario se vio otra vez rodeado de humo y ruido. Los cañonazos resonaban por encima, tan cerca que en una ocasión Sharpe casi tuvo que agacharse, y el proyectil estalló sobre la ladera. Las balas de rifles y de

mosquetes atacaban las filas francesas. Había ya alrededor de mil hombres en el seminario, protegidos por los muros de piedra y con un enorme blanco para sus disparos. Sharpe disparó otro tiro colina abajo y a continuación caminó, atento, entre sus hombres. Slattery necesitaba un nuevo pedernal, y Sharpe se lo dio; después se rompió el muelle principal del rifle de Dodd, y Sharpe reemplazó el arma por el antiguo rifle de Williamson, que siempre llevaba Harper desde que habían salido de Vila Real de Zedes. Los tambores del enemigo sonaban cada vez más cerca. Cuando las primeras balas de mosquete chocaban contra las piedras del seminario, Sharpe volvió a cargar su rifle.

—Están disparando a ciegas —les dijo a sus hombres—. ¡Disparan a ciegas! No malgasten sus disparos. Busquen objetivos. —Era difícil, por culpa del humo que flotaba sobre la ladera, pero las ráfagas de viento barrían a veces la neblina para revelar uniformes azules. En esos momentos, los franceses estaban lo bastante cerca como para que Sharpe les viese la cara. Apuntó a un hombre con un inmenso bigote, disparó y lo perdió de vista por el humo que salía de la boca de su rifle.

El ruido de la lucha resultaba sobrecogedor. Los mosquetes crepitaban sin cesar, los redobles de tambor arreciaban, los proyectiles explotaban sobre sus cabezas y, por debajo de toda aquella violencia, se oían los lamentos de los hombres que sufrían. Un casaca roja se desplomó cerca de Harper; se formó un gran charco de sangre junto a su cabeza, hasta que un sargento lo sacó a rastras del parapeto, dejando un intenso rastro rojo en la cubierta de plomo del tejado. A lo lejos (tenía que ser en la orilla sur del río), una banda estaba tocando «El tambor mayor» y Sharpe seguía el ritmo de la melodía dando golpecitos en la culata del rifle. Una baqueta de los franceses surcó el aire dando vueltas para acabar estrellándose contra la pared del seminario; evidentemente, había sido por un soldado reclutado a la fuerza que, presa del pánico, habría apretado el gatillo antes de sacar la baqueta del cañón. Sharpe recordó cómo en Flandes, en su primera batalla como soldado raso de los casacas rojas, el mosquete de un hombre había fallado un disparo, pero él había seguido recargando y apretando el gatillo y recargando, y cuando después de la batalla barrenaron su mosquete, encontraron dieciséis cargas desperdiciadas encajadas en el cañón. ¿Cómo se llamaba aquel hombre? Aunque estaba en un regimiento de Yorkshire, era de Norfolk y llamaba «bor»^[5] a todo el mundo. Sharpe no podía acordarse del nombre y eso le molestaba. Una bala de mosquete pasó silbando junto a su rostro, otra dio en el parapeto y rompió una teja. Abajo, en el jardín, los hombres de Vicente y los casacas rojas no apuntaban sus mosquetes: simplemente metían los cañones en las aspilleras, apretaban los gatillos y se apartaban para que el siguiente pudiera usar la abertura. Ahora había unos casacas verdes en el jardín y Sharpe supuso que eran una compañía del 60.º, los Reales Fusileros Americanos, que debían de estar adscritos a la brigada de Hill y que ahora se habían unido a la lucha. Harían mejor, pensó Sharpe, subiendo

al tejado en lugar de disparar sus Bakers por las aspilleras. El único árbol de la ladera norte se agitaba como en un vendaval y apenas le quedaba ya alguna hoja en sus ramas astilladas. El humo pasaba entre sus ramas desnudas, que se movían continuamente a merced de los impactos de las balas.

Sharpe cebó su rifle, se lo apoyó en el hombro, buscó un blanco, vio un barullo de uniformes azules muy cerca del muro del jardín y descargó un balazo. El aire siseaba por las balas. Maldita sea, pero ¿por qué no se retiraban esos cabrones? Un valiente grupo de franceses intentó correr hacia la fachada oeste del seminario para alcanzar la puerta principal, pero los cañones ingleses del convento los vieron y los cañonazos estallaron en una nube negra y roja, salpicando de sangre el pavimento de la terraza y las piedras encaladas de los muros del jardín. Sharpe veía que sus hombres hacían muecas al forzar las nuevas balas por los cañones casi obstruidos por la pólvora. No había tiempo de limpiar los rifles, así que se limitaban a embutir las balas y apretar el gatillo. Disparaban una y otra vez, y los franceses estaban haciendo lo mismo, en un enloquecido duelo de balas. Por encima del humo, al otro lado del valle del norte, Sharpe vio que una nueva horda de infantería francesa salía en masa de la ciudad.

Dos hombres en mangas de camisa movían una caja de munición por el tejado.

—¿Quién necesita munición? —gritaban, como si fueran vendedores de las calles de Londres—. ¡Plomo fresco! ¿Quién necesita? ¡Plomo fresco! ¡Pólvora nueva!

Uno de los ayudantes del general Hill llevaba cantimploras con agua al parapeto, mientras que el propio Hill, colorado y nervioso, se quedaba junto a los casacas rojas para mostrar que compartía con ellos el peligro. Sus ojos se encontraron con los de Sharpe y le hizo un gesto como para indicar que estaba siendo un trabajo más duro de lo que había previsto.

Subían más tropas al tejado, hombres con mosquetes limpios y cartucheras llenas, y con ellos estaban los fusileros del 60.º, cuyo oficial debía de haber caído en la cuenta de que estaban en el lugar equivocado. Saludó afable a Sharpe y ordenó a sus hombres que se colocaran en el parapeto. Volaban llamaradas hacia abajo, el humo se espesaba, y aun así los franceses intentaban abrirse camino a través de la piedra únicamente con fuego de mosquetes. Dos franceses consiguieron escalar el muro del jardín, pero al llegar arriba dudaron y fueron agarrados y arrastrados al otro lado del muro para morir a culatazos sobre el paseo que había debajo. Los cadáveres de siete casacas rojas fueron amontonados sobre otro paseo de grava; sus manos estaban crispadas por la muerte y la sangre de sus heridas se endurecía y se volvía negra. Pero la mayoría de los muertos ingleses estaban en los pasillos del seminario, alejados de los grandes ventanales, que eran los mejores blancos para los frustrados franceses.

Toda una nueva columna subía ahora por la ladera, destinada a reponer las maltrechas hileras de la primera; sin embargo, y aunque los asediados hombres del seminario no podían saberlo, aquellos recién llegados eran el síntoma de la derrota

francesa. El mariscal Soult, desesperado por que las tropas de refresco atacaran el seminario, había dejado la propia ciudad desnuda de infantería, y los habitantes de Oporto, al encontrarse sin vigilancia por primera vez desde finales de marzo, habían bajado en tropel al río y estaban sacando las barcas de almacenes, tiendas y patios traseros donde los invasores las habían dejado bajo custodia. Una multitud de aquellas pequeñas embarcaciones cruzaba ahora el río a fuerza de remos y pasaba junto a los dañados restos de los pontones en dirección a los muelles de Vila Nova de Gaia, donde esperaba la Brigada de Guardias. Un oficial miró ansioso a la otra orilla del Duero para asegurarse de que los franceses no les estaban tendiendo una emboscada en el muelle de enfrente, y después gritó a sus hombres que embarcaran. Los guardias remaron de regreso a la ciudad. Seguían apareciendo barcas y cruzaron más casacas rojas. Soult no lo sabía, pero su ciudad se estaba llenando de enemigos.

Tampoco lo sabían los hombres que atacaban el seminario, hasta que los casacas rojas aparecieron en el límite oriental de la ciudad, y para entonces la segunda columna gigante había ascendido hasta la letal tormenta de balas que se derramaba desde los muros, el tejado y las ventanas del seminario. El ruido de la batalla rivalizaba con el de Trafalgar, donde Sharpe había quedado aturdido por las incesantes explosiones de los grandes cañones de los barcos, pero este ruido era más estridente, pues las descargas de los mosquetes se fundían en un espeluznante y agudo chirrido. La cuesta más alta del seminario seguía empapada en sangre y los supervivientes franceses estaban usando los cuerpos de sus camaradas muertos a modo de protección. Un par de tamborileros aún intentaban conducir hacia delante las rotas columnas, pero entonces se oyó el grito de alarma de un sargento francés. El aviso se propagó rápidamente y de repente el humo empezó a disiparse y la ladera se quedó vacía: los franceses habían visto a la Brigada de Guardias avanzando a través del valle.

Los franceses corrían. Habían combatido con coraje, luchando contra muros de piedras con mosquetes, pero ahora los había vencido el pánico, y toda aquella disciplina se desvaneció mientras corrían hacia el este, hacia Amarante. Otras fuerzas francesas, caballería y artillería entre ellas, corrían desde la parte alta de la ciudad, escapando de la marea de casacas rojas que habían cruzado el Duero y huyendo de la venganza de la gente de la ciudad, que recorría las calles en busca de franceses heridos, a los que atacaban con cuchillos de cocina o con mazas.

Las calles de Oporto se llenaron de gritos y alaridos. Sobre el seminario lleno de marcas de balazos, en cambio, se cernió un extraño silencio. Entonces el general Hill hizo bocina con las manos.

—¡Persíganlos! —gritó—. ¡Persíganlos! ¡Quiero que los persigan!

—¡Atención, fusileros! ¡Aquí conmigo! —gritó Sharpe. Mantuvo a sus hombres al margen de la persecución. Consideraba que ya habían aguantado bastante y que era

el momento de darles un descanso—. Limpien sus armas —les ordenó, y allí se quedaron mientras los casacas rojas y los fusileros de la 13 Brigada formaban filas fuera del seminario y luego marchaban hacia el este.

Había unos veinte muertos en el tejado. Largos regueros de sangre revelaban desde qué parte del parapeto habían sido arrastrados. El humo que envolvía el edificio fue despejándose poco a poco y el aire volvió a aclararse. Sobre las laderas que subían al seminario había esparcidos macutos abandonados y cuerpos franceses, no todos ellos muertos. Un hombre herido se alejaba arrastrándose entre flores de ambrosía salpicadas de sangre. Un perro olisqueaba un cadáver. Aparecieron los cuervos con sus alas negras, dispuestos a degustar a los muertos, y de las casas del valle salieron corriendo mujeres y niños decididos a iniciar el saqueo. Un herido intentaba alejarse de una niña que no podía tener más de once años; ella sacó un cuchillo de carnicero del cinto de su delantal, un cuchillo tan afilado que su hoja era poco más que un suspiro de fino acero unido a un mango de hueso, y seccionó la garganta del francés; después hizo una mueca de disgusto porque la sangre le había salpicado el regazo. Su hermana pequeña arrastraba seis mosquetes por las correas. Los pequeños fuegos prendidos por las chispas de los mosquetes humeaban entre los cadáveres, y el rollizo cura portugués, aún con el trabuco en la mano, hacía la señal de la cruz sobre los franceses a los que había ayudado a matar.

Mientras tanto, los franceses que habían quedado con vida huían corriendo en el desorden provocado por el pánico.

Y la ciudad de Oporto había sido reconquistada.



La carta, dirigida a Richard Sharpe, Sr., estaba esperando sobre la repisa de la chimenea del salón de Casa Hermosa. Era un milagro que hubiese sobrevivido, porque aquella tarde un puñado de artilleros de la Artillería Real había convertido la casa en su alojamiento. Lo primero que hicieron fue destrozar los muebles del salón para encender un fuego; aquella carta era un material ideal para servir de yesca, pero el capitán Hogan había llegado justo antes de que se encendiera el fuego y se las arregló para recuperar el papel. Fue en busca de Sharpe y preguntó a los artilleros si había algún mensaje en la casa, pensando que Sharpe podría haber dejado alguno.

—Aquí vivían ingleses, muchachos —les dijo a los artilleros mientras sacaba la carta del sobre sin cerrar—, así que límpiense los pies y déjenlo todo ordenado cuando se vayan. —Leyó el breve mensaje y se quedó meditabundo unos instantes—. Supongo que ninguno de ustedes habrá visto a un alto oficial del 95.º de Rifles, ¿verdad? ¿No? Bien, si aparece por aquí, díganle que vaya al Palacio dos Carrancas.

—¿Al qué, señor? —preguntó un artillero.

—Al edificio grande que hay al bajar la colina —explicó Hogan—. El cuartel

general.

Hogan sabía que Sharpe estaba vivo porque el coronel Waters le había hablado de su encuentro con Sharpe aquella mañana, pero aunque Hogan había deambulado por las calles, no había encontrado a Sharpe, así que había enviado a un par de ordenanzas para que peinaran la ciudad en busca del fusilero perdido.

Se estaba construyendo un nuevo puente de barcas a través del Duero. La ciudad volvía a ser libre y lo celebraba con banderas, vino y música. Centenares de prisioneros franceses estaban bajo custodia en un almacén y una larga fila de cañones franceses capturados había sido colocada sobre el muelle del río, donde los navíos mercantes ingleses que habían sido capturados cuando la ciudad había caído volvían ahora a izar sus banderas. El mariscal Sout y su ejército habían marchado hacia el este en dirección al puente de Amarante, que los franceses habían tomado hacía muy poco; por fortuna, no sabían que el general Beresford, el nuevo comandante del ejército portugués, había reconquistado el puente y estaba esperándoles.

—Si no pueden cruzar en Amarante —preguntó Wellesley aquella tarde—, ¿adónde irán entonces? —La pregunta fue formulada en la sala de recepciones azul del Palacio dos Carrancas, donde Wellington y su equipo habían disfrutado de una comida que había sido cocinada, evidentemente, para el mariscal Sout y que habían encontrado todavía caliente en los hornos del palacio. La comida había consistido en cordero; a sir Arthur le gustaba el cordero, pero aquél llevaba tanta cebolla, jamón y setas que a su juicio el sabor había quedado arruinado.

—Creía que los franceses apreciaban la cocina —había refunfuñado, y después pidió que un ordenanza le trajera una botella de vinagre de las cocinas. Regó con él el cordero, apartó los molestos hongos y cebollas y decidió que de ese modo mejoraba el plato.

Ahora, con la mesa ya recogida, los oficiales se reunieron en torno a un mapa dibujado a mano que el capitán Hogan había desplegado sobre la mesa. Sir Arthur recorrió el mapa con un dedo.

—Querrán volver a España, desde luego —dijo—, pero, ¿cómo?

Esperaba que el coronel Waters, el más veterano de los oficiales exploradores, contestara, pero Waters no había explorado la zona norte, así que el coronel señaló con la cabeza al capitán Hogan, el oficial más joven de la sala. Hogan había pasado las semanas previas a la invasión de Sout cartografiando Trás-os-Montes, las agrestes montañas del norte donde las carreteras zigzagueaban, los ríos corrían raudos y los puentes eran escasos y estrechos. Justo en esos momentos las tropas portuguesas se ponían en marcha para cortar aquellos puentes y así impedir a los franceses el acceso a las carreteras que los habían de llevar de regreso a España. Hogan señaló entonces el espacio vacío del mapa al norte de la carretera de Oporto a Amarante.

—Si Amarante está tomada, señor, y nuestros camaradas ocupan Braga mañana...

—Hogan hizo una pausa y miró a sir Arthur, que hizo un gesto irritado—, entonces Soult está en apuros, en verdaderos apuros. Tendrá que cruzar la Serra de Santa Catalina, y en esas colinas no hay carreteras.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Wellesley, mirando el amenazante vacío del mapa.

—Caminos de cabras —respondió Hogan—, lobos, sendas, barrancos y campesinos muy antipáticos. Una vez que llegue aquí, señor —golpeó con el dedo la parte del mapa al norte de la Serra de Santa Catalina—, encontrará una carretera transitable que le llevará a casa, pero para poder llegar a esa carretera tendrá que abandonar sus carros, sus cañones, sus carretas..., todo lo que no pueda ser transportado por un hombre o a lomos de una mula.

Un trueno retumbó sobre la ciudad. Se oyó el sonido de la lluvia, que arreció con rapidez; muy pronto llovía a cántaros sobre la terraza y el agua repiqueteaba en los ventanales sin cortinas.

—Maldito tiempo de mierda —refunfuñó Wellesley, pues sabía que la lluvia haría más lenta la persecución de los derrotados franceses.

—También llueve sobre los impíos, señor —observó Hogan.

—Malditos sean también —dijo molesto Wellesley. No estaba seguro de que le gustara demasiado Hogan, a quien había heredado de Cradock. Para empezar, el condenado era irlandés, lo que a Wellesley le recordaba que él mismo había nacido en Irlanda, circunstancia de la que no se sentía particularmente orgulloso. Además, era obvio que el tipo no era de ilustre cuna, y a Wellesley le gustaba que sus asistentes fuesen de buena familia, aunque reconocía que su prejuicio era poco razonable. Sin embargo, empezaba a sospechar que el sereno Hogan era bastante competente y, por otra parte, el coronel Waters, que contaba con la aprobación de Wellesley, hablaba muy afectuosamente del irlandés.

—Así que —Wellesley resumió la situación— están en la carretera entre aquí y Amarante, no pueden regresar sin enfrentarse a nosotros y tampoco pueden avanzar sin encontrarse con Beresford, por lo que deben dirigirse hacia las colinas del norte. ¿Adónde irán entonces?

—A esta carretera de aquí, señor —contestó Hogan, marcando el mapa con un lápiz—. Va de Braga a Chaves, señor, y si Soult consigue pasar Ponte Nova y llegar a Ruivaens, que es este pueblo de aquí —se detuvo para hacer una marca en el mapa—, después encontrará una pista que le llevará hacia el norte a través de las colinas hasta Montalegre, y eso está a un tiro de piedra de la frontera.

Los ayudantes de sir Arthur se apiñaban alrededor de la mesa, mirando el mapa a la luz de las velas. También había un hombre, una figura delgada y pálida vestida con elegantes ropas civiles, que no se molestaba en mostrar ningún interés: simplemente, permanecía recostado con languidez en un sillón, desde donde se las arreglaba para dar la insultante impresión de que le aburría aquella charla sobre mapas, carreteras,

colinas y puentes.

—Y esta carretera, señor —siguió Hogan, trazando una línea con el lápiz desde Ponte Nova a Montalegre—, es realmente diabólica. Hay que caminar diez kilómetros para avanzar menos de uno. Y lo que aún es mejor, señor, es que la carretera cruza un par de ríos, ríos pequeños pero de aguas rápidas que corren por profundas gargantas, y eso significa puentes altos, señor. Si los portugueses pudieran cortar uno de esos puentes, entonces monsieur Soult estaría perdido, señor. Quedaría atrapado. Sólo podría llevar a sus hombres a través de las montañas y tendrían al diablo pisándoles los talones durante todo el camino.

—Que Dios ayude a los franceses —gruñó Wellesley, haciendo una mueca por el sonido de la lluvia, a sabiendas de que retrasaría a sus aliados, que estaban avanzando tierra adentro para intentar cortar las carreteras por las que los franceses podían llegar a España. Ya las habían cortado en Amarante, pero ahora necesitarían marchar más hacia el norte mientras el ejército de Wellesley, animado por su triunfo en Oporto, tendría que perseguir a los franceses. Los ingleses eran los cazadores que empujaban a sus presas hacia los cañones portugueses. Wellesley miró el mapa—. ¿Dibujó usted esto, Hogan?

—Sí, señor.

—¿Y es fiable?

—Lo es, señor.

Sir Arthur gruñó. Si no fuera por el tiempo, pensó, acorralaría a Soult y a todos sus hombres, pero aquella maldita lluvia lo convertía en una persecución difícil. Lo que significaba que lo mejor sería empezar cuanto antes, así que despachó a sus ayudantes con la orden de que al alba el ejército inglés se pusiera en marcha. Después, una vez dadas las órdenes, sir Arthur bostezó; tenía una terrible necesidad de dormir antes del amanecer. Estaba a punto de ir a acostarse cuando las grandes puertas se abrieron de par en par y entró un fusilero empapado, harapiento y sin afeitarse. Vio al general Wellesley, pareció sorprenderse y se puso firme por instinto.

—Por Dios —dijo Wellesley con amargura.

—Creo que ya conoce al teniente... —empezó a decir Hogan.

—Claro que conozco al teniente Sharpe —contestó Wellesley cortante—, pero lo que quiero saber es qué demonios está haciendo aquí. El 95.º no está con nosotros.

Hogan levantó las palmatorias de las esquinas del mapa y dejó que éste se enrollara.

—Ha sido cosa mía, sir Arthur —dijo tranquilamente—. Encontré al teniente Sharpe y a sus hombres vagando como ovejas perdidas y los tomé bajo mi mando, y desde entonces me ha estado escoltando en mis viajes a la frontera. No podría haber lidiado con las patrullas francesas yo solo, sir Arthur, y el señor Sharpe fue de gran ayuda.

Mientras Hogan ofrecía su explicación, Wellesley sólo miraba a Sharpe.

—¿Se había perdido usted? —preguntó con frialdad.

—Aislados, señor —dijo Sharpe.

—¿Durante la retirada a La Coruña?

—Sí, señor —dijo Sharpe. De hecho, su unidad se había retirado hacia Vigo, pero la diferencia no era importante, y hacía mucho que Sharpe había aprendido que sus respuestas a oficiales veteranos debían ser lo más breves posible.

—Entonces, ¿dónde demonios ha estado estas últimas semanas? —preguntó Wellesley con aspereza—. ¿Merodeando?

—Sí, señor —respondió Sharpe, y los oficiales del grupo se pusieron tensos por el tono insolente que estaba adquiriendo la conversación.

—Yo ordené al teniente que encontrara a una joven inglesa que había desaparecido, señor —se apresuró a explicar Hogan—. De hecho, le ordené que acompañara al coronel Christopher.

La mención de aquel nombre fue como el chasquido de un látigo. Nadie dijo nada, aunque el joven civil que había fingido estar durmiendo en el sillón y que había abierto desmesuradamente los ojos por la sorpresa cuando el nombre de Sharpe fue mencionado por primera vez, ahora prestaba especial atención. Era un joven extremadamente delgado y pálido, como si temiese el sol, y había algo felino, casi afeminado, en su delicado aspecto. Sus ropas, demasiado elegantes, habrían encajado en una recepción en Londres o en un salón de París, pero allí, entre los uniformes sucios y los curtidos oficiales del personal de Wellesley, parecía un mimado perrito faldero entre mastines. Ahora se había sentado derecho y miraba fijamente a Sharpe.

—El coronel Christopher... —Wellesley rompió el silencio—. ¿Así que estuvo con él? —le preguntó a Sharpe.

—El general Cradock me ordenó que permaneciera con él, señor —respondió Sharpe. Sacó la orden del general de un bolsillo y la dejó sobre la mesa.

Wellesley ni siquiera miró el papel.

—¿Qué demonios estaba haciendo Cradock? —preguntó bruscamente—. Christopher ni siquiera es un verdadero oficial, ¡es un maldito correveidile del Ministerio de Asuntos Exteriores! —Escupió estas últimas palabras hacia el pálido joven, que, en vez de responder, hizo un displicente gesto de desdén con los estilizados dedos de su mano derecha. Después volvió a mirar a Sharpe a los ojos y convirtió el gesto en un leve saludo de bienvenida. Sharpe advirtió el saludo y reconoció a lord Pumphrey, a quien había visto por última vez en Copenhague. Sabía que aquel caballero desempeñaba algún misterioso cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero Pumphrey no ofreció ninguna explicación de su presencia en Oporto. Wellesley cogió la orden del general Cradock, la leyó y después tiró el papel—. ¿Y qué le ordenó Christopher que hiciera? —preguntó a Sharpe.

—Que permaneciera en un lugar llamado Vila Real de Zedes, señor.

—¿Para hacer qué, allí? ¿Rezar?

—Morir, señor.

—¿Morir? —preguntó sir Arthur en tono amenazante. Sabía que Sharpe estaba siendo insolente y, aunque el fusilero le había salvado la vida una vez, sir Arthur estaba decidido a reprenderle.

—Trajo unas tropas francesas al pueblo, señor. Y nos atacaron.

—De manera poco efectiva, por lo que veo —dijo Wellesley sarcástico.

—Muy poco efectiva, señor —reconoció Sharpe—, pero eran unos mil doscientos, señor, y nosotros sólo éramos sesenta. —No dijo más y en la gran sala se hizo el silencio mientras los hombres calculaban las probabilidades. Veinte a uno. Otro trueno rasgó los cielos y el destello de un relámpago se encendió hacia el oeste.

—¿Mil doscientos, Richard? —preguntó Hogan en un tono que sugería que tal vez Sharpe desearía rectificar la cifra a la baja.

—Probablemente eran más, señor —dijo Sharpe imperturbable—. Nos atacó la 31.^a Léger, pero reforzada al menos por un regimiento de dragones y un obús. Pero sólo uno, señor, y vimos cómo se iban. —Se calló y nadie comentó nada, pero en ese momento Sharpe cayó en la cuenta de que no había rendido homenaje a su aliado, así que se volvió de nuevo hacia Wellesley—. El teniente Vicente estuvo conmigo, señor, del 18.^o portugués, y sus casi treinta hombres nos ayudaron mucho, aunque lamento informar de que él perdió un par de hombres y yo perdí otros dos. Y uno de mis hombres desertó, señor. Lo lamento.

Se hizo otro silencio, éste más largo, durante el cual los oficiales miraban a Sharpe mientras éste intentaba contar las velas que había sobre la mesa. Finalmente, lord Pumphrey rompió el silencio.

—¿Dice usted, teniente, que el señor Christopher llevó aquellas tropas para que lo mataran?

—Sí, señor.

Pumphrey sonrió.

—¿Las llevó él o ellas lo llevaron a él?

—Él las llevó —respondió Sharpe enérgico—. Y después tuvo la sangre fría de subir a la colina y decirme que la guerra había terminado y que debíamos bajar y dejar que los franceses se ocuparan de nosotros.

—Gracias, teniente —dijo Pumphrey con exagerada cordialidad.

De nuevo se hizo el silencio. Entonces el coronel Waters se aclaró la garganta.

—Recordará, señor —dijo con voz suave—, que fue el teniente Sharpe quien nos proporcionó nuestras embarcaciones esta mañana. —En otras palabras, le estaba diciendo a sir Arthur Wellesley que mostrase una maldita pizca de agradecimiento.

Pero sir Arthur no estaba de humor para mostrarse agradecido. Se quedó mirando

a Sharpe, y entonces Hogan recordó la carta que había rescatado de Casa Hermosa y la sacó de su bolsillo.

—Es para usted, teniente —dijo, tendiéndole la carta a Sharpe—, pero no estaba cerrada, así que me tomé la libertad de leerla.

Sharpe desdobló el papel.

—«Él se va con los franceses —leyó Sharpe— y me obliga a acompañarle, pero yo no quiero.» —La firma era de Kate y estaba claro que había sido escrita a toda prisa.

—Supongo que ese «él» —preguntó Hogan— es Christopher, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Entonces la razón por la que la señorita Savage se ausentó en marzo —continuó Hogan— ¿era el coronel Christopher?

—Sí, señor.

—¿Está enamorada de él?

—Está casada con él —dijo Sharpe, que no entendió que lord Pumphrey se sobresaltara al oírlo.

—Hace unas semanas —le dijo Hogan a Wellesley—, el coronel Christopher estaba cortejando a la madre de la señorita Savage.

—¿Nos ayuda en algo esta ridícula charla a determinar lo que está haciendo Christopher? —preguntó sir Arthur con considerable acritud.

—Al menos es divertido —respondió Pumphrey. Se levantó, se sacudió una mota de polvo de una manga y sonrió a Sharpe—. ¿Es verdad eso de que Christopher se casó con esa chica?

—Sí, señor.

—Entonces es un chico malo —dijo lord Pumphrey, divertido—, porque ya está casado. —El caballero disfrutó con aquella revelación—. Se casó con la hija de Pearce Courtnell hace diez años, en la feliz creencia de que ella le reportaría unas ocho mil libras al año. Después descubrió que apenas llegaba a los seis peniques. He oído que no se trata de un matrimonio feliz, y me atrevería a decir, sir Arthur, que las noticias del teniente Sharpe contestan a nuestras preguntas sobre la verdadera lealtad del coronel Christopher.

—¿De verdad? —preguntó Wellesley, confundido.

—Christopher no puede tener esperanzas de sobrevivir a un matrimonio bígamo si pretende labrarse un futuro en Inglaterra o en un Portugal libre —observó lord Pumphrey—, pero ¿y en Francia? ¿O en un Portugal gobernado por Francia? A los franceses no les preocupará cuántas esposas ha dejado en Inglaterra.

—Pero usted dice que él quiere volver a Inglaterra.

—Presenté la conjetura de que quisiera hacerlo —corrigió Pumphrey al general—. Al fin y al cabo, ha estado jugando en los dos lados del tablero, y si cree que

estamos ganando, sin duda querrá regresar, como también sin duda negará haberse casado con la señorita Savage.

—Quizás ella sea de otra opinión —apuntó secamente Wellesley.

—Si es que ella vive para contarlo, cosa que dudo —dijo Pumphrey—. No, señor, no se puede confiar en él y me atrevería a decir que mis superiores en Londres le estarán inmensamente agradecidos si lo destituye usted de su cargo.

—¿Es eso lo que usted quiere?

—No es lo que quiero yo —replicó Pumphrey, y para ser un hombre de aspecto tan delicado y frágil, lo hizo con una fuerza considerable—. Es lo que quería Londres.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Wellesley, claramente disgustado por las insinuaciones de Pumphrey.

—Tiene información que nos pondría en una situación difícil —admitió Pumphrey—, incluyendo los códigos del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Wellesley soltó su caballuno relincho a modo de risa.

—Es probable que ya se los haya entregado a los franceses.

—Lo dudo, señor —objetó Pumphrey mientras se examinaba las uñas de una mano con el entrecejo medio arrugado—. Lo normal es que un hombre se guarde sus mejores cartas para el final. Y al final Christopher querrá negociar, o con los franceses o con nosotros, y tengo que decir que al gobierno de Su Majestad tampoco le gusta esa posibilidad.

—Entonces dejo el destino de ese hombre en sus manos, por Dios —dijo Wellesley con evidente indignación—, y como sin duda eso significa trabajo sucio, entonces será mejor que le preste los servicios del capitán Hogan y del teniente Sharpe. En cuanto a mí, me voy a la cama. —Hizo un gesto cortés con la cabeza y salió de la habitación seguido por su ayudante, que llevaba fajos de papeles.

Lord Pumphrey cogió una frasca de vinho verde de la mesa y volvió a sentarse en su sillón con un exagerado suspiro.

—Sir Arthur hace que me flaquee las rodillas —dijo, y fingió no advertir la expresión de asombro en los rostros de Hogan y Sharpe—. ¿Es verdad que le salvó usted la vida en la India, Richard?

Sharpe no dijo nada y Hogan contestó por él.

—Ésa es la razón por la que trata tan mal a Sharpe —dijo el irlandés—. Ese engreído no soporta estar en deuda con nadie, y menos aún estar en deuda con un bribón descarriado como Sharpe.

Pumphrey se estremeció.

—¿Saben qué es lo que más nos disgusta hacer en el Ministerio de Asuntos Exteriores? Viajar a lugares en el extranjero. Son tan incómodos... Pero aquí estoy, y supongo que tendremos que atender nuestras obligaciones.

Sharpe se había acercado a uno de los ventanales y contemplaba la húmeda oscuridad de fuera.

—¿Cuáles son mis obligaciones? —preguntó.

Lord Pumphrey se sirvió una generosa copa de vino.

—Hablando en plata, Richard —dijo—, su deber es encontrar al señor Christopher y después... —No terminó la frase: se limitó a pasarse un dedo por la garganta. Sharpe vio el gesto reflejado en el oscuro ventanal.

—Por cierto, ¿quién es Christopher en realidad? —quiso saber Sharpe.

—Era un chupabotas, Richard —dijo Pumphrey, y su voz sonó mordaz por el desprecio—, un chupabotas bastante listo del Ministerio de Asuntos Exteriores. —Un chupabotas era un hombre que se abría camino intimidando y a base de golpes de fusta hasta situarse el primero en el campo gracias a que cabalgaba pegado a los perros, fastidiando con ello a muchos otros cazadores—. Pero él pensaba que tenía un futuro muy bueno —continuó—, si es que podía domar su marcada tendencia a complicar las cosas. Le gusta intrigar, a ese Christopher. Por necesidad, el Ministerio de Asuntos Exteriores ha de negociar con cuestiones secretas y él se dedica a esto con gusto. Aun así, y pese a ello, se consideraba que tenía los modos de un excelente diplomático, y el año pasado fue enviado aquí para que indagara sobre el carácter de los portugueses. Hubo rumores, por fortuna infundados, de que gran parte del pueblo portugués, en especial gente del norte, sentía algo más que simpatía por los franceses, y se suponía que Christopher simplemente venía a determinar el alcance de esa simpatía.

—¿Y eso no podía hacerlo la embajada? —preguntó Hogan.

—No sin que se notara —dijo Pumphrey—, y no sin ofender a una nación que, al fin y al cabo, es nuestro más antiguo aliado. Además, sospecho que si usted encargase a alguien de la embajada que hiciera preguntas, sólo obtendría las respuestas que la gente piensa que quiere oír. No, se suponía que Christopher era un caballero inglés de viaje por el norte de Portugal, pero, como pueden ver, se le presentó una oportunidad. Cradock sabía tan poco entonces que lo ascendió de rango, y así empezó Christopher a urdir sus planes. —Lord Pumphrey levantó la vista al techo, lleno de pinturas de deidades complacientes y ninfas bailando—. Yo sospecho que el señor Christopher ha estado apostando a todos los caballos de la carrera. Sabemos que estaba promoviendo un amotinamiento, pero tengo fuertes sospechas de que traicionó a los amotinados. Alentaba esa conspiración para hacernos creer que trabajaba por nuestros intereses, y la traición le valió el aprecio de los franceses. Tiene la determinación de estar en el lado vencedor, ¿no creen? Pero su principal maquinación, por supuesto, es enriquecerse a expensas de las mujeres Savage. —Pumphrey hizo una pausa y a continuación mostró una sonrisa angelical—. Siempre he admirado bastante a los bígamos. Una sola mujer sería, en general, demasiado para mí, pero ¡un hombre que

tiene dos!

—¿Ha dicho usted que él quiere regresar? —preguntó Sharpe.

—Ésa es mi suposición. James Christopher no es el tipo de hombre que quema sus naves a menos que no le queden alternativas. Oh, sí, estoy seguro de que estará tramando alguna manera de regresar a Londres por si se encuentra con que carece de oportunidades con los franceses.

—Entonces se supone que tengo que disparar a ese cabrón —dijo Sharpe.

—En el Ministerio de Asuntos Exteriores no lo expresaríamos exactamente de esa forma —dijo lord Pumphrey con severidad—, pero veo que se toma usted en serio el asunto. Vaya y dispárele, Richard, y que Dios bendiga su pequeño rifle.

—¿Y qué está haciendo usted aquí? —se le ocurrió preguntar a Sharpe.

—¿Aparte de estar sumamente incómodo? —contestó Pumphrey—. Me enviaron para que supervisara a Christopher. Él se dirigió a Cradock con información sobre una propuesta de motín. Cradock, con gran acierto, informó del asunto a Londres y en Londres les entusiasmó la idea de corromper al ejército de Bonaparte en Portugal y España, pero pensaron que se necesitaba a alguien con conocimiento y buen juicio para impulsar el plan y, naturalmente, me pidieron que viniera.

—Y ahora ya podemos olvidarnos del plan —observó Hogan.

—Así es —replicó ásperamente Pumphrey—. Christopher trajo al capitán Argenton para que hablara con Cradock —le explicó a Sharpe—, y cuando Cradock fue reemplazado, Argenton cruzó las líneas por iniciativa propia para consultar con sir Arthur. Quería el compromiso de que nuestras tropas no intervendrían en caso de un amotinamiento francés, pero sir Arthur no había oído hablar de esos planes y le dijo que ya se podía volver con el rabo entre las piernas al oscuro lugar de donde había venido. Así que ya no hay planes ni misteriosos mensajeros con capas y puñales, sólo soldadesca a la manera tradicional. Ay, al parecer yo sobro para lo que se necesita, y el señor Christopher, si es que hay que dar crédito a la nota de esa amiguita suya, se ha ido con los franceses, lo que significa, pienso yo, que cree que aún van a ganar esta guerra.

Hogan había abierto la ventana para oler la lluvia, pero ahora se volvió hacia Sharpe.

—Debemos irnos, Richard. Tenemos cosas que planificar.

—Sí, señor. —Sharpe cogió su malparado chacó e intentó devolver a la visera su forma original, pero después se le ocurrió otra pregunta—. ¿Milord?

—¿Richard? —respondió con seriedad lord Pumphrey.

—¿Se acuerda usted de Astrid? —preguntó Sharpe con torpeza.

—Me acuerdo muy bien de la hermosa Astrid —respondió Pumphrey afable—. La atractiva hija de Ole Skovgaard.

—Me preguntaba si habría tenido usted noticias de ella, milord —dijo Sharpe. Se

había ruborizado.

Lord Pumphrey sí tenía noticias de ella, pero no se preocupó de contárselas a Sharpe, pues lo cierto era que tanto Astrid como su padre estaban ambos en sus tumbas, degollados por orden de Pumphrey.

—Oí decir —explicó el lord con amabilidad— que hubo una epidemia en Copenhague. ¿Malaria, quizá? ¿O fue cólera? Una desgracia, Richard. —Extendió las manos.

—¿Está muerta?

—Eso me temo.

—Oh —dijo Sharpe inadecuadamente. Se quedó parpadeando afligido. Una vez había pensado que podría dejar el ejército y vivir con Astrid, para así llevar una nueva vida en la limpia decencia de Dinamarca—. Lo siento.

—También yo —dijo enseguida lord Pumphrey—, y mucho. Pero hábleme de la señorita Savage, Richard. ¿Es tan hermosa como dicen?

—Sí —dijo Sharpe—, lo es.

—Eso pensaba —dijo lord Pumphrey resignado.

—Y morirá —gruñó Hogan a Sharpe—, si usted y yo no nos damos prisa.

—Sí, señor —dijo Sharpe, y salieron corriendo.



Hogan y Sharpe caminaban bajo la lluvia nocturna, subiendo por la colina en dirección a una escuela que Sharpe había requisado como cuartel para sus hombres.

—¿Sabe usted —dijo Hogan considerablemente irritado— que lord Pumphrey es un bujarrón?

—Claro que sé que es un bujarrón.

—Pueden colgarlo por eso —observó Hogan con impúdica satisfacción.

—Aun así, me gusta —dijo Sharpe.

—Es una víbora. Todos los diplomáticos lo son. Son peores que los abogados.

—No es un estirado.

—Nada en el mundo le gustaría más a lord Pumphrey que poder estirarse a su lado, Richard —dijo Hogan y se rió, de nuevo de buen humor—. ¿Y cómo demonios vamos a encontrar a esa pobre niñata y al podrido de su marido, eh?

—¿Vamos? —preguntó Sharpe—. ¿También va a venir usted?

—Esto es demasiado importante como para dejarlo en manos de un modesto teniente inglés —dijo Hogan—. Para este encargo se necesita la sagacidad de un irlandés.

Una vez en la escuela, Sharpe y Hogan se sentaron en la cocina, donde los franceses que habían invadido la ciudad habían dejado una mesa intacta; como Hogan había dejado el mapa bueno en el cuartel del general, usó un trozo de carbón para

dibujar una versión más tosca sobre la gastada superficie de la mesa. Desde el aula principal, donde los hombres de Sharpe habían extendido sus mantas, llegaba el sonido de risas de mujeres. Sus hombres, pensó Sharpe, llevaban menos de un día en la ciudad y ya habían encontrado unas cuantas mujeres.

—Es lo mejor para aprender el idioma, señor —le había asegurado Harper—, y todos nosotros andamos algo cortos de educación, señor, como muy bien sabe usted.

—¡Bien! —Hogan cerró la puerta de un puntapié—. Mire el mapa, Richard. —Le mostró cómo habían subido los ingleses por la costa de Portugal y cómo habían desalojado a los franceses de Oporto, y cómo, al mismo tiempo, el ejército portugués había atacado en el este—. Han recuperado Amarante —dijo Hogan—, lo que es bueno, porque significa que Soult no puede cruzar ese puente. Está bloqueado, Richard, totalmente bloqueado, así que no tiene elección. Tendrá que seguir hacia el norte a través de las colinas para llegar a una mala carretera aquí arriba —el carbón chirrió al trazar una irregular línea sobre la mesa—, y ésta es una carretera endemoniada. Si los portugueses pueden seguir avanzando con este tiempo de mil demonios, cortarán la carretera aquí. —El carbón trazó una cruz—. Es un puente llamado Ponte Nova. ¿Lo recuerda?

Sharpe negó con la cabeza. Había visto tantos puentes y carreteras de montaña que no podía recordar cuál era cuál.

—Ponte Nova —dijo Hogan— significa puente nuevo, aunque, naturalmente, es tan viejo como las colinas. Un cartucho de pólvora lo enviará garganta abajo convertido en escombros y entonces, Richard, monsieur Soult va a estar bien jodido. Pero sólo estará jodido si los portugueses logran llegar allí. —Parecía pesimista, pues el tiempo no era propicio para una marcha forzada por las montañas—. Y si no pueden detener a Soult en Ponte Nova, entonces existe una pequeña oportunidad de que lo alcancen en El Saltador. Eso sí lo recuerda, ¿verdad?

—De eso sí me acuerdo, señor —dijo Sharpe.

El Saltador era un puente en lo alto de las montañas, un arco de piedra que salvaba una profunda y estrecha garganta; por eso aquel espectacular arco había recibido ese nombre. Sharpe recordaba a Hogan cartografiando aquello y se acordaba de un pequeño pueblo de casas bajas de piedra, y sobre todo del río que se despeñaba en un furioso torrente bajo el puente colgante.

—Si llegan a El Saltador y lo cruzan —dijo Hogan—, entonces lo único que podremos hacer será enviarles un beso de despedida y desearles buena suerte. Habrán escapado. —Se sobresaltó cuando el retumbar de un trueno le recordó el tiempo que hacía—. Ah, bueno —suspiró—, tendremos que hacerlo lo mejor que podamos.

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo? —inquirió Sharpe.

—Bien, Richard, ésa es una pregunta muy buena —dijo Hogan. Inhaló una pizca de rapé, se quedó quieto y después estornudó con violencia—. Por Dios, los médicos

dicen que despeja los bronquios, sea lo que sea eso. Bien, yo lo veo así, puede suceder una de estas dos cosas. —Golpeteó la raya de carbón que marcaba Ponte Nova—. Si los franceses son detenidos en este puente, la mayoría de ellos se rendirán, no tendrán otra elección. Algunos se internarán en las montañas, por supuesto, pero allí se encontrarán por todas partes con paisanos armados en busca de gargantas y otras partes del cuerpo que cortar. Así que puede suceder que encontremos al señor Christopher entre el ejército cuando éste se rinda, aunque es más probable que huya y afirme que es un prisionero inglés que se ha fugado. En cuyo caso nos internaremos en las montañas, daremos con él y lo pondremos delante de un paredón.

—¿De verdad?

—¿Eso le preocupa?

—Preferiría colgarlo.

—Ah, bien, podemos discutir el método cuando llegue el momento. Ahora bien, lo segundo que podría suceder, Richard, es que los franceses no sean detenidos en Ponte Nova, en cuyo caso necesitaremos llegar a El Saltador.

—¿Por qué?

—Piense en cómo era aquello, Richard. Un profundo barranco, pendientes empinadas por todas partes, el tipo de lugar donde un par de fusileros podrían ser despiadados. Y si los franceses están cruzando el puente, los veremos, y sus rifles Baker tendrán que hacer lo necesario.

—¿Podemos acercarnos lo suficiente? —preguntó Sharpe, intentando recordar cómo era el terreno próximo al puente colgante.

—Hay precipicios y altos peñascos. Estoy seguro de que podrán acercarse a unos doscientos pasos.

—Con eso servirá —dijo Sharpe con gesto serio.

—Así que, de una u otra forma, tendremos que acabar con él —concluyó Hogan echándose hacia atrás—. Es un traidor, Richard. Probablemente no sea tan peligroso como se cree, pero si llega a París no cabe duda de que los franchutes le chuparán el cerebro hasta dejárselo seco y así se enterarán de un par de cosas que preferiríamos que no supieran. Y si regresa a Londres, es lo suficientemente escurridizo como para convencer a esos idiotas de que ha estado trabajando por nuestros intereses. De modo que, teniendo todo esto en cuenta, Richard, yo diría que estará mejor muerto.

—¿Y Kate?

—A ella no vamos a matarla —respondió Hogan en tono de reproche.

—Señor, en marzo —dijo Sharpe— me ordenó que la rescatara. ¿Sigue en pie esa orden?

Hogan miró el techo, que estaba ennegrecido por el humo y lleno de ganchos de aspecto mortal.

—En el poco tiempo que hace que lo conozco, Richard, me he dado cuenta de que tiene usted una lamentable tendencia a calzarse una brillante armadura y a buscar damas a las que rescatar. Al rey Arturo, Dios lo tenga en su gloria, le habría gustado usted. Le habría puesto a luchar contra cualquier caballero malvado del bosque. ¿Acaso es importante rescatar a Kate Savage? En realidad, no. Lo principal es castigar al señor Christopher, y me temo que la señorita Savage tendrá que asumir sus riesgos.

Sharpe bajó la mirada al mapa de carbón.

—¿Cómo llegaremos a Ponte Nova?

—A pie, Richard, a pie. Debemos cruzar las montañas y esos caminos no son buenos para los caballos. Perdería la mitad del tiempo tirando de ellos, preocupándose por su alimento, revisando sus cascos y deseando no tenerlos. ¿Y unas mulas? Eso sí. Ensillaría unas mulas y nos las llevaríamos, pero, ¿dónde vamos a encontrar mulas esta noche? Pero ya sea en mula o a pie, sólo podemos llevarnos a unos pocos hombres, los mejores y más en forma, y tenemos que salir antes del alba.

—¿Y qué hago con el resto de mis hombres?

Hogan reflexionó unos instantes.

—Al mayor Potter podrían venirle bien aquí —sugirió—, para que ayuden a vigilar a los prisioneros.

—No quiero perderlos al volver a Shorncliffe —dijo Sharpe. Se temía que el segundo batallón estaría haciendo preguntas sobre sus fusileros perdidos. No les preocuparía que el teniente Sharpe hubiese desaparecido, pero lamentarían profundamente la ausencia de varios de sus mejores tiradores.

—Mi querido Richard, si cree usted que sir Arthur va a perder siquiera un par de buenos fusileros, entonces es que no lo conoce ni la mitad de bien de lo que cree. Revolverá el cielo y la tierra para mantenerlos aquí. Y usted y yo tenemos que desplazarnos a toda prisa hacia Ponte Nova antes que nadie más.

Sharpe hizo una mueca.

—Los franceses nos llevan un día de ventaja.

—No, de eso nada. Se fueron como idiotas hacia Amarante, lo que significa que ignoran que los portugueses lo han recuperado. A estas alturas habrán descubierto que están en aprietos, pero dudo que salgan hacia el norte antes del amanecer. Si nos damos prisa, los derrotaremos. —Frunció el ceño, mirando otra vez el mapa—. Sólo hay un auténtico problema que yo pueda ver, aparte del de no encontrar al señor Christopher cuando lleguemos allí.

—¿Un problema?

—Sé cómo abrirme camino a Ponte Nova desde Braga —dijo Hogan—, pero ¿y si los franceses están ya en la carretera de Braga? Tendremos que ir por las montañas y es un territorio agreste, Richard, un lugar en el que es fácil perderse. Necesitamos

un guía y necesitamos encontrarlo rápido.

Sharpe sonrió.

—Si no le importa viajar con un oficial portugués que se cree un filósofo y un poeta, entonces creo que conozco al hombre adecuado.

—Soy irlandés —dijo Hogan—, no hay nada que amemos más que la filosofía y la poesía.

—También es abogado.

—Si nos lleva a Ponte Nova —dijo Hogan—, sin duda Dios le perdonará por eso.

Las risas de las mujeres eran ahora más fuertes, pero era hora de terminar la fiesta. Era hora de que una decena de los mejores hombres de Sharpe arreglaran sus botas y llenaran sus cartucheras.

Era la hora de la venganza.

CAPÍTULO 10

Kate se sentó en una esquina del carruaje y empezó a llorar. Ahora el carruaje no iba a ninguna parte. Ni siquiera era un carruaje adecuado, ni la mitad de cómodo que la frágil calesa de la quinta, que había quedado abandonada en Oporto, ni tan sólido como el que había llevado a su madre hacia el sur tras cruzar el río, en marzo. Ahora Kate deseaba haberse ido con su madre, pero no lo había hecho, porque había sido golpeada por el amor y la certeza de que le traería cielos dorados, horizontes despejados y dicha sin fin.

En vez de ello, se encontraba en un coche de alquiler de Oporto, de dos ruedas y con el techo de cuero lleno de goteras, con las ballestas rotas y un maltrecho caballo castrado entre sus varas, y el carruaje no iba a ninguna parte porque en su huida el ejército francés estaba detenido en la carretera a Amarante. La lluvia golpeaba con furia en el techo, bajaba por las ventanas y goteaba sobre el regazo de Kate, y a ella no le importaba, simplemente permanecía acurrucada en el rincón y lloraba.

La puerta se abrió de golpe y Christopher metió la cabeza dentro.

—Va a haber algunos disparos —le dijo—, pero no hay por qué alarmarse. —Se quedó en silencio, decidió que no podía soportar sus sollozos y sencillamente cerró la puerta. Entonces volvió a abrirla de nuevo—. Están inutilizando los cañones —explicó—; de ahí vendrá el ruido.

A Kate aquello no podría haberle importado menos. Se preguntaba qué iba a ser de ella y su nada halagüeño futuro la asustaba tanto que volvió a estallar en lágrimas justo cuando los primeros cañones fueron disparados con sus bocas pegadas.

La mañana posterior a la caída de Oporto, el mariscal Soult se había despertado con las pésimas noticias de que los portugueses habían recuperado Amarante y que el único puente por el que podría cruzar con sus cañones, cureñas, armones, coches y carretas para volver a los bastiones franceses en España estaba por tanto en manos enemigas. Uno o dos exaltados habían sugerido que se abrieran camino luchando para cruzar el Támeга, pero los exploradores informaron de que los portugueses estaban ocupando Amarante con un buen número de tropas, que el puente había sido minado y que tenían una docena de cañones dominando la carretera, que les llevaría un día de amarga y sangrienta lucha llegar allí y que después era probable que no hubiese puente, pues los portugueses lo volarían sin dudar. Y Soult no disponía de un día. Sir Arthur Wellesley estaría avanzando desde Oporto, así que sólo le quedaba una opción: abandonar todo el transporte rodado del ejército, todos y cada uno de los coches, cureñas, armones, carretas, forjas de campaña y cañones. Todo aquello debería quedar atrás, y veinte mil hombres, cinco mil civiles que seguían al ejército, cuatro mil caballos y casi el mismo número de mulas tendrían que hacerlo lo mejor posible para cruzar las montañas.

Pero Soult no iba a regalarle al enemigo buenos cañones franceses para que los volvieran contra él, así que los cargaron todos con cuatro libras de pólvora, doble proyectil, y los colocaron boca con boca. Los artilleros se esforzaban por mantener los botafuegos encendidos bajo la lluvia y después, cuando recibieron la orden, pusieron en contacto las dos mechas de caña; la pólvora se encendió en el sobrecargado interior y los cañones dispararon unos contra otros, saltando hacia atrás con una desgarradora explosión de humo y llamas, hasta quedar convertidos en unos tubos destrozados y retorcidos. Algunos de los artilleros lloraban mientras destruían sus armas; otros se limitaban a lanzar maldiciones mientras rajaban con cuchillos y bayonetas los sacos de pólvora que quedaban para que ésta se estropeará con la lluvia.

Se ordenó a la infantería que vaciara sus macutos y fardos de todo lo que no fuera comida y munición. Algunos oficiales ordenaron inspecciones e insistieron en que sus hombres tiraran lo que habían saqueado durante la campaña. Cuberterías, palmatorias, vajillas, tenían que abandonarlo todo junto al camino mientras el ejército se dirigía hacia las colinas. Los caballos, los bueyes y las mulas que tiraban de cañones, carros y armones fueron sacrificados a tiros para no dejárselos al enemigo. Los animales chillaban y se revolcaban al morir. Los heridos que no podían andar eran abandonados; se les entregaba mosquetes para que al menos trataran de defenderse de los portugueses, que enseguida los encontrarían y se tomarían su venganza contra hombres indefensos. Soult ordenó que las arcas militares, once grandes barriles con monedas de plata, se colocaran junto al camino para que los hombres pudieran llevarse un puñado cada uno al pasar junto a ellas. Las mujeres se levantaron las faldas, las llenaron de monedas y siguieron caminando junto a sus hombres. Los dragones, húsares y *chasseurs* llevaban sus caballos. Miles de hombres y mujeres ascendían por las áridas colinas, dejando atrás coches cargados de botellas de vino y oporto, de crucifijos de oro robados de las iglesias y de ancestrales pinturas arrancadas de las paredes de las casonas del norte de Portugal. Los franceses pensaban que habían conquistado un país, que sólo estaban esperando a que unos cuantos refuerzos engrosaran las tropas mientras marchaban sobre Lisboa; nadie entendía por qué de repente se enfrentaban al desastre o por qué el rey Nicolás los guiaba en una caótica retirada bajo la lluvia torrencial.

—Si te quedas aquí —le dijo Christopher a Kate—, te violarán.

—Ya me han violado, ¡una noche tras otra! —Kate lloraba.

—¡Oh, por Dios, Kate! —Christopher, vestido con ropas de civil, estaba junto a la puerta abierta del carruaje con la lluvia goteándole del bicornio—. No voy a dejarte aquí. —Metió la mano dentro, la agarró de la muñeca y, pese a sus gritos y forcejeos, la sacó a la fuerza del carruaje—. ¡Camina, maldita sea! —gruñó, y tirando de ella atravesó el arcén y subieron la cuesta. Kate llevaba apenas unos segundos fuera del

carruaje, pero su uniforme azul de húsar, que Christopher se había empeñado en que llevara, ya estaba empapado—. Esto no es el final —le dijo Christopher, mientras seguía apretándole dolorosamente la muñeca—. No llegaron los refuerzos, ¡eso es todo! Pero nosotros volveremos.

A Kate, a pesar de su aflicción, le causó estupor aquel «nosotros». ¿Se refería él a ellos dos? ¿O quería decir los franceses?

—Quiero irme a casa —dijo Kate entre lágrimas.

—¡Deja de ser tan cargante —le espetó Christopher— y sigue caminando! —Tiró de ella hacia delante. Sus botas nuevas con suela de cuero resbalaban en el sendero—. Los franceses van a ganar esta guerra —insistió Christopher. Ya no estaba tan seguro de ello, pero cuando sopesaba los equilibrios de poder en Europa se las arreglaba para convencerse de que era cierto.

—¡Quiero regresar a Oporto! —sollozó Kate.

—¡No podemos!

—¿Por qué no? —Intentó apartarse de él, y aunque no pudo zafarse de su agarre, consiguió detenerlo—. ¿Por qué no?

—Simplemente, no podemos. Venga, ¡vamos! —De un tirón volvió a hacer que caminara; no quiso decirle que no podían regresar a Oporto porque el maldito Sharpe seguía con vida. Por el amor de Dios, aquel cabrón sólo era un teniente ya demasiado mayor, que además, por lo que acababa de saber, había ascendido desde soldado raso.

Pero Sharpe sabía demasiadas cosas que podían perjudicar a Christopher, así que el coronel necesitaba encontrar un lugar seguro desde donde, mediante los discretos métodos que tan bien conocía, pudiera enviar una carta a Londres. Después, ya tranquilo, podría juzgar por la respuesta si Londres se creía la historia de que se había visto obligado a demostrar su lealtad a los franceses con la intención de alentar un motín que habría liberado Portugal; a él esa historia le sonaba convincente, excepto porque Portugal iba a ser liberado de todas formas. Pero no todo estaba perdido. Sería su palabra contra la de Sharpe, y Christopher, por encima de muchas otras cosas, era un caballero, e indudablemente Sharpe no lo era. Quedaría por resolver, desde luego, la delicada cuestión de qué hacer con Kate si le pedían que regresara a Londres, pero siempre podía decir que aquel matrimonio no había tenido lugar. Podía dar explicaciones acerca de los vapores de Kate. Las mujeres siempre tenían tendencia a los vapores, todo el mundo lo sabía. ¿Cómo lo había dicho Shakespeare? «Fragilidad, tienes nombre de mujer.» Así que podría decir, sin faltar a la verdad, que aquella ceremonia farfullada en la pequeña iglesia de Vila Real de Zedes no había sido un auténtico casamiento, y que él se había sometido a ello sólo para ahorrarse los rubores de Kate. Era un riesgo, lo sabía, pero llevaba el suficiente tiempo jugando sus cartas como para saber que a veces las apuestas más extravagantes rendían las mejores ganancias.

Y si aquella apuesta fracasaba y no podía recuperar su carrera en Londres, probablemente daría igual, pues seguía aferrado a la creencia de que seguro que al final los franceses ganarían y él volvería a Oporto, donde, a falta de cualquier otra información, los abogados lo considerarían como el marido de Kate, y sería rico. Kate acabaría aceptándolo. Ella se recuperaría cuando regresara a la comodidad del hogar, y regresaría. Hasta ahora, ciertamente, ella había sido infeliz; su dicha por el matrimonio se había transformado en horror dentro del dormitorio, pero las yeguas jóvenes suelen rebelarse ante la brida, aunque después de una o dos palizas se vuelven dóciles y obedientes. Y Christopher deseaba que a Kate le ocurriera eso porque su belleza aún lo estremecía. Tiró de ella hasta donde Williamson, ahora sirviente de Christopher, sujetaba su caballo.

—Monta —ordenó a Kate.

—¡Quiero irme a casa! —dijo ella.

—¡Sube al caballo! —Casi la golpeó con la fusta que había bajo la silla, pero entonces ella le permitió sumisa que la ayudara a montar en el caballo—. Sujete las riendas, Williamson —ordenó Christopher. No quería que Kate hiciese girar al caballo y se alejara al galope hacia el oeste—. Sujételas bien, hombre.

—Sí, señor.

Williamson aún vestía su uniforme de fusilero, aunque había sustituido su chacó por un sombrero de ala ancha de cuero. En la retirada de Oporto se había hecho con un mosquete, una pistola y un sable, y las armas le daban un aspecto imponente, que a Christopher le tranquilizaba. El coronel necesitaba un sirviente, pues el suyo había huido, pero necesitaba aún más un guardia personal y Williamson cumplía magníficamente ese papel. Le contaba a Christopher historias de broncas de taberna, de salvajes peleas con cuchillos y porras, de combates de boxeo a puño desnudo, y Christopher las recibía casi con el mismo entusiasmo con el que escuchaba las amargas quejas de Williamson sobre Sharpe.

A cambio, Christopher le había prometido a Williamson un dorado futuro.

—Aprenda francés —había aconsejado al desertor—, y podrá alistarse en su ejército. Demuestre que es bueno y le ascenderán. No son tan exigentes en el ejército francés.

—¿Y si quiero quedarme con usted, señor? —había preguntado Williamson.

—Siempre he sido un hombre que recompensa la lealtad, Williamson —había dicho Christopher. Así, estaban hechos el uno para el otro, incluso aunque, por ahora, la suerte de ambos pasara por horas bajas, pues al igual que miles de fugitivos, caminaban bajo la lluvia, el viento los azotaba, y no veían ante sí más que el hambre y las cuevas peladas y las rocas húmedas de la Serra de Santa Catalina.

Por detrás de ellos, en la carretera de Oporto a Amarante, se extendía un triste rastro de carruajes y carros abandonados bajo el chaparrón. Los franceses heridos

vigilaban ansiosos, rezando por que los perseguidores ingleses aparecieran antes que los campesinos, pero los campesinos estaban más cerca que los casacas rojas, mucho más cerca; muy pronto empezaron a verse sus oscuras siluetas revoloteando bajo la lluvia, con brillantes cuchillos en las manos.

Y bajo la lluvia los mosquetes de los heridos no podían disparar.

Así que empezaron los alaridos.



A Sharpe le hubiera gustado llevarse a Hagman para perseguir a Christopher, pero el viejo furtivo no estaba totalmente recuperado de su herida en el pecho, así que Sharpe se vio obligado a dejarlo atrás. Se llevó a doce hombres, los más capaces e inteligentes, y todos se quejaron con vehemencia cuando los despertaron para sacarlos a la lluvia de Oporto antes de que amaneciera, porque tenían acidez de estómago por el vino y dolor de cabeza, y estaban de mal humor.

—Pero no tan malo como el mío —les advirtió Sharpe—, así que no me monten un puñetero follón.

Hogan iba con ellos, así como el teniente Vicente y tres de sus hombres. Vicente se había enterado de que tres coches de correos saldrían hacia Braga con las primeras luces y le dijo a Hogan que aquellos vehículos tenían fama de ser muy veloces y que viajarían por una buena carretera. Los carreteros, que transportaban sacas de correo que habían estado esperando a que los franceses se fueran antes de poder ser enviadas a Braga, se alegraron de dejar espacio a los soldados, que se derrumbaron sobre las sacas y se quedaron dormidos.

Atravesaron las ruinas de las defensas del norte de la ciudad a la débil y húmeda luz del amanecer. La carretera era buena, pero los coches de correos se retrasaron porque los partisanos habían cortado la carretera con árboles, y tardaban una media hora o más en despejar cada barricada.

—Si los franceses hubiesen sabido de la caída de Amarante —le dijo Hogan a Sharpe—, se habrían retirado por esta carretera ¡y nunca los habríamos cogido! Tenga en cuenta que no sabemos si su guarnición de Braga se ha marchado con los demás.

Sí se había marchado y el correo llegó junto con una tropa de la caballería inglesa que fue recibida con vítores por los habitantes, cuya alegría no pudo ahogar la lluvia.

Hogan, con su gabán azul de ingeniero, fue confundido con un prisionero francés y le arrojaron bosta de caballo, hasta que por fin Vicente logró persuadir a la muchedumbre de que Hogan era inglés.

—Irlandés —protestó Hogan—, por favor.

—Es lo mismo —dijo Vicente distraído.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo Harper, indignado, y después rompió a reír porque el gentío insistía en llevar a Hogan a hombros.

La carretera principal de Braga iba hacia el norte y cruzaba la frontera en dirección a Pontevedra, y seguramente es la que tomarían los franceses, pero hacia el este una docena de senderos subían a las colinas; uno de ellos, aseguró Vicente, los llevaría directos a Ponte Nova.

—Si tenemos suerte —dijo Vicente—, estaremos en el puente en dos días.

—¿Y cuánto tardaremos en llegar a El Saltador? —preguntó Hogan.

—Medio día más.

—¿Y cuánto tardarán los franceses?

—Tres días —dijo Vicente—, debería llevarles tres días. —Se santiguó—. Rezo porque les lleve tres días.

Pasaron la noche en Braga. Un remendón les arregló las botas, insistiendo en que no aceptaría dinero; con su mejor cuero, les hizo unas nuevas suelas tachonadas de clavos para darles mayor agarre en terreno elevado y húmedo. Debió de trabajar toda la noche, pues por la mañana se presentó tímidamente ante Sharpe con unas fundas de cuero para los rifles y los mosquetes. Habían protegido las armas de la lluvia metiendo unos corchos en las bocas y envolviendo los percutores con unos jirones de tela, pero las fundas de cuero eran mucho mejores. El remendón había engrasado las costuras con sebo de oveja para impermeabilizar las fundas y Sharpe, al igual que sus hombres, estaba contento como un niño con el regalo. Les dieron tanta comida que acabaron regalándole la mayor parte a un sacerdote que prometió repartirla entre los pobres. Luego partieron bajo el amanecer azotado por la lluvia.

Hogan iba montado porque el alcalde de Braga le había regalado una mula, una bestia de paso firme con mal temperamento y un ojo muerto; él la había cubierto con una manta, y sus pies casi tocaban el suelo. Aunque había sugerido que usaran la mula para transportar las armas, Hogan era el más viejo del grupo y el menos ágil, de modo que Sharpe insistió en que la montara él.

—No tengo ni idea de lo que nos vamos a encontrar —le dijo Hogan a Sharpe mientras subía por las colinas sembradas de rocas—. Si el puente de Ponte Nova ha sido volado, como ya tendría que haber pasado, los franceses se dispersarán. Simplemente correrán para salvar la vida, y será difícil encontrar al señor Christopher en medio de tanto caos. Aun así, tenemos que intentarlo.

—¿Y si no lo han volado?

—Entonces, cuando llegemos cruzaremos ese puente —dijo Hogan, y rió—. Ah, Jesús, odio de verdad esta lluvia. ¿Ha intentado alguna vez aspirar rapé bajo la lluvia, Sharpe? Es como aspirar vómito de gato.

Caminaban hacia el este a través de un amplio valle bordeado por altas y pálidas colinas coronadas por unos peñascos grises. La carretera se extendía al sur del río Cavado, que corría, claro y profundo, por una fértil pradera que había sido saqueada por los franceses, por lo que no había vacas ni ovejas pastando la hierba primaveral.

Los pueblos habían sido prósperos en el pasado, pero ahora estaban casi desiertos y las pocas personas que se habían quedado recelaban de ellos. Hogan, al igual que Vicente y sus hombres, vestía de azul, que era también el color de los gabanes del enemigo, y las casacas verdes de los fusileros podían ser confundidas con los uniformes de dragones franceses que fueran a pie. La mayoría de la gente, si es que esperaba algo, creía que los ingleses vestían de rojo, así que el sargento Macedo, previendo la confusión, había encontrado una bandera portuguesa en Braga y la llevaba colgando de una vara que había arrancado de un fresno. La bandera mostraba la divisa de Portugal bajo una gran corona dorada y a la gente que reconocía el emblema le daba seguridad. No funcionó con todo el mundo, pero en cuanto los campesinos hablaban con Vicente se desvivían por ayudar a los soldados.

—Por el amor de Dios —le dijo Sharpe a Vicente—, dícales que escondan el vino.

—Son amistosos, eso está claro —dijo Harper al dejar atrás una pequeña población donde los montones de estiércol eran más altos que las casitas—. No como los españoles, que podían llegar a ser muy fríos. No todos ellos, pero algunos eran unos cabrones.

—A los españoles no les gustan los ingleses —le dijo Hogan.

—¿Que no les gustan los ingleses? —preguntó Harper, sorprendido—. Así que al final no eran tan cabrones, sólo unos desconfiados, ¿no? Pero ¿entonces está diciendo, señor, que a los portugueses les gustan los ingleses?

—Los portugueses —dijo Hogan— odian a los españoles y, cuando tienes un vecino más grande que tú al que odias, buscas un gran amigo que te ayude.

—Entonces, ¿quién es el gran amigo de Irlanda, señor?

—Es Dios, sargento —dijo Hogan—. Dios.

—Dios que estás en los cielos —dijo Sharpe devotamente, mirando hacia el cielo encapotado—, por los clavos de Cristo, despierta de una vez.

—¿Y por qué no luchan ustedes con los jodidos franceses? —gruñó Harris.

—¡Basta ya! —soltó Sharpe.

Marcharon en silencio durante un rato, después Vicente no pudo contener su curiosidad.

—Si los irlandeses odian a los ingleses —preguntó—, ¿por qué luchan con ellos? —Harper soltó una risita entre dientes ante la pregunta, Hogan alzó los ojos hacia el cielo gris y Sharpe se limitó a fruncir el ceño.

Ahora que se encontraban lejos de Braga, la carretera estaba en peor estado. La hierba crecía en el centro, entre los surcos dejados por los carros de bueyes. Los saqueos de los franceses no habían llegado tan lejos y se veían algunos rebaños de ovejas mugrientas y pequeñas manadas de vacas, pero en cuanto un vaquero o un pastor veía a los soldados, se llevaba a toda prisa su ganado. Vicente seguía

confundido y, tras haber fracasado al intentar conseguir una respuesta de sus compañeros, volvió a intentarlo.

—De verdad, no entiendo —dijo con una voz muy seria— por qué iban a luchar los irlandeses por el rey inglés. —Harris resopló como si fuera a responder, pero una feroz mirada de Sharpe hizo que cambiara de idea. Harper empezó a silbar «Over the hills and far away»^[6]; después no pudo evitar reírse por el tenso silencio, que al final rompió Hogan.

—Es por el hambre —le explicó el zapador a Vicente—, por el hambre y la pobreza y la desesperación, y porque hay muy poco trabajo que hacer en casa para un buen hombre, y porque siempre ha habido gente que disfruta con las buenas peleas.

La respuesta había dejado intrigado a Vicente.

—¿Y eso es así en su caso, capitán? —preguntó.

—En mi caso no —concedió Hogan—. Mi familia siempre tuvo algo de dinero. No demasiado, pero nunca tuvimos que escarbar el suelo para ganarnos el pan de cada día. No, yo me alisté en el ejército porque me gusta ser zapador. Me gustan las cosas prácticas, y ésta fue la mejor manera de hacer lo que me gustaba. Pero ¿para alguien como el sargento Harper? —Miró a Harper—. Me atrevería a decir que está aquí porque de otra forma estaría muriéndose de hambre.

—Cierto —reconoció Harper.

—¿Y odia usted a los ingleses? —preguntó Vicente a Harper.

—Cuidado —gruñó Sharpe.

—Odio hasta el puñetero suelo sobre el que caminan esos cabrones, señor —dijo Harper lleno de alegría, y al advertir que Vicente lanzaba una mirada de desconcierto a Sharpe, añadió—: No digo que los odie a todos.

—La vida es complicada —dijo vagamente Hogan—. Es decir, ¿no hay una legión portuguesa en el ejército francés? O eso he oído.

Vicente pareció incomodarse.

—Creen en las ideas de los franceses, señor.

—¡Ah! Las ideas —dijo Hogan— son mucho más peligrosas que los vecinos, sean grandes o pequeños. Yo no creo en eso de luchar por las ideas —mover la cabeza con pesar—, y tampoco el sargento Harper.

—¿Tampoco yo? —preguntó Harper.

—No, joder, tampoco usted —refunfuñó Sharpe.

—Entonces, ¿en qué cree usted? —quiso saber Vicente.

—En la Trinidad, señor —dijo Harper sentencioso.

—¿En la Trinidad? —Vicente estaba sorprendido.

—El rifle Baker —dijo Sharpe—, la bayoneta y yo.

—En eso también, señor —reconoció Harper y soltó una carcajada.

—Esto —Hogan intentó ayudar a Vicente— es como si estuviera usted en una

casa en la que hay un matrimonio infeliz y empezara a hacer preguntas sobre la fidelidad. Nos provoca vergüenza. Nadie quiere hablar de eso.

—¡Harris! —advirtió Sharpe al ver que el fusilero pelirrojo abría la boca.

—Sólo iba a decir, señor —se defendió Harris—, que hay un grupo de jinetes sobre esa colina de allí.

Sharpe se giró justo a tiempo para ver cómo desaparecían los jinetes tras la cima de la colina. La lluvia era demasiado copiosa y la luz demasiado escasa como para ver si llevaban uniforme, pero Hogan sugirió que los franceses podían haber enviado patrullas de caballería como avanzadilla de su retirada.

—Querrán saber si hemos tomado Braga —explicó—, porque si no lo hubiéramos hecho podrían cambiar de dirección e intentar escapar hacia Pontevedra.

Sharpe miraba fijamente la lejana colina.

—Si su puñetera caballería anda por aquí —dijo—, no quiero que me pillen en la carretera. —Era el único lugar en un escenario de pesadilla donde los jinetes tendrían ventaja.

Así que para evitar al enemigo se dirigieron al norte internándose por terreno agreste. Eso significaba cruzar el Cavado; lo lograron atravesando un hondo vado que sólo conducía a los altos pastos de verano. Colinas de empinadas laderas, valles profundos y tierras altas pobladas únicamente por aulagas, helechos, hierba rala y enormes peñas redondeadas, algunas en un equilibrio tan precario sobre otras que daba la impresión de que la mano de un niño las enviaría rebotando por el precipicio. La hierba sólo era buena para un par de ovejas de vellón enmarañado y para unas cuantas cabras salvajes, de las que se alimentaban los lobos y los linceos de la montaña. El único pueblo por el que pasaron era un mísero lugar con unas altas tapias de piedra alrededor de los huertos. Mantenían a sus cabras renqueantes en prados del tamaño del patio de una taberna; un par de vacas escuálidas miraron mientras los soldados pasaban. Subieron aún más, oyendo los cencerros de las cabras entre las rocas, y pasaron junto a un pequeño santuario cubierto de mustias flores de aulaga. Vicente se santiguó al pasar junto al santuario.

Volvieron a encaminarse hacia el este, siguiendo una cresta rocosa donde los grandes peñascos redondeados harían imposible que cualquier caballería formara y cargara.

Sharpe seguía mirando hacia el sur, sin ver nada. Aunque allí donde hubo jinetes habría más, pues se iba acercando al encuentro con un ejército desesperado que en un solo día había sido arrojado de un éxito inminente a la derrota más miserable.

Desplazarse por la montaña era difícil. Descansaban cada hora y luego seguían avanzando con dificultad. Todos estaban empapados, cansados y helados. La lluvia seguía cayendo sin cesar y ahora el viento soplaba desde el este, de manera que les daba directamente en la cara. Con la humedad, las correas de los rifles les estaba

dejando sus hombros en carne viva; al menos por la tarde la lluvia amainó, aunque el viento soplaba fuerte y frío. Al anochecer, sintiéndose tan fatigado como se había sentido durante la terrible retirada a Vigo, Sharpe los guió desde la cresta de la montaña hasta una aldeïlla abandonada de casitas de piedra con techado de hierba.

—Igual que en casa —dijo Harper alegremente. Los lugares más secos para dormir eran dos graneros con forma de ataúd cuyo interior quedaba a salvo de las ratas porque se elevaban sobre pilares de piedra con forma de seta. La mayoría de los hombres se amontonaron en aquellos angostos refugios, mientras que Sharpe, Hogan y Vicente compartieron la casa menos dañada, donde Sharpe encendió un fuego con leña húmeda y preparó un té.

—La habilidad más necesaria para un soldado —comentó Hogan cuando Sharpe le llevó el té.

—¿Cuál es? —preguntó Vicente, siempre ávido de aprender su nuevo oficio.

—Encender un fuego con leña húmeda —dijo Hogan.

—¿No se supone que debería usted tener un sirviente? —preguntó Sharpe.

—Sí, como también usted, Richard.

—No soy hombre de sirvientes —objetó Sharpe.

—Yo tampoco —respondió Hogan—, pero ha hecho un buen trabajo con este té, Richard. Si Su Majestad decide algún día que no quiere a un canalla de Londres como uno de sus oficiales, yo le daré empleo como sirviente.

Establecieron las guardias, hicieron más té y consiguieron que el tabaco húmedo prendiera en las pipas de barro. Hogan y Vicente comenzaron una apasionada discusión sobre un hombre llamado Hume del que Sharpe nunca había oído hablar y que resultó ser un filósofo escocés muerto; como parecía que aquel escocés muerto había propuesto que nada era cierto, Sharpe se preguntó por qué se molestaría nadie en leerlo, por no hablar ya de discutir sobre él, y la idea divirtió a Hogan y a Vicente. Sharpe, aburrido de la conversación, los dejó con su debate y salió a pasar revista a los piquetes.

Empezó a llover otra vez, después un trueno estremeció el cielo y un relámpago iluminó en las rocas más altas. Sharpe se refugió junto a Harris y Perkins en un pequeño santuario dentro de una cuevecilla donde unas flores se marchitaban ante una triste estatua de la Virgen María.

—¡Por los clavos de Cristo! —se anunció Harper mientras chapoteaba bajo el aguacero—. Tener que aguantar esto, cuando podríamos estar arropaditos con esas damas de Oporto... —Se hizo sitio junto a los otros tres hombres—. No sabía que estuviera aquí, señor —dijo—. Les he traído a los muchachos un poco de zumo de piquete. —Llevaba una cantimplora de madera llena de té caliente—. Jesús —continuó—, no se puede ver ni una maldita mierda ahí fuera.

—Un tiempo como el de su tierra, ¿eh, sargento? —preguntó Perkins.

—¿Qué sabrá usted, hombre? Ahora en Donegal el sol no deja de brillar, todas las mujeres dicen sí y los guardabosques tienen las piernas de madera. —Le pasó la cantimplora a Perkins y se quedó mirando la húmeda oscuridad—. ¿Cómo vamos a encontrar a ese tipo con este tiempo, señor?

—Sabe Dios si podremos.

—¿Acaso importa eso ahora?

—Quiero que me devuelva mi catalejo.

—¡Jesús, María y José! —dijo Harper—. ¿Va usted a pasearse entre el ejército francés para pedírselo?

—Algo así —dijo Sharpe. Había pasado el día con la sensación de que el esfuerzo era inútil, pero no había razón para no intentarlo. Y le parecía justo que Christopher fuese castigado. Sharpe creía que la lealtad de un hombre estaba en sus raíces, que eran inamovibles, pero era evidente que Christopher consideraba que eran negociables. Eso sucedía porque Christopher era listo y sofisticado. Y si Sharpe encontraba la manera, pronto estaría muerto.

El amanecer fue frío y húmedo. Volvieron a subir a las cumbres salpicadas de peñas, dejando atrás el valle, que ahora estaba lleno de niebla. La lluvia era fina, pero les mojaba la cara. Sharpe, que encabezaba la marcha, no vio a nadie, y siguió sin ver a nadie después de que un mosquete disparara y una nube de humo saliera de detrás de una roca. La bala rebotó en un peñasco y salió silbando hacia el cielo, y Sharpe se tiró al suelo para protegerse. Todos los demás se escondieron, excepto Hogan, que estaba enganchado a su fea mula, aunque tuvo la presencia de ánimo para gritar.

—*Inglês!* —dijo—, *inglês!* —Estaba medio subido a la mula, temiendo otra bala, pero esperaba que su anuncio de que era inglés lo salvaría.

Una figura envuelta en raídas pieles de cabra salió de detrás de la roca. El hombre tenía una barba larguísima, no tenía dientes y mostraba una amplia sonrisa. Vicente lo llamó y mantuvo con él una rápida conversación al final de la cual Vicente se volvió hacia Hogan.

—Se hace llamar Jabalí y dice que lo siente, pero que no sabía que éramos amigos. Le pide que lo disculpe.

—¿Jabalí? —preguntó Hogan.

—Significa cerdo salvaje —suspiró Vicente—. En esta región, todos los hombres se ponen un apodo y buscan a un francés para matarlo.

—¿Sólo hay uno? —preguntó Sharpe.

—Uno sólo.

—Entonces o es un puñetero imbécil o es un puñetero valiente —dijo Sharpe, y después se fundió en un abrazo con Jabalí y soportó una ráfaga de su apestoso aliento. El mosquete de aquel hombre parecía antiguo. La culata de madera, que estaba unida al cañón por anticuados aros metálicos, estaba partida y los propios aros

estaban oxidados y sueltos, pero Jabalí tenía un saco de lienzo lleno de pólvora y un surtido de balas de mosquete de diferentes tamaños, e insistió en acompañarlos cuando supo que habría franceses para matar. Llevaba un cuchillo curvo de aspecto amenazante en el cinturón y una pequeña hacha colgada de una cuerda deshilachada.

Sharpe siguió adelante. Jabalí hablaba sin parar y Vicente les tradujo parte de su historia. Su verdadero nombre era Andréa y era un Cabrero de Bouro. Se había quedado huérfano a los seis años y creía que ahora tenía unos veinticinco, aunque parecía mucho mayor. Trabajaba para unas cuantas familias protegiendo sus animales de los lince y los lobos, y había vivido con una mujer, dijo orgulloso, pero los dragones habían llegado cuando él no estaba y la habían violado, y su mujer, que tenía un temperamento, dijo, peor que el de una cabra, debía de haber sacado un cuchillo contra sus violadores, porque éstos la habían matado. Jabalí no parecía muy afectado por la muerte de su mujer, pero aún estaba decidido a vengarla. Tocó su cuchillo y luego se tocó la entrepierna para indicarles lo que tenía en mente.

Al menos Jabalí conocía los caminos más rápidos a través de la montaña. Estaban viajando bien hacia el norte de la carretera que dejaron atrás cuando Harris divisó a los jinetes, y aquella carretera atravesaba el ancho valle que ahora se estrechaba según se extendía hacia el este. El Cavado serpenteaba junto a la carretera, desapareciendo a veces detrás de arboledas, mientras que unos arroyos, crecidos por la lluvia, se precipitaban desde las colinas para alimentar el río.

El mal tiempo echó por tierra el cálculo de los dos días que había hecho Vicente. Pasaron la noche siguiente en lo alto de las montañas, medio protegidos de la lluvia por los grandes peñascos. Por la mañana siguieron caminando, y Sharpe vio que el valle del río se estrechaba casi hasta quedar reducido a nada. A media mañana avistaron Salamonde y entonces, al volver a mirar valle arriba allá donde la última bruma de la mañana se estaba disipando, vieron algo más.

Vieron un ejército. Llegaba como un enjambre a lo largo de la carretera y por los campos a ambos lados de ésta, una gran multitud de hombres y caballos sin ningún orden concreto, una horda que intentaba escapar de Portugal y del ejército inglés que ahora los estaba persiguiendo desde Braga.

—Tendremos que darnos prisa —dijo Hogan.

—Tardarán horas en subir esa carretera —dijo Sharpe, indicando el pueblo construido donde el valle se estrechaba al fin convirtiéndose en un desfiladero desde el que la carretera, en vez de correr por terreno llano, torcía junto al río internándose en las montañas. De momento los franceses podían dispersarse por los campos y marchar en un frente amplio, pero una vez que pasaran Salamonde, se verían constreñidos a la angosta y profunda garganta. Sharpe tomó prestado el buen catalejo de Hogan y observó el ejército francés. Algunas unidades, según pudo comprobar, marchaban en buen orden, pero la mayoría se rezagaba desordenada. No había

cañones, carros ni carruajes, así que si el mariscal Soult se las arreglaba para escapar, tendría que arrastrarse hasta España para explicarle a su amo cómo había perdido todo objeto de valor.

—Debe de haber veinte o treinta mil ahí abajo —dijo con asombro mientras le devolvía a Hogan su lente—. Les llevará la mayor parte del día atravesar ese pueblo.

—Pero tienen al diablo pisándoles los talones —apuntó Hogan—, y eso anima a cualquiera a ser rápido.

Siguieron avanzando. Por fin un sol débil iluminó las pálidas colinas, aunque grises chaparrones caían al norte y al sur. Detrás de ellos, los franceses eran una gran masa oscura que se dirigía hacia el angosto final del valle, donde, como granos que cayeran dentro de un reloj de arena, atravesaban Salamonde. El humo se elevaba desde el pueblo mientras las tropas de paso saqueaban e incendiaban.

Ahora el camino hacia la salvación de los franceses empezaba a ascender. Seguía el desfiladero labrado por las aguas blancas del Cavado, que zigzagueaba entre las colinas en grandes meandros y a veces se despeñaba desde lo alto de una serie de precipicios convirtiéndose en cascadas. Un escuadrón de dragones encabezaba la retirada francesa, cabalgando por delante de los demás para olfatear a cualquier grupo de partisanos que intentara tender una emboscada a la vasta columna. Si los dragones vieron a Hogan y a sus hombres en lo alto de las colinas del norte, no hicieron esfuerzo alguno por alcanzarlos, pues los fusileros y los soldados portugueses estaban demasiado lejos y a demasiada altura. Además los franceses tenían otras cosas por las que preocuparse, porque a última hora de la tarde los dragones llegaron a Ponte Nova.

Sharpe ya se encontraba sobre Ponte Nova, vigilando el puente. Era allí donde podrían detener la retirada francesa, puesto que el diminuto pueblo que se encaramaba en las alturas, justo detrás del puente, hervía de hombres.

Nada más divisar Ponte Nova desde arriba, Hogan se puso exultante de alegría.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo—. ¡Lo hemos conseguido! —Pero después dirigió su catalejo hacia el puente y su buen humor se esfumó—. Son de la *ordenança*, no hay ni un uniforme de verdad ahí abajo. —Observó durante otro minuto—. No hay ni un puñetero cañón —dijo con amargura—, y esos malditos imbéciles ni siquiera han destruido el puente.

Sharpe cogió la lente de Hogan para mirar el puente. Tenía dos pesados contrafuertes de piedra, uno a cada lado, y cruzaban el río dos grandes vigas, sobre las que antes había tendida una pasarela de tablones. Los *ordenanças*, seguramente para no tener que reconstruir todo el puente una vez que los franceses fueran derrotados, habían retirado los tablones de la pasarela, pero habían dejado en su sitio las dos enormes vigas. Además, al borde del pueblo, en el lado oriental, habían excavado trincheras desde las que podrían barrer el puente medio desmantelado con

el fuego de sus mosquetes.

—Podría funcionar —gruñó Sharpe.

—¿Y qué haría usted si fuese francés? —preguntó Hogan.

Sharpe observó el desfiladero y después volvió a mirar hacia el oeste. Podía ver la oscura serpiente que formaba el ejército francés al recorrer la carretera, pero más atrás aún no había señales de ningún perseguidor inglés.

—Esperar hasta el anochecer —dijo— y luego atacar cruzando las vigas. —Los *ordenanças* eran entusiastas, pero eran poco más que gentuza, mal armada y con apenas instrucción, y una tropa así podía caer con facilidad en un estado de pánico; y, lo que era aún peor, no había muchos *ordenanças* en Ponte Nova. Habrían sido más que suficientes si el puente estuviera destruido del todo, pero aquellas vigas gemelas eran una invitación para los franceses. Sharpe volvió a apuntar hacia el puente con el catalejo—. Esas vigas son lo bastante anchas como para caminar por encima —afirmó—. Atacarán por la noche con la esperanza de pillar dormidos a los defensores.

—Esperemos que la *ordenança* permanezca despierta —dijo Hogan. Se dejó caer de la mula—. Y lo que haremos nosotros será esperar.

—¿Esperar?

—Si los detenemos aquí —explicó Hogan—, es un lugar tan bueno como cualquier otro para buscar al señor Christopher. Y si consiguen cruzar... —Se encogió de hombros.

—Debería bajar allí —dijo Sharpe— y decirles que se deshagan de esas vigas.

—¿Y cómo lo van a lograr? —inquirió Hogan—. ¿Con los dragones disparándoles desde la otra orilla? —Los dragones habían desmontado y se diseminaban por la orilla oeste, y Hogan pudo verlas nubecillas blancas del humo de sus carabinas—. Es demasiado tarde para ayudar, Richard, demasiado tarde. Quédese usted aquí.

Levantaron un tosco campamento entre las peñas. La noche cayó deprisa porque había vuelto a llover y las nubes ocultaron la puesta de sol. Sharpe dejó que sus hombres encendieran fuegos para poder hacer té. Los franceses veían los fuegos, pero no importaba, porque cuando la oscuridad envolvió las colinas miles de llamas se encendieron en lo alto de las colinas. Los partisanos se estaban reuniendo, llegaban de todas partes del norte de Portugal para ayudar a destruir al ejército francés.

Un ejército aterido, mojado, hambriento, con los huesos rotos del cansancio y acorralado.



Al mayor Dulong aún le dolía su derrota en Vila Real de Zedes. La magulladura de su rostro había desaparecido, pero el recuerdo de aquella expulsión le dolía. En ocasiones pensaba en el fusilero que le había dado una paliza y deseaba que aquel

hombre estuviese en la 31.^a Léger. Deseaba también que la 31.^a Léger estuviese armada con rifles, pero eso era como desear la luna, porque el Emperador no quería ni oír hablar de rifles. Demasiado complejo, demasiado lento, es una arma para mujeres había dicho. *Vive le fusil!* Ahora, ante el viejo puente llamado Ponte Nova, donde la retirada francesa había sido bloqueada, el mariscal Soult había llamado a Dulong porque le habían dicho que era el mejor soldado y el más valiente de todo su ejército. Y lo parecía, pensó el mariscal, con aquel uniforme raído y el rostro lleno de cicatrices. El mayor se había quitado el brillante penacho de plumas del chacó, lo había envuelto en hule y lo había atado a la vaina de su sable. Había albergado la esperanza de llevar aquel penacho cuando su regimiento marchara a Lisboa, pero parecía que no iba a ser posible. No esta primavera, en cualquier caso.

Soult subió con Dulong a una loma; desde allí podían ver el puente con sus dos vigas, y ver y oír a la burlona *ordenança* más allá.

—No son muchos, ¿no? —comentó Soult—. ¿Unos trescientos?

—Más —gruñó Dulong.

—¿Y cómo va a librarse de ellos?

Dulong miraba el puente con un catalejo. Las dos vigas tenían cerca de un metro de ancho, más que suficiente, aunque sin duda la lluvia las volvería resbaladizas. Al levantar la lente vio que los portugueses habían cavado trincheras desde las que podrían disparar directamente a lo largo de las vigas. Pero iba a ser una noche oscura, pensó, con la luna oculta tras las nubes.

—Yo tomaría un centenar de voluntarios —dijo—, cincuenta para cada viga, y cruzaría a medianoche. —La lluvia arreciaba y el anochecer era frío. Dulong sabía que los mosquetes portugueses estarían empapados y los hombres que los sujetaban helados hasta los huesos—. Cien hombres —le prometió al mariscal— y el puente es suyo.

Soult asintió.

—Si triunfa usted, mayor —dijo—, envíeme un mensaje. Pero, si fracasa, no quiero oírlo. —Se dio la vuelta y se alejó.

Dulong regresó con la 31.^a Léger y pidió voluntarios. No le sorprendió que todo el regimiento diera un paso al frente, así que escogió a una docena de buenos sargentos y dejó que ellos eligieran a los demás, advirtiéndoles que sería una lucha sucia, fría y mojada.

—Usaremos la bayoneta —dijo—, porque con este tiempo los mosquetes no dispararán, y aunque lo lograrais, tras hacer el primer disparo, no tendríais tiempo de recargar. —Pensó en recordarles que le debían una demostración de coraje después de haberse negado a avanzar bajo el fuego de rifles en la colina de la atalaya de Vila Real de Zedes, pero decidió que de todas formas ellos ya lo sabían, así que se mordió la lengua.

Los franceses no encendieron fuegos. Protestaron, pero el mariscal Soult insistió. Al otro lado del río, los *ordenanças* creían que estaban a salvo, así que encendieron una hoguera en una de las casas que quedaban por encima del puente, donde sus comandantes podían mantenerse calientes. La casita tenía un ventanuco y a través de su cristal sin postigos escapaba suficiente luz de las llamas como para reflejarse en las húmedas vigas tendidas sobre el río. Los débiles reflejos titilaban bajo la lluvia, pero servirían como guía a los voluntarios de Dulong.

Salieron a medianoche. Formaron en dos columnas de cincuenta hombres cada una y Dulong les dijo que debían cruzar el puente corriendo. Él condujo la columna de la derecha, sable en mano. Lo único que se oía eran el río susurrando debajo, el viento silbando entre las rocas y el sonido de sus pasos; se oyó un breve grito cuando un hombre resbaló y cayó al Cavado. Después Dulong subió por la pendiente y se encontró con que la primera trinchera estaba vacía, así que supuso que la *ordenança* se había refugiado en los pequeños cobertizos que había justo detrás de la segunda trinchera. Aquellos estúpidos ni siquiera habían dejado un Centinela junto al puente. Hasta un perro les habría servido de aviso en caso de un ataque francés, pero tanto los hombres como los perros estaban resguardándose del mal tiempo.

—¡Sargento! —susurró el mayor—. ¡A las casas! ¡Vacíenlas!

Los portugueses aún estaban dormidos cuando llegaron los franceses. Entraron con sus bayonetas y no mostraron piedad ninguna. Las dos primeras casas cayeron enseguida y sus ocupantes murieron poco antes de despertarse, pero sus gritos alertaron al resto de ordenanças, que salieron corriendo a la oscuridad para encontrarse con la infantería mejor entrenada del ejército francés. Las bayonetas hicieron su trabajo y los gritos de las víctimas completaron la victoria, porque los supervivientes, confusos y aterrorizados por los horribles sonidos de la oscura noche, huyeron. Un cuarto de hora después de medianoche, Dulong se calentaba junto al fuego que había iluminado su camino hacia la victoria.

El mariscal Soult descolgó la medalla de la Legión de Honor de su propio gabán y la prendió en la solapa de la deshilachada casaca del mayor Dulong. Después, con lágrimas en los ojos, el mariscal besó al mayor en ambas mejillas. Porque el milagro había ocurrido y el primer puente pertenecía a los franceses.



Kate se echó por encima una húmeda manta estribera, se quedó de pie junto a su fatigado caballo y observó aburrida cómo la infantería francesa cortaba unos pinos, los limpiaba de ramas y luego se llevaba los troncos limpios hacia el puente; también sacaban madera de las casas. Los troncos eran lo suficientemente largos para reconstruir la pasarela del puente, aunque se necesitaba tiempo, pues había que atar juntos los toscos maderos para que soldados, caballos y mulas pudiesen cruzar con

seguridad. Los soldados que no estaban trabajando se acurrucaban juntos para protegerse de la lluvia y el viento. De repente parecía que era invierno. Se oyeron tiros de mosquete a lo lejos y Kate supo que los campesinos llegaban para disparar contra sus odiados invasores.

Una *cantinière*, una de las rudas mujeres que vendían a los soldados café, agujas, hilo y decenas de otros pequeños quitapesares, se apiadó de Kate y le llevó una taza de latón llena de café tibio con unas gotas de brandy.

—Si tardan mucho más —dijo, señalando a los soldados que reconstruían la pasarela del puente—, acabaremos todas boca arriba con un dragón inglés encima. ¡Al menos sacaremos algo de esta campaña! —Rió y volvió junto a sus dos mulas, que iban cargadas con sus utensilios. Kate se bebió el café. Nunca había sentido tanto frío, tanta humedad ni tanta miseria. Y sabía que la única culpable era ella misma.

Williamson miró el café y Kate, incómoda por su mirada, se colocó al otro lado de su caballo. No le gustaba Williamson, le desagradaba la expresión hambrienta de sus ojos y temía la amenaza del desnudo deseo que él sentía por ella. ¿Es que todos los hombres eran unos animales? Christopher, pese a toda su elegante caballerosidad durante el día, se complacía causándole dolor por la noche; Kate recordó el único y suave beso que le había dado Sharpe y sintió que las lágrimas inundaban sus ojos. Y el teniente Vicente, pensó, era un hombre discreto. A Christopher le gustaba decir que en el mundo había dos bandos, al igual que en un tablero de ajedrez había piezas negras y piezas blancas, y Kate sabía que había elegido el bando equivocado. Peor aún, no sabía cómo iba a encontrar el camino de regreso al bando correcto.

Christopher avanzó a grandes zancadas alejándose de la atascada columna.

—¿Es eso café? —Le arrebató la taza de las manos, la vació de un trago y la tiró—. Un par de minutos más, querida —dijo—, y nos pondremos en camino. Otro puente más después de éste y entonces cruzaremos las colinas y entraremos en España. Volverás a tener una cama como Dios manda, ¿eh? Y un baño. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo frío.

—Resulta difícil creer que estamos en mayo, ¿eh? Esto es peor que Inglaterra. Pero ¿no dicen que la lluvia es buena para el cutis? Te pondrás más guapa que nunca, mi amor. —Se calló al oír mosquetes hacia el oeste. El ruido resonó con fuerza durante unos pocos segundos, levantando eco entre las empinadas paredes del desfiladero, y después se apagó—. Están espantando a los bandidos —explicó—. Es demasiado pronto para que nos alcancen nuestros perseguidores.

—Rezo por que lo hagan —dijo Kate.

—No seas ridícula, querida. Además, tenemos una brigada de buena infantería y un par de regimientos de caballería en la retaguardia.

—¿Tenemos? —preguntó Kate indignada—. ¡Yo soy inglesa!

Christopher le dedicó una sufrida sonrisa.

—Igual que yo, querida, pero lo que queremos por encima de todo es la paz. ¡La paz! Y puede que esta retirada sea justo lo que necesitan los franceses para abandonar Portugal. Es eso por lo que estoy trabajando. Por la paz.

Había una pistola enfundada en la silla de montar de Christopher, justo detrás de Kate; sintió la tentación de sacar el arma, apuntarla a su vientre y apretar el gatillo, pero nunca había disparado un arma de fuego y tampoco sabía si aquella pistola de cañón largo estaba cargada, y además, ¿qué sería de ella si Christopher no estuviera allí? Williamson se abalanzaría sobre ella, pensó, y por alguna razón se acordó de la carta que había conseguido dejar para el teniente Sharpe, colocándola en la repisa de la chimenea de Casa Hermosa sin que Christopher la viera hacerlo. Ahora pensaba que era una carta estúpida. ¿Qué estaba intentando decirle a Sharpe? ¿Y por qué a él? ¿Qué esperaba que él hiciera?

Levantó la vista hacia la lejana colina. Había hombres en la alta línea de la cima. Christopher se giró para ver adónde miraba ella.

—Más basura de ésa —dijo.

—Patriotas —insistió Kate.

—Paletos con mosquetes oxidados —replicó Christopher mordaz—, que torturan a sus prisioneros y no tienen ni la más mínima idea de qué principios están en juego en esta guerra. Son las fuerzas de la vieja Europa —insistió—, supersticiosas e ignorantes. Enemigos del progreso. —Hizo una mueca y después desabrochó una de sus alforjas para asegurarse de que la casaca roja con pechera negra de su uniforme seguía dentro. Si los franceses se veían obligados a rendirse, aquella casaca era su pasaporte. Llegaría a las montañas y, si los partisanos lo abordaban, los persuadiría de que era un inglés que escapaba de los franceses.

—Nos movemos, señor —dijo Williamson—. El puente está listo, señor. —Saludó a Christopher llevándose la mano a la frente y después volvió su rostro lascivo hacia Kate—. ¿La ayudo a montar, señora?

—Puedo arreglármelas sola —dijo Kate fríamente. Tuvo que soltar la húmeda manta para subir a la silla, y supo que tanto Christopher como Williamson estaban mirándole las piernas, cubiertas por sus ceñidos calzones de húsar.

Llegaron vítores desde el puente cuando los primeros hombres de la caballería cruzaron con sus caballos por la precaria pasarela. El sonido hizo que la infantería se pusiera en pie, recogiera mosquetes y fardos, y arrastrara los pies hacia el improvisado puente.

—Un puente más —aseguró Christopher a Kate—, y estaremos a salvo.

Sólo un puente más. El Saltador.

Y por encima de ellos, en lo alto de las montañas, Richard Sharpe ya estaba en marcha hacia allí. Hacia el último puente de Portugal. El Saltador.

CAPÍTULO 11

Justo al amanecer, Sharpe y Hogan comprobaron que sus temores se habían confirmado. Varios centenares de soldados franceses habían cruzado Ponte Nova, la *ordenança* ya no era más que un montón de muertos en un pueblo saqueado y enérgicas cuadrillas de trabajo estaban reconstruyendo la pasarela que salvaba las blancas aguas del Cavado. Disparos esporádicos de mosquete resonaban en el largo y ventoso desfiladero: los campesinos portugueses, atraídos por el asediado ejército como los cuervos por la carne, disparaban a larga distancia. Sharpe vio a un centenar de *voltigeurs* subiendo en formación abierta por una colina para expulsar a una banda de valientes que se habían atrevido a acercarse a unos doscientos pasos de la inmovilizada columna. Hubo ráfagas de disparos, la avanzadilla de franceses peinó la colina y después regresaron a la atestada carretera. No había ninguna señal de ninguna persecución por parte de los ingleses, pero Hogan supuso que el ejército de Wellesley estaba aún a un día de marcha por detrás de los franceses.

—No habrá seguido directamente a los franceses —explicó—, no cruzará la Serra de Santa Catalina como hicieron ellos. En cuanto a nosotros... —Bajó la mirada al puente recién tomado—. Mejor que nos demos prisa en llegar a El Saltador —dijo con gravedad—, porque es nuestra última oportunidad.

A Sharpe le parecía que no les quedaba ninguna oportunidad. Más de veinte mil fugitivos franceses oscurecían el valle que quedaba a sus pies y Christopher estaba perdido en alguna parte de aquella masa. ¿Cómo iba Sharpe a encontrar a aquel renegado? No lo sabía. Pero se puso su raído gabán, cogió su rifle y siguió a Hogan, a quien veía igual de pesimista. En cambio, Harper se mostraba extrañamente animado, a pesar incluso de que debían vadear un afluente del Cavado cuyo caudal les llegaba a la cintura, que corría entre las empinadas paredes de un profundo desfiladero y desembocaba en el río más grande. La mula de Hogan se resistía a entrar en las raudas y frías aguas y el capitán propuso abandonarla, pero entonces Jabalí golpeó con fuerza el hocico de la bestia y, mientras ésta aún parpadeaba, tiró de ella y la obligó a cruzar el ancho caudal. Los fusileros aplaudieron aquella demostración de fuerza, mientras que la mula, ya a salvo en la orilla opuesta, intentó morder con sus dientes amarillos al cabrero, que simplemente le dio otro golpe.

—Un tipo práctico —dijo Harper en tono de aprobación. El gran sargento irlandés estaba empapado hasta los huesos y tan cansado como cualquiera de los hombres, pero parecía disfrutar de las penurias—. No es peor que volver a casa en manada —afirmó mientras avanzaban con dificultad—. Recuerdo que una vez mi tío tuvo un rebaño de corderos, carne de primera en su mayoría; lo estaba llevando a pie hasta Belfast, y ¡la mitad de aquellos bichos salieron corriendo como cabrones cuando aún no habíamos llegado a Letterkenny! Jesús, todo aquel dinero tirado a la letrina.

—¿Los reunieron otra vez? —preguntó Perkins.

—¿Bromea, muchacho? Me pasé media noche buscando y lo único que conseguí fue que el cabrón de mi tío me diera un tirón de orejas. Fíjese, la culpa era suya, que antes nunca había sido pastor más que con algún conejo y no distinguía la cabeza de una oveja de la cola, pero le habían dicho que en Belfast pagaban bien el cordero, así que le robó el rebaño a un tacaño de Colcarney y salió a hacerse con una fortuna.

—¿Hay lobos en Irlanda? —quiso saber Vicente.

—Sí, con casacas rojas —dijo Harper, y vio el ceño fruncido de Sharpe—. El que ahora es mi abuelo —continuó enseguida— decía haber visto unos cuantos en Derrynagrial. Eran grandes, decía, y con los ojos rojos y los dientes como lápidas, y le contó a mi abuela que le habían perseguido todo el camino desde el puente de Glenleheel, pero era un borracho. Jesús, le rezumaba la bebida por los poros.

Jabalí quiso saber de qué estaban hablando, y enseguida se puso a contar sus propias historias sobre los lobos que atacaban a sus ovejas y sobre cómo se había enfrentado a uno armado sólo con palo y una piedra afilada. Después explicó que había criado un lobezno y que el sacerdote del pueblo había insistido en matarlo porque decía que el demonio vivía dentro de los lobos, y el sargento Macedo dijo que eso era cierto y contó que en Almeida un centinela había sido devorado por lobos una fría noche de invierno.

—¿Hay lobos en Inglaterra? —le preguntó Vicente a Sharpe.

—Sólo los abogados.

—¡Richard! —le reprendió Hogan.

Ahora se dirigían hacia el norte. La carretera de Ponte Nova a la frontera española que seguirían los franceses serpenteaba entre las colinas hasta desembocar en otro afluente del Cavado, el Misarella, y el puente de El Saltador cruzaba el tramo superior de ese río. Sharpe hubiera preferido bajar a la carretera y marchar delante de los franceses, pero Hogan no quiso ni oír hablar de eso. El enemigo, dijo, enviaría a sus dragones a la otra orilla del Cavado en cuanto el puente estuviese reparado y la carretera no era lugar para ser sorprendido por jinetes, así que se mantuvieron en terreno elevado, que cada vez se volvía más abrupto, rocoso y difícil. Su avance era penosamente lento, porque se veían obligados a hacer grandes desvíos cuando los precipicios y las laderas pedregosas les cortaban el camino, y por cada kilómetro que avanzaban tenían que caminar tres. Sharpe sabía que ahora los franceses estaban caminando valle arriba y ganando velocidad, pues jalonaban su avance desperdigados tiros de mosquete hechos desde las montañas cercanas al desfiladero del Misarella. Aquellos disparos, hechos a demasiada distancia por hombres a los que movía el odio, sonaron cada vez más cerca, hasta que, a media mañana, tuvieron a los franceses a la vista.

A la cabeza iban unos cien dragones, pero detrás de ellos, no muy lejos, estaba la

infantería, y aquellos hombres no eran una multitud asustada, sino que marchaban en buen orden. En cuanto los vio, Jabalí empezó a farfullar incoherencias, agarró de su saco un puñado de pólvora, del que derramó la mitad mientras intentaba verterlo en el cañón de su mosquete. Metió una bala, atacó su mosquete y disparó hacia el valle. No parecía que hubiese acertado a ningún enemigo, pero avanzó un poco lleno de alegría y después volvió a cargar el mosquete.

—Tenía usted razón, Richard —dijo Hogan con pesar—: deberíamos haber seguido por la carretera. —Ahora los franceses estaban adelantándolos.

—La razón la tenía usted, señor —dijo Sharpe—. Habríamos tenido a tipos como éste —movió la cabeza para señalar a Jabalí— disparándonos toda la mañana.

—Puede ser —admitió Hogan. Se acomodó sobre el lomo de la mula y bajó de nuevo la vista hacia los franceses—. Recemos porque hayan volado El Saltador —dijo, pero no parecía esperanzado.

Tenían que descender por una depresión de las montañas y volver a subir a otra cima redondeada y sembrada de inmensos cantos rodados. Perdieron de vista las rápidas aguas del Misarella y a los franceses que estaban en la carretera junto a aquél, pero todavía podían oír las ocasionales descargas de mosquete que indicaban que los partisanos disparaban hacia el valle.

—Quiera Dios que los portugueses hayan llegado al puente —dijo Hogan por enésima vez desde el alba. Si todo hubiera ido bien, las fuerzas portuguesas estarían avanzando hacia el norte en paralelo con el ejército de sir Arthur Wellesley, que habría bloqueado a los franceses en Ruivaens, cortando así la última carretera hacia el este en dirección a España, para enviar después una brigada por las colinas que taponara la ruta de huida final en El Saltador. Si todo hubiera ido bien, ahora los portugueses estarían obstruyendo la carretera de montaña con cañones e infantería, pero el mal tiempo había entorpecido su marcha igual que había ralentizado la persecución de Wellesley, y los únicos hombres que esperaban al mariscal Soult en El Saltador eran más *ordenanças*.

Había allí un millar de ellos, mal entrenados y peor armados, pero un comandante inglés del ejército portugués se había adelantado para avisarles. Su principal recomendación había sido la de destruir el puente, pero muchos de los *ordenanças* provenían de las ásperas montañas fronterizas y el inestable arco que cruzaba el Misarella era la espina dorsal de su comercio, así que se negaron a seguir el consejo del comandante Warren. En lugar de destruir el puente, acordaron derribar los pretils y estrechar la calzada rompiendo las piedras laterales con grandes mazos, pero insistieron en mantener una delgada franja de piedra para salvar el profundo precipicio; y para defender aquel angosto arco, levantaron una barricada en el lado norte del puente amontonando arbustos de espino, y detrás de aquel formidable obstáculo, formaron a ambos lados unos terraplenes en los que podrían refugiarse

mientras disparaban a los franceses con sus antiguos mosquetes y sus armas de caza. No contaban con artillería.

La parte del puente que se mantuvo intacta tenía el ancho justo para que el carro de un granjero cruzara el barranco del río. Eso implicaba que, una vez que los franceses se hubieran ido, podría reanudarse el comercio del valle mientras se reconstruían la calzada y los pretiles. Pero para los franceses, aquella estrecha franja de calzada sólo significaría una cosa: seguridad.

Hogan fue el primero en ver que el puente no estaba destruido del todo. Saltó de la mula y maldijo brutalmente, después le tendió a Sharpe su catalejo y Sharpe lo dirigió hacia los restos del puente. El humo de los mosquetes ya se elevaba desde ambas orillas: los dragones de la vanguardia francesa disparaban por encima de la garganta y los ordenanças devolvían los disparos desde sus reductos improvisados.

—Van a cruzar —dijo Hogan apesadumbrado—. Perderán muchísimos hombres, pero despejarán ese puente.

Sharpe no contestó. Hogan tenía razón, pensó. En ese momento los franceses no estaban esforzándose por tomar el puente, pero sin duda estaban reuniendo un grupo de asalto, y eso quería decir que tendría que encontrar un lugar desde el que sus fusileros pudiesen disparar a Christopher cuando éste cruzara el angosto arco de piedra. A ese lado del río no había ningún sitio, pero en la orilla opuesta del Misarella había un alto precipicio de piedra donde se habían apostado unos cien *ordenanças*. El precipicio debía de estar a menos de doscientos pasos del puente; era demasiada distancia para los mosquetes portugueses, pero sería una posición aventajada para sus rifles, y si Christopher llegaba a la mitad del puente, sería recibido con una docena de balas.

El problema estaba en llegar al precipicio. No quedaba demasiado lejos, quizás a un kilómetro de distancia, pero entre Sharpe y aquella tentadora elevación estaba el Misarella.

—Tenemos que cruzar ese río —dijo Sharpe.

—¿Y cuánto tardaremos? —preguntó Hogan.

—Lo que haga falta —dijo Sharpe—. No tenemos elección.

El fuego de mosquetes aumentó su intensidad, crepitando como un espino en llamas y desvaneciéndose después para de nuevo volver a la vida entre estallidos. Los dragones iban llenando la orilla sur para ahogar a los defensores con sus disparos, pero Sharpe no podía hacer nada para ayudar.

Así que, de momento, se alejó.



En el valle del Cavado, a unos veinte kilómetros de la avanzadilla que se enfrentaba a la *ordenança* sobre la garganta del Misarella, las primeras tropas inglesas se

encontraron con la retaguardia de Soult, que protegía a los hombres y mujeres que aún estaban cruzando Ponte Nova. Las tropas inglesas eran dragones ligeros, y poco más podían hacer aparte de intercambiar fuego de carabina con las tropas francesas que se habían desplegado a ambos lados de la carretera para cubrir el valle entre el río y los barrancos del sur. Sin embargo, no muy por detrás de los dragones, marchaba la Brigada de Guardias, y tras ellos había un par de cañones de tres libras, armas que disparaban unos proyectiles tan ligeros que eran tenidos por juguetes, pero aquel día, cuando nadie más podía desplegar su artillería, aquellos dos juguetes valían su peso en oro.

La retaguardia francesa esperaba, mientras, veinte kilómetros por delante, la vanguardia se preparaba para atacar El Saltador. Dos batallones de infantería asaltarían el puente, pero estaba claro que acabarían convertidos en picadillo si no acababan con la densa barrera de espinos del extremo más alejado del puente. La barricada tenía un metro y medio de alto y la misma anchura, y estaba hecha con docenas de arbustos espinosos que habían sido atados y reforzados con troncos, lo que los convertía en un formidable obstáculo, así que se propuso la formación de un destacamento de asalto. El destacamento de asalto era una compañía de hombres destinada a morir, pero que al hacerlo despejarían el camino a sus camaradas. Lo normal era que estas bandas suicidas se desplegaran contra brechas fuertemente protegidas en las fortalezas enemigas, pero ésta debía cruzar los estrechos restos de un puente y morir bajo el azote del fuego de los mosquetes para, mientras morían, despejar la barricada de espinos.

El mayor Dulong de la 31.^a Léger, con la nueva medalla de la Legión de Honor brillando en su pecho, se presentó voluntario para dirigir el destacamento de asalto. Esta vez no podría aprovechar la oscuridad, y el enemigo era, con diferencia, mucho más numeroso; sin embargo, su duro semblante no revelaba temor mientras se ponía un par de guantes y se enroscaba las cuerdas de su sable alrededor de la muñeca para no perder el arma en el caos que preveía cuando empujaran a un lado aquellos espinos. El general Loison, que comandaba la vanguardia francesa, ordenó que todos los hombres disponibles en esa orilla del río sofocaran a la *ordenança* con fuego de mosquetes, carabinas e incluso pistolas; cuando el ruido alcanzó una intensidad ensordecedora, Dulong levantó su sable y lo esgrimió hacia delante como señal de avance.

La compañía de asalto de su propio regimiento corrió a través del puente. Por el angosto paso de piedra sólo había espacio para que marchara una columna de tres en fondo, y Dulong estaba en la primera fila. Los ordenanças bramaban sus desafíos y dispararon una andanada de tiros desde el terraplén más cercano. Dulong fue alcanzado en el pecho, oyó que la bala golpeaba su nueva medalla y después el inconfundible chasquido de una costilla al romperse, y dedujo que la bala debía de

estar en el pulmón, pero no sintió dolor. Intentó gritar, pero no tenía fuerza suficiente; sin embargo, empezó a arrastrar los espinos con sus manos enguantadas. Llegaron más hombres, apiñándose en la delgada calzada del puente. Uno resbaló y cayó dando alaridos al blanco tumulto del Misarella. Aunque las balas hacían mella en el destacamento de asalto y el aire no era más que humo y ruido de disparos y silbidos de balas, Dulong consiguió arrojar toda una sección de la barricada al río y quedó un espacio suficiente para dejar pasar a un hombre y lo bastante grande como para salvar a un ejército acorralado, así que lo atravesó tambaleándose, alzando el sable y escupiendo burbujas de sangre mientras respiraba trabajosamente. Un grito impresionante se oyó detrás de él cuando el primero de los batallones de apoyo corrió hacia el puente con las bayonetas caladas. Los hombres de Dulong que habían sobrevivido acabaron de apartar los restos de la espinosa barricada, una docena de *voltigeurs* muertos fueron arrojados de la calzada a patadas y sin ceremonias a la profunda garganta. De pronto El Saltador hervía de tropas francesas. Al llegar lanzaban su grito de guerra; los *ordenanças*, muchos de los cuales aún estaban recargando tras haber intentado detener el destacamento de asalto de Dulong, huían. Cientos de hombres corrían hacia el oeste, subiendo por las colinas para escapar de las bayonetas. Dulong se detuvo junto al terraplén abandonado más cercano y allí se desplomó, con el sable colgando de los cordones atados a la muñeca y un largo reguero de sangre mezclada con saliva goteándole de la boca. Cerró los ojos e intentó rezar.

—¡Una camilla! —gritó un sargento—. Preparen una camilla. ¡Busquen a un médico!

Dos batallones franceses expulsaban a la ordenança del puente. Unos cuantos portugueses permanecían aún sobre un alto precipicio de piedra a la izquierda de la carretera, pero estaban demasiado lejos como para que el fuego de sus mosquetes fuese algo más que una molestia, así que los franceses dejaron que se quedaran allí y vieran cómo escapaba un ejército.

Porque el mayor Dulong había abierto a la fuerza el último resorte de la trampa y ahora la carretera hacia el norte estaba despejada.



En lo alto del áspero terreno al sur del Misarella, Sharpe oyó las furiosas descargas de mosquete y supo que los franceses estarían asaltando el puente, así que rezó porque los *ordenanças* los contuvieran, aunque sabía que iban a fracasar. Eran soldados aficionados, mientras que los franceses eran profesionales; incluso si muriesen sus hombres, los franceses cruzarían el Misarella y, una vez que las primeras tropas lo hubiesen conseguido, seguramente el resto de su ejército las seguiría.

Así que tenía poco tiempo para cruzar el río que se revolvía blanco en su honda

garganta rocosa. Sharpe tuvo que recorrer más de un kilómetro corriente arriba antes de encontrar un lugar donde podrían sortear las empinadas pendientes y el caudal crecido por las lluvias. Habría que abandonar la mula, pues la garganta era tan escarpada que ni siquiera Jabalí podría obligar a la bestia a bajar la pared de la garganta y cruzar el rápido caudal. Sharpe ordenó a sus hombres que soltaran las correas de sus rifles y mosquetes y que los engancharan o los ataran para formar una cuerda larga. Jabalí, sin hacer uso de semejante ayuda, cruzó el río y empezó a subir por el otro lado, pero Sharpe temía que alguno de sus hombres se rompiera una pierna en aquellas colinas, lo que significaría perderlo, así que fue más despacio. Los hombres bajaron con cuidado, usando la cuerda como asidero, y después se pasaron las armas. El río apenas tenía una decena de pasos de anchura, pero era profundo, y su agua fría tiraba con fuerza de las piernas de Sharpe, que encabezaba el avance. Las rocas del fondo eran resbaladizas e inestables. Tongue tropezó y fue arrastrado unos metros corriente abajo antes de que pudiera reptar hasta la orilla.

—Lo siento, señor —consiguió decir mientras le castañeaban los dientes. El agua caía a chorro de su cartuchera. Tardaron cerca de cuarenta minutos en cruzar todos la garganta y subir por el otro lado, donde, desde el pico de una roca, Sharpe podía divisar las nubladas colinas de España.

Giraron hacia el este, en dirección al puente, justo cuando empezaba a llover otra vez. Durante toda la mañana les habían rondado oscuros aguaceros, pero ahora uno empezó a descargar justo encima de ellos y muy pronto el estallido de un trueno rugió en el cielo. Frente a ellos, lejos, hacia el sur, un retazo de luz del sol iluminaba las pálidas colinas, pero sobre Sharpe el cielo se oscurecía y la lluvia arreciaba, y él sabía que tendrían dificultades para disparar los rifles con tan abundante aguacero. No dijo nada. Todos tenían frío y estaban desanimados, los franceses escapaban y Christopher podía estar ya cruzando el Misarella de camino a España.

A su izquierda, la descuidada carretera remontaba en zigzag las últimas colinas portuguesas, y pudieron ver a dragones y soldados de infantería avanzando trabajosamente por los tortuosos recodos del camino, pero aquellos hombres estaban a un kilómetro de distancia y tenían el precipicio rocoso justo delante. Jabalí ya estaba en la cima y advirtió a los *ordenanças* que quedaban esperando entre helechos y peñas que los hombres uniformados que se acercaban eran amigos. Los portugueses, cuyos mosquetes eran inservibles bajo la fuerte lluvia, se veían limitados a lanzar piedras, que caían rebotando por la cara este del precipicio y no eran más que una molestia menor para la corriente de franceses que cruzaba el Misarella por aquella delgada cinta.

Sharpe apartó con un gruñido al *ordenança* que quería darle la bienvenida y se tiró boca abajo al borde del precipicio. La lluvia golpeaba las piedras, corría por la pared de roca y tamborileaba en su chacó. El estrépito de un trueno sonó sobre sus

cabezas y otro le devolvió el eco desde el suroeste; en el segundo estallido, Sharpe reconoció el ruido de unos cañones. Eran cañonazos y eso significaba que el ejército de sir Arthur Wellesley se había encontrado con los franceses y su artillería había abierto fuego, pero aquel combate estaba a kilómetros de distancia, más allá de Ponte Nova, y aquí, en el obstáculo final, los franceses estaban escapando.

Hogan, jadeante por el esfuerzo de subir el risco, se dejó caer junto a Sharpe. Estaban tan cerca del puente que podían distinguirse los bigotes en los rostros de los soldados de infantería franceses y hasta las rayas del estampado negro y marrón de la larga falda de una mujer. Caminaba junto a su hombre, que cargaba con un mosquete y un niño, y llevaba un perro atado al cinturón con un trozo de cuerda. Detrás de ellos un oficial tiraba de un caballo renqueante.

—¿Acaso eso que estoy oyendo son cañones? —preguntó Hogan.

—Sí, señor.

—Deben de ser los de tres libras —intuyó Hogan—. Aquí podríamos conseguirlo con un par de esos juguetes.

Pero no tenían ninguno. Sólo estaban Sharpe, Vicente y sus hombres. Y un ejército que escapaba.



En Ponte Nova los artilleros habían arrastrado sus dos cañones de juguete hasta la cima de un promontorio desde donde dominaban a toda la retaguardia francesa. Aquí no llovía. Caían ráfagas esporádicas de disparos desde la montaña, pero los mosquetes aún podían disparar, de modo que la Brigada de Guardias cargó sus armas, caló bayonetas y formó para avanzar en columnas por compañías.

Los cañones, los menospreciados cañones de tres libras, abrieron fuego contra los franceses y las pequeñas balas, poco más grandes que naranjas, atravesaban las apretadas filas y rebotaban en la roca para matar más franceses. La banda de guardias de Coldstream empezó a tocar «Rule Britannia» y las grandes banderas ondearon en el aire húmedo, mientras se disparaban más balas de tres libras y cada disparo dejaba en el aire largas salpicaduras de sangre como si un cuchillo enorme e invisible estuviese abriendo tajos en las filas francesas. Las dos compañías ligeras de guardias y una compañía del 60.º de casacas verdes, los Reales Fusileros Americanos, avanzaban entre un revoltijo de rocas y muros bajos de piedra sobre el flanco izquierdo de los franceses. Los mosquetes y los rifles Baker empezaron a cobrarse víctimas entre los oficiales y sargentos franceses. Unos soldados franceses, hombres de la afamada 4.^a Léger, regimiento escogido por Soult para proteger su retaguardia porque la 4.^a era conocida por su firmeza, se lanzaron a la carrera para rechazar a la infantería ligera inglesa, pero había demasiados rifles contra ellos. Nunca antes se habían enfrentado al fuego certero a tan corta distancia, y los *voltigeurs* acabaron

retirándose.

—¡Adelante, Campbell, adelante! —ordenó sir Arthur Wellesley al comandante de brigada, así que el primer batallón de guardias de Coldstream y el primer batallón del 3.º de infantería marcharon hacia el puente. Sus altos chacós les hacían parecer enormes. Los tamborileros de la banda tocaban con todas sus fuerzas, los rifles disparaban y los dos cañones de tres libras retrocedían con sus cureñas al disparar. Los cañones abrieron dos surcos sangrientos a través de las largas hileras de franceses.

—Van a desmoronarse —dijo el coronel Waters. Llevaba todo el día sirviendo de guía a sir Arthur y ahora observaba a la retaguardia francesa por su catalejo. Podía ver que flaqueaban, que los sargentos recorrían las tropas para mantener a los hombres en las filas—. Van a desmoronarse, señor.

—Rece porque sea así —dijo sir Arthur—, rece. —Y se preguntó qué estaría sucediendo más allá, si la ruta de huida de los franceses habría sido bloqueada. Él ya tenía su victoria, pero ¿sería completa?

Los dos batallones de guardias, ambos con el doble de tamaño de un batallón ordinario, marchaban imperturbables y sus bayonetas eran dos mil manchas de luz en el valle oscurecido por las nubes, con sus banderas rojas, blancas, azules y doradas flameando sobre ellos. Enfrente, los franceses se venían abajo, los cañones volvían a disparar y una neblina de sangre se elevaba en dos largas hileras para mostrar dónde habían abierto sus surcos los cañonazos.

Y sir Arthur Wellesley ni siquiera miraba a los guardias. Miraba hacia arriba, a lo alto de las colinas, donde un gran aguacero negro emborronaba su perfil.

—Quiera Dios —dijo con fervor— que esa carretera esté cortada.

—Amén —dijo el coronel Waters—, amén.



La carretera no estaba cortada, dado que una colgante franja de piedra salvaba el Misarella y una fila de franceses, en apariencia interminable, cruzaba el arco para seguir su camino. Sharpe los observaba: caminaban como hombres derrotados, cansados y abatidos, y él veía en sus caras que se sentían molestos con los oficiales zapadores, que les hacían cruzar el puente a toda prisa. En abril, esos hombres eran los conquistadores del norte de Portugal y creían que estaban a un paso de marchar hacia el sur para tomar Lisboa. Habían expoliado todo el territorio al norte del Duero: habían saqueado casas e iglesias, violado a las mujeres y matado a los hombres, y se habían pavoneado como gallos en un estercolero; pero ahora que habían sido rechazados, derrotados y perseguidos, el distante sonido de los dos cañones les anunciaba que su calvario aún no había concluido. Por encima de ellos, sobre las cumbres rocosas de las colinas, podían ver docenas de hombres implacables que sólo

esperaban a algún rezagado para afilar sus cuchillos y prender fuego. Todos los franceses del ejército habían oído historias sobre cadáveres horriblemente mutilados encontrados en las tierras altas.

Sharpe los estaba observando. De vez en cuando el arco del puente se despejaba para que un obstinado caballo cruzara a la fuerza el angosto paso. Los jinetes recibían órdenes apremiantes de desmontar y dos húsares se encargaban de vendarles los ojos a los caballos y de guiarlos por aquellas ruinas de piedra. La lluvia amainó y poco después volvió a arreciar. Oscurecía, anochecía de forma insólita por las nubes negras y las cortinas de lluvia. Un general, con el uniforme lastrado por la empapada pasamanería, cruzó el puente detrás de su cegado caballo. El agua bullía blanca por debajo de él, golpeando las rocas de la garganta, formando remolinos, descendiendo espumeante hacia el Cavado. El general se alejó rápidamente del puente y tuvo problemas para volver a montar su caballo. Unos *ordenanças* se burlaron de él y le lanzaron una andanada de piedras, pero los proyectiles simplemente rebotaron en las pendientes inferiores del precipicio y rodaron inofensivos hacia la carretera.

Hogan estaba observando con su catalejo a los franceses que se apelotonaban junto al puente; tenía que retirar el agua del aparato constantemente.

—¿Dónde está usted, señor Christopher? —preguntó con rencor.

—Quizás el muy cabrón esté más adelantado —dijo Harper inexpresivo—. Si yo fuera él, iría a la cabeza. Lo que él quiere es huir.

—Puede ser —reconoció Sharpe—, puede ser. —Pensó que probablemente Harper tenía razón y que Christopher podía estar ya en España con la vanguardia francesa, pero no había manera de averiguarlo.

—Vigilaremos hasta que caiga la noche, Richard —sugirió Hogan con una voz monocorde que no logró esconder su decepción.

Sharpe podía ver que en un kilómetro y medio la carretera estaba atestada, mientras hombres, mujeres, caballos y mulas avanzaban con dificultad hacia el cuello de botella de El Saltador. Cruzaron el puente dos camillas y la visión de los heridos provocó gritos de triunfo entre los *ordenanças* del precipicio. Otro hombre, éste con la pierna rota, caminaba renqueando con una muleta improvisada. Se moría de dolor, pero era mejor tener las manos llenas de ampollas y la pierna sangrando que quedarse atrás y ser capturado por los partisanos. Su muleta resbaló sobre las piedras del puente y él se desplomó pesadamente, provocando otra ráfaga de insultos entre la *ordenança*. Un soldado de infantería francés apuntó con su mosquete a los portugueses burlones, pero cuando apretó el gatillo la chispa cayó sobre pólvora mojada y no pasó nada, excepto que las burlas se intensificaron.

Y entonces Sharpe lo vio. Vio a Christopher. Mejor dicho, primero vio a Kate, reconoció el óvalo de su rostro, el contraste entre su pálida piel y su cabello negro azabache, su belleza, que destacaba incluso en el oscuro y húmedo infierno de aquel

anochecer prematuro, y vio, para su sorpresa, que vestía un uniforme francés que le pareció extraño, aunque enseguida vio también a Christopher y a Williamson junto a su caballo. El coronel llevaba ropas de civil e intentaba abrirse camino a codazos, empujones y golpes a través de la muchedumbre para poder cruzar el puente y saberse así a salvo de sus perseguidores. Sharpe cogió el catalejo de Hogan, secó el agua de la lente y miró. Christopher, pensó, parecía mayor, casi viejo por algo gris que rodeaba su rostro. Movi6 la lente hacia la derecha y encontró el rostro huraño de Williamson; sintió una oleada de auténtica ira.

—¿Es que lo ha visto? —preguntó Hogan.

—Ahí está —dijo Sharpe, y bajó el catalejo. Sacó su rifle de la nueva funda de cuero. y apoyó el cañón sobre una roca del borde del precipicio.

—Es él, sí que lo es. —Harper había visto a Christopher.

—¿Dónde? —quiso saber Hogan.

—A unos veinte metros del puente, señor —dijo Harper—, junto al caballo. Y la que va montada en el caballo es la señorita Kate. Y, ¡Jesús! —Harper había visto a Williamson—. ¿No es ése...?

—Sí —dijo Sharpe cortante, y sintió la tentación de apuntar el rifle hacia el desertor en vez de hacia Christopher.

Hogan miraba por su catalejo.

—Una chica de buen ver —dijo.

—Hace que el corazón se le acelere a uno, es cierto —dijo Harper.

Sharpe mantenía tapado el percutor del rifle con la esperanza de mantener seca la pólvora, y ahora arrancó la tira de lienzo, amartilló el arma y apuntó a Christopher, pero justo en ese momento los cielos se estremecieron con un trueno y la lluvia, que ya caía con bastante fuerza, se recrudeció. Caía torrencial y Sharpe soltaba maldiciones. ¡Ahora ni siquiera veía a Christopher! Levantó el rifle y forzó la vista a través del aire borroso lleno de chorros plateados, un aguacero, un diluvio para hacer que un hombre construyera un arca. ¡Jesús! ¡No podía ver nada! Justo en ese momento un relámpago surcó el cielo, mientras la lluvia repiqueteaba como las pezuñas del diablo; Sharpe apuntó el cañón hacia los cielos y apretó el gatillo. Sabía lo que iba a suceder, y eso fue lo que sucedió. La chispa se apagó y el rifle quedó inservible, así que lo tiró, se puso en pie y desenvainó su espada.

—¿Qué demonios va a hacer usted? —preguntó Hogan.

—Voy a recuperar mi maldito catalejo —dijo Sharpe.

Y se fue hacia los franceses.



La 4.^a Léger, con fama de ser una de las mejores unidades de infantería del ejército de Soult, se dispersó, y con ella los dos regimientos de caballería. Los tres regimientos

estaban bien desplegados, dominando un suave promontorio que se elevaba en diagonal a la carretera conforme ésta se aproximaba a Ponte Nova, pero la visión de la Brigada de Guardias, el azote constante de las balas de rifle y los inquietantes disparos de los dos cañones de tres libras habían acabado con la retaguardia francesa. Su misión había sido detener la persecución inglesa, retirarse después lentamente y destruir el puente reconstruido de Ponte Nova tras su marcha, pero en vez de ello salieron corriendo.

Dos mil hombres y mil cuatrocientos caballos convergían en la improvisada pasarela que cruzaba el Cavado. Ninguno intentaba luchar. Se daban la vuelta y huían, y la oscura masa que formaban era empujada contra la orilla del río por los guardias que venían detrás.

—¡Muevan los cañones! —Sir Arthur espoléó su caballo hacia los artilleros, cuyas armas habían chamuscado dos amplias franjas de hierba delante de los cañones—. ¡Muévanlos! —gritó—. ¡Muévanlos! ¡Apúntenlos hacia ellos! —Empezaba a llover con más fuerza, el cielo se oscurecía y los rayos caían sobre las colinas del norte.

Acercaron los cañones unos cien metros al puente y luego los subieron por la ladera norte del valle hasta una pequeña terraza desde la que podían hacer caer sus balas sobre la aglomeración de franceses. La lluvia siseaba y se convertía en vapor sobre los cañones mientras retumbaban los primeros cañonazos y la sangre se dispersaba en una neblina roja sobre la desordenada retaguardia. El caballo de un dragón relinchó, se encabritó y mató a un hombre golpeándolo con sus cascos. Más cañonazos encontraron su blanco. Unos cuantos franceses, de los que iban al final y sabían que nunca llegarían vivos al puente, tiraron los mosquetes y levantaron las manos. Los guardias abrieron sus filas para dejar que pasaran los prisioneros, cerraron filas y dispararon una descarga sobre los últimos de la multitud de franceses. Los fugitivos intentaban avanzar, se empujaban y se abrían camino hacia el puente a empujones y era tal la aglomeración sobre la calzada sin pretilas que hombres y caballos acababan cayendo al Cavado entre gritos. Los dos cañones seguían disparando; ahora lanzaban sus proyectiles sobre Ponte Nova, ensangrentando las vigas y los troncos cortados que eran la única vía de huida de la retaguardia. Los cañonazos hacían caer por los desprotegidos lados del puente a más hombres y caballos, tantos que se formó un dique de muertos y agonizantes bajo el puente. El apogeo de la invasión francesa de Portugal había ocurrido cuando en un puente de Oporto habían muerto ahogadas centenares de personas aterradas; ahora los franceses se encontraban sobre otro puente roto y los muertos del Duero estaban siendo vengados. Los cañones seguían castigando a los franceses; de vez en cuando un mosquete o un rifle disparaba a pesar de la lluvia; los ingleses eran un frente vengador dirigiéndose hacia el horror en que se había convertido Ponte Nova. Se

rindieron más franceses. Algunos lloraban de vergüenza, tristeza, hambre y frío mientras retrocedían titubeantes. Un capitán de la 4.^a Léger bajó su espada, luego la alzó de nuevo, despechado, y rompió su fina hoja sobre su rodilla antes de dejarse capturar.

—¡Alto el fuego! —gritó un oficial de los de Coldstream.

Un caballo moribundo relinchaba. El humo de mosquetes y cañones se perdía en la lluvia y del lecho del río subían los lastimeros quejidos de los hombres y las bestias que se habían roto los huesos al caer desde la pasarela. El dique de muertos y agonizantes, de soldados y caballos, era tan alto que el caudal del Cavado crecía por detrás de ellos e iba adelgazándose al otro lado, aunque un hilo de agua ensangrentada escapaba de aquella presa humana. Un francés herido intentó subir arrastrándose desde el río y murió justo al alcanzar el borde superior de la orilla, donde los hombres de la banda de Coldstream reunían a sus enemigos heridos. Los médicos afilaban sus escalpelos en cinturones de cuero y tomaban tragos de brandy para entonarse. Los guardias sacaban las bayonetas de sus mosquetes y los artilleros descansaban junto a sus cañones de tres libras.

Pues la persecución había acabado y Soult había salido de Portugal.



Sharpe bajó a toda prisa la escarpada pared del precipicio, dando temerario saltos entre las rocas y rezando para no perder pie sobre la hierba empapada. La lluvia seguía cayendo a cántaros y los truenos ahogaban el lejano ruido de los cañones en Ponte Nova. Cada vez estaba más oscuro: el crepúsculo y la tormenta se mezclaban para arrojar una penumbra infernal sobre las agrestes colinas del norte de Portugal, si bien era la propia intensidad de la lluvia la que más contribuía a oscurecer el puente. Sin embargo, mientras Sharpe se acercaba al pie de la escarpadura, donde el suelo empezaba a nivelarse, vio que El Saltador de repente se había vaciado. Estaban cruzando un caballo sin jinete por el estrecho paso y la bestia contenía a los hombres que iban detrás; entonces Sharpe vio a un húsar llevando el caballo y a Christopher, Williamson y Kate justo detrás de la bestia ensillada. Un grupo de soldados de infantería se alejaba del puente cuando Sharpe apareció bajo la lluvia con su espada desenvainada. Los soldados se quedaron mirándolo, atónitos; uno hizo un amago de cortar el paso, pero Sharpe le dijo en dos palabras lo que tenía que hacer y el hombre, a pesar de que no hablaba inglés, tuvo el buen sentido de obedecer.

Sharpe llegó a El Saltador y el húsar que tiraba del caballo se quedó mirándolo boquiabierto. Christopher lo vio y se dio la vuelta para escapar, pero había más hombres subiendo al puente y no había espacio para retroceder al otro lado.

—¡Mátenlo! —les gritó Christopher a Williamson y al húsar. El francés desenvainó obedientemente su sable, pero la espada de Sharpe silbó bajo la lluvia y la

mano que blandía el sable quedó casi cortada por la muñeca; a continuación, Sharpe hundió su hoja en el pecho del húsar y se oyó un alarido mientras el soldado caía al Misarella. El caballo, aterrorizado por los relámpagos y por sus inciertos pasos sobre el puente, soltó un gran relincho y después pasó como una exhalación junto a Sharpe, a quien estuvo a punto de tirar de la calzada. Sus herraduras sacaron chispas de las piedras y luego se fue. Sharpe se encaró con Christopher y Williamson sobre el angosto pasaje de El Saltador.

Kate gritó al ver la larga espada.

—¡Suba a la colina! —le gritó Sharpe—. ¡Muévase, Kate, muévase! ¡Y usted, cabronazo, devuélvame mi catalejo!

Christopher estiró un brazo para retener a Kate, pero Williamson adelantó como un rayo al coronel y le agarró la mano, y Kate, al ver la salvación a sólo unos pasos, tuvo la sensatez de pasar corriendo por el lado de Sharpe. Williamson intentó atraparla, después vio que la espada de Sharpe se desviaba hacia él y consiguió detener el golpe con su mosquete francés. El choque de la espada y el arma de fuego hizo que Williamson retrocediera un paso y Sharpe avanzó hacia él gruñendo, esgrimiendo su espada como la lengua de una serpiente para obligar a Williamson a retroceder otro paso. Pero entonces Christopher volvió a empujar al desertor hacia delante.

—¡Mátelo! —le gritó a Williamson. El desertor hizo lo que pudo, usando su mosquete a modo de maza, pero Sharpe esquivó el salvaje golpe, luego se adelantó y su espada cortó la lluvia hasta alcanzar a Williamson en un costado de la cabeza, cortándole casi una oreja. Williamson vaciló. Su sombrero de cuero de ala ancha había frenado en parte el corte de la hoja, pero la simple fuerza del golpe hizo que Williamson se tambalease de lado hacia el borde destrozado de la calzada. Sharpe siguió atacando, con una arremetida esta vez, y la punta del filo rasgó la casaca verde del desertor, le acertó en una costilla y arrojó a Williamson por encima del borde; se oyó un grito. Ahora Christopher estaba solo con Sharpe en el punto más alto del arco de El Saltador.

Christopher miró fijamente a su enemigo de casaca verde. No podía creer lo que veía. Intentó hablar, porque las palabras siempre habían sido su mejor arma, pero descubrió que se había quedado mudo de asombro. Sharpe caminaba hacia él. En ese momento una oleada de franceses se acercaban por detrás del coronel, iban a empujarlo contra la espada de Sharpe. Christopher no tuvo el coraje de avanzar él solo, así que, ciego de desesperación, siguió a Williamson a la lluviosa oscuridad de la garganta del Misarella. Saltó.

Vicente, Harper y el sargento Macedo habían bajado la colina detrás de Sharpe y habían encontrado a Kate.

—¡Cuide de ella, señor! —le dijo Harper a Vicente y corrió con el sargento

Macedo hacia el puente, justo a tiempo para ver a Sharpe saltando desde la calzada —. ¡Señor! —gritó Harper—. ¡Por los benditos clavos de Cristo! —maldijo—. ¡Maldito cabrón chalado!

Llevó a Macedo al otro lado de la carretera mientras una avalancha de hombres de la infantería francesa uniformados de azul cruzaban el puente en tropel; si a alguno de los franceses le pareció extraño que hubiese soldados enemigos a la orilla del Misarella, no lo dejaron traslucir. Sólo querían escapar, así que corrían hacia el norte, hacia España. Mientras tanto, Harper daba vueltas por la orilla y estudiaba con atención la garganta en busca de Sharpe. Podía ver caballos muertos entre las rocas, medio sumergidos en las espumosas aguas, así como los cuerpos descoyuntados de una docena de franceses que habían caído desde el punto más alto de El Saltador, pero del gabán oscuro de Christopher y la casaca verde de Sharpe no había ningún rastro.

Williamson cayó justo en la parte más profunda de la garganta; por suerte había aterrizado en una agitada poza del río lo bastante profunda como para frenar la caída y al salir disparado hacia delante acabó sobre el cadáver de un caballo que amortiguó más su movimiento. Christopher fue menos afortunado. Cayó cerca de Williamson, pero su pierna izquierda golpeó las rocas y su tobillo se convirtió de repente en una explosión de dolor; el agua del río estaba fría como el hielo. Se agarró a Williamson y miró a su alrededor desesperadamente, pero no vio señales de ningún perseguidor, así que dedujo que Sharpe no habría podido permanecer demasiado tiempo sobre el puente haciendo frente a la retirada francesa.

—Lléveme a la orilla —le dijo a Williamson—. Creo que me he roto el tobillo.

—Se pondrá bien, señor —dijo Williamson—. Estoy aquí, señor. —Pasó un brazo alrededor de la cintura del coronel y lo llevó hasta la orilla más próxima.

—¿Dónde está Kate? —preguntó Christopher.

—Huyó, señor, huyó, pero la encontraremos, señor. La encontraremos. Ya estamos, señor, podemos subir por aquí. —Williamson aupó a Christopher hasta las rocas cercanas al agua y buscó una manera sencilla de subir por aquel lado de la garganta. Pero vio a Sharpe y maldijo.

—¿Qué pasa? —Christopher sentía demasiado dolor como para darse cuenta de nada.

—Ese maldito cabrón tarado de mierda —dijo Williamson y desenvainó el sable que le había quitado a un oficial francés muerto en la carretera del seminario—. El maldito Sharpe —aclaró.

Sharpe había escapado de la avalancha de franceses que iba en su dirección saltando hacia el lado de la garganta donde unas jóvenes aulagas se aferraban a un saliente. Sus tallos se doblaron con su peso, pero aguantaron; él se las arregló para encontrar apoyo en la húmeda roca de debajo y después bajó de un salto hasta otra

peña; allí sus pies habían resbalado y él se había deslizado por el lado redondeado de la roca hasta ir a parar al río. Pero la espada aún estaba en su mano y ante él estaba Williamson, y junto al desertor estaba Christopher, empapado y aterrorizado. La lluvia caía siseando sobre ellos cuando un relámpago iluminó desapaciblemente la oscura garganta.

—Mi catalejo —le dijo Sharpe a Christopher.

—Por supuesto, Sharpe, por supuesto. —Christopher levantó los empapados faldones de su abrigo, hurgó en uno de sus bolsillos y sacó la lente—. ¡No se ha dañado! —dijo con alegría—. Sólo lo tomé prestado.

—Déjelo en esa piedra —ordenó Sharpe.

—¡No se ha dañado en absoluto! —insistió Christopher, dejando el valioso catalejo sobre la roca—. ¡Y bien hecho, teniente! —Christopher dio un codazo a Williamson, que se limitaba a observar a Sharpe.

Sharpe dio un paso hacia los dos hombres, que retrocedieron. Christopher volvió a darle un golpecito a Williamson, como señal para que atacara a Sharpe, pero el desertor se mostraba reticente. La hoja más larga que había usado nunca en un combate era una bayoneta, pero aquella experiencia no le había servido para aprender a luchar con un sable, especialmente si era contra una hoja de carnicero como la pesada espada de caballería que sujetaba Sharpe. Dio otro paso atrás, a la espera de tener una oportunidad.

—Me alegro de que esté aquí, Sharpe —dijo Christopher—. Me preguntaba cómo iba a huir de los franceses. No me quitaban el ojo de encima, como puede usted imaginar. Tengo montones de cosas que contarle a sir Arthur. Lo ha hecho bien, ¿no cree?

—Lo ha hecho bien —reconoció Sharpe—, y lo quiere a usted muerto.

—¡No sea ridículo, Sharpe! ¡Somos ingleses! —Christopher había perdido su sombrero al saltar y la lluvia le aplastaba el pelo—. No asesinamos a la gente.

—Yo sí —dijo Sharpe y dio un nuevo paso adelante. Christopher y Williamson se alejaron un poco.

Christopher vio cómo recogía Sharpe la lente.

—No se ha dañado, ¿lo ve? Lo traté con mucho cuidado. —Tuvo que gritar para hacerse oír sobre el aguacero y el estruendo del agua que corría entre las rocas. Volvió a empujar a Williamson hacia delante, pero aquel hombre se negaba obstinadamente a atacar. Ahora Christopher se encontraba atrapado en un resbaladizo saliente entre un acantilado y el río, y el coronel, en esta situación extrema, abandonó por fin sus intentos de salvarse hablando y optó por empujar al desertor hacia Sharpe—. ¡Mátelo! —le gritó a Williamson—. ¡Mátelo!

Aquel empujón en la espalda pareció sobresaltar a Williamson, que aun así alzó el sable y lanzó una estocada hacia la cabeza de Sharpe. El choque de las dos hojas

produjo un intenso sonido metálico. Entonces Sharpe le dio una patada en la rodilla izquierda al desertor; la pierna de Williamson se dobló, y Sharpe, que no parecía estar haciendo ningún esfuerzo especial, atravesó su espada en el cuello de Williamson de manera que el desertor se desplomó hacia la derecha y después la espada atravesó la casaca verde del fusilero y se introdujo en su vientre. Sharpe giró la hoja para que se soltara de la succión de la carne, la arrancó de un golpe y vio cómo el agonizante Williamson caía al río.

—Odio a los desertores —dijo Sharpe—, odio de verdad a los malditos desertores.

Christopher había visto cómo derrotaba a su hombre y notó que Sharpe no se había esforzado en absoluto para hacerlo.

—No, Sharpe —dijo—. ¡Usted no lo entiende! —Intentaba pensar en las palabras que harían reflexionar a Sharpe, que harían que retrocediera, pero el pánico se había apoderado del coronel y aquellas palabras no acudían a su mente.

Sharpe miraba a Williamson. Por un momento el hombre agonizante intentó arrastrarse fuera del río, pero la sangre fluía roja de su cuello y su vientre; de pronto cayó hacia atrás y su horrible cara se hundió bajo el agua.

—Odio tanto a los desertores... —volvió a decir Sharpe. Miró de nuevo a Christopher—. ¿Esa espada suya le sirve para algo que no sea hurgarse entre los dientes, coronel?

Christopher desenvainó su fina espada medio paralizado por el miedo. Había aprendido a usarla. Solía gastar más dinero del que se podía permitir en la armería de Horace Jackson, en Jermyn Street, donde había aprendido las más refinadas artes de la esgrima y donde se había ganado las rencorosas alabanzas del propio gran Jackson, pero una cosa era luchar en los suelos de pizarra francesa de Jermyn Street y otra muy distinta enfrentarse a Richard Sharpe en la garganta de Misarella.

—No, Sharpe —dijo cuando el fusilero avanzó hacia él; después levantó su hoja a modo de aterrorizada respuesta mientras la gran espada se dirigía hacia él.

La arremetida de Sharpe había sido un amago, una prueba para ver si Christopher se disponía a luchar, pero Sharpe se quedó mirando a los ojos de su enemigo y supo que aquel hombre iba a morir como un cordero.

—Luche, cabrón —dijo, y lanzó otra estocada. En ese momento el coronel vio una roca en medio del río y pensó que, si saltaba hasta ella, podría alcanzar la otra orilla y lograr así su salvación. Lanzó un golpe salvaje con su espada dándose espacio para dar el salto, se giró y saltó, pero su tobillo roto no aguantó, la roca bajo sus pies estaba húmeda y se resbaló, y habría caído al río si no hubiera sido porque Sharpe lo agarró por la casaca, así que Christopher acabó cayendo sobre un saliente, con la inútil espada en la mano y su enemigo por encima de él.

—¡No! —rogó—. ¡No! —Levantó la vista hacia Sharpe—. Me ha salvado,

Sharpe —dijo al darse cuenta de lo que acababa de suceder y sintiendo una oleada de repentina esperanza—. Me ha salvado.

—No puedo revisarle los bolsillos, coronel, si está usted bajo el agua —dijo Sharpe, y su rostro se contrajo por la ira mientras lo atravesaba con su espada.

Christopher murió en el saliente, justo por encima de la poza en la que Williamson se había ahogado. El remolino que corría sobre el cuerpo del desertor se tiñó de sangre nueva, después el rojo fluyó hasta la corriente principal, donde se fue convirtiendo en un color rosado para luego desaparecer. Christopher temblaba y gorgoteaba porque la espada de Sharpe le había seccionado la tráquea, lo que, en realidad, resultaba piadoso, pues producía una muerte más rápida que la que en realidad merecía. Sharpe miró los estertores y la calma final del cuerpo del coronel. Metió su espada en el agua para limpiarla, la secó lo mejor que pudo en el gabán de Christopher, revisó de prisa los bolsillos del coronel y sacó tres monedas de oro, un reloj averiado con la caja de plata y un cartapacio de cuero lleno de papeles que probablemente interesarían a Hogan.

—Menudo idiota —dijo Sharpe mirando el cuerpo. Levantó la vista hacia la noche que ya se avecinaba y vio por encima de él una gran sombra al borde de la garganta. Por un segundo pensó que sería un francés, luego oyó la voz de Harper.

—¿Está muerto?

—Ni siquiera me plantó cara. Tampoco Williamson.

Sharpe subió la pared de la garganta hasta llegar cerca de Harper, que le tendió su rifle para ayudarlo a subir el resto del camino. También el sargento Macedo estaba allí. Ninguno de los tres podía regresar al precipicio porque los franceses estaban en la carretera, así que se resguardaron de la lluvia en una quebrada formada por una de las grandes peñas redondas que se habían desprendido en una helada. Sharpe le contó a Harper lo que había pasado y cuando acabó le preguntó al irlandés si había visto a Kate.

—Está con el teniente, señor —contestó Harper—. Lo último que vi fue que le había dado una buena llorera y él la abrazaba con fuerza y le daba una palmadita en la espalda. ¿Se había fijado usted, señor, en que a las mujeres les gustan las buenas llantinas?

—Sí —dijo Sharpe—, sí.

—Hacen que se sientan mejor —dijo Harper—. Lo raro es que con nosotros no funcione.

Sharpe le dio una de las monedas de oro a Harper, la segunda a Macedo y se guardó la tercera. La noche ya había caído. Prometía ser una larga noche de frío y hambre, pero a Sharpe no le preocupaba.

—He recuperado mi catalejo —le dijo a Harper.

—Sabía que lo haría.

—Ni siquiera estaba roto. Al menos eso creo. —Las lentes no hicieron ningún ruido cuando lo agitó, así que supuso que estaba en buen estado.

La lluvia amainó. Sharpe escuchaba, pero no podía oír más que el roce de los pies de los franceses en las piedras de El Saltador, las ráfagas de viento, el sonido del río y la caída de la lluvia. No oía fuego de cañones. Así que la remota lucha en Ponte Nova había acabado, y no le cabía ninguna duda de que había sido una victoria. Los franceses se iban. Se habían encontrado con sir Arthur Wellesley y éste los había machacado y de lo lindo. Aquello hizo sonreír a Sharpe, porque aunque Wellesley era una fría bestia, antipática y altanera, era un puñetero buen soldado. Había causado estragos entre las tropas del rey Nicolás. Y Sharpe había ayudado. Había cumplido su parte. Habían sido los estragos de Sharpe.

NOTA HISTÓRICA

Una vez más, Sharpe es responsable de usurpar el mérito de otro hombre. De hecho, fue un barbero portugués el que cruzó el Duero remando en un esquife para advertir al coronel Waters de la existencia de tres barcazas encalladas en la orilla norte del río, pero lo hizo por iniciativa propia, pues en aquel momento no había tropas inglesas en la orilla norte, como tampoco ayudaron los fusileros del 95.º en la defensa del seminario. Los franceses creían haber destruido o confiscado todas las embarcaciones del río; ignoraban la existencia de aquellas tres barcazas, que entonces comenzaron a prestar un lento y pesado servicio de transbordo que llenó de casacas rojas el seminario, que inexplicablemente había quedado sin vigilancia. La historia del proyectil explosivo que destruyó el cañón principal de los franceses está sacada de *A History of the Peninsular War*, vol. II, de sir Charles Oman. En aquel combate el general sir Edward Paget fue herido en el brazo. Perdió el brazo, regresó a Inglaterra para recuperarse y volvió después a la Península como general de la Primera División, pero su mala suerte quiso que fuese capturado por los franceses. En el enfrentamiento del seminario los ingleses perdieron a veintisiete hombres, entre muertos y heridos, mientras que las bajas francesas fueron por lo menos tres o cuatro veces mayores. Los franceses tampoco consiguieron destruir el transbordador de Barca d'Avintas, que fue refltado la mañana del ataque y cruzó el río con dos batallones de infantería de la Legión Alemana del Rey y el 14.º de Dragones Ligeros, una fuerza que podría haber causado serios problemas a los franceses mientras huían de Oporto, pero el general al mando de las unidades, George Murray, si bien avanzó hacia el norte hacia la carretera de Amarante, se limitó a observar el paso del enemigo. Aquel mismo día, más tarde, el general Charles Stewart dirigió al 14.º de Dragones Ligeros en una magnífica carga que destrozó la retaguardia francesa, pero Murray continuaba negándose a hacer avanzar a su infantería, por lo que se hizo todo tarde y mal. Probablemente haya calumniado al mariscal Soult al sugerir que estaba hablando con su cocinero mientras los ingleses cruzaban el río, pero sí durmió hasta cerca de las once aquella mañana, y fuese lo que fuese lo que su cocinero hubiese preparado para la cena, se lo acabó comiendo sir Arthur Wellesley.

El seminario aún está en pie, aunque ahora ha sido engullido por los suburbios de Oporto, pero una placa registra su defensa el 12 de mayo de 1809. Otra placa, en el muelle cercano a donde el magnífico puente de hierro de Eiffel cruza hoy la garganta, rinde cuenta de los horrores del 29 de marzo, cuando los refugiados portugueses se agolparon en el maltratado puente de barcas. Hay dos explicaciones para los ahogamientos. Una afirma que las tropas portuguesas, al retirarse, levantaron el puente levadizo para evitar que los franceses usaran el puente, mientras que la segunda explicación, que yo prefiero, es que el peso de los refugiados hundió los

pontones centrales, que entonces se rompieron por la presión del río. Sea cual sea la verdad, el resultado fue horrible, pues centenares de personas, la mayoría de ellas civiles, tuvieron que saltar al agua desde el extremo destrozado, para acabar ahogándose en el Duero.

Al tomar Oporto, el mariscal Soult conquistó el norte de Portugal y, mientras reunía fuerzas para la posterior marcha sobre Lisboa, sí coqueteó con la idea de convertirse en rey. Más que coquetear, hizo campaña entre sus oficiales generales, intentando ganarse así el apoyo de los portugueses, y sin duda animó al *Diario do Porto*, un periódico fundado durante la ocupación francesa de la ciudad y dirigido por un sacerdote que apoyaba la insigne idea. Lo que Napoleón habría hecho ante semejante autoproclamación no es difícil de adivinar, y probablemente fue sobre todo la perspectiva del enfado del Emperador lo que disuadió a Soult de aquella idea.

Pero la idea era real y a Soult le valió el apodo de «rey Nicolás»; además, estuvo a punto de provocar un motín que iba a ser dirigido por el coronel Donadieu y el coronel Lafitte, más otros oficiales desconocidos, y el capitán Argenton cruzó las líneas dos veces para consultar con los ingleses. Argenton quería que los ingleses emplearan su influencia sobre los portugueses para convencerlos de que alentaran a Soult para que se autoproclamara rey, pues cuando Soult lo hiciera el motín saldría a la luz, y en ese punto se suponía que Donadieu y los demás conducirían el ejército de regreso a Francia. Se pidió a los ingleses que fomentaran aquel disparate bloqueando las carreteras orientales que llevaban a España, pero descuidando las carreteras del norte. Al llegar a Lisboa para asumir el mando de Cradock, sir Arthur Wellesley se reunió con Argenton y desestimó el plan. Argenton regresó junto a Soult, fue traicionado y arrestado, pero se le ofreció perdonarle la vida si revelaba todo lo que sabía. Entre aquellas revelaciones estaba el hecho de que el ejército inglés, lejos de estar disponiéndose a abandonar Portugal, se estaba preparando para atacar hacia el norte. El aviso dio a Soult la oportunidad de retirar sus avanzadillas al sur del Duero; de no haberlo hecho, habrían quedado atrapadas por el ambicioso movimiento envolvente que había iniciado Wellesley. La carrera de Argenton no había terminado. Se las arregló para escapar de sus captores, alcanzó el ejército inglés y se le concedió un pasaje seguro a Inglaterra. Por alguna razón, más tarde decidió regresar a Francia, donde fue capturado de nuevo y, esta vez, fusilado. También merece la pena tener en cuenta, ya que estamos comentando planes siniestros, que las aspiraciones que Christopher atribuye a Napoleón, aspiraciones a «un sistema europeo, un código legal europeo, una judicatura europea y una única nación en Europa, los europeos», fueron realmente formuladas por Bonaparte.

Los estragos de Sharpe es un relato que empieza y acaba sobre puentes, y los relatos hermanos de cómo el mayor Dulong de la 31.^a Léger capturó Ponte Nova y después El Saltador son verdaderos. Dulong era un personaje bastante parecido a

Sharpe; disfrutaba de una extraordinaria reputación por su valor, pero fue herido en El Saltador y he sido incapaz de descubrir su destino posterior. Casi sin ayuda logró salvar al ejército de Soult, así que merecía una larga vida y una muerte fácil, y lo cierto es que no merecía que se le hiciera fracasar en el relato ficticio del pueblo ficticio de Vila Real de Zedes.

La puntería de Hagman a setecientos pasos parece excesiva como para ser creíble, pero está basada en un hecho real que ocurrió el año anterior durante la retirada de sir John Moore a La Coruña. Tom Plunkett (Christopher Hibbert lo llama «fusilero de una Vulgaridad irreprimible» en su libro *Corunna*) hizo el «disparo milagroso» que mató al general francés Colbert a casi seiscientos cincuenta metros. El disparo se hizo justamente famoso entre los fusileros. Leí en una publicación reciente que el alcance máximo del rifle Baker era sólo de doscientos setenta y cinco metros, una afirmación que habría sorprendido a los hombres de verde, para quienes esa distancia era más bien mediocre.

El mariscal Soult, cuando sólo era aún duque de Dalmacia, fue obligado a retirarse una vez que Wellesley hubo cruzado el Duero, y en la novela se describe la historia de su retirada. Los franceses deberían haber sido atrapados y forzados a rendirse, pero es fácil hacer este tipo de críticas tanto tiempo después de los acontecimientos. Si los portugueses o los ingleses hubiesen marchado un poco más rápido o si la *ordenança* hubiese destruido Ponte Nova o El Saltador, Soult habría estado acabado, pero una pequeña dosis de buena suerte y el singular heroísmo del mayor Dulong salvaron a los franceses. No hay duda de que el mal tiempo tuvo mucho que ver con que lograran huir. La lluvia y el frío de principios de aquel mes de mayo no fueron los habituales para esa época del año y obstaculizaron la persecución; como sir Arthur Wellesley afirmaba en un informe al primer ministro, un ejército que abandona todos sus cañones y vehículos y a sus heridos puede moverse muchísimo más rápido que un ejército que conserva su pesada impedimenta. En cualquier caso, tras la brillante victoria en Oporto, la huida de los franceses fue una oportunidad perdida.

Ahora Oporto ha crecido y ha rodeado el seminario, así que es difícil saber cómo era el terreno el día en que los Buffs cruzaron el río, pero cualquiera que tenga interés en ver el seminario puede encontrarlo en el Largo do Padre Balthazar Guedes, una plazuela con vistas al río. La mejor guía del campo de batalla, de hecho de todos los campos de batalla de sir Arthur Wellesley en Portugal y España, es *Wellington's Peninsular War*; de Julian Paget, publicada por Leo Cooper. El libro le llevará al Monasterio de Serra do Pilar, al otro lado del río, donde hay un monumento conmemorativo de la batalla que fue alzado en el punto en que Wellesley desplegó sus cañones para tener una posición aventajada, y en cualquier visita a la orilla sur deberían incluirse las bodegas de oporto, muchas de las cuales todavía son de

propiedad inglesa. Hay espléndidos restaurantes en el muelle norte con placas que recuerdan a los ahogados del 29 de marzo de 1809. El Palacio dos Carrancas, donde tanto Soult como Wellesley montaron su cuartel general, es ahora el Museo Nacional Soares dos Reis, que se encuentra en la Rua de Dom Manuel II. Ponte Nova y El Saltador todavía existen, aunque lamentablemente bajo el agua, pues ambos lugares están ahora sumergidos en un embalse, aunque de todos modos merece la pena visitarla zona por su belleza agreste y espectacular.

Soult escapó, pero su incursión en Portugal le costó seis mil de sus veinticinco mil hombres, y algo menos de la mitad de aquéllos murieron o fueron capturados durante la retirada. Perdió también su bagaje, sus transportes y sus cincuenta y cuatro cañones. Fue, en efecto, la destrucción de un ejército y una gran derrota, pero no acabó con los planes franceses para Portugal. Volverían al año siguiente y habría que expulsarlos de nuevo.

Así que Sharpe y Harper volverán a marchar juntos.

Notas

[1] El *rat pit* era un sangriento deporte de apuestas, muy popular en Inglaterra hasta principios del siglo XX, en el que se enfrentaban centenares de ratas a uno o dos perros y se cruzaban apuestas. (N. del T.) <<

[2] Se refiere a las siete estrías que rayaban el ánima del rifle y a las siete partes sin rayar, que conferían mayor puntería al arma. (*N. del T.*) <<

[3] Se refiere al 3.º Regimiento de Infantería de East Kent, también llamado Regimiento del Príncipe de Dinamarca. Era conocido popularmente como los Buffs, «los beige», por ser éste el color de las vueltas de su uniforme. (*N. del T.*) <<

[4] Según el Diccionario de la Real Academia Española: Accesos histéricos o hipocondríacos, atribuidos por los antiguos a ciertos vapores que suponían nacidos de la matriz o de los hipocondrios y que subían hasta la cabeza. (*N. del T.*) <<

[5] En el dialecto inglés de Norfolk, «bor» equivale a «macho», «tío», «compadre». (N. del T.) <<

[6] Canción tradicional inglesa en una de cuyas versiones la letra habla de las motivaciones y esperanzas de los soldados del ejército inglés al marchar a la guerra. (N. del T.) <<